STAR ÉBANO Y JADE WARS

BRENDON J. WAHLBERG

STAR ÉBANO Y JADE WARS

BRENDON J. WAHLBERG

El jedi Ashka Boda reaparece con el objetivo de matar al Emperador. Darth Vader y Mara Jade unirán fuerzas para detenerlo.

STAR WARS

Emperador oscuro 1

Ébano y Jade

Brendon J. Wahlberg

Esta historia de fan-fiction toma elementos de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: Ebony and Jade*
Autor: Brendon J. Wahlberg
Arte de portada: Frankenmidget
Ilustraciones: Ian McIntosh
Publicado originalmente en TheForce.net
Publicación del original: 1997

aproximadamente 2 años antes de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath
Revisión: (sin revisar)
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 0.9
09.03.18
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

EPISODIO I
ÉBANO Y JADE

Es una época oscura para la galaxia.

El implacable Emperador Palpatine ha establecido un Imperio Galáctico sobre las cenizas de la Vieja República, y ha destruido a los Caballeros Jedi.

Pero el dominante Amo del Lado Oscuro está muriendo.

Si bien la incipiente rebelión no tiene oportunidad de terminar con su aplastante reinado, la muerte en sí misma aguarda por la victoria final.

El Oscuro Emperador además tiene que enfrentar las amenazas de su pasado. El Lord Sith que es su sirviente, ambiciona su trono, y un Jedi que se pensaba muerto, ha regresado para reclamar una brutal venganza…

CAPÍTULO I

Fue en los jardines colgantes del Palacio Imperial que Lord Darth Vader vio por primera vez el rostro del Caballero Jedi que alguna vez había asesinado. Su avistamiento del Jedi muerto Ashka Boda, había ocurrido meramente por accidente. Como regla general, el Señor Oscuro nunca concurría a aquella área tan opresivamente verde y húmeda, donde cada paso que daba, significaba tener que desprender las frondosas ramas que se adherían a su negra máscara de duracero. Estaba allí en contra de su voluntad, por orden del Emperador, sirviendo de guía a tres maestros botánicos Ho'Din en un recorrido por todos los jardines del Palacio.

A diferencia de Vader, los alienígenas se encontraban en su elemento; los Ho'Din adoraban estar rodeados por las plantas. En su planeta natal, se dedicaban a elaborar delicados y hermosos jardines que contenían plantas que no podían ser encontradas en ningún otro lugar de la galaxia. Habían concurrido al Centro Imperial para negociar un tratado que les permitiera llevar algunas plantas de especies que no conocían a casa, a cambio de entregar el secreto de medicamentos derivados de plantas que sólo ellos podían suministrar. Las especies vegetales que deseaban eran raras justamente, porque el Emperador Palpatine permitía políticas agresivas de colonización. En ese momento, crecían en los jardines del Emperador los únicos ejemplares supervivientes de muchos organismos importantes, luego de la destrucción de sus ecosistemas originales. Vader sabía que si pudiera, su Maestro se apropiaría de por la fuerza de los insumos que los Ho'Din habían traído como muestras para concretar el acuerdo; sin embargo, sólo los propios verdosos reptilianos Ho'Din sabían cómo extraer las maravillosas drogas de su interior.

Como resultado de su insufrible tarea, Vader se encontraba de un humor insoportable. Se hallaba haciendo de guardián de los esbeltos y elásticos alienígenas, tratando de imponer algo de temor en sus abultados y oscuros ojos y en sus bocas carentes de labios. Pero los maestros botánicos permanecían tan inexpresivos como la misma máscara de Vader. Sus escamosas trenzas de color violeta, a modo de serpientes, se retorcían incesantemente mientras miraban fijamente a Vader en medio de la abundante flora que los rodeaba.

Vader se sentía hervir en su interior, encontrando intolerable que los alienígenas invitados pudieran encumbrarse todo un metro por encima de su cabeza. Era frustrante el haber perdido la ventaja de su elevada estatura, de la cual siempre había disfrutado. No le cabía ninguna duda de que ésa era una de las razones por las cuales el Emperador le había asignado la tarea de ser el guía de los Ho'Din. El Emperador, un hombre bajo, usualmente hacía que Vader se arrodillara; ahora, Vader entendía cómo se sentía su Maestro. Otra razón para el encargo, probablemente, era para hacerle un recordatorio de quién era el que se encontraba ostentando la más completa autoridad: de que incluso el Oscuro Señor del Sith estaba sujeto a los designios de Palpatine.

Vader echó una mirada a su alrededor, en busca de algún experimentado supervisor de jardines, alguien a quien pudiera transmitirle el encargo, y que también fuera capaz de absolver las dudas de los maestros botánicos, con su constante flujo de comentarios e inquietudes. Él simplemente desconocía las respuestas a la mayoría de sus preguntas, y pensaba que si pudiera encontrar a alguien que las pudiera contestar, podría incitarlos a dejarle ir sin que ninguna palabra sobre el asunto llegara a oídos del Emperador. Si volvía a verse obligado a responder alguna otra pregunta acerca de tal hierba genéticamente alterada, o acerca de tal inusual musgo de olor tan dulce, quizás tendría que permitirse una pequeña demostración del poder real de la Fuerza.

Fue en ese momento que se fijó en el Jedi. A cierta distancia, saliendo de una pared cubierta por algunos viñedos, se encontraba un hombre mayor, casi completamente calvo, que vestía un traje sin mangas de color marrón que le quedaba bastante suelto. Se quedó congelado por un segundo, mientras permanecía bajo contacto visual directo con el Señor Oscuro. El sistema de amplificación visual de Vader hizo una aproximación al rostro del anciano. El Jedi tenía unos ojos grises que se encontraban parcialmente entrecerrados, rodeados por múltiples arrugas y ensombrecidos por una frente calcinada por el sol. Su boca permanecía abierta por la sorpresa, debajo de una nariz recta, bien definida. Sólo algunos mechones de cabello blanco permanecían adheridos a los costados de su cabeza. Sus rudas y grandes manos permanecían aferradas a sus ropas manchadas por la tierra, mientras examinaba a Vader con

la misma intensidad.

En ese momento, el Jedi empezó a correr de manera desbocada, y desapareció en medio del follaje en un instante. Vader no reaccionó de inmediato; también se encontraba sorprendido. Conocía al hombre al que acababa de ver, y estaba completamente seguro de que el sujeto debería estar muerto. Muerto por las propias manos de Vader. El nombre del individuo había sido Ashka Boda, y había sido uno de los Jedi a los que Vader personalmente había eliminado durante la Gran Purga, más de una década atrás.

Era una certeza que mantenía guardaba para sí mismo. Vader había podido reconocer a Ashka Boda debido a que recordaba la cara de cada Jedi que había asesinado. Había memorizado cada rostro, de tal manera que nunca pudiera olvidar el precio que había sido pagado para hacer realidad la visión de Palpatine de un Nuevo Orden para el futuro... el precio en vidas de sus anteriores hermanos Jedi. De hecho, él incluso podía volver a sentir el dolor que había experimentado en ese momento, mientras mataba a cada uno de los Caballeros Jedi. Pero en medio de la perspectiva de un recuerdo lejano, y visto a través de un alma encallecida, la visión de Ashka Boda no le ocasionó un dolor renovado. De todas las emociones que podía haber experimentado al ver a uno de los Jedi regresando de la muerte, el único frío sentimiento que lo inundó, era que tenía un asunto inacabado por resolver. Incluso durante la Gran Purga, había sido capaz de enterrar sus sentimientos bajo la convicción de Palpatine acerca de que un nuevo y ansiado orden era necesario, de que los Jedi eran unos tontos por oponerse a él, y al continuar apoyando a la Vieja República. Los asesinatos fueron necesariamente cruentos. Él le había ofrecido a cada uno de sus oponentes, la posibilidad de unirse a su Maestro y continuar con vida. Él había combatido con cada Caballero de manera leal, cuando éstos invariablemente se habían rehusado. Ninguno de ellos había dado la talla. Todos habían sido eliminados. Y Ashka Boda había estado entre los muertos, Vader estaba completamente seguro.

Los Ho'Din permanecían ajenos a lo que había ocurrido. Uno de ellos había empezado a inclinarse sobre el Señor Oscuro, para preguntarle de manera rasposa en Básico.

—Lord Vader, ¿quizás usted conozca la localización de las parras

de orquídeas D'ian provenientes de Sen III? Hemos oído de su afamado aroma dulce, una esencia lo suficientemente potente como para...

El momento de sorpresa de Vader se había esfumado. El Ho'Din carraspeó y dio marcha atrás al momento en que la hoja carmesí del sable de luz de Vader, volvía a la vida justo en frente de su pequeña nariz verdosa.

—Lamento informarles que su visita tendrá que ser cancelada —retumbó la voz de Vader sarcásticamente—. Tengo un asunto del Emperador al cual le debo prestar atención.

Habiendo dicho esto, se introdujo rápidamente en medio del laberinto de paredes y pilares cubiertas por viñedos en donde Ashka Boda se había desvanecido.

—¡Cod ee say oo pay a loto! —dijo uno de los sorprendidos Ho'Din, regresando a su lenguaje nativo.

—¡Sate Pestage ray indee pako a gammon! —Sus compañeros sacudieron las trenzas de sus cabezas de manera indignada, observando fijamente el lugar por donde había desaparecido el señor Oscuro.

Vader rápidamente descubrió que su momento de estupor le había costado su presa. Boda había desaparecido. Abarcando todo el perímetro con la Fuerza, Vader pudo confirmarlo. El Jedi ya no se encontraba en el jardín en absoluto. Vader tomó una rápida decisión. No sólo se trataba de que hubiera un Jedi suelto en Coruscant, sino de que éste parecía guardar el secreto de la inmortalidad por sí mismo. Si esto era cierto, entonces significaba que un peligroso juego estaba dando inicio, y de que otro importante jugador tendría que participar en el mismo. No le cabían dudas de que debería informar al Emperador de inmediato.

*****

Confinado en medio de las ásperas y sombrías paredes de las torres de su castillo, cerca del Palacio Imperial, Darth Vader despidió a su guardia de atemorizantes Noghri, y activó la plataforma de comunicación holográfica que solía emplear para hablar con su Maestro. Se produjo un corto período de espera, como era usual, durante el cual Vader se las compuso para adoptar la adecuada posición de sumisión, apoyado sobre una rodilla, y con el rostro orientado hacia el suelo.

La primera imagen en aparecer no fue la del Emperador, sino que en su lugar se hizo presente la figura de su Gran Visir, el envejecido Sate Pestage.

—Saludos, Lord Vader —le dijo Pestage de manera diplomática —. Es mi desafortunado deber el tener que informarle que el Emperador no puede ser molestado en este momento. Él se encuentra en un profundo estado de meditación, y me ha pedido expresamente que me encargue de lidiar con todos los problemas que se presenten, en su representación. ¿Cómo podría serle de utilidad, Lord Vader?

Vader se irguió, abandonando su posición de rodillas, y se inclinó hacia el holograma. Odiaba tener que vérselas con un intermediario cuando tenía asuntos urgentes que comunicarle al Emperador. Estaba resuelto a dejar de lado a toda la burocracia, como sólo él podía permitírselo. Bajando el tono de su voz hasta alcanzar su nivel más siniestro, Vader se dirigió al Gran Visir.

—Sus instrucciones no se aplican a mi persona. Debo hablar con

el Emperador de inmediato. Es un asunto de gran importancia. Si usted decide interponerse en mi camino en este asunto, estoy seguro de que el Emperador extrañará mucho sus servicios… cuando él despierte.

La cara normalmente serena de Pestage, no pudo ocultar una muy discreta contracción nerviosa, una victoria relativa para Vader. Bien sabía Vader que las próximas palabras del Gran Visir, no serían más que algo para tratar de salvar la embarazosa situación.

—Tengo la plena certeza, Lord Vader, de que nuestro Maestro requiere que ambos estemos completamente dispuestos a servirlo. Muy bien, le informaré al Maestro de su requerimiento presente. Pero antes de abandonarlo, quisiera tratar un pequeño asunto con respecto a una queja recibida por parte de un grupo de embajadores Ho'Din esta mañana. Quizás usted podría dignarse a arrojar alguna luz sobre este…

Vader cortó abruptamente la transmisión, deseando poder ver la cara de Pestage mientras lo hacía. El anciano Gran Visir irritaba a Vader por la forma en consentía y protegía al Emperador. Había sido bastante satisfactorio hacerle semejante desplante al viejo e hipócrita cortesano alguna vez. La verdadera dimensión de la victoria de Vader, estuvo dada por el gratificante corto periodo de tiempo que le tomó al rostro de Palpatine en aparecer vacilante delante de él. La encapuchada cara del Emperador estaba bastante más larga de lo que había estado la cara de Pestage; se encaramó por encima del Señor Oscuro, quien una vez más, se arrodilló frente a su presencia. Vader solía emplear dicha estrategia para alimentar el inconmensurable ego de su Maestro, el cual sin embargo, parecía no notarlo.

Palpatine habló primero, observando hacia abajo la inclinada figura del Lord Sith.

—¿Qué cosa es tan importante, Lord Vader, que hace que sea necesario que desafíes mis órdenes para poder decírmelo?

Vader levantó la cabeza para enfrentar los brillantes ojos amarillentos del Emperador.

—He visto a un Jedi, mi Maestro, en el mismo Palacio. Lo que es más, era uno de los Jedi a los cuales personalmente eliminé durante la Gran Purga que usted ordenó. Su nombre era Ashka Boda. De alguna manera, él logró sobrevivir a su propia muerte, y está aquí

por alguna razón desconocida.

La irritación del Emperador fue reemplazada por una mirada de siniestro interés. No pronunció ni una palabra por un prolongado momento, durante el cual, Vader estudió la expresión amenazante de su Maestro. La reacción de Palpatine, fue toda la prueba que Vader necesitaba acerca de que había hecho lo correcto al poner el asunto a su consideración sin pérdida de tiempo. Por supuesto, cualquier avistamiento de un Jedi era un problema de gran consideración. Las creencias actuales dejaban bien en claro que todos los Jedi habían sido aniquilados, algunos por Vader, algunos más por Palpatine, y el resto por las fuerzas imperiales. Aun así, cabía la posibilidad de que algunos hubieran permanecido escondidos, esperando el momento apropiado para salir a la luz. La presencia de un Jedi en el propio Palacio, era una perturbadora prueba de ello. No había ni qué decir acerca de cuánto daño haría, si permanecía estando en libertad; el Emperador seguramente lo querría muerto o capturado.

Existía, además, otra faceta más sutil acerca de la misteriosa supervivencia de Ashka Boda y su escape de la muerte. Vader tenía bien a las claras que el secreto de la inmortalidad era de gran interés para su Maestro. La razón era tan evidente como el marchito rostro del Emperador. Las carnes de Palpatine se encontraban hundidas y retorcidas alrededor de sus perversos ojos, y su odiosa boca estaba atestada por sus ennegrecidos dientes. El Lado Oscuro de la Fuerza proveía de un gran poder, era cierto, pero a medida que transcurría el tiempo, -y para el Emperador se hacía necesario el disponer de mayor y mayor cantidad de semejante poder-, el precio que debía pagar físicamente, se volvía más y más elevado. También Vader había pagado un alto precio por utilizar el Lado Oscuro, pero como su poder era menor, también lo era el costo a pagar. Él nunca había vuelto a observar su rostro, pero estaba seguro de que de ninguna manera se encontraría tan devastado como el de su Maestro. El verdadero precio que Vader había tenido que pagar, era la pérdida de su cuerpo y de su humanidad, para terminar enfundado en una negra cubierta de duracero. Durante el último año, el deterioro de Palpatine había devenido en algo extremo. Observando al Emperador, Vader podía asegurar que el Amo de la Galaxia se encontraba agonizando. Si se pudiera

encontrar algún secreto existente para desafiar a la muerte, Palpatine seguramente querría apropiarse de él.

Vader había tenido que sopesar este hecho cuando decidió contactar al Emperador. Sabía que de no haber informado de esto a su Maestro, las repercusiones punitivas serían muy onerosas. Por otro lado, no se encontraba entre los intereses prioritarios de Vader, el servir a un Emperador inmortal. Palpatine había prometido imponer un orden para la galaxia, un orden en el que Vader creía, y por el cual había luchado. Ese futuro prometido tenía que darse ahora, y las más descarnadas apreciaciones de Vader, eran que esa promesa había sido rota. El Imperio que había emergido para reemplazar a la Vieja República, había traído mucho más caos que orden. Por mucho, tenían entre manos un conflicto bastante más destructivo de lo que le agradaba a Vader. El Señor Oscuro nunca permitiría que semejantes pensamientos se filtraran hacia su Maestro… podían ser demasiado peligrosos. Palpatine nunca debería llegar a saber que Vader mantenía resguardados íntimamente sus deseos de hacerse cargo del Imperio, y de corregir su curso. Si él llegara a conocerlos, Vader seguramente moriría.

La declinación física del Emperador, le había otorgado a Vader la esperanza de que el trono estaría vacante antes de que transcurriera demasiado tiempo. Sería una solución sencilla... y proveería a Vader de una transición sin dificultades a su ascenso como Emperador. Sin embargo, el conocimiento potencial de Ashka Boda constituía una amenaza para tales esperanzas. Vader ya había decidido que Boda tendría que morir. Cuándo y cómo, dependería de la forma en que el Emperador pudiera disponer de las cosas. Vader se había forzado a sí mismo a ser paciente, y a esperar por su oportunidad para destruir a Boda y a sus secretos.

Pero por ahora, Palpatine le estaba haciendo llegar su respuesta.

—Has hecho bien, Lord Vader, al llamar mi atención sobre este asunto. Ven a la Cámara de Audiencias Privadas esta noche, y hablaremos acerca de nuestros planes para hacernos cargo de este Jedi. Hasta entonces, viejo amigo —dijo el Emperador, dejando evidenciar una repentina sonrisa paternal.

El holograma se desvaneció, dejando solo a Vader.

Vader se levantó, satisfecho. La contienda comenzaba de esa manera. El Lord Sith se prometió a sí mismo que él, personalmente,

decidiría cuándo tendría que finalizar.

*****

Completamente solo, en su cámara de meditación, Darth Vader se preparaba a sí mismo, en cuerpo y alma, para la prueba que estaba por afrontar. Unos biomonitores avanzados, regulaban finamente sus funciones vitales, y ajustaban su química corporal para lograr un máximo de rendimiento y energía. Sus sistemas biónicos eran objeto de una recarga, mientras que las placas neurales directas que los controlaban, eran puestas a punto por sensores médicos. La computadora de control de sus sistemas vitales, la cual estaba localizada sobre su pecho, estaba siendo sometida a un proceso completo de auto diagnóstico. Mientras tanto, su casco, permanecía suspendido por un brazo robótico encima de su pálida y profundamente atravesada por cicatrices, cabeza. Sin embargo, sus ojos permanecían cerrados, y su mente estaba completamente abierta en comunión con la Fuerza, recordando...

Hacía más de una década, durante la campaña para aniquilar a los Jedi, Vader había llegado al hogar de un Jedi llamado Ashka Boda, en un distrito perteneciente a los barrios bajos del único puerto espacial en los remansos de aguas estancadas de Utapau. La campaña se encontraba bastante avanzada; la mayoría de los Jedi habían sido derrotados. Las grandes batallas ya habían finalizado. En aquel momento, todo lo que quedaba, era finalizar con los impotentes remanentes de la Orden. Boda era uno de esos remanentes. Su nombre y su localización, habían sido obtenidos a partir de la Computadora Censal principal de Coruscant. Todas las referencias indicaban que él no había huido, y que simplemente estaba permaneciendo allí, en el mismo lugar.

Vader dejó atrás al escuadrón de soldados de asalto que lo resguardaban, mientras ingresaba en la miserable vivienda de Ashka Boda. Las noticias del arribo de Vader, aparentemente no habían afectado la rutina del viejo Jedi; Vader lo encontró justo en el momento de terminar una frugal comida en el mísero apartamento de una sola habitación, localizado en un segundo piso.

Boda no hizo ningún ademán de levantarse, al tiempo que la

descomunal figura de Vader bloqueaba por completo toda la entrada del apartamento.

—He estado esperando por ti —le dijo con una voz debilitada, mientras limpiaba una comisura de su boca—. Y estoy preparado. Adelante. Haz lo que has venido a hacer. Haz lo que debes hacer.

Vader se detuvo por un momento en la entrada, estudiando al hombre que permanecía sentado. Boda no parecía ofrecer ninguna amenaza. Todo lo contrario; parecía ser un hombre resquebrajado, desprovisto de cualquier capacidad de resistencia.

—¿Estás ansioso por morir, anciano? —le preguntó Vader.

—Estoy preparado para morir —le dijo Boda. Levantó sus grandes manos vacías, mostrándoselas a su oponente—. No tengo un sable de luz, así que no puedo enfrentarme contigo. Me di por vencido hace mucho tiempo. Fue la causa de mi última aflicción, así que no lo empuñaré nuevamente. En cambio, tú, podrías cortarme en dos aquí mismo...

Vader se quedó observándolo, evaluando la situación. Iba en contra de su naturaleza el asesinar a un hombre que no ofrecía ninguna resistencia. Aun así, se trataba de un Jedi, y él tenía sus órdenes. Erradicar a los Jedi.

—Si no tienes nada por qué vivir —le ofreció Vader—, ¿porque no te entregas al Lado Oscuro? Hazlo, y servirás a mi Maestro, el cual se encargará de otorgarte una nueva vida por completo

—No —dijo Boda de manera cansina—. Eso no me devolverá a aquellos a los que he perdido – a quienes destruí por mí mismo. Además, estaría traicionando la memoria de mi hermano si me pusiera al servicio de tu Emperador. Sería una mofa a los principios por los que él murió. No... Tan sólo toma mi vida, como te ha sido ordenado. Sería incluso algo misericordioso para mí, si acabásemos de una vez.

Vader asintió, observando detenidamente la cara del viejo hombre, grabándola en su memoria. No sería el primero, ni tampoco el último que debería morir. Simplemente era el siguiente. Alargó una mano cubierta por un guante negro, e hizo que se contrajera en un solo movimiento. La Fuerza fluyó bajo sus órdenes, e hizo presa del corazón del anciano. Ashka Boda se dobló en dos mientras su corazón era oprimido en medio del pecho. Se desplomó de su silla al tiempo que su corazón se detenía, colapsando sobre el

desaseado suelo. Entonces, su último aliento lo abandonó.

Después de esperar un minuto, Vader caminó por encima del cuerpo desmadejado, y procedió a examinarlo. Extrajo un pequeño escáner, y lo sostuvo sobre el cadáver. No había signos vitales. Sin embargo, sospechando que pudiera ser víctima de un engaño, Vader probó con la Fuerza para detectar cualquier atisbo de vida dentro de Boda, pero no pudo encontrar ninguno. No se encontraba en un trance de hibernación. El anciano en verdad, estaba muerto.

Vader se dio cuenta de que el cuerpo no se desvanecía, como en ciertas ocasiones sucedía con algunos de los Jedi. El asunto no lo perturbó en lo más mínimo. El poder de desvanecerse, estaba en función de ser particularmente cercano a la Fuerza en su Lado Luminoso. No siempre ocurría, particularmente si el espíritu estaba corrompido. La evidente desesperación de Boda, sugería que había hecho algo terrible en el transcurso de su vida. Finalmente, Vader dejó el cuerpo donde estaba, y descendió las estrechas escaleras que conducían a la frentera del ruinoso edificio. Caminando con paso firme, atravesó el grupo de soldados de asalto que rodeaban la decaída fachada, haciendo un gesto en dirección hacia el edificio, mientras daba una única orden.

—Quémenlo. —Los soldados enfundados en las blancas armaduras se apresuraron a cumplir con su cometido...

Vader despertó de su trance de recuerdos al momento en que su máscara y su casco eran firmemente sujetados en su lugar una vez más. Se sentía físicamente recuperado, y con un propósito bastante claro. Él había estado seguro de que Ashka Boda había muerto aquel día en Utapau, pero era obvio que había algo más detrás del hombre al que había visto sentado en ese pobre comedor del puerto espacial. Con todo, no importaba qué clase de poderes o secretos hubiera poseído el anciano. Cuando Boda había visto a Vader en los jardines, había salido por piernas, probando que ni siquiera ahora podía comportarse como un guerrero. A Vader no le cabía ninguna duda. Él ya había matado a Ashka Boda una vez... bien podría hacerlo de nuevo.

CAPÍTULO II

El hombre que había ocasionado semejante consternación en Vader, en verdad había salido corriendo apenas había visto al Lord Sith. Boda no tenía ningún deseo de confrontar a Lord Vader, al menos no con unas perspectivas tan poco favorables. Sería un enfrentamiento inútil, ya que el verdadero objetivo de Boda era el Emperador Palpatine. Había aprendido bastante acerca de Vader a lo largo de los años, mientras trabajaba en el Palacio como jardinero. Sabía que el Señor Oscuro era tan sólo un sirviente, un esclavo de su Maestro, quien era el verdadero espíritu maligno. Vader no era un oponente a ser destruido, sino tan sólo un obstáculo a ser removido. Boda evitaría a Vader en la medida de sus posibilidades, ya que no deseaba arriesgarse a ser asesinado por él antes de que sus planes dieran fruto.

Boda sabía que sería la confrontación final para Palpatine y para él mismo. Desde el preciso momento en que Vader lo había visto, Boda había sabido que su tiempo para planificar y conspirar se había terminado. ¿Y acaso eso podía ser algo tan malo? Había estado preparándose por años y años. Tal vez necesitaba de un pequeño empujón para entrar en acción finalmente.

El avistamiento de Vader había sido un error, un encuentro fortuito. El Lord Sith nunca visitaba los jardines del Palacio, así que Boda siempre se las había compuesto para evitar a Vader manteniéndose en el interior de los mismos, y no saliendo ni siquiera de su casa en el techo de la artificialmente mantenida floresta. El evitar a Vader había sido importante -- Boda estaba agradecido con Vader por haberle permitido una segunda oportunidad de vivir, pero sabía que Vader no se sentiría de la misma manera. Pero ahora, todo eso había finalizado y lo que estaba hecho, pues estaba hecho; había sido descubierto, por lo que ahora tendría que estar preparado. El Emperador enviaría a Vader en su búsqueda, razonaba Boda. El Señor Oscuro se había convertido en la máquina asesina de Jedis de Palpatine desde los tiempos de la Gran Purga. Boda decidió que tendría que enfrentarse con el Lord Sith aquí, en su propio invernadero, en donde sus plantas podrían otorgarle ciertas ventajas. Una vez que Vader quedara fuera del juego, sería el momento para ir por Palpatine, y

para hacerle llegar al Emperador su largamente merecida muerte. Iba a ser algo glorioso. Tras prolongados años de paciente trabajo, Boda había sembrado el Palacio con suficiente material explosivo. Se trataba de una bomba colosal que estaba esperando a ser detonada. Y lo sería, una vez que Boda estuviera seguro de que él y Palpatine estaban dentro del rango de ella. Así podrían morir juntos...

Boda siguió caminando entre las filas de árboles Bafforr, bajo la amplia cubierta de transpari-acero, repasando en su mente los detalles para poder defenderse con eficacia. Su casa era un vasto invernadero montado encima de uno de los rascacielos de la ciudad imperial de Coruscant. La acristalada fábrica de producción de alimentos, había sido construida alrededor de los apartamentos originales de los áticos del edificio, para ayudar a alimentar a la enorme cuidad, pero hacía bastantes años que Boda había hecho del lugar, su hogar. Empleando la Fuerza, había convencido a los propietarios originales de venderle el predio a un precio bastante asequible, y ahora era en su propio jardín, en donde crecían las exóticas plantas de cuyo acompañamiento él disfrutaba más que de la compañía de la propia gente. Aquí, él mantenía gigantescas plantas carnívoras, parras móviles, y hongos explosivos. Ellas eran las encargadas de protegerlo de una forma bastante confiable. Aquí también era donde se encontraban sus adorados árboles Bafforr, criaturas sensibles que le hablaban a su inusual manera, advirtiéndole de los peligros, y evitándole la sensación de soledad. Y lo mejor de todo eran sus musgos Phelarion de olor dulce, pertenecientes a una suave especie de color verde grisáceo, que rellenaban cada rincón y cada grieta, calmando a Boda y disipando sus ansiedades. Realmente se encontraba en casa, y sabía que su casa pelearía junto con él.

Boda aparentaba tener unos sesenta y cinco años de edad. Sus manos eran grandes y rudas, llenas de callosidades producto de los muchos años pasados en la labor de la jardinería. Las múltiples arrugas alrededor de sus ojos, estaban ensombrecidas por su engrosada frente. Boda tenía los ojos entrecerrados permanentemente, producto de la gran cantidad de años de estar mirando al sol. Tenía una actitud paciente, calmada, lograda a partir del contacto con la paz de las cosas que crecían lentamente.

El sencillo traje de color marrón sin mangas de Boda, era llevado de manera holgada, de manera similar al estilo de los Jedi. Mantenía oculto un sable de luz que nunca había sido mostrado mientras hubiera alguien que pudiera apreciarlo. Su ropa y su calzado eran antiguos, estaban bastante usados, y siempre permanecían cubiertos por restos de suciedad. Tenía una voz ronca, pero raramente la empleaba, prefiriendo el silencio de los jardines y de sus pensamientos privados acerca de su planificada caída de Palpatine. Era mejor permanecer en solitario. Las personas tendían a sentirse incómodas en su presencia, percibían que había algo extraño acerca de él, a pesar de su apariencia ordinaria. Boda no quería ser detectado, así que permanecía a solas.

Pero no siempre había sido un solitario. Alguna vez, había vivido con su hermano... un hermano con el que había estado en desacuerdo profunda y apasionadamente. De hecho, se había tratado de un desacuerdo que no se había resuelto incluso con la muerte. El tan sólo pensar en ello, hacía que todos sus recuerdos empezaran a ser revividos en la mente de Boda. Tenía una memoria privilegiada, junto con fuertes emociones que no podía desprender de la misma. Boda no podía resistirlo, y siempre terminaba regresando al principio, a donde todo esto había empezado...

—No, Vantos, yo... no puedo permitirte que sigas adelante con todo esto —decía Ashka Boda. Jadeaba producto del agotamiento, mientras se trepaba a la amplia meseta junto con su hermano, quien también estaba exhausto.

Vantos Boda se quedó observándolo, jadeando fuertemente, todavía incrédulo. Los hermanos permanecían parados en la cara rocosa al borde de un acantilado, llena de salientes cortantes y escaleras de piedra natural. La base del acantilado se encontraba a una considerable distancia por debajo de ambos, y aún mucho más arriba por encima de ellos, se hallaba la solitaria casita en donde el niño de la visión de Vantos vivía en solitario junto con su padre. Vantos había insistido en aproximarse a la vivienda de esta manera, a fin de evitar ser divisados mientras ascendían por el amplio camino en la otra cara de la montaña. Su plan era acechar la casa sin ser observados, esperar una oportunidad para apoderarse del niño, y luego eliminarlo rápidamente con golpe de su sable de luz.

Secándose el sudor de su frente, Vantos le espetó.

—¡No puedes estar hablando en serio! Ashka, me estás disgustando. ¿Cómo puedes hacerme esto ahora, si ambos estamos metidos hasta el cuello en este asunto? Pensé que ya te habías convencido. Entonces, ¿por qué me seguiste a lo largo de todo este camino si pensabas echarte atrás en el último segundo?

—Nunca dije que estuviera de acuerdo contigo, Vantos —le respondió Ashka, hablando en medio de un fatigado enojo—. Yo nunca podría avalar el asesinato de un niño. He venido contigo para estar a tu lado, en caso de que decidas abandonar tus perversos objetivos.

Vantos gruñó, pero Ashka simplemente lo ignoró.

—Sí, perversos, Vantos. No trates de engañarte. Te diriges por el camino que conduce al Lado Oscuro. No quiero perderte... pero si haces esto... ya estarás irremediablemente perdido. Quiero que me entiendas muy claramente. No estoy respaldándote, ni voy a permitir que lleves a cabo esto solo. Yo... yo debo detenerte ahora mismo. Cueste lo que cueste.

Vantos se quedó observando fijamente a su hermano.

—Oh, empiezo a entenderte, Ashka. Estás amenazándome, a mí, a tu propio hermano. ¿Me matarías si tuvieras que hacerlo? ¿Es que acaso vale tanto para ti? Escúchame. No todo tiene que terminar de esta manera.

Ashka no replicó. Sostuvo la mirada de Vantos con la suya propia, y con los ojos horrorizados.

—Tú ya me has matado —continuó Vantos—, y has permitido que ese niño sobreviva. Él crecerá, ¡y matará a trillones! ¿En serio deseas vivir con esa carga? Todas esas muertes pesarán sobre tu cabeza. Hablas acerca del Lado Oscuro… ¡ese niño va a ser el mayor Maestro del Lado Oscuro que jamás haya existido! Va a destruir nuestra Orden, barrerá con todos los Jedi. Va a construir una máquina que podrá destruir un mundo entero. Va a traerse abajo a la República, y se convertirá en el Emperador de una galaxia en cadenas. Pero yo tengo la oportunidad de evitar todo eso. Esa visión llegó hasta mí con un propósito. La misma Fuerza quiere que yo sea el salvador. ¡Tal como se lee en el Diario de los Whills! 'Y en un tiempo de gran desesperación, se verá venir un salvador, el cual será conocido como el Hijo de los Soles.'

Vantos pronunciaba cada palabra como si estuviera sintiéndose

embargado por la emoción.

—Ashka, ¿qué significa la vida de un niño, si la contraponemos con la vida de billones de seres? ¿Incluso si tengo que perder la vida? Si tengo que morir por esto, estoy dispuesto a hacerlo. Incluso… incluso si tú…

Vantos bajó la mirada, apartando sus ojos de los de su hermano.

Ashka adoptó un tono suplicante.

—Esos argumentos no me persuadieron antes, y no lo harán ahora. Escucha a la razón, Vantos. Este niño, este Espaa Pestage, es tan sólo un niño. Él no ha hecho ninguna de las cosas de las cuales estás hablando. ¡La República y la Orden Jedi se encuentran bien! Lo que estás diciendo, no tiene ningún sentido. Nadie, niño o adulto, podría ser capaz de hacer todas esas cosas. ¿Recuerdas lo que nos enseñaba nuestra Maestra cuando nos entrenaba? Ella decía que uno puede entrever el futuro, pero que éste no está establecido por completo. Cualquier cosa podría cambiarlo. Tu visión podría ser producto de la fantasía.

—No, Ashka —dijo Vantos, con la voz cavernosa—. Ésa no fue una vislumbre nebulosa del futuro. Ésa fue una visión diáfana, completamente clara, con tantos detalles, que… que... Ashka, contenía tantos horrores acerca de lo que está por venir, que te volverías loco si pudieras verla. La Fuerza misma no desea que suceda. El Lado Luminoso me ha permitido percibir lo que viene más adelante, porque necesita que yo lo detenga.

—¿Qué ocurre si tu visión no hubiese provenido del Lado Luminoso? —le preguntó Ashka—. ¿Qué ocurre si es el Lado Oscuro el que requiere que actúes, y la forma en que lo desea, es que tú asesines a este niño? La Maestra Dina nos enseñó que no hay camino de regreso desde el Sendero Oscuro. ¡Y al final, terminará por destruirte!

Vantos cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Sé lo que he visto, y sé lo que pude sentir. Tengo que hacer esto ahora, por el bien de la República. Soy su jurado protector, y éste es mi deber. No te interpongas en mi camino. Vete a casa Ashka, antes de que uno de nosotros pierda la vida.

La única contestación por parte de Ashka, fue ponerse en guardia y encender su sable de luz. Se mantuvo firmemente en posición de combate.

Vantos sacudió su cabeza con enojo.

—Ése es un error, hermano mío. De nosotros dos, yo siempre he sido el más habilidoso con el sable de luz, y por mucho. Siempre te he derrotado, y conozco todas tus debilidades. —Vantos encendió su propia arma, y lentamente dirigió la hoja plateada en contra de su hoja gemela en las manos de Ashka. Las hojas destellaron y chisporrotearon ligeramente al entrar en contacto. Un zumbido crujiente se dejó escuchar en el aire.

Ashka y Vantos tomaron sus posiciones de ataque sobre la meseta. La pedregosa plataforma sólo tenía seis pasos de ancho; más allá de ella, se abría una siniestra caída. Ashka empezó a sudar como resultado de la ansiedad. Vantos parecía estar tenso, pero sereno, con una expresión fría sobre su rostro. Ashka hizo el primer movimiento, balanceándose rápidamente en dirección a la cabeza de Vantos. El golpe fue bloqueado por completo, y de manera forzada, Vantos desvió la hoja hacia abajo, lejos de sí mismo. Ashka dio unos cuidadosos pasos hacia atrás, con el peligroso abismo en su lado derecho. Vantos mantuvo su posición, con una postura defensiva. Ambos intercambiaron varios mandobles más, pero cada vez que Ashka atacaba, Vantos parecía adivinar la forma en que su hermano golpearía. La hoja de Vantos estaba allí para bloquear la de Ashka, aun cuando Ashka todavía no había decidido hacia dónde dirigirse. Un largo giro fue bloqueado en la parte de abajo, y un fuerte empuje fue esquivado. Ashka giraba y golpeaba nuevamente en la parte alta, pero Vantos rápidamente se agachaba. Después de evitar una serie de salvajes golpes, Vantos terminaba saltando como si nada, hacia un costado. Rápidamente Ashka empezó a sentirse frustrado. Vantos estaba librando una batalla puramente defensiva, y al parecer, lo hacía sin demostrar el menor esfuerzo. Por el contrario, Ashka estaba quedándose irreflexivamente sin energía. Habían escalado una pronunciada cumbre, y una vez que él se hubiera cansado lo suficiente, Vantos haría algún movimiento para someterlo, y continuaría subiendo la montaña. Se sintió envuelto por una sensación de que el tiempo se le acababa de manera acelerada. Con un retorcijón en los intestinos, Ashka imprimió una fuerza temeraria a su siguiente golpe. Vantos pareció anticiparlo nuevamente; dio un paso hacia atrás, y esquivó el ataque por completo.

—Ése fue un mal movimiento —le restrelló Vantos—, tú siempre te extiendes demasiado.

El exhausto Ashka se había inclinado demasiado en su fulminante ataque. El golpe de retorno de Vantos martilló hacia abajo la mano de Ashka, haciendo que éste soltara el arma que sostenía en su mano. Al mismo tiempo, Vantos aprovechó por completo el momento de debilidad de su hermano, para desestabilizarlo y empujarlo sobre el borde de la meseta. Ashka cayó pesadamente, al tiempo que sus piernas se deslizaban sobre un costado, mientras luchaba por aferrarse a algún asidero. Sus dedos desesperados encontraron un apoyo, pero fue todo lo que pudo hacer para evitar caer en picado por la pared del acantilado. Sus piernas se balanceaban en el aire por debajo de la meseta.

Vantos lo observaba de manera imperturbable. Apagó su sable de luz y lo enganchó en su cinturón.

—Lo lamento Ashka —le dijo—, pero la pelea fue algo que tú quisiste. Has sido un tonto. ¿Acaso no puedes entenderlo? ¡He podido ver el futuro! ¡Incluso pude ver nuestra pelea! Traté de detenerte, pero no me escuchaste. Sostente lo mejor que puedas. Regresaré por ti, tan pronto como haya terminado con lo que tengo que hacer. Si no puedes evitar caer en el abismo... tan sólo recuerda las técnicas de sanación que nos enseñó la Maestra Dina.

—Pero Vantos- —protestó Ashka.

—Ésta es mi victoria —lo interrumpió Vantos—. No esperaba tener que llegar a esto, pero ya está hecho. Quizás nunca llegues a agradecerme por ello, pero lo que voy a hacer… también lo hago por ti. Volveré por ti cuando todo haya finalizado.

Mientras Ashka Boda se sostenía tenazmente a la meseta, Vantos Boda se dio la vuelta y empezó a escalar cada vez más alto, dándole la espalda a su batallador hermano. Ashka sabía que Vantos estaba perdido para él. Abriéndose a la Fuerza, empleó algunos preciosos segundos para desprenderse de su ominosa fatiga. Sus pies exploraron y hallaron una roca que protruía por debajo de la meseta, sobre la cual ganó un apoyo para sus extremidades; habiéndose asentado sobre ella, respiró profundamente. Aunque el movimiento hizo que se deslizara un poco más, soltó una de sus manos que lo sostenían, y abrió su palma en dirección hacia su caído sable de luz. El arma tintineó y rodó hacia su mano, impelida

por la Fuerza. Una mirada en dirección a su hermano, quien mantenía una sola idea fija en su cabeza, le reveló que éste aún no lo había descubierto, pero que se encontraba llegando a la cumbre, hasta casi quedar fuera de su alcance. Ashka realizó unas pocas inspiraciones lentas pero profundas, hizo rechinar sus dientes y entró en acción. Impulsándose con su otra mano y sus piernas, se elevó lo suficiente para activar y lanzar su sable de luz, guiándolo por medio de la Fuerza. De inmediato, perdió su apoyo sobre la meseta, y cayó en espacio abierto. Por un momento, pudo observar el plateado sable dando vueltas en dirección hacia la desprotegida espalda de su hermano. No pudo llegar a apreciarlo, pero mientras caía, escuchó un aullido agonizante que recordaría por todo el resto de su vida. El grito de muerte de su hermano.

Acto seguido, Ashka se desbarrancó, golpeando sobre las rocas que se encontraban en el fondo del acantilado. Su cuerpo había rodado una buena distancia por la pendiente, pero el sentido de la conciencia de Ashka se había desprendido de él, y sin que ni siquiera hubiera podido notarlo.

Ashka despertó la mañana siguiente con la sensación de que las manos de otra persona empezaban a examinar su cabeza. Parpadeó frente a la brillante luz del sol, y enfocó su mirada sobre el largo y delgado rostro de un hombre de edad mediana, que se inclinaba preocupado sobre él. Ashka pudo percibir la sangre seca coagulada sobre su piel mientras cambiaba de posición, lo cual le despertó un gesto de dolor. No había tratado de mover sus extremidades aún, no al menos hasta que pudiera examinarlas a través de su sentido de la Fuerza.

—Soy... Ashka Boda... Mi... mi hermano —carraspeó—, ¿está... muerto?

—Tu hermano —repitió el larguirucho extraño—. Sí, ya veo. Eso explica lo del cuerpo allá arriba, en la cima del acantilado. Lo lamento, pero sí, tu hermano está muerto.

Ashka gimió muy despacio. Así que era cierto. En verdad. Su hermano, su compañero de entrenamiento... su única familia...

estaba muerto. Unos repentinos fragmentos de memoria se agolparon sobre Ashka —los dos enterrando a sus padres, aprendiendo los caminos de la Fuerza con la Maestra Dina... él y Vantos rugiendo y riendo en medio de una borrachera. Todo eso... ahora, todo eso se había ido.

—Lo encontré cuando andaba buscando a mi hijo —dijo el extraño—. Está desaparecido y estoy muy preocupado por él. Estaba peinando la pared del acantilado – a Espaa le agrada ir hacia ese lugar solo -, cuando encontré el cuerpo. Él fue asesinado por un sable de luz. ¿Acaso era un Jedi? ¿Lo eres tú?

—Sí —dijo Ashka lentamente—. Ambos éramos Jedi. Yo... lo maté con mis propias manos. Él iba a asesinar a tu hijo. Tenía que detenerlo.

Ashka empezó a toser dolorosamente.

El extraño hizo una mueca, y extrajo un pequeño frasco del bolsillo de su chaleco. Delicadamente, vertió su contenido dentro de la boca de Ashka. Era agua. Ashka bebió agradecido.

—¿Mi hijo? —estaba diciendo el hombre—. ¿Por qué tu hermano querría hacerle eso? ¿Sabes en dónde está Espaa? ¿Se encuentra bien?

—Nosotros... no llegamos a ver a tu hijo. Lo lamento. —Ashka cerró sus ojos—. Vantos tuvo una visión... que tu hijo iba a convertirse... iba a convertirse hacia el Lado Oscuro, y que iba a matar a mucha gente. Él pensaba que era su responsabilidad... detenerlo antes de que- —Un estremecimiento de dolor sacudió la pierna de Ashka, e hizo un gesto de agonía.

—¿Tu hermano tenía algo que ver con esos tres hombres que vinieron hace dos días?

—¿Hombres? —dijo Ashka, confundido—. ¿Qué hombres? Nosotros no vimos a nadie más.

—Escúchame —dijo el hombre—, mi nombre es Sate Pestage, y yo vivo solo aquí con mi hijo. Mi esposa Gemsaa murió mientras daba a luz... ella era una Curandera Jedi, pero no pudo salvarse a sí misma. Espaa es todo lo que me queda de ella. Esos hombres que vinieron a nuestra casa... ellos querían llevarse a Espaa, para que pudiera 'cumplir un importante destino'. Por supuesto que yo no iba a permitir que se fuera con unos completos extraños. Les dije que nos dejaran en paz. ¿Estás seguro de que no sabes nada acerca de

esto? Ellos se hacían llamar los 'Sith'. Pienso que regresaron a mi casa de noche y en completo silencio, y secuestraron a mi hijo. No tengo idea de quiénes puedan ser. Estoy aterrorizado con la idea de no poder volver a ver a mi hijo.

Mientras Pestage hablaba, Ashka empezó a sentir que se hundía en medio del frío sentimiento de haber fracasado. Sentía que físicamente estaba sumergiéndose en una escalofriante sombra que no le permitiría salir hasta que estuviera muerto. Como Caballero, Ashka sabía quiénes eran los Sith: una Orden de magos del Lado Oscuro de origen milenario. Hasta donde alcanzaban los conocimientos de los Jedi, todos ellos habían sido reducidos al polvo, y la amenaza que representaban, pertenecía a la historia antigua. Pero tres Sith se habían presentado en este mundo, en este lugar, para hacerse con el mismo niño del que Vantos había tenido una visión en la que se convertía en un Maestro del Lado Oscuro, un sombrío Emperador que sometería a la galaxia. ¿Acaso Vantos habría tenido la razón? ¿Acaso Ashka habría matado a su hermano, sólo para permitir que los Sith obtuvieran su trofeo? La confusión y el remordimiento empezaron a sobrecoger a Ashka. Se dejó deslizar una vez más hacia un estado de inconsciencia, mientras las palabras de Vantos retumbaban en su cabeza...

—¿Acaso deseas vivir cargando semejante responsabilidad? Todas esas muertes pesarán sobre tu cabeza...

*****

El recuerdo empezó a desvanecerse mientras Boda se inclinaba sobre su árbol Bafforr, permitiendo que la paz de toda la arboleda, fluyera encima de él. Su lucha con su hermano siempre sería un recuerdo conflictivo, pero ya era parte del pasado. La única cosa importante que quedaba por validar del desagradable suceso, era si aquella antigua visión había sido verdadera. Boda no pudo contener un suspiro. Cuán certeramente precisa había sido...

Boda estaba completamente seguro de que el muchacho de la visión, Espaa Pestage, era la misma persona que el Emperador Palpatine. De acuerdo, el nombre era diferente, pero era probable que hubiera tenido que ser cambiado para evitar cualquier

injerencia por parte de alguien que quisiera inmiscuirse en su pasado. La prueba confirmatoria, para Boda, era la dedicada devoción con la que servía Sate Pestage al siniestro Emperador. Era algo casi... paternal.

Si de hecho, Espaa hubiera sido entrenado por los Sith, eso explicaría su dominio de los poderes del Lado Oscuro. Pero en algún momento del proceso, Espaa debería haber superado a los Sith, ya que en el momento actual, todos los Sith habían desaparecido, y su último remanente -el Señor Oscuro-, era su devoto servidor. Además, también había cumplido con la mayoría de los hechos anticipados por la profética visión. Había presidido la destrucción de la República, había planificado la caída de la Orden Jedi, y se había transformado en un tirano en su puesto como Emperador. Es cierto, no había construido una máquina que pudiera destruir por completo un planeta, pero teniendo en cuenta la construcción de los Destructores Estelares, ¿acaso no podría ser semejante máquina, lo que estuviese por venir en un futuro próximo?

No importaba cuántos años hubieran transcurrido, ni cuánta maldad hubiera llegado a desplegar o no Palpatine. Lo que realmente importaba, era que la justicia tenía que ser administrada. Tan sólo la muerte de Palpatine podría acallar la injusticia cometida hacía tanto tiempo atrás, cuando un hermano había sido asesinado por su propio hermano. Y la justicia llegaría pronto, trayendo un fuego purificador junto con ella. Boda también estaba preparado para purgar su omnipresente dolor de la misma manera.

CAPÍTULO III

El capitel más elevado del Palacio Imperial, y por lo tanto, el punto más alto de cualquier edificación construida sobre Coruscant, contenía un pequeño habitáculo elaborado por completo con transpariacero, conocido como la torre de observación del Emperador. La habitación tenía la forma de un cilindro, y su soberbio panorama externo podía ser visualizado a través de cualquiera de sus paredes; se encontraba vacía por completo, a excepción de un trono gravitante que podía ser elevado sobre el piso desde la habitación inferior. El Emperador gustaba de sentarse allí para contemplar todo su dominio planetario, el cual mostraba que todo lo que había allí debajo, le pertenecía por entero. Él podía reivindicar la posesión de muchos mundos distantes localizados en el Borde Exterior, pero la Ciudad Imperial era algo que podía tocar y verdaderamente poseer.

Esa tarde podía apreciarse una magnífica visión, como era usual, y a Palpatine le servía para distraerse de sus crecientes miedos acerca de su progresiva declinación física. El sol acababa de ponerse, y dos pálidas lunas se habían hecho visibles, colgando en medio del crepuscular cielo. La mortecina luz revelaba la superficie de un planeta no salpicado por tierras baldías, sino por una infinidad de edificios, con enormes grupos de rascacielos similares a catedrales que se elevaban a partir de una amplia vastedad de tejados, plazas públicas y puertos espaciales. A nivel de los tejados, los estrechos espacios entre los edificios se miraban como si fueran largas avenidas que confluyeran hacia la atalaya del Emperador, pero en la actualidad parecían sombríos cañones en medio de los cuales se aglomeraban ventanas y tuberías de conexión que descendían hacia la oscuridad en donde la luz se extinguía, como en los niveles inferiores de una selva densa.

La ciudad se extendía desde un extremo hasta el otro del horizonte, un mundo de estructuras densamente empaquetadas que se entremezclaban unas con las otras desde el ventajoso punto de vista de la torre de observación. Los edificios que sobresalían de ese informe maremágnum, eran los colossi, estructuras que se elevaban por encima del resto como si fueran castillos en medio del campo. Entre estos se hallaban las ciclópeas paredes de la Plaza de los

Monumentos, un parque cerrado en donde uno podía tocar las rocas primigenias de un pico montañoso sin tener que ir tan lejos hacia el sur, hasta la cordillera Manarai, así como poder apreciar múltiples estatuas del propio Emperador. La mirada de Palpatine también se posó sobre el edificio del Senado, con sus pilares esculpidos en piedra. Alguna vez, había sido la estructura más elevada sobre el planeta, pero en el momento actual, el Palacio proyectaba su sombra por completo sobre él. El Emperador sonrió mientras miraba despectivamente hacia el lugar en donde alguna vez había servido como Senador. Ah, cuán poderoso se había vuelto, pensó. Hizo un movimiento girando su trono, para apreciar la cada vez más creciente Universidad de Coruscant, con sus millones de estudiantes, todos los cuales aprendían tópicos aprobados por el Imperio. Por allí se encontraba la Corte Imperial de Justicia, la cual había impuesto leyes más rigurosas, y el gigantesco cubo que era la sede de la oficina de Operaciones de Seguridad Imperial, en donde se congregaban los agentes del Nuevo Orden. Y más allá se podía apreciar el sombrío castillo de Lord Vader una siniestra estructura que combinaba perfectamente con su propietario. Era la única construcción sin la magnificencia de las superficies iluminadas del resto de edificaciones vecinas. El Emperador disfrutaba del brillo de la ciudad que provenía de todos lados, sonriendo con satisfacción.

Sus ojos, de manera automática, evitaban ciertos sectores del Centro Imperial; ignoraban, por ejemplo, las áreas segregadas de los alienígenas, y no se detenían ni un segundo sobre los lugares en los que se podría vislumbrar el decadente inframundo de Coruscant. En lugar de ello, se elevaban hacia los excelsos horizontes, en donde un flujo constante de naves, volaba sobre y contra el brillante verde y rojo de las nocturnas auroras celestiales. Era un espectáculo hermoso, pero se había guardado lo mejor para el final. Palpatine se levantó de su trono, y caminó hacia la ventana. Mirando hacia abajo, podía contemplar su obra maestra por debajo de él, su mundo, su Palacio. Había sido edificado sobre el antiguo Palacio del Canciller, había sido re-estructurado, agrandado y embellecido de acuerdo a sus designios. Era un híbrido ente una catedral y una pirámide, construido de piedra pulida gris-verdosa, y de relucientes cristales reflejantes, adornado con mármol y tallados hechos en base a los antiguos símbolos de los Sith. La estructura nunca estaba a

oscuras, y de noche, permanecía iluminada como si el sol hubiera sido atrapado dentro de una montaña hueca de vidrio, una fortaleza luminosa con capiteles en forma de huso, y torres de aspecto frágil que se elevaban a partir de cualquier superficie plana concebible. El Palacio era el monumento de Palpatine a sí mismo. Amaba apreciar su majestuosidad, la cual reflejaba la suya propia. Su mundo contenía tesoros y prisiones, centros informáticos y armerías, bibliotecas y áreas residenciales, bóvedas y estudios, cámaras de audiencia y salones del trono. Pero lo más importante, su mundo lo contenía a él mismo. Pero… ¿por cuánto tiempo?

Como siempre lo hacían de manera invariable, los pensamientos de Palpatine terminaban regresando a su mayor problema – su acelerado e inevitable envejecimiento. Por ahora, era el propietario de este magnífico mundo, pero la desapacible muerte aguardaba en medio de las sombras, desgranando las madejas del tiempo, hasta que pudiera apoderarse de todo. No podía tolerar el pensamiento de otra persona rigiendo *su Imperio,* una vez que él se hubiera ido. ¿Pero qué podría hacer? Era la víctima de una espantosa ironía. El mismo poder que había empleado para elevarse tan alto, ahora estaba consumiéndolo. Había llegado a la siguiente conclusión: Palpatine necesitaba del Lado Oscuro, más de lo que el Lado Oscuro necesitaba de él. El Lado Oscuro eventualmente terminaba por consumir a sus campeones, tan hambriento de destruir la vida, que engullía incluso a sus más grandes servidores. De acuerdo con sus estudios acerca de los Sith, si un gran adepto del Lado Oscuro muriera, su espíritu se perdería para siempre en el aullante caos propio del Lado Oscuro. Sabiendo que eso era lo que le esperaba, sólo le quedaba una única cosa por hacer. Debía encontrar una forma para no morir en absoluto.

Hasta ese momento, su búsqueda no le había producido resultados. Por ello, vivía con miedo cada día. Era como una carga aplastante, insustancial como el aire, pero pesada como el mismo Palacio. Él se esforzaba por negar su temor, por enterrarlo muy dentro de él. El miedo era esclavizante, y Palpatine era un servidor soberbio, no un esclavo. Sabía que merecía en gran medida el poder que le había sido conferido. Al mismo tiempo que expandía su Imperio, sembraba terror, ira y agresión a lo largo del espacio, alimentando el Lado Oscuro a una escala galáctica. Su regalo a la

Oscuridad, era el caos al que irónicamente denominaba el Nuevo Orden. Todo lo que pedía a cambio, era que pudiera ser respetado. Pero sus carnes marchitas eran la respuesta a sus súplicas – el Lado Oscuro era indiferente, inconsciente, amoral, e implacable.

Palpatine no estaba preparado para admitir su derrota. Si pudiera haber alguna forma de esquivarla, él terminaría por encontrarla. Continuaría investigando cada posible alternativa. Este extraño Jedi al que Vader había avistado... ahí había una posibilidad. Vader había jurado que había matado a ese hombre, y aun así, él estaba aquí en el Palacio. Por supuesto, era posible que Vader estuviera equivocado... o incluso – le aterraba pensar eso de su leal servidor – que lo estuviera engañando. Pero algo le decía a Palpatine que eso no era así. Un tremor en la Fuerza... a escalofrío a través de su alma... los instintos del Emperador raramente se equivocaban. Este Ashka Boda era alguien importante. Sabía cosas... secretos que pronto le revelaría a Palpatine en el centro de interrogatorios. Tal vez hasta el mismo secreto para sobrevivir a la muerte. Se estremecía de antemano. Con la inmortalidad y su propio genio tenebroso, no habría nada que no pudiera realizar.

Se retiró de los vitrales. Era momento de ir a encontrarse con Lord Vader. Entonces su siervo tendría que salir y hacer que Ashka Boda compareciera ante él. Y tan sólo para asegurarse de que Vader llevara a cabo su misión de la manera adecuada, estaba pensando en asignarle al Señor Oscuro, una compañera. La participación de Vader en todo este asunto, permanecía siendo ambigua, su conexión con Ashka Boda no había sido completamente aclarada. Boda era una presa demasiado importante como para arriesgarse a que pudiera ser asesinado... prematuramente. Así que era tiempo para traer a la luz, a su nueva y más preciosa herramienta. Su propia creación... la nueva Mano del Emperador.

*****

La cámara de audiencias principal, estaba compuesta por un amplio corredor con un piso excavado. Las plataformas para los guardias imperiales se alineaban a lo largo de las paredes, en las cuales también se encontraban estaciones informáticas de servicio. Justo

en ese momento, mientras Darth Vader atravesaba el ambiente por debajo de las mismas, aquellas plataformas se encontraban vacías. Ésta iba a ser una reunión privada. En el extremo más alejado, amplias escalinatas ascendían hasta el trono. En la parte superior, se hallaba una plataforma para proyectar hologramas. La cúpula del tejado se encontraba extremadamente alta, con elongados paneles luminosos que corrían verticalmente a lo largo de las paredes. Por detrás del trono, y a cada uno de sus costados, se apreciaban ventanales circulares, divididos por barras pulidas semejantes a los radios de una rueda. Las barras estaban unidas por pequeñas piezas circulares a pequeños intervalos, dando la impresión de una telaraña redondeada. Una cuarta de dichas ventanas estaba posicionada justo por encima del trono, dominando todo el ambiente. Vader reflexionaba con cierta amargura, que quedaban muy pocas personas que pudieran reconocer que, en la forma de cada una de esas ventanas, estaba representado el símbolo de los Sith para el caos.

El Maestro de Vader se encontraba aguardándolo en el trono, en la parte más alta de las escalinatas. Luego de que Vader hubiera subido hasta llegar a un nivel ligeramente por debajo del nivel de los ojos del Emperador, se detuvo y se inclinó haciendo una pequeña reverencia desde la cintura.

—Bienvenido, amigo mío —le dijo el Emperador—. Tenemos muchas cosas que discutir. —Palpatine le sonrió al más apreciado de sus sirvientes. Vader tembló ligeramente. El Emperador representaba una intensa concentración de los poderes del Lado Oscuro, como si se tratara de una negra flama incandescente. Desde el momento mismo en que comenzó la nueva existencia de Vader, él siempre había anhelado estar en presencia de su Maestro. Estando a su lado, se había sentido como calentado por un fuego, o como refrescado por una brisa. Él llenaba el vacío de su interior con un propósito. Vader conjeturaba que su Maestro andaba transfiriendo algo de su energía en la Fuerza hacia él, tal vez como una recompensa por sus servicios. Se enderezó, y simplemente le preguntó.

—¿Cuáles son sus órdenes?

Palpatine se inclinó hacia adelante desde el trono.

—He tomado en cuenta muy seriamente tus reportes acerca de

ese Jedi aquí en el Palacio, Lord Vader. Es una circunstancia que me perturba grandemente. —El Emperador hizo una breve pausa—. Pero encuentro que tu afirmación acerca de que este Jedi ha regresado de la muerte es cuando menos... cuestionable.

Vader sintió que se le erizaban los pelos, mientras Palpatine continuaba delicadamente.

—No cuestiono la veracidad de tus palabras para conmigo, servidor mío. Sin embargo, es posible que tú pudieras estar, de algún modo… equivocado. —Le dedicó una sonrisa a Vader, y luego hizo un ademán con una de sus marchitas manos, como restándole importancia al asunto—. Pero ese es un problema secundario. Ambos estamos de acuerdo en que cualquier Jedi es una amenaza que debe ser contenida de inmediato.

Vader asintió.

—Sí, mi Maestro.

—Bien. En el pasado, has servido bien al Imperio en la cacería y aniquilación de los Caballeros Jedi. Te ordeno que lo vuelvas a hacer una vez más. Deseo que captures a este Ashka Boda y que los traigas ante mí. Yo me encargaré de interrogarlo personalmente. Esto cae perfectamente dentro de tus capacidades, en tanto que se trata únicamente de un solo Jedi. Después de todo —el Emperador se permitió reír entre dientes—, tú ya lo has matado con anterioridad.

Vader no replicó. Si hubiera permitido que las iracundas palabras que tenía en la punta de la lengua fueran expresadas, habría tenido que ser castigado por su insolencia. En lugar de ello, decidió mantener bajo control sus emociones, y aguardar a lo que tendría que venir.

El Emperador se limitó a observarlo, manteniendo sus manos juntas dentro de las enormes mangas de su vestimenta, y le dedicó una mirada muy cercana al casco de Vader.

—Y siendo así, nunca es un consejo superfluo el tener que ser precavido, Lord Vader. El Jedi podría ser más de lo que aparenta, como pareces creerlo. Y por eso mismo, he decidido que deberías ser acompañado en esta misión por una asistente.

El anuncio tomó a Vader completamente por sorpresa. Dio un involuntario paso hacia atrás en las escalinatas. En ese terrible segundo, su fiero orgullo había sido cortado desde la raíz. ¡Que su

Maestro pensara que no podría ser capaz de encargarse de Ashka Boda por sí mismo! En medio de su sorpresa, Vader no pudo percatarse de la pequeña figura que se había deslizado en medio de la cámara, a través de una de las puertas laterales que permanecían casi escondidas. La recién llegada trepó ágilmente las escaleras hasta colocarse al lado de Palpatine. El Emperador colocó una mano paternal sobre los hombros de la muchacha, mientras su manga de deslizaba para arropar su pequeño cuerpo.

—Me gustaría que conocieras a Mara Jade —le dijo Palpatine—. Será conocida como la Mano del Emperador, y además, será tu compañía para capturar a Ashka Boda.

Vader observó a Mara Jade con furia. Su indignación empezó crecer de manera espiralada hasta casi escapar de control, mientras comprendía que sólo era una chica, una adolescente. Aunque usualmente era completamente cuidadoso en presencia del Emperador, Vader, por una vez, perdió su paciencia con Palpatine.

—¿Me está jugando una broma, Maestro? —retumbó de manera rígida—. Le puedo jurar que lo que dije acerca de Ashka Boda es verdadero. Tenemos entre manos un peligro desconocido, y enviar a una simple muchacha...

Los amarillos ojos de Palpatine destellaron, silenciando al Señor Oscuro. Apuntó con un dedo retorcido a Vader, amonestándolo.

—¡Tal vez no he sido lo suficientemente claro, Lord Vader! Estás actuando como un idiota juvenil que no piensa las cosas antes de decirlas. Esta joven mujer es mi asesina personal, una agente entrenada. Te exijo que la trates con respeto.

De esa manera abrupta, Palpatine dio por rechazados los escrúpulos de Vader, y procedió a repantigarse en su trono.

Mara Jade permanecía de pie, encarnando a la imagen viva de la disconformidad, mientras observaba fijamente a Vader. Éste aprovechó la oportunidad para examinarla de manera cuidadosa. Era de estatura pequeña, y se le apreciaba delgada en su traje corporal negro. Su corto cabello recogido, era de un color rojo profundo, con algunos resaltes dorados brillantes. Sus ojos de color esmeralda parecían ser demasiados grandes para su pequeño rostro. Al menos revelaba la impresión de ser competente, ya que se podía colegir el entrenamiento en combate por medio de su postura, pero también vulnerable, debido a la evidente ingenuidad en sus ojos. No

parecía sentirse atemorizada por parte de Vader ni por parte del Emperador, pero se encontraba evidentemente desconcertada por la forma en que había comenzado el encuentro.

—Tu misma reacción frente a Mara Jade —le dijo el Emperador pedagógicamente—, es la razón que hará de ella una excelente asesina. Sus víctimas jamás sospecharían tampoco de 'una simple muchacha'. Pero esa presunción será su último error, ya que Mara ha sido entrenada muy bien. —Palpatine observaba a Mara mientras hablaba. Con la atención centrada sobre ella, ésta se irguió con orgullo, y dejó de mirar la máscara de Vader para corresponder la mirada del Emperador con gratitud.

—Mara fue criada aquí, en Coruscant —continuó Palpatine—. Me he tomado un personal interés en su educación, manteniéndome en contacto con ella, y asegurándome de conseguirle los mejores adiestradores. Además, es una piloto calificada, y domina muchas de las últimas técnicas de combate. —Palpatine colocó una de sus manos encima de su pecho—. Incluso yo he sido su maestro. Además es sensible a la Fuerza, aunque de manera imperfecta, y yo me he encargado de nutrir semejante habilidad. Eso le otorga una ventaja como asesina. También creo, Lord Vader, que allí es donde ella podría aprender bastante de ti.

Vader se sentía incrédulo con el giro que estaban dando los acontecimientos. Había un Jedi al que tenía que darle cacería, y el Emperador ¿quería enviar a una adolescente para encargarse de ello? De cualquier modo, Vader no estaba siendo objeto de una burla. Debería haber alguna muy buena razón para que Palpatine estuviera haciendo todo esto. Vader se prometió que descubriría

cuál era el motivo. Levantó la mirada hacia su Maestro. El Emperador continuaba observándolo, dejando apreciar un gesto de desagrado en su quijada y en sus labios. Vader no podría tolerar el disgusto del Emperador, ni ahora ni nunca. Nadie que lo hubiera desafiado directamente, había sobrevivido para contar la experiencia. Vader respondió de la única manera que le quedaba.

—Sus deseos serán cumplidos, mi Maestro.

Palpatine aún continuaba observándolo.

—Muy bien, Lord Vader. Con el tiempo, estoy seguro que llegarás a apreciar el valor de mi nueva agente.

Mara Jade suspiró delicadamente, como signo de alivio. Había percibido que una posible confrontación estaba en progreso, y estaba contenta de que no se hubiera materializado. Razonablemente, no deseaba ver a su Maestro disgustado, y no deseaba revelar que sería incapaz de trabajar con su nuevo compañero. La autoridad de Palpatine había logrado superar el impasse, pero no sería una solución permanente. Una vez que estuviera a solas con Vader, tendría que probarse a sí misma para lograr superar los fuertes reparos del Señor Oscuro. No iba a ser nada fácil, pero Mara no dejaría que eso acabara con su entusiasmo. Ésta era su primera misión real para el Emperador. Acababa de ser presentada como Su Mano. En su nueva posición, debía estar capacitada para revelar a los traidores, asesinar a los enemigos del Imperio, y hacer de espía para el Emperador. Era un motivo de gran orgullo y alegría para Mara, el poder servir al hombre que representaba para ella la figura paterna. Su nueva identidad la llenaba de entusiasmo para cumplir con sus deberes. Sabía que no podía decepcionarlo en su primera tarea asignada, y ello significaba que debería trabajar de forma productiva con Vader.

Mara se percató de que su Maestro no le había contado todo acerca de ella a Vader. Había omitido la precisa habilidad en la Fuerza que había hecho de ella, de la mayor utilidad para el Emperador. Era una telépata poderosamente receptiva, y podía percibir los pensamientos del Emperador a través de años luz de distancia. Cuando él se comunicaba con ella, Mara podía ver su cara y escuchar sus palabras. Inclusive podía sentir sus emociones. De esa forma, él podía hablar con ella de forma inmediata, y hacer que llevara a cabo sus designios de manera más efectiva que cualquier

otro agente de campo. Ella se preguntaba si Palpatine desearía que Vader conociera acerca de ese tema en particular. De no ser así, albergaba la esperanza de que existiera una muy buena razón para mantener ocultos algunos secretos frente a su compañero. Realmente tenía la intención de aprender del formidable guerrero, y no deseaba darle ninguna razón para desconfiar de ella. Con semejante comienzo, las cosas ya estaban bastante malas de por sí.

El Emperador había asumido que Vader cumpliría todo lo concerniente a Mara Jade, y se permitió relajarse por un momento. Necesitaba que Vader colaborara en todo esto. Era por el bien del propio Señor Oscuro. Palpatine había estado preguntándose acerca de las ambiciones de Vader en los últimos tiempos. Con semejante decaimiento físico, era obvio que Vader podría aspirar a ocupar el trono, una vez que éste estuviera vacío. No habían tratado el tema abiertamente, pero sin duda, ambos sabían que el conocimiento potencial de Ashka Boda, solamente podría beneficiar a Palpatine. Vader podría estar tentado a eliminar a Boda abiertamente, destruyendo cualquier conocimiento que él pudiera albergar. Si los medios que Boda había empleado para sobrevivir a la muerte, requerían de una preparación o de un equipamiento especial, entonces quedaría desarmado frente a una posible traición de Vader. Palpatine tendría que matar a Vader como castigo, y no deseaba hacerlo; Vader era demasiado valioso. Colocando a Mara Jade junto a él, Palpatine podría vigilar a Vader a través de ella. Entonces podría estar seguro de la lealtad y del buen comportamiento por parte de Vader.

El Emperador poseía la habilidad de observar a Vader desde lejos a través de la Fuerza, pero existían dos atingencias con respecto a ello. La primera, a pesar de lo que le había indicado a Pestage que les dijera a quienes lo llamaban para importunarlo, Palpatine no había podido completar su periodo de meditación. Había estado extremadamente ocupado en buscar un remedio para su padecimiento. Simplemente carecía del tiempo necesario para vigilar al Señor Oscuro de manera constante. Segundo, si pudiera ver que Vader lo estaba traicionando, no podría hacer nada desde semejante distancia. No, utilizar a Mara era su mejor opción. Sería una forma sutil de mantener sus ojos sobre el Lord Sith, lo cual también era una faceta necesaria del plan. Si Vader supiera que se

desconfiaba de él abiertamente, podría inferir que ya no tenía nada que perder, y actuaría precipitadamente. Podría, por ejemplo, asesinar a Boda, esconderse en la clandestinidad hasta que el Emperador muriera, y luego tratar de alzarse con el trono apoyado por su completo dominio del Lado Oscuro.

El plan también le serviría para otro propósito: él estaba habituado a evaluar a todos sus agentes, especialmente a las Manos del Emperador, asignándoles misiones complicadas para probar cuáles podían ser las más poderosas... y cuáles conseguirían sobrevivir. Palpatine tenía grandes esperanzas para con Mara Jade. En las manos de Vader, ella sería probada hasta el límite.

El Emperador observó de manera penetrante a cada uno de sus sirvientes.

—Vayan entonces, y cumplan con mi voluntad. Quiero que me traigan a ese Jedi vivo, por los medios que sean necesarios. Sin embargo, la operación deberá ser mantenida con el perfil más bajo posible. No queremos que se sepa que hay Jedis en Coruscant. La gente sabe que su vil secta, ha sido erradicada para siempre... dejemos que las cosas permanezcan así. Y si este Jedi al que deben encontrar, es de algún modo, inmortal... —el Emperador sonrió perversamente—, Mara Jade debería ser capaz de mantenerlo *lo suficientemente muerto* como para que sea traído ante mí.

Darth Vader y Mara Jade se inclinaron ante él, pero el Emperador observó que no lo hicieron sin que antes ambos se dirigieran una cautelosa mirada de soslayo, el uno al otro. Oh sí, el Emperador rió entre dientes, ésta iba a ser una experiencia muy educativa para los dos.

*****

El principal centro de informática del palacio, tenía dos visitantes inesperados la siguiente mañana. Aunque muchos de los técnicos que estaban trabajando, querían averiguar de manera insistente acerca de quién era la preciosa y joven muchacha pelirroja, el hecho de que estuviera acompañada por el mismo Darth Vader, desanimaba a cualquiera. Mara Jade podía sentir sus ojos fijos sobre ella, mientras permanecía sentada como operaria de una de las

terminales de la poderosa red informática principal del Imperio. Vader permanecía de pie detrás de ella, con una actitud distante y superior. Había permanecido de la misma manera toda la mañana, desde que se encontraron horas antes en el Palacio. Le molestaba que ella, por supuesto, no pudiera ser tomada de manera más seria. Aunque ahora, después de haberla visto en acción, empezaba a demostrarle algo más de respeto. Después de todo, era la Mano del Emperador.

—Correcto —dijo Mara, concentrada sobre el tablero que estaba frente a ella—. Vamos a averiguar todo lo que podamos sobre ese tal Ashka Boda. Debe haber algo acerca de él en el sistema. Él no podría haber vivido, o incluso haber visitado este mundo con semejantes requerimientos de detallada información, sin siquiera haber dejado al menos algún rastro. Ahora, ¿por dónde deseas comenzar, Darth?

Ups. Mara pudo percibir una oleada de hostilidad por parte de su compañero frente al empleo tan familiar que le daba a su primer nombre.

—¿Podría llamarte Darth? —se corrigió débilmente.

—Puedes llamarme de la manera en que te plazca —restalló el Señor Oscuro—. La manera en que te refieras a mi persona es de la menor importancia, en la misma medida que tu innecesaria ayuda en esta misión.

Mara se puso rígida. Su natural y sobredimensionado orgullo, empezaba a resquebrajarse dentro de ella. El propio Emperador les había ordenado a ambos trabajar juntos, y Vader lo sabía. Ella se dio la vuelta en su silla giratoria, y se encontró mirando la brillante placa del pecho de la armadura Vader. Contrayendo sus mandíbulas, levantó la mirada hacia los siniestros ángulos de su máscara.

—Lord Vader —le dijo, manteniendo firme la voz—, no le haría mucho daño el rebajarse de nivel para ayudar a una novata como yo. Temporalmente, se nos ha asignado para trabajar juntos. Yo sé que no me he ganado su respeto... todavía. Pero estoy trabajando en eso. Usted tiene mi respeto, pero creo que está equivocado acerca de la utilidad de mi persona. Puedo ayudarlo con esta captura. Pero si usted no me ayuda, seré completamente inútil.

De manera tensa, decidió aguardar, sin separar sus ojos de la

máscara de Vader. Algunos segundos empezaron a transcurrir, mientras era agudamente consciente de su lenta y mecanizada respiración.

—Hay fuego en tu interior, jovencita —le respondió finalmente Vader—. Muy bien. Tienes una oportunidad. Pero será necesario que entiendas una cosa. Mientras permanezcamos asignados a esta misión, tú trabajas para mí. Yo doy las órdenes, y nadie más. —Ni siquiera el Emperador, era la tácita advertencia—. Harás lo que yo te ordene, sin preguntas. Si puedes recordarlo, puede que sobrevivas a tu primera tarea.

Mara tragó saliva notoriamente, deseando no ser intimidada, pero sintiéndose así, sin embargo. Asintió una sola vez, sin tener argumentos, y con la esperanza de no perder su inesperado avance.

—Se hará como usted indica...Milord.

Vader fue el primero en romper el contacto visual, y regresó su atención hacia la terminal informática. Aliviada, Mara también hizo lo mismo.

—Para empezar, intenta con el nombre Ashka Boda en el censo planetario —le dijo Vader.

Mara ingresó los comandos.

—Tal como esperaba —dijo brevemente—. Ningún registro con ese nombre aparece en ninguna parte.

Vader reconsideró el hecho.

—Estaba trabajando en los jardines del Palacio cuando lo vi por primera vez. Si no podemos encontrar su nombre, buscaremos por reconocimiento facial. Consigue los archivos de los trabajadores de todo el personal del Palacio que tenga que ver con los jardines. Incluye al personal de mantenimiento, decoradores, escultores, supervisores, a los de suministro, botánicos y genetistas.

Mara ingresó los nuevos parámetros de búsqueda.

—Esto nos podría tomar un buen rato —le dijo ella mientras se iban acumulando los archivos—. Hay cientos de personas aquí.

Vader se aproximó a la pantalla.

—No. Yo puedo acelerar las cosas de manera considerable. Indícale a tu computadora que muestre las fotografías de identificación de todo el personal a una velocidad de cuatro por segundo.

Mara hizo lo que le había sido ordenado. Los rostros empezaron

a desfilar rápidamente sobre la pantalla. Mara no pudo seguirlos a todos – realmente parecían conjugarse en una sola cara que cambiaba constantemente de caracteres. Apenas había transcurrido un minuto, mientras Vader analizaba intensamente la pantalla, cuando de manera intempestiva, levantó una mano enguantada, y congeló la pantalla sobre un conserje alienígena que parecía bastante grotesco. Haciendo que la pantalla retrocediera lentamente sobre la imagen de diversos rostros, Vader la hizo detenerse sobre la cara de un hombre mayor, con el ceño fruncido, ojos huidizos, y una expresión poco amigable.

—¿Es él? —preguntó Mara.

—Ése es el Jedi —dijo Vader con firmeza—. Es un descarado al pretender ocultarse en un lugar tan concurrido como éste. O se trata de un tonto, o tiene algunas razones para sentirse confiado. Tal vez, simplemente se sienta demasiado seguro. No sería el primer Jedi de ese tipo en ser eliminado.

—Aquí dice que está empleando el nombre de Vantos Coll —leyó Mara en la pantalla—. Y... ¡no puedo creerlo! ¡Ha estado trabajando en el Palacio como jardinero por once años! ¿Qué podría haber estado haciendo todo este tiempo? —Sacudió la cabeza—. Tengo un mal presentimiento acerca de todo esto. Correcto... Aquí está su lugar de residencia. Está en el ático de un complejo residencial en el cuadrante 265 Norte, manzana 3A. Es un piso convertido en invernadero. Podré proyectar el plano en un momento. Aquí está. Se trata de un grupo de departamentos en el último nivel, que tienen una instalación de producción de alimentos construida alrededor de ellos. Estuvo en servicio por unos dieciséis años, pero actualmente se ha convertido en una propiedad privada. Su último propietario es el tal Vantos Coll. Así es. Parece que lo tenemos.

—Saber en dónde se encuentra un Jedi, y tenerlo entre tus manos, son dos cosas muy diferentes —le advirtió Vader.

—Pero ahora tenemos todas las piezas del rompecabezas —insistió Mara—. Debemos pensar en esto como si tuviéramos que planear un asesinato, sólo que con una captura en vez de una matanza como objetivo final. Usted lo ha puesto en evidencia en el Palacio, así que en este momento, son pocas las probabilidades de que regrese aquí una vez más. Irá hacia donde se siente más seguro

– a su casa-, con la esperanza de que la alteración de su identificación nos confunda. No puede estar seguro de si conocemos o no su verdadera identidad, así que probablemente esperará algunos días hasta que esto se resuelva, para ver qué es lo que sucede. Eso significa que se refugiará en un lugar conocido, por un tiempo determinado. Eso es más de lo que una necesita para asesinar a alguien. Podemos cortar sus rutas de escape, y capturarlo cuando se encuentre dentro. La única pregunta que tengo en mente, es cuál será la clase de armas que decida emplear. Por lo general, una muerte instantánea es el resultado deseado... tendré que encontrar algo creativo para lograr una captura instantánea. Revisaré mis contactos con el gremio de los caza-recompensas. Voy a necesitar algo rápido y seguro, y que pueda ser empleado a distancia. Tomando en cuenta de que se trata de un hombre mayor, no debería haber mayores problemas.

Mara tenía la esperanza de haberse escuchado como una profesional. En ese momento se encontraba en su elemento, y deseaba impresionar al Señor Oscuro con sus conocimientos. Empezar a planificar el ataque, le había restaurado en alguna medida, algo de su confianza. Ella confiaba en sí misma, y en su rol como asesina del Emperador. Ella debía eliminar a los enemigos del Imperio, y este Jedi era una presa ideal para lograrlo. El hacer cumplir sus órdenes, era uno de los grandes objetivos que le debía al Emperador, pero el trabajo no estaba completamente finiquitado. Sería un gran honor para Mara, el ayudar a llevarlo a cabo. Le agradaba pensar que podría cambiar la historia para mejor, de una forma en que ningún ejército podría hacerlo. Eliminar al último Jedi sería un grandioso comienzo para ella.

—¿Es eso lo que piensas acerca de Ashka Boda? —le increpó Vader—. ¿Qué es tan sólo un hombre viejo? Entonces, hay una lección que debes aprender antes de que abandones esta habitación. A no subestimar el poder de la Fuerza. A eso es a lo que te estarás enfrentando en esta cacería. Tu propio exceso de confianza podría hacer que termines muerta.

Por supuesto, ella sabía acerca de la Fuerza. Mara misma era sensible a ella, capaz de detectar cualquier peligro que pudiera provenir de los poderes de un Jedi. Pero con Vader allí, aún estos no deberían representar una amenaza. El Emperador le había

enseñado que el Lado Oscuro era el más fuerte, y Vader era muy poderoso en el Lado Oscuro.

—Estoy segura de que usted tiene la razón —le dijo diplomáticamente—. Pero usted se asegurará de que eso no ocurra, ¿no es verdad? Me encuentro en sus expertas manos, Lord Vader.

Mara se atrevió a sonreírle.

—Imprudente joven —la amonestó Vader, sintiéndose claramente desengañado—. No asumas que por el hecho de que te encuentres entre mis manos, no te dejaré caer... si fuera necesario. Hasta el Emperador conoce que en determinadas ocasiones, se necesita hacer algunos sacrificios. Ten cuidado de no convertirte en uno de ellos.

La Mano del Emperador tragó saliva de manera notoria.

CAPÍTULO IV

Mara se apresuró a lo largo del túnel secreto que conectaba el Palacio Imperial con el Castillo de Lord Vader. Había sido una larga jornada de planeamiento y preparación, y el momento para lanzar la incursión contra Ashka Boda estaba a la mano. Habían estudiado los planos del edificio y del invernadero que estaba localizado sobre el ático, y Mara había tenido el tiempo necesario para equiparse completamente. Estaba preparada para cualquier eventualidad que se le presentara.

Cuando se encontraba a mitad de camino, recibió un mensaje mental del Emperador. Su rostro se materializó, permaneciendo suspendido en el aire frente a ella, en forma de una visión que sólo ella podía <<ver>>. En un primer momento, recibió una sensación de respaldo y de aliento por parte de él, y luego empezó a percibir sus pensamientos.

— Mi querida Mara Jade... veo que has hecho una buena labor preparándote, pero la prueba verdadera todavía está por llegar. Debes seguir mis instrucciones cuidadosamente en lo que se refiere a Lord Vader. Tengo demasiadas cosas a las que debo prestar mi atención, así que tú tendrás que ser mis ojos para vigilarlo manera cercana.

— ¿Vigilarlo, mi Emperador? No estoy muy segura de estar entendiéndolo.

— Necesito que te asegures de que él cumpla mis órdenes de traer a Boda con vida. Me temo que su acostumbrado nivel de agresividad cuando tenga que enfrentarse con este Jedi, pueda aflorar de manera incontrolable. Podría ser que, en su afán por llevar a cabo su misión, destruyera a este Jedi sin contemplaciones.

— ¿Pero Maestro, por qué razón se arriesgaría a desobedecerlo?

— Muy bien, Mara Jade. Mereces conocer la verdad. Yo no creo que este Jedi sea en verdad inmortal. Semejante logro jamás ha sido conseguido por ningún servidor de la Fuerza. Creo que sutilmente consiguió escapar de Lord Vader, y que Vader simplemente lo reportó como muerto, con la esperanza de que nunca resurgiría nuevamente. Ahora que ha regresado, Lord Vader debe estar deseando corregir su error y ocultar su vergüenza. Si Boda llegara a morir, nunca podría revelar a nadie cómo es que Vader lo dejó escapar en esa ocasión.

— Si no es inmortal, entonces ¿para qué desea interrogarlo?

— Donde hay un Jedi vivo todavía, podrían haber algunos más. Debemos averiguar lo que él sabe acerca de otros sobrevivientes. La seguridad del Imperio depende de eso. Ésa es la razón por la que has sido enviada, servidora mía.

— Ya veo... haré lo mejor que pueda, Emperador mío.

— Sé que lo harás, Mano del Emperador. Tú me harás saber si se presentan algunas señales de desobediencia. Estaré pendiente para escucharte si me llamas. Volveremos a comunicarnos dentro de poco.

El rostro de Palpatine empezó a desvanecerse mientras abandonaba la mente de Mara. Ella permaneció de pie, con el ceño fruncido. Esto era precisamente lo que menos necesitaba. Ya de por sí se trataba de una misión delicada, y ahora tendría que servir además como espía. Por supuesto, ella había sido entrenada para hacerlo, y había demostrado bastantes aptitudes para ello, pero era de Darth Vader de quien estaban hablando. Mara albergaba la esperanza de que Vader se comportara de la manera adecuada. No estaba segura de poder lidiar con otro enemigo en este trance... especialmente, no con uno tan endemoniadamente poderoso.

Vader asintió mientras Mara Jade se presentaba enérgicamente dando grandes zancadas ante él. Estaba exactamente a tiempo. Examinándola de arriba a abajo, se dio cuenta de que se encontraba bien equipada para la misión, al menos a su manera. Vader prefería no acarrear dispositivos ni armas, exceptuando su sable de luz. Toda su vida por completo dependía de la tecnología implantada en su interior, y para balancear este hecho, evitaba cualquier medio de tecnología externa en la medida de sus posibilidades. En lugar de ello, depositaba su confianza en la Fuerza. Evidentemente, Mara Jade depositaba su confianza en las armas.

—Bueno, asesina —le preguntó—, ¿Cuál es el equipamiento que has considerado necesario?

La mirada de Mara se posó confiadamente sobre su ajustado traje de color negro azabache, mientras le hacía el inventario.

—Ballesta modificada con dardos inhibidores neurales —comenzó ella, palmeando un arma similar a un bláster en la cartuchera de su muslo derecho—. Guanteletes láser de muñeca —continuó, levantando su delgados brazos. A continuación, aferró una gran escopeta de dos cañones gemelos en su espalda—. Rifle de energía Prax: compuesto por un bláster de disparo rápido y

lanzador de granada. Pero en lugar de granadas, utiliza cartuchos de electrored. —Señalando su cinturón utilitario, concluyó—, Un arnés magna, algo de sinteti-soga, y un medi-pack. Además de una buena daga de diseño antiguo para arrojar en cualquier momento.

—¿Confías en que tu equipo podrá salvarte? —le preguntó Vader.

—Confío en mí misma —le contestó ella seriamente—. El resto, son tan sólo herramientas para cumplir el encargo.

Satisfecho, Vader le hizo un gesto indicándole que lo siguiera, y luego descendieron para adentrarse en el inframundo de Coruscant.

*****

Los niveles intermedios del diseño urbanístico de la ciudad eran lóbregos y desagradables. El deterioro era evidente en ese lugar, en claro contraste con el reluciente mundo que estaba por encima. Pilares expuestos y enormes chimeneas dominaban el escenario. Vader encontró desagradable el paisaje industrial, pero sabía que podía hasta resultar atractivo si se lo comparaba con los oscuros y amenazadores niveles que se encontraban en las profundidades por debajo de ellos. Observando las mohosas y herrumbrosas luces parpadeantes, empezaba a cuestionarse acerca de la infraestructura del planeta que llegaría a heredar. Tal vez, una vez que hubieran sofocado los conflictos con los rebeldes, sus recursos podrían ser derivados para mejorarla. Incluso podría ser posible rehabilitar muchas de las regiones inferiores de Coruscant.

Lo mismo podría aplicarse a las vías públicas y de transporte. Los grandes ductos, los túneles, las vías de raíles y las chimeneas movilizaban los recursos, la comida y el agua hacia donde fueran necesarios en la vasta metrópolis. Había sido idea de Mara el emplear los canales de distribución para acercarse en secreto al edificio de Boda, en lugar de volar en una descollante lanzadera que revelara su presencia. Debido a que el invernadero en el ático de Boda, alguna vez había sido uno de los cientos que producían comida para el Centro Imperial, la red de distribución de alimentos aún permanecía conectada con su edificio. Montándose en una carbonera desprovista de su contenido, ellos podrían pasar por

debajo de la ciudad hacia los niveles inferiores del rascacielos de Boda. Una vez allí, podrían acceder a los dos ascensores de carga que se levantaban a los costados del edificio, y que eran la única vía de entrada o de salida hasta el nivel del invernadero. Un reporte satelital les había revelado que había alguien yendo y viniendo por el invernadero, lo que les aseguraba que su presa se encontraba en casa.

Se trataba de un buen plan, y también se acomodaba a los requerimientos personales de Vader. El Señor Oscuro ahora tenía la sospecha de que la razón real para la presencia de Mara, era mantenerlo vigilado por parte del Emperador. El hecho de que hubiera dos ascensores, le proporcionaba la excusa perfecta para dividir sus fuerzas, a fin de cubrir ambos accesos a la vez. Mantenía la esperanza de despistar a Mara Jade, de tal manera que pudiera liquidar a Boda por sí solo. Tal vez pudiera argüir que Boda había saltado desde el techo para evitar su captura, y sin nadie para atestiguarlo, eso debería concluir con todo. El Emperador podría ponerse suspicaz acerca de lo que en verdad había sucedido, pero sin ninguna prueba, Vader se mantendría a salvo.

El único factor enigmático, era el propio Boda. ¿Cómo habría conseguido sobrevivir, si Vader estaba seguro de haber detenido su corazón, hacía tantos años? ¿Y cómo podría Vader evitar que sucediera nuevamente? ¿Y qué sería lo que Boda habría estado haciendo durante once años? Era un perturbador manojo de preguntas. Aun así, si Vader simplemente pudiera hacer que Boda sucumbiese, por todo lo que a él le concernía, las respuestas jamás necesitarían ser halladas.

El rápido trayecto dentro de la carbonera de productos de temperatura controlada, los conducía invariablemente hacia el norte, dándole a la muchacha la oportunidad de revisar sus armas cuidadosamente. Vader continuaba observándola mientras Mara verificaba las cargas de sus blásters, examinaba su arma de dardos y lanzador de granadas, y ajustaba el láser de sus muñecas. Tenía que admitir que, a pesar de su juventud, demostraba tener una presencia formidable. Si Vader alguna vez tuviera una hija, desearía que fuese tan competente como lo era esta chica.

—El Jedi podría poseer poderes para los que podrías no estar preparada —le comentó Vader mientras ella finalizaba su revisión.

—Lord Vader, usted continúa repitiéndome lo mismo —replicó Mara—. Entonces, tal vez sería mejor que me dijera qué es lo que debería esperar. Tenemos tiempo.

—Es cierto —dijo Vader, tratando de ignorar la automática y probablemente inconsciente falta de respeto que demostraba la adolescente. Sería una pérdida de tiempo sin sentido, el tratar de corregirla cada vez que ella se dirigía hacia él de manera inadecuada—. Podría revelarte algunas pequeñas cosas, pero tan sólo la dura realidad de la experiencia podría enseñarte las intrincadas verdades de la Fuerza. Aunque los Jedi se imponen límites a sí mismos para dominar tan sólo las habilidades menores del Lado Luminoso, Ashka Boda podría tener muchas aptitudes para defenderse a sí mismo. Podría hacer que ese rifle saliera desprendido de tus manos sin tocarlo. Podría sentir que te estás aproximando, y esperarte listo con su sable de luz. Con semejante arma, podría detener los disparos de tu bláster, o enviarlos de regreso hacia ti. Podría tratar de meterse en tu mente y manipularla para que cometieras un error. Recuerda, los Jedi no tienen ningún escrúpulo para matar en defensa propia.

Mara empezó a reconsiderar las alternativas durante un minuto, y luego se encogió de hombros.

—Correcto. Suena como que es crucial que le caiga de sorpresa. Está bien. También soy buena en eso.

Vader le dirigió una mirada severa.

—Yo me encargaré de dar la pelea, en lo que a Ashka Boda se refiere —le dijo—. Tú serás mi respaldo. No olvides quién da las órdenes en este lugar, Mara Jade.

—No lo olvidaré, Lord Vader —le dijo ella, con una expresión facial que decía ¿acaso podría olvidarlo? Vader la ignoró de igual modo.

La carbonera de transporte de productos, finalmente se detuvo en una polvorienta y abandonada área de almacenamiento por debajo del rascacielos de Boda. Los enmohecidos carros aún permanecían sobre sus vías, y las oxidadas bandejas descansaban sobre inmóviles fajas. El silencio los envolvió mientras descendían para ingresar al primer nivel del almacén. Estaba iluminado únicamente por un conjunto de mortecinas barras resplandecientes por encima de sus cabezas, pero Vader se percató de que nadie

estaba esperando por ellos en la semi-penumbra.

—Muy bien —dijo—. Parece que nos encontramos solos aquí abajo. Tu plan ha sido de gran utilidad.

—Gracias, Lord Vader —le dijo Mara—. Los elevadores de carga deben ser accesibles desde este nivel. Creo que puedo apreciar alguno de ellos por allí. El otro debe estar en el otro extremo del almacén.

—Yo tomaré este elevador —le dijo Vader—. Esperaré exactamente quince minutos para que llegues hasta el otro, y entonces ambos subiremos al mismo tiempo. Una vez que hayamos alcanzado el nivel del invernadero, dejaremos inhabilitados los ascensores, cortando así las posibles vías de escape de Boda. Cada uno de nosotros irá moviéndose desde su punto de ingreso hasta que no encontremos a medio camino. No quiero que subestimes a Boda, pero creo que estará escondiéndose de nosotros. Me parece que hay poco espíritu guerrero en este Jedi. Cuando me encontré con él por primera vez, me permitió detener su corazón sin ofrecer mayor resistencia. Después, en los jardines de Palacio el día de ayer, simplemente terminó huyendo de mí.

—Y ahora me lo dice. Después de toda esa charla acerca de cuán peligroso puede ser un Jedi.

—No quiero que des nada por sobreentendido —insistió Vader. Se verá atrapado dentro de ese invernadero. Debemos asumir que luchará, y debemos estar preparados para defendernos.

Mara asintió.

—Correcto. ¿Alguna cosa más?

—Recuerda que yo seré el encargado de combatirlo, si llegamos a eso. Una vez que haya sido derrotado, algunos de tus dispositivos podrían ser útiles. Ahora, largo. Me encontraré contigo en el nivel superior del edificio.

Mara se marchó, sumergiéndose en la oscuridad, al tiempo que iluminaba su camino con una lámpara montada sobre su rifle. Vader esperó algunos minutos, hasta que ya no pudo detectar su presencia, ni siquiera con sus sentidos repotenciados. Entonces, mucho antes de que los quince minutos prometidos hubieran transcurrido, se introdujo en el elevado ascensor. Bloqueando el acceso del elevador para los otros pisos del rascacielos, el Oscuro Señor inició su ascenso hacia el tejado.

*****

—El Lorrrd Sssith yaaa vienee —dijo la crujiente voz de los árboles Bafforr. Boda emergió de su trance de meditación, mientras que una opresión en su pecho, reemplazaba de forma instantánea a la calma que había estado sintiendo. Vader se encontraba en camino para encontrarse con él. Con gratitud, Boda acarició los suaves troncos de color azul pálido que estaban junto a él. Los múltiples árboles Bafforr que habitaban el enorme invernadero, eran su sistema de alerta más temprano. Justo por debajo de la tierra que él había depositado en capas gruesas por encima del ático, las raíces de los árboles que se entrecruzaban entre ellas, les habían permitido comunicarse y desarrollar una inteligencia colectiva. En manos de Boda, los troncos de los árboles canturreaban. Él era capaz de percibir su generosa dádiva, un delicado toque mental que barría toda su ansiedad. Boda se levantó de su suave y musgoso lugar de reposo, e inspiró profundamente su dulce aroma.

—Gracias —les dijo a los árboles.

Empleando las crujientes ramas y hojas, los chirriantes y retorcidos brotes, y los crepitantes troncos, los árboles eran capaces de crear una voz surrealista para emitir una respuesta comprensible.

—Le ssservimos, Maessstrrro...

Sí, pensó Boda, los árboles habían llegado a amarlo. Había sido lo bastante cuidadoso como para no comprometerse de la única manera que les importaba a ellos – volverse un asesino. Con tristeza, reflexionaba que una vez que destruyera el Palacio con Palpatine dentro de él, los árboles terminarían por rechazarlo para siempre. Claro, en el supuesto de que permaneciera con vida, lo cual era bastante improbable.

El momento había llegado. Debía enfocarse en su plan de acción. Boda colocó sus manos sobre los árboles, y se dirigió a ellos.

—¿Dónde se encuentra el Lord Sith?

—Asscensssor sssur —le respondió la arboleda.

Correcto. Eso significaba que Boda aún podría escapar por el ascensor del lado norte. Sólo tendría que mantener entretenido a Vader por un corto espacio de tiempo. Las plantas lo ayudarían a lograrlo. Además de serle útiles para comunicarle lo que estaba ocurriendo en el enorme invernadero, los árboles también eran

capaces de trasmitir las instrucciones de Boda a los viñedos animados y a otras defensas.

—Hagan que los viñedos, los hongos y las flores trabajen juntos para evitar su avance, tanto como puedan —les ordenó Boda.

—Ssserá hechooo —crepitaron los árboles. Un estremecimiento atravesó la floresta, de un árbol al siguiente, alejándose de Boda en dirección hacia donde estaba llegando Vader. Boda odiaba tener que sacrificar las plantas, pero no tenía elección. Se dio la vuelta sin dedicar ni un solo pensamiento a sus posesiones en el departamento situado en el centro del invernadero, y se encaminó en dirección norte. Teniendo a Vader ocupado aquí por un buen rato, sería el momento ideal para ir a enfrentarse con Palpatine.

*****

Darth Vader dio un paso fuera del espacioso elevador, y emergió hacia un escenario de bizarras maravillas. Era como si hubiera arribado a un exuberante planeta alienígena. En lugar de la fría superficie de duracreto que había esperado encontrar, se enfrentó con una gran extensión de tierra ligeramente amontonada. Aquellos delgados árboles azulados con hojas negras se ramificaban por todo el entorno, y una densa alfombra de musgo verde-grisáceo cubría la mayor parte del terreno. Vader echó un vistazo a las bajas y aplanadas setas de un metro de diámetro, a las enormes flores de color naranja, y lanzó una mirada recelosa a los viñedos que colgaban entre los árboles. Dio unos pasos precavidos por encima de la mullida superficie, asomándose hacia el interior del invernadero. No había señales de Ashka Boda. Vader dejó escapar una imprecación. Había cientos de lugares en los que podría ocultarse en ese lugar, y una exuberante exhibición de formas vitales que confundían sus sentidos de la Fuerza. Furioso, dio algunos pasos hacia atrás, encendió su sable de luz, y golpeó los controles del turbo-ascensor. Acto seguido, empezó a acechar en medio del jardín, dispuesto a interponerse en el camino de Boda si éste llegaba a presentarse.

Lo que sucedió a continuación, lo tomó completamente desprevenido. Muchos de los árboles empezaron a crujir

enérgicamente, aunque no había ninguna señal de brisa. Abruptamente, dos de las gigantes setas hicieron explosión. La onda expansiva hizo que Vader fuera derribado, mientras el sable de luz era arrancado de sus manos. Densos viñedos empezaron a curvarse sobre sus extremidades en un movimiento coordinado. De manera apresurada, se abrió a la Fuerza para reclamar su sable; el arma voló hacia él sólo para rebotar encima de los viñedos que se habían arremolinado sobre sus manos. Más y más viñedos empezaron a desprenderse de los árboles para envolverse alrededor de su cuerpo. Con su extraordinaria fortaleza, Vader intentó liberarse, pero los viñedos únicamente se distendían momentáneamente, dejándolo libre tan sólo en los lugares que forzaba, para a continuación, volver a cerrarse sobre él. Pero en ese momento, empezaron a arrastrarlo a lo largo de la mohosa superficie, hacia una de las grotescas y gigantescas flores de color naranja. Mientras empezaba a deslizarse cada vez más cerca, los pétalos se abrieron para revelar un boqueante agujero, grande como un sumidero, que tenía alineados una gran cantidad ondulantes zarcillos. Enfurecido e incapaz de concentrarse, el Lord Sith fue impulsado hacia dentro de la planta carnívora. Con una humillante facilidad, ésta lo recibió entre sus fauces y arremolinó sus pétalos de manera envolvente alrededor de la presa que todavía continuaba luchando. Vader había sido completamente engullido.

Ésta es una complicación inesperada, pensó Boda mientras se mantenía parado frente al ascensor de la zona norte. El aparato había comenzado a elevarse para llegar hasta su piso, antes de que él pudiera acceder al mismo. Alguien más estaba llegando. ¿Pero quién? ¿Acaso podría tratarse del propio Emperador? Boda se había preparado para semejante eventualidad... pero no, no podría tratarse de él. Tendría que manifestarse a través de una gran perturbación en la Fuerza, y no había ninguna que pudiera percibir. Rápidamente, Boda abandonó el acceso hacia el ascensor, y se escondió para esperar detrás de un gran cúmulo de setas gigantes.

El ascensor llegó hasta su nivel, y cuando sus puertas se

abrieron, revelaron a una joven muchacha vestida de negro, que llevaba un rifle de gran tamaño. ¿Acaso Vader habría traído refuerzos? Mientras la observaba, la chica se giró y disparó un silencioso rayo láser desde su muñeca hacia los controles del elevador, inutilizándolos. Luego se dirigió hacia los jardines asumiendo una postura agazapada, de manera silente sobre el delicado musgo. Se puso rápidamente a cubierto y aguardó, escuchando atentamente. Sí, sin ninguna duda, estaba a la caza de Boda. Se trataba de una asesina de alguna clase, a pesar de su juventud. Ahora, ¿qué podría hacer? Vader estaba siendo retenido a sus espaldas, pero Boda sabía que tan sólo sería una demora. Vader llegaría en algún momento, y Boda tendría que hacer frente a ambos. El pánico empezó a apoderarse de él, mientras pensaba que su plan elaborado a través de una larga década, fracasaría sin siquiera haber puesto en peligro al Emperador.

En ese momento, la idea de poner en peligro al Emperador se combinó en su mente junto con la idea de enfrentar a ambos perseguidores. Boda se aferró al musgo de olor dulce que se encontraba debajo de sus rodillas. Sí... podría liberarse de esta trampa. Tan sólo tenía que derrotar a la asesina; si el conocimiento que tenía acerca del carácter de Vader era el correcto, sería capaz de escapar. Si no, éste sería el final para él...

Mara Jade se agachó, a la escucha de cualquier sonido proveniente del jardín. Se resistía a ingresar al ambiente potencialmente riesgoso, a pesar de su promesa de encontrarse con Vader en el medio. La gran variedad de plantas alienígenas cambiaba las cosas, añadiendo peligros desconocidos.

Mara empezó a considerar la situación. Boda estaba oculto en algún lugar en el interior, lo que significaba que ahora se encontraba atrapado. Vader también se encontraba allí, y seguro estaría esperando la mejor oportunidad para eliminar a Boda. Decidió que debería esperar, y a actuar como reserva, tal como se le había indicado. Era poco probable que Boda supiera que Vader tenía un compañero, así que quizás correría en dirección hacia ella, y hacia el ascensor.

Un delicado sonido le advirtió de la presencia de alguien más, cerca de ella. Su percepción de la Fuerza pareció confirmárselo. Había un ser humano cerca de allí, escondido entre las plantas. Sólo

podría tratarse de Boda. Aferró el rifle de energía Prax, y empleó su mira telescópica para verificar la posición del Jedi. A través de una brecha entre las setas, divisó una parte de su ropaje de color marrón. Luego empleó su mira para buscar alguna señal de Vader. No encontró ninguna. De alguna manera, este hombre había eludido a Vader... o quizás se había aproximado a ella por considerarla una amenaza menor. Ése era su error. Ella se encontraba en completo dominio en ese momento, y Boda era suyo.

Mara empezó a describir un círculo a través de los árboles, realizando un gran movimiento en arco alrededor de la posición de Boda. Permanecía con la cabeza gacha, empleando los troncos para cubrirse. Acto seguido, hizo una pausa, para verificar nuevamente la posición de Boda. No se había movido. Muy bien, pensó. Podremos concluir con esto rápido y fácil. Tan sólo mantente quieto...

Apuntó y disparó un cartucho de electrored con el lanzador de granadas. El artefacto describió un arco, desplegando una delgada cuerda de fijación. Mara oprimió un gatillo, y el proyectil hizo explosión, liberando una red de delgadas fibras que cubrían una superficie de casi dos metros. Boda se dio vuelta sobre sí mismo, y se desplazó hacia un costado con mayor celeridad de la que Mara hubiera creído posible para un hombre anciano; sin embargo, la mitad de su cuerpo quedó atrapada contra las setas. La red de inmediato liberó una descarga eléctrica con un fuerte voltaje a través de su cuerda guía. Boda pataleó fuertemente, tratando de liberarse de inmediato. Al siguiente instante, las setas junto a las cuales había estado escondido, explotaron violentamente, sorprendiendo a Mara y arrojando a Boda y a la red en diferentes direcciones. Mara bajó el rifle y rápidamente desenfundó la ballesta que reposaba en la cartuchera de su muslo. Corriendo hacia el momentáneamente conmocionado Boda, se asentó sobre una rodilla con la facilidad que le daba la práctica, y disparó una gran cantidad de dardos hacia su cuerpo. Cada uno contenía la suficiente cantidad de neurotoxina para ocasionar parálisis por diez minutos. Boda fue sacudido por los impactos, intentó levantarse, y cayó de cara sobre el musgo. Se quedó allí, inmovilizado.

Sospechando que pudiera tratarse de un truco, Mara activó nuevamente sus armas láser de muñeca, y caminó lentamente hacia

el Jedi. Manteniendo uno de los láser apuntado todo el tiempo, retiró el arnés magna de su cinturón y lo sacudió para dejarlo abierto. El dispositivo de contención empleaba micro campos magnéticos que se unían formando barras que se amoldaban a los brazos, las manos, las piernas, y los pies del cautivo. Boda no hizo ningún movimiento mientras ella se aproximaba hasta quedar cada vez más cerca. Lo siento, viejo, pensó Mara. No es nada personal. El Emperador desea verte, y uno simplemente no puede declinar su invitación.

Boda permanecía desplomado mientras la asesina se aproximaba. Los dardos con la neurotoxina habían perforado su piel, pero no se encontraba de ninguna manera, indefenso. De hecho, se encontraba en contacto con la Fuerza, empleando su poderío para purgar el veneno de su cuerpo. Pudo percibir que dicha inmundicia empezaba a abandonarlo, en mayor cantidad a cada momento, llevándose con ella la parálisis. El lento avance de la asesina le servía adecuadamente; se encontraba casi libre de la toxina para el momento en que ella se inclinó precavidamente sobre él. Estaba tratando de colocarle algún tipo de arnés de contención sobre su cuello y su torso, pero Boda ya había recuperado la suficiente capacidad de movilización como para rodar deshaciéndose de ella, y mandando a volar el arnés. Su oponente era buena – logró controlar su sorpresa. Tan sólo un segundo más tarde, el caliente rayo de su láser de muñeca quemó el lugar en donde él había estado, y empezó a apuntar hacia él. Sin embargo, era demasiado tarde para la muchacha... Boda se hizo uno con la Fuerza, y estranguló su cuello.

Mara pudo sentir los invisibles dedos de la Fuerza atenazando fuertemente su garganta. La sensación era la de una gélida y completa ferocidad proveniente del Lado Oscuro. Imposible, pensó, mientras se estremecía conmocionada. Él era un Jedi. ¿O acaso no

lo era? En tan sólo algunos momentos, la pavorosamente fuerte y aplastante sujeción, combinada con la falta de oxígeno, haría que Mara Jade perdiera el conocimiento.

Darth Vader se encontraba rodeado por una húmeda y sofocante oscuridad. Estaba siendo retenido fuertemente en medio de un útero carnoso pero fibroso – el interior de la planta carnívora. Todavía no había sido sofocado; tan pronto como su sistema de soporte vital había detectado que no podía aspirar el oxígeno, había cerrado sus válvulas de aspiración y conmutado a sus sistemas cerrados de reserva. Vader continuaba respirando normalmente mientras mantenía su ira depositada en el cuarto trasero de su pensamientos. Necesitaba pensar con claridad a fin de poder escapar.

Una ventaja de su actual posición, era que los viñedos que lo habían mantenido aprisionado, se habían aflojado alrededor de sus extremidades. Podía abrir sus manos y empezar a moverse nuevamente. Podía inferir que los viñedos estaban siendo digeridos por el fétido líquido en el que se encontraba yaciendo. Se preguntaba qué clase de ácido digestivo se trataría. Por ahora, se encontraba a salvo en el interior de su armadura, pero ¿cuánto tiempo le tomaría al ácido para penetrar a través de aquellas porciones de su armadura que no estaban cubiertas por el duracero? Realmente no deseaba perder las pocas partes remanentes de su cuerpo que seguían siendo humanas y no una máquina.

Vader forzó sus extremidades cibernéticas, y con un satisfactorio sonido de húmedo desgarro, los viñedos se despedazaron, liberando sus brazos y piernas. En respuesta al estímulo, la cavidad de la planta se contrajo fieramente, comprimiéndolo nuevamente para dejarlo sumido en un estado de casi completa inamovilidad. La ira hizo presa del Señor Oscuro una vez más. Rugió en silencio, y con su rugido empezó a fluir el poder del Lado Oscuro. La Fuerza estaba con él. Ninguna flor sobre-dimensionada iba a poder resistirse al poderío de semejante armamento. Vader empezó a imaginarse lo que él haría si la planta fuera una flor normal a sus pies; si ella lo molestaba, él la arrancaría del piso. El tamaño no era importante para la Fuerza. Hizo que toda Su Voluntad se concentrara alrededor de esa inmensa monstruosidad, y comenzó a arrancarla con él adentro.

El gigantesco organismo se estremeció mientras era levantado.

La planta se encontraba indefensa para poder impedir lo que estaba ocurriendo. La tierra en la cual había sido plantada sólo tenía algunos pies de profundidad, así que su sistema de enraizamiento era poco profundo. Semejantes raíces fueron desgarradas, provocando una llovizna de suelos y mohos mientras la carnívora criatura colgaba desamparada en medio del aire. La violencia de su arrancamiento la había herido mortalmente; la flor convulsionó y se puso fláccida, mientras su parte inferior quedaba hecha andrajos.

Finalmente, fue depositada nuevamente sobre la superficie. Aunque se encontraba muerta, la planta demostraba un abultamiento hacia afuera en el lugar en que estaba yaciendo, hasta que la negra forma cubierta de baba de Darth Vader, se abrió paso a través de la edematosa vaina que quedaba de la flor colapsada. Vader dio un paso para alejarse del cadáver, y sacudió inútilmente su quemado uniforme empapado en ácido. Con un pensamiento, evocó su sable de luz, e hizo que volara desde el suelo hasta su mano. Su abrasadora hoja de color rojo comenzó a apuñalar la flor, y todavía furioso, empezó a despedazar los restos de la planta muerta. La luminosa hoja chisporroteaba y crujía mientras él se desplazaba en medio de los viñedos, destazando tantos como encontraba en su camino. Muchos de ellos se retraían, como si fueran serpientes, buscando la seguridad en medio del denso follaje. Con mandobles amplios y profundos en forma oblicua, Vader cercenaba también los árboles de tallo azul más cercanos, percibiendo mientras lo hacía, un surrealista sonido de inhumano dolor. Finalmente, se detuvo en medio de un área despejada, con la seguridad de estar a salvo de ulteriores ataques.

Su atención regresó hacia Ashka Boda y Mara Jade. ¿Qué sería lo que le habría ocurrido a su compañera? Vader albergaba la esperanza de que no estuviera enfrentándose con Boda sola, o peor aún, de que no hubiera sido engullida por alguna de las monstruosidades del jardín. Sintió una repentina preocupación por ella, y empezó a preguntarse la razón. Trató de convencerse a sí mismo de que su Maestro estaría disgustado con él por perder a su nueva agente, pero una parte más profunda de su ser, le insistía calladamente que el mismo Vader lamentaría su muerte. A pesar de sus dudas iniciales, Vader había podido valorar el espíritu guerrero de Mara Jade. Eso les había proporcionado un inesperado lazo de

interconexión. Pero había más en ello de lo que... Vader se había dado cuenta de que los dos se encontraban en la misma posición peligrosa en la vida. Ambos eran servidores del Emperador, el Maestro más difícil de toda la galaxia. El pensamiento le proporcionó una ruda sensación de empatía por ella. Además, el único que realmente podría beneficiarse por las desavenencias entre Vader y Mara sería el Emperador. Palpatine deseaba que todos sus servidores se mantuvieran reñidos el uno con el otro, y se preocupaba de que cada cual continuara haciéndolo, de tal forma que no tuvieran tiempo de andar planificando complots contra él. Después de todo, tal vez pudiera ser beneficioso para Vader, el tener un aliado por el cual tuviera que mantenerse preocupado el Emperador. Quizás debería considerar el punto una vez que se hubiera encargado de Ashka Boda. Vader se apresuró a salir del jardín en pos de su presa.

Boda no perdió tiempo para amarrar fuertemente a la asesina con su propia sinteti-soga. Dejándola atada de manera segura sobre un lecho de musgo Phelarion, se apresuró a llegar a la caja de control medioambiental que se encontraba próxima al elevador. Desprendió su tapa, y rápidamente digitó un código en el teclado numérico: 52-5197-7, la anulación del sistema de control de calentamiento del invernadero. Luego ingresó un nuevo comando de incremento de la temperatura – uno mucho más alto de lo normal. Una temperatura lo suficientemente caliente como para hacer estallar los explosivos organismos que crecían por todo el vasto ambiente... los preciosos musgos de Boda.

La planta de color verde-grisáceo, era un sombrío organismo procedente del planeta Phelarion, localizado en el Borde Exterior. Entre las diversas raras y peligrosas plantas que Boda había descubierto y cultivado, los musgos eran los de apariencia más inocente, y los más destructivos. La razón para ello estaba dada por su bioquímica. Dentro de sus células, se encontraba una enzima que podía catalizar la ruptura de un complejo molecular de alta energía, contenido en el citoplasma. La enzima sólo era catalítica a elevadas

temperaturas, pero en ese caso, la reacción era intensamente exotérmica.

Todo el fenómeno era parte del ciclo reproductivo de la planta. Se multiplicaba a través de la diseminación de esporas resistentes al calor. Algunos animales podrían consumir algunos de los musgos, y las células de la planta se calentarían en sus estómagos. Como resultado de la explosión, el animal sería volado en pedazos, diseminando las esporas y otros tipos de material orgánico para fertilizar los suelos circundantes. Sacados del contexto de su ciclo reproductivo normal, los musgos aún continuaban explotando cuando eran calentados en forma excesiva al aire libre. De hecho, la deflagración era aún mucho más violenta, liberando también mortales llamas, y podía desencadenar una reacción en cadena con otros musgos Phelarion que estuvieran por las vecindades.

Boda había descubierto el organismo mientras contrataba un par de exploradores interplanetarios – ellos le habían entregado una muestra del musgo y de las esporas que habían recogido en alguna expedición, y él les había pagado bastante bien por aquellas curiosidades. Boda había llegado a comprender de inmediato que el musgo Phelarion representaba un arma que podría ser ocultada a vista y paciencia de todos... un arma que podría destruir al Emperador y su inmerecido Palacio. Por muchos años, había estado cultivando el musgo, distribuyendo las esporas a mano, y haciéndolo reproducir una y otra vez. Su trabajo como un servil jardinero, lo había llevado hasta los exclusivos jardines del inmenso Palacio, y él había sembrado el musgo por todas partes. El Emperador gustaba de detentar exóticas plantas a su alrededor, así que había sido fácil para Boda introducir el musgo ante sus supervisores, como un nuevo toque de decoración. Su dulce aroma, su suavidad, y su color placentero, le aseguraban un éxito natural no sólo entre los jardineros, sino también para el embellecimiento del Palacio en general. En cualquier lugar en que hubiera una esquina en donde se pudiera emplear un toque de verdor, el musgo libre de mantenimiento tendía a aparecer. Después de varios años de mantener en marcha este proceso, el Palacio entero estaba listo para arder en llamas. Todo lo que se necesitaba, era un pequeño calentamiento...

Siempre había existido la posibilidad de que Boda pudiera ser

descubierto de alguna manera por Palpatine, y que concurriera a su invernadero para aniquilarlo. Se trataba de una pequeña posibilidad, había que admitirlo, pero Boda había querido estar preparado por si las cosas se dieran de esa manera. Así que había recubierto su invernadero con musgo Phelarion, y había instalado un sistema de anulación del calentamiento. En ese momento, su propia casa constituía una bomba, tal cual lo era el Palacio. Si el Emperador alguna vez viniese hasta aquí, habría encontrado el mismo tipo de muerte que le aguardaba en el Palacio.

En ese momento, Boda ya podía percibir que el aire estaba volviéndose más caliente. En tan sólo diez minutos, o algo así, el ático completo explotaría en medio de una llameante conmoción. Tendría todo ese tiempo para poder escapar. Sin embargo, Darth Vader, estaría dentro de poco sobre él. Podía sentir la proximidad del Lado Oscuro. Vader nunca lo dejaría ir, a menos que Boda pudiera convencerlo de que algo más era suficientemente importante... como la vida de esta muchacha. Todas las esperanzas de Boda ahora estaban basadas en su apreciación de lo que haría el Lord Sith. Si, como Boda esperaba, Vader era un guerrero honorable, no se detendría a luchar contra Boda mientras que la muchacha, su compañera, estuviera en peligro de morir. Cuando Vader se dirigiera a rescatarla, Boda podría escapar, a fin de preservar su última oportunidad para destruir al Emperador. Si Vader decidía luchar con él... entonces, sólo cabía un resultado posible. Los tres estarían condenados a morir en medio del fuego. Dejando a la muchacha amarrada, Boda corrió en dirección hacia el Lord Sith que continuaba aproximándose, apresurándose para interceptar al hombre que tenía sus vidas en medio de sus siniestras manos enguantadas.

Vader observó la presurosa figura de su presa que estaba acercándose a él, y detuvo su propio avance, con el sable de luz preparado. El Jedi compareció ante su vista después de rodear un conjunto de la misma clase de delicados árboles azules que Vader había estado derribando con anterioridad, y se detuvo jadeando,

mientras confrontaba a Vader en medio de un claro.

Vader blandió su luminosa hoja en el aire, e hizo un gesto para que su oponente se acercara.

—Ven a mí, Ashka Boda. Ya no vas a poder escapar más. No entiendo cómo lograste sobrevivir después de nuestro último encuentro, pero eso ya no es importante. Esa vez me pediste que te eliminara, y yo lo hice rápidamente. Hoy te concederé tu deseo una vez más. Puedes defenderte, o decidir no hacerlo. El resultado siempre será el mismo.

Vader comenzó a avanzar hacia Boda, con todos sus sentidos enfocados en el ataque.

—¡Aguarda! —chilló Boda—. ¡No entiendes en absoluto lo que está ocurriendo! ¡No soy Ashka, y no deseo luchar contigo! ¡Detente, escúchame!

Vader no hizo ningún ademán por detenerse, y desesperadamente, Boda extrajo su sable de luz, desplegando su hoja plateada.

—¿No deseas saber lo que le ocurrió a tu compañera, a esa muchacha? —gritó Boda mientras retrocedía—. ¡Si deseas salvarla, tienes muy poco tiempo!

Vader se detuvo.

—¿Qué quieres decir? —le demandó con un grave tono de voz.

—Ella se encuentra a mis espaldas, por el ascensor de la parte norte —le explicó apresuradamente Boda—. Va a producirse una explosión. Ella morirá a menos de que la saques de aquí a tiempo. O soy yo, o es ella. ¿Por qué no me dejas largarme, Vader? Mi problema no es contigo, es con tu Maestro. —Boda sostenía su sable de luz en guardia baja, y no de manera amenazadora—. ¿Qué va a ser? ¿Cuál es tu decisión? Cualquiera que sea, tendrás que tomarla rápidamente.

Vader titubeó. Boda se encontraba justo frente a él. Podría atacar, y quizás acabar con el Jedi de una buena vez. Todo habría acabado, y nunca más tendría que preocuparse acerca del hombre y los posibles secretos de los que era depositario. Pero si la vida de Mara Jade realmente se encontraba en peligro... Vader sabía que el no haber evitado su muerte, sería una deshonra para él. En esta misión, ella estaba bajo su responsabilidad. Si confrontaba a Boda solo, y era derrotado, ése sería el inevitable resultado de sus

cálculos errados. El tiempo apremiaba, mientras Boda y Vader se estudiaban el uno al otro en medio de la creciente oleada de calor.

Mara Jade despertó de su inconsciencia, e inmediatamente jadeó tratando de recuperar el aliento. El aire se encontraba caliente y sofocante, y el sudor se deslizaba sobre su cara. Comprendió que se encontraba amarrada firmemente, y sola. Todo su equipamiento había sido removido. Boda se había marchado, y no lograba divisar señales de Vader. Temerosa y confusa, Mara hizo la única cosa que se le pudo ocurrir. Llamó mentalmente al Emperador.

Palpatine respondió rápidamente, mientras su expectante rostro flotaba a través de su Ojo de la Mente. La abordó de manera apremiante.

— ¿Y bien? ¿Lograron capturar al Jedi? ¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Dónde está Lord Vader?

— Lo lamento, Maestro. Le he fallado. Ya casi lo tenía, pero consiguió derrotarme, y me dejó amarrada aquí. Consiguió escapar.

La irritación del Emperador llegó hasta ella con meridiana claridad. Su respuesta fue cruelmente brusca.

— Estoy decepcionado. Será mejor que Lord Vader no aproveche de tu ausencia... por su seguridad y por la tuya. Enviaré a alguien para que te ayude en un momento. Hablaremos acerca de tu desempeño cuando nos veamos en persona.

Abruptamente, la presencia de Palpatine la abandonó. Mara colocó su sudoroso rostro sobre el lecho de musgo, el cual ya no se encontraba suave. Se había tornado de un feo color marrón, y con una apariencia quebradiza, en completa concordancia con su estado de ánimo. Ella no merecía consuelo – había fallado en su primera misión como la Mano del Emperador, y probablemente no tendría una segunda oportunidad.

Darth Vader tomó su decisión.

—Muy bien, Jedi. Has ganado en esta ocasión. Pero esto no

cambia nada. Simplemente estás posponiendo tu muerte. Te encontraré de nuevo, y pronto.

—Probablemente estaré muerto antes de que tengamos la oportunidad de encontrarnos nuevamente —le dijo Boda—. Ésta es la segunda vez que me proporcionas la oportunidad para encargarme de tu Maestro, y no pienso desperdiciarla. Adiós, Lord Sith.

Boda se dio la vuelta, y corrió hacia el interior del jardín. Vader le permitió retirarse, y se puso en camino hacia el ascensor norte.

Extrayendo su energía de la Fuerza, Boda se volcó a correr por el costado del edificio. Sus adorados árboles Bafforr y otras plantas, parecían ser tan sólo restos del pasado, mientras aceleraba su paso contra reloj para ponerse a salvo. El tiempo era tan corto como su aliento. Maldijo su envejecido cuerpo - ¡lo limitaba tanto! De cualquier modo, nunca se había sentido conforme con él, como si fuera una bufanda que estuviera demasiado estrecha, o una camisa de talla muy pequeña. Pero era todo lo que tenía. Jadeando, alcanzó la pared de transpari-acero que rodeaba el invernadero. El panorama de la Ciudad Imperial se extendía ante él, una multitud de rascacielos y una correntada de aparatos voladores por encima de ellos. El sol estaba poniéndose, creando una infinidad de sombras sobre el paisaje arquitectural que estaba más allá del grueso ventanal. Boda levantó su sable de luz, e hizo que incidiera sobre la ventana que estaba frente a él. Por medio de amplios movimientos, logró abrir un gran agujero sobre la transparente pared, permitiendo que ingresaran el viento y el ruido de la inacabable ciudad.

Los árboles Bafforr que se encontraban detrás de él, susurraron alarmados.

—Estásss yéndoooteee —dijeron.

—Sí —dijo Boda, sin atreverse a dar la vuelta. No podría ser capaz de mirarlos.

—¿Reeegresarásss con nosssotrosss? —le preguntó la enramada, percatándose de que algo andaba muy mal.

Boda tragó saliva de forma evidente. Iba a extrañar a los árboles. Ellos habían sido sus únicos amigos por muchos años.

—Yo -- no, no regresaré. Tengo que destruir al inicuo ser maligno del que ya les había hablado.

—Sssí. El Ossscuro. ¿Quéeee ssserá de nosssotrosss?

—Ustedes... ustedes no tienen mucho tiempo. El Lord Sith no pudo ser detenido. A fin de salvarme, yo... yo... el musgo Phelarion va a...

—Ssseentimosss el calorrr —dijo la arboleda—. Y el musssgo traeeerá llamassss.

—Lo lamento —dijo Boda—. Desearía que hubiera podido ser diferente. Sé que ustedes me han servido bien, y por mucho tiempo. Sólo tengo una cosa más que pedirles. Necesito que los viñedos me bajen por fuera de la ventana. No tenemos mucho tiempo... de otra forma, yo también moriré aquí mismo.

Boda se preguntaba si los árboles a los cuales había traicionado lo ayudarían. Susurraron como respuesta, produciendo un vigoroso sonido formado por muchas docenas de ellos al mismo tiempo. Una gran cantidad de los gruesos viñedos se elongaron como serpientes y se envolvieron alrededor de su pecho y de sus hombros.

—Adiósss, maessstrooooo —dijeron los árboles—. Viiiive por nosotrosss. —En ese momento, los viñedos le hicieron atravesar el agujero que él había cortado, y empezaron a bajarlo delicadamente por el costado del rascacielos.

Boda observó una caída de algunos cientos de pisos por debajo de él, pero los viñedos no permitieron que se soltase. Después de descender unos cinco pisos, los resistentes viñedos alcanzaron su límite. Boda tomó su sable de luz y cortó una entrada en la ventana más cercana. Empleó sus piernas para impulsarse sobre el costado del edificio, y luego se balanceó para encajar justo dentro del agujero que había hecho. Se encontró en medio de un vestíbulo residencial vacío y tranquilo. Con otro golpe de su sable, rebanó los viñedos, y empezó a correr hacia el pasadizo, en busca de un elevador.

Vader encontró a Mara Jade justo en el lugar que Boda le había indicado. Se encontraba firmemente sujeta con la sinteti-soga, pero no parecía tener mayores lesiones. Mientras se aproximaba, ella levantó la mirada, como si estuviera drogada. Vader había

percibido el incremento del calor, pero el bochorno no había podio penetrar el traje con control de temperatura que lo cubría. Mara estaba sofocada. Vader sintió un alivio al ver que no se encontraba lastimada, pero se enfadó grandemente al no encontrar explosivos en las cercanías. ¿Habría sido engañado como un tonto por Boda? Quizás no hubiera ninguna bomba en aquel lugar.

Sin advertencia previa, el piso que se encontraba a su alrededor empezó a hacer erupción por todos lados, haciendo estallar las piedras, los troncos de los árboles y el suelo, lanzándolos por los aires. Un gran remolino de llamas se desencadenó sobre él, mientras protectoramente cubría el cuerpo de Mara Jade. Las explosiones no se detuvieron allí – en lugar de ello, se intensificaron. Por encima del jardín, una bola de fuego de enormes proporciones empezaba a formarse.

Alguna cantidad de detritus empezó a llover sobre su armadura, mientras Vader tomaba entre sus brazos a Mara y corría con la mayor premura hacia la abierta puerta del elevador. Se introdujo de golpe, y presionó el botón de cierre. Las puertas sisearon y se cerraron al tiempo que una oleada de calor y fuego, acompañadas de un sonido atronador, se acercaban cada vez más. Mientras Vader sostenía a la quejumbrosa muchacha, el elevador empezó a sacudirse fuertemente. Sus luces internas se extinguieron, y de improviso, el elevador se desplomó en caída libre.

Vader se apuntaló contra la pared mientras el ascensor descendía en picada, experimentando el vivo pensamiento de cómo sería el impacto producto de una caída de más de doscientos pisos por debajo de él. Tenía que sacarlos de allí inmediatamente. Empuñando su sable de luz, se irguió para cortar un gran agujero en el techo del elevador, empujando la sección desprendida que caía, hacia un costado al lado suyo. Acto seguido, procedió a sujetar fuertemente a Mara, invocó el poder de la Fuerza, y dio un salto hacia arriba. Su poderoso movimiento lo llevó a través del agujero para aterrizar sobre el techo del ascensor, rompiendo a correr delicadamente mientras lo hacía. Cruzó la distancia hacia las paredes del costado del foso en que se encontraban, y saltó contra él. Vader impactó contra la pared del foso, mientras el elevador continuaba cayendo. Protegió a Mara del golpe, cubriéndola con el brazo y la pierna protésicas derechas de su armadura. Su mano

biónica se aferró a uno de los travesaños de la escalera de mantenimiento, la cual se estremeció, pero no llegó a desprenderse. Cuando finalmente se estabilizó, miró hacia abajo, sólo para observar cómo el elevador desaparecía en medio de la oscuridad, hasta que llegó a la parte inferior en medio de un terrorífico estruendo. De igual manera, los distantes retumbos que provenían por encima de sus cabezas, presagiaban el final de la casa de Boda en el ático, y de probablemente, una gran parte del propio rascacielos.

Por un largo momento, permaneció colgado de la escalera, sin moverse en absoluto. Estaba cubierto de limo y de suciedad, su capa había sido parcialmente quemada, y se encontraba conmocionado por el estrecho escape. Mara permanecía sujetada por él, gimoteando de miedo. Boda había escapado de una manera habilidosa, y ambos apenas habían logrado sobrevivir a la confrontación. Tomando en cuenta cómo le había ido en sus anteriores misiones de cacería de los Jedi, pensó Vader tristemente, que ésta ciertamente podría haberle salido mucho mejor.

*****

No le tomó demasiado tiempo a Vader el encaramarse por la escalera hasta llegar a un acceso de mantenimiento, el cual se abría hacia un vestíbulo en el piso setenta y tres del edificio. El área se encontraba abarrotada de gente, pero aún si no hubieran podido reconocer al Señor Oscuro a partir de las notas de prensa emitidas por las HoloNoticias, igualmente habrían hecho el suficiente espacio

para la imponente figura que se dirigía hacia ellos dando grandes zancadas a través del ambiente. Mara Jade había sido desatada, y ya había despertado de su inconsciencia. Caminaba enérgicamente tras el rastro de Vader. Tomando un elevador -el cual de inmediato quedó vacío de gente como por arte de magia-, descendieron al piso cincuenta, hacia las oficinas principales de mantenimiento del edificio. Los moradores continuaban arremolinándose alrededor de ellos. El edificio estaba siendo evacuado debido al fuego y a las explosiones que habían hecho colapsar los diez pisos superiores. Las oficinas también se encontraban vacías, y Vader se dirigió directamente hacia una terminal de la HoloNet, en uno de los cubículos.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Mara. Era la primera cosa que decía desde que Vader la había rescatado. Se encontraba atormentada por la vergüenza, pero Vader no la había criticado por su desempeño. En lugar de ello, simplemente se había limitado a conducirla hacia donde él quería llegar. De cierta forma, ella deseaba ser castigada. Había fallado en su misión. En lugar de atrapar a Boda, él había terminado por capturarla a ella, y Mara asumía que ello también había ocasionado que Vader perdiera a Boda.

—En este momento —le contestó—, debemos contactar al Emperador. Es necesario que se entere de lo que ha ocurrido aquí. Después de ello, nosotros podremos continuar la cacería de Ashka Boda.

—¿Nosotros? —le preguntó Mara—. ¿Significa que aún soy parte de la misión? ¿Después de todo lo que ha sucedido aquí?

—Podrías serme de alguna utilidad —le dijo Vader escuetamente —. Y no te culpes demasiado por lo que pasó. Yo también subestimé a Ashka Boda y sus capacidades para defenderse. El hacer que nos separásemos, fue mi error, no el tuyo. Tal vez si hubiéramos permanecido juntos, habríamos logrado tener éxito.

Mara se encontraba muy impresionada por semejante demostración de generosidad, pero decidió que era el momento adecuado para compartir la responsabilidad.

—Por todo lo que a mí concierne —dijo—, usted lo hizo todo de la manera correcta. Los poderes de la Fuerza de Boda fueron los que hicieron que yo fracasara. Yo lo tenía completamente impregnado

con la neurotoxina, pero de alguna manera, logró depurar el veneno. Después de ello, fui contenida por la Fuerza... ¡Aguarde! ¡Casi lo había olvidado! Él hizo uso del Lado Oscuro – ¡Yo pude sentirlo! Él no es un Jedi – es un adepto del Lado Oscuro. Estuvimos equivocados con respecto a él todo este tiempo.

La postura de Vader reveló su asombro.

—Un adepto del Lado Oscuro —dijo de manera intrigante—. ¿Qué significación podría tener eso? —Vader hizo una pausa para reconsiderar la situación—. Él también me dijo que yo fui quien le dio una segunda oportunidad de vivir... pero me dijo que su nombre no era Ashka. En todo este asunto, hay mucho más de lo que puedo adivinar. Debemos consultárselo al Emperador de inmediato.

Vader se giró hacia la estación de la HoloNet y, después de examinarla un momento, le descargó un golpe producto de la frustración.

—No funciona. La explosión debe haber dañado la conexión de este edificio con la red.

—Conozco otra forma de contactar al Emperador —dijo Mara de manera dubitativa. Sentía gratitud hacia Vader por lo que había hecho, y a cambio, quería hacer algo para reforzar la confianza entre ambos. Ya no estaba tan segura de que fuera verdad todo lo que le había dicho el Emperador acerca de Vader y Boda, pero estaba segura de que Vader estaba tratándola con mayor respeto de lo que había hecho Palpatine—. Soy una poderosa telépata, proyectante y receptiva... y estoy íntimamente conectada con su mente. Puedo llamarlo, y él será capaz de escucharme, sin importar cualquiera cosa que se encuentre haciendo.

Vader se le quedó mirando, al tiempo que consideraba sus palabras. Quizás estaba deduciendo por qué ella no le había dicho nada acerca de todo esto con anterioridad. Mara sospechaba fuertemente que entre ambos había una falta de confianza, tanto de parte de Vader, como por parte de su Maestro. Definitivamente, la suya debiera ser una relación bastante extraña.

—Yo también he sido capaz de recibir sus pensamientos a distancia —le dijo Vader—, pero raramente he tenido éxito en hacerle llegar mis propios pensamientos. Sus barreras mentales son formidables, y a él no le agradan las interrupciones. De acuerdo, establece contacto con el Emperador, y dile que Ashka Boda está

yendo por él. Estaré esperando por ti en la otra habitación.

Mara asintió mientras Vader se retiraba. Comprendía que él ya se encontraba advertido de lo que había estado ocurriendo subrepticiamente aquí; no deseaba alertar al Emperador con su presencia, de tal manera que Palpatine no supiera que Mara le había revelado su don. Se concentró para establecer una conexión con el Emperador, y al poco tiempo, su rostro apareció ante ella. Se encontraba bastante agitado.

— ¿Dónde te encuentras, Mara Jade? Me acaban de decir que hubo una explosión en el edificio en donde estabas. ¿Dónde está Ashka Boda, y dónde está Lord Vader?

— Logré escapar a tiempo, Maestro. Lord Vader me rescató. Pero eso significó que tuviera que dejar ir a Boda a fin de salvarme. Él... él se encuentra por aquí, tratando de descubrir las causas de la explosión.

Mara miró hacia la puerta de acceso de manera nerviosa, con la esperanza de que la tapadera de su historia resultara ser creíble, pero el Emperador no estaba ni siquiera interesado en los pequeños detalles. Su disgusto se hizo evidente para Mara. Empezó a palidecer mientras era objeto de su furia.

— ¡Maldito Lord Vader! Tenía al Jedi en sus manos, ¿y lo dejó escapar?

— Sí, pero…

— ¡Pareciera que mis dos sirvientes se encuentran adoleciendo de incompetencia en este día! Vader pagará caro por esta torpe decisión. ¿Acaso debo capturar a Boda por mí mismo?

— Pero mi Emperador... fue para salvar mi vida. Yo habría muerto...

— ¡Joven necia! Este asunto es mucho más importante de los que podrías llegar a entender. ¡No tienes ni idea de lo que está en juego! ¡Una vida mucho más importante que la tuya es la que está colgando en la balanza!

— Maestro... Ashka Boda... él... él podría estar yendo por usted. Lord Vader me dijo-

El estado de ánimo del Emperador se transformó nuevamente, de manera veloz como el rayo.

— ¡En serio! ¿Así que el Jedi está viniendo a mí? ¡Excelente! Me pregunto qué es lo que espera lograr al venir aquí. Si estás en lo correcto, entonces podré encargarme de él por mí mismo. Quizás vuestro

fracaso no tenga mayores consecuencias después de todo. Debo prepararle la bienvenida a nuestro fugitivo... siendo así, no tengo más tiempo para desperdiciar contigo en este momento. Regresen al Palacio con Lord Vader tan pronto como les sea posible...

Habiendo dicho eso, se desvaneció, dejando a Mara sola con sus aplastantes reflexiones. ¡Su Maestro habría preferido que Vader la sacrificara! ¿Qué podría ser tan importante acerca del tal Boda, para que él concediera tan poco valor a la misma existencia de Mara? Lentamente, su propia autoestima empezó a desangrarse a través del desgarrado agujero de su espíritu.

Vader caminó de regreso, sólo para encontrarla sentada de manera abatida sobre una silla giratoria.

—¿Y bien? —le demandó el Señor Oscuro—. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Él... él tan sólo me cortó. Ni siquiera me dio la oportunidad para decirle que Boda era un adepto del Lado Oscuro. Se encontraba... furioso de que hubiéramos permitido que Boda escapara. Me dijo que pensaba... que usted debería haberme dejado morir antes que permitir que escapara.

—No es peor de lo que yo esperaba —dijo Vader calmadamente —. El Emperador no es tan clemente como yo. Dejemos que descubra la verdadera naturaleza de Boda por sí mismo. En este momento, el plan es seguirlo hasta el Palacio. Tal vez pueda alcanzarlo antes de que llegue allí. Él y yo tenemos asuntos inconclusos que debemos terminar.

Levantando la mirada, Mara le preguntó.

—¿Qué es lo que Boda desea con el Emperador?

—Como muchos otros antes que él, planea hacer que le llegue su fin a nuestro Maestro, incluso si para lograrlo, tiene que morir en el intento.

—¿Tiene alguna oportunidad? ¿No podríamos detenerlo?

—Si Ashka Boda llega hasta donde se encuentra el Emperador, lo encontrará más que preparado. Tengo muy poca fe acerca de sus posibilidades...

—¿Entonces, qué clase de hombre es? —le apremió Mara—, ¿acaso es un demente? ¿Va a arriesgarse a atravesar por en medio de una legión de guardias, con la esperanza de llegar al Salón del Trono, sabiendo que Palpatine aguarda por él?

—En verdad podría tratarse de un demente —dijo Vader pensativo—, pero no creo que sea un tonto. Se hizo cargo de nosotros en el jardín con gran astucia... y también está el asunto del material con el que desencadenó la explosión. Semejante destrucción en el Palacio, podría alterar la situación de forma dramática.

—¿Qué fue lo que hizo explotar? —le preguntó Mara—. ¿Podría decírmelo?

—Parecía ser el mismo suelo —dijo Vader—. Quizás algún tipo de arma orgánica de alguna clase, escondida entre sus exóticas plantas.

Mara armó rápidamente todas las piezas del rompecabezas.

—Él ha estado trabajando en el Palacio por once años como jardinero. Si ha estado en posesión de un explosivo orgánico durante todo este tiempo, podría haberlo sembrado en cualquier parte. Lo más probable, es que planee utilizarlo contra el Emperador – ésa podría ser la razón de que fuera tan reservado.

—Déjame tratar de recordar —dijo Vader—. La Fuerza potenciará mi memoria. Creo que pude ver alguno de esos organismos del invernadero en algún otro sitio...

Permaneció en silencio durante casi un minuto.

—Ya lo tengo —dijo finalmente—. Cuando estuvimos en el invernadero, observé un musgo gris por toda la superficie. El mismo musgo estaba en los jardines del Palacio, en el lugar en el que divisé por primera vez a Ashka Boda. Los botánicos Ho'Din me preguntaron de qué se trataba, pero era algo desconocido para mí.

—Correcto, podría tratarse del explosivo —dijo Mara—, ¿pero cómo es que logra detonarlo?

—El cambio más obvio que se dio en el ambiente —observó Vader—, fue el incremento en la temperatura.

Mara asintió.

—De acuerdo, ¿pero cómo podría aplicar semejante calor en el Palacio? Tiene una climatización controlada.

—Debe haber ideado alguna forma —declaró Vader—. Nuestro Jedi Oscuro es casi tan retorcido como el mismo Emperador. Será mejor que nos pongamos en camino de inmediato.

CAPÍTULO V

Mientras las enormes estructuras del Centro Imperial se enfriaban bajo las menguantes luces del cielo, Vantos Boda abordó un conducto de transporte expreso en dirección hacia el Palacio. Detrás de él, quedaba una pequeña tronera de caos y destrucción. Un brote de fuego había florecido entre las frías torres de duracero, rompiendo de manera irrevocable con el pasado de Boda. Su hogar durante la última década se había esfumado – todos sus árboles y plantas, todos sus habitáculos, incluso el antiguo Holocron que le había sido heredado por su Maestra Dina. Había escapado por poco con vida del edificio. El vagón del transparente túnel de transporte aceleró, permaneciendo indiferente mientras lo alejaba de todo lo que quedaba de su anterior vida, para enfrentarlo con un corto y violento futuro. Sería un final adecuado para su infeliz carrera como salvador de la galaxia.

El encuentro de Boda con la joven mujer asesina, lo había dejado conmocionado. Para someter a la muchacha, se había visto obligado a emplear el poder del Lado Oscuro. Era algo enfermizo para él, tener que formar parte del mismo poder que sostenía a Palpatine, pero no había tenido otra opción. La paz sanadora del Lado Luminoso estaba perdida para él para siempre. Boda ni siquiera había estado seguro de cuándo se había despedido de él. Durante todo su largo itinerario, él siempre había estado seguro de que se encontraba actuando por las razones correctas, para servir al bienestar del universo. Y aún creía que permanecía haciéndolo.

Primero había sido la visión, la cual le había encomendado su tarea como salvador. Él había podido vaticinar el aciago destino que estaba reservado a la galaxia en las manos del Emperador, y sabía que tendría que haber algún propósito por haber recibido semejante visión. Él había sido escogido, escogido para cambiar ese futuro.

Un viejo párrafo del Diario de los Whills le había hablado a él, mientras consultaba aquel preciado texto. El Diario estaba conformado por una enorme colección de relatos y profecías, historias y leyendas. Contenía las palabras de reyes, Jedi, filósofos y científicos. Con anterioridad al Imperio, el Diario de los Whills nunca había dejado de crecer. Era enriquecido por las mentes más

brillantes que surgían en cada nueva generación. Ahora no era más que uno de los tantos libros prohibidos por el Nuevo Orden. Vantos creía que el Diario contenía todo lo que era relevante acerca de la cultura de la Vieja República. En algún lugar entre sus páginas, lo sabía, podría estar la razón para que él hubiera sido elegido. El pasaje que había encontrado, le había manifestado que él tendría que ser el salvador en un tiempo de desesperación – el Hijo de los Soles. Muy pocas cosas habían sido dichas acerca de aquella profética figura, pero Boda estaba seguro de que se trataba de él.

Había terribles dificultades esperando al Hijo de los Soles. Además de la terrible visión con respecto al Emperador, Vantos también había vaticinado su lucha contra su propio hermano, Ashka. Peor que eso, había previsto confusamente su propia muerte a manos de Ashka. Si ello llegara a ocurrir, Vantos nunca podría alterar el futuro. Y si las cosas se desarrollaban de esa manera, necesitaría hallar una solución; había investigado concienzudamente entre las tradiciones de los Jedi para hallar una manera para prevenir su propia muerte, y al mismo tiempo, para dar cumplimiento a su destino.

Había encontrado una manera – de no ser así ¿por qué le habría sido mostrada esa visión? Boda empezó a creer que tal vez era parte del destino del Hijo de los Soles, el tener que triunfar sobre la misma muerte a fin de convertirse en el salvador de la galaxia.

En las profundidades del Holocron, Vantos había descubierto el secreto para escapar después de la muerte, empleando el anclaje a un espíritu. Dicho anclaje a un espíritu consistía en fusionar su esencia con alguien cercano, a fin de evitar el pasaje natural hacia el otro mundo. Era un poder utilizado por algunos pocos Jedi ancianos, para completar sus tareas inconclusas antes de pasar a mejor vida.

Vantos mantenía la esperanza de que no tendría que emplearlo, pero para consternación suya, todo estaba desenvolviéndose justo como había anticipado en su visión. Tan pronto como Vantos había intentado cambiar el futuro matando al muchacho, a Espaa, su hermano Ashka se le había opuesto. De repente, Vantos se había encontrado a sí mismo interpretando los mismos eventos de su visión. El duelo había sido llevado hasta su término, y Vantos había sido muerto por la espada de su hermano. Pero su espíritu no se

había extinguido. Al momento de su muerte, había fusionado su esencia con la vida de su hermano, persistiendo dentro de él, y observándolo por décadas como una invisible forma de energía.

Había sido un limbo prolongado, una suspensión insensible entre la existencia física y la identidad espiritual, con todas las experiencias por las que un verdadero Jedi habría tenido que atravesar. Entonces, finalmente, la oportunidad por la que había estado esperando por tanto tiempo, se le había presentado. Darth Vader había venido por Ashka. En el momento en que el Lord Sith detuvo el corazón de Ashka, el espíritu de Vantos había regresado a la vida, apoderándose del cuerpo de su hermano, y reiniciando la función del corazón. El alma atormentada de Ashka había partido para siempre, dejando el cuerpo inerte para que el Hijo de los Soles pudiera tomarlo, y así triunfar sobre la muerte.

La clave había estado dada por otro poder almacenado en el Holocron – la habilidad para transferir la vida de un cuerpo a otro. Había estado guardada en los registros como un acto de cuestionable moralidad, pero, ¿qué opciones le quedaban? En combinación con el poder de realizar el anclaje a un espíritu, la habilidad para trasferir la vida, había terminado por salvarlo.

Vantos había resurgido en su nuevo cuerpo, y de inmediato había recuperado el Holocron y su sable de luz, y había escapado del departamento en llamas de Ashka.

Al momento de emerger al mundo, había encontrado que la peor de sus pesadillas se había realizado. De la misma forma en que su combate con Ashka se había vuelto realidad, su visión acerca del sombrío Emperador había sido cumplida. En ese instante, Vantos casi había enloquecido. De todos modos, ¿por qué tendría que haberle sido mostrado el futuro, si no tuviera posibilidades de cambiarlo? Venció sus serios cuestionamientos, convenciéndose a sí mismo de que continuaba siendo el elegido, de que todavía era el salvador de la galaxia. Aún mantenía sus intenciones de destruir al Emperador antes de que pudiera destilar toda su maldad, como construir una máquina que pudiera ser capaz de destruir planetas enteros.

Vantos se mudó a Coruscant, justo a la casa de su enemigo, y asumió las funciones de un humilde jardinero en el Palacio. Mientras realizaba el mantenimiento de todo el verde follaje a

través de la inmensa estructura, Vantos iba decantando pacientemente sus planes. Colocó el musgo Phelarion en todos los lugares en los que le fue posible, y lentamente, fue preparando la ruina del Emperador. Pero los años transcurrían unos detrás de otros, y de algún modo, Boda se mostraba reacio a entrar en acción. Había llegado a tener una vida, la cual adoraba, tras muchos años de haber estado efectivamente muerto. Las plantas le otorgaban paz, y se mostraba cada vez menos interesado en hacer que todo esto llegara a su final.

Sólo una cosa lo atormentaba – el haberse perdido para el Lado Luminoso. Cuando Vantos había despertado en su nuevo cuerpo, la única parte de la Fuerza con la que había podido entrar en contacto, había sido la del Lado Oscuro. En donde alguna vez había residido la serenidad dentro de él, ahora se hallaba ardiendo un núcleo rebosante de ira. Vantos se resistía a su influjo, y sólo lo empleaba cuando realmente tenía que hacerlo. Él conocía exactamente cuál era el precio a pagar por el Lado Oscuro, y no quería verse atrapado por él sin tener ninguna esperanza de redención. Pero para lograr la victoria sobre Palpatine, Vantos sabía que tendría que hacer uso del Lado Oscuro... y tendría que emplearlo a fondo. Había estado practicando con sus nuevos poderes de manera reticente, ganando experticia en ellos año tras año.

Vantos sonrió de manera triste mientras continuaba su trayecto en el vagón del túnel. Había sido muy irónico para él que el Lord Sith hubiera pensado que él era Ashka. Sí, en el exterior se veía como Ashka, pero su hermano nunca podría haber hecho todo lo que Vantos había elucubrado. Ashka era demasiado débil. Había muerto presa de su propia debilidad, sin demostrar deseos de seguir adelante. Se necesitaba de fortaleza para conseguir los mayores objetivos, y Vantos era fuerte... lo suficientemente fuerte como para derrotar a Palpatine en ese momento, empleando sus mismos odiosos poderes oscuros en contra él. Tan sólo tendría dejar que su ser se sumergiera en medio de la oscuridad por un breve período de tiempo, para mantener ocupado al Emperador hasta que el Palacio terminara por desplomarse sobre ambos. Él prestaría su servicio final en nombre de la Luz, y sabía que su recompensa final, sería su aceptación de regreso en su regazo.

Pero por el momento, era tiempo de dar el siguiente paso. Sus

musgos Phelarion requerían de calor, y había una excelente fuente de calor flotando serenamente en órbita alrededor del planeta. Boda observó el cielo estrellado a través de la ventana del rápido vagón acelerador. Allí arriba, sin poder ser visto, se encontraba uno de los enormes espejos de control climático que desviaban la luz solar hacia los polos, haciéndolos más habitables para los seres humanos. Se encontraba pilotado, Vantos lo sabía, por un soldado de rango naval muy bajo, quien tendría que cometer un error punible producto de la tediosa y solitaria asignación. El espejo era un reflector de varios kilómetros de diámetro, junto con una muy pequeña estación de control adherida en su costado. Ésta última contenía algunos pocos sistemas de entretenimiento, un autochef, y una estrecha burbuja de observación para que el piloto pudiera escabullirse en medio de sus complejas computadoras.

Vantos albergaba la esperanza de que el hombre se encontrara aburrido, infeliz, y un poco cansado, lo cual lo haría un poco más fácil de manipular por intermedio de la Fuerza. En preparación para ese momento, había aprendido todas las cosas que podía acerca de él, sin llegar a despertar sospechas.

Ensign Handli había sido tan propenso a cometer errores en la Flota Imperial, como cualquier otro hombre podría haberlo sido sin tener que ser despedido por ese motivo. Las fallas en las que había incurrido, no habían terminado transformándose en desastres tan sólo por el más estrecho de los márgenes. A pesar de ello, el tío rico de Ensign, poseía una gran influencia sobre un proveedor militar de armas con base en Coruscant. Él había persuadido a la Flota para que no despidieran al joven, pero no había tenido argumentos para replicar cuando le habían advertido que su sobrino tendría que <<cabalgar los espejos>> por un determinado tiempo. Ambas partes habían convenido en que sería un buen método de disciplina para Ensign Handli. Lo que habían hecho en realidad, había sido proporcionarle a Boda la herramienta ideal para llegar a concretar sus planes.

Vantos sonrió en su mullido asiento de pasajeros. Dejó que su mente alcanzara el vacío del espacio más allá de la atmósfera, para encontrarse con la mente del necio y joven piloto de la estación del espejo. Handli se encontraba allí, sentado en su claustrofóbica silla, observando el centelleante planeta acristalado que estaba debajo de

sus ojos. Se concentró en los pensamientos de Handli, tomando posesión de su voluntad delicadamente, e impeliéndolo a confiar en lo que le iba a ser dicho, a creer y a ejecutarlo. Acto seguido, implantó una serie de órdenes dentro de la mente de Ensign, las cuales adoptarían la forma de órdenes pre-diseñadas para él.

Handli asintió mientras observaba el ventanal, y empezó a ajustar los propulsores del control de altitud, inclinando delicadamente la vasta superficie reflectora hacia un nuevo grupo de coordenadas. Tecleó los nuevos parámetros en el controlador de objetivos. Mientras el espejo empezaba a virar, los cables de fibra se retrajeron hacia dentro de la estación de control, traccionando las delgadas y plateadas superficies, haciendo que se estrechara el haz de luz reflejada. Handli no se encontraba al tanto de cuán angosto era el ángulo sobre el cual estaba ajustando el rayo, mientras programaba a ciegas el espejo para redireccionar la energía solar en un ajustado eje de calor calcinante. Cuando el espejo estuviese enfocado y orientado adecuadamente, iría a apuntar su eje justo sobre el Palacio Imperial... y sobre todos los sembríos del musgo Phelarion que crecía en sus jardines.

*****

Ciertamente existían otras formas más elegantes de viajar al Palacio, pensó Vader, mientras observaba dubitativamente el interior pobremente decorado del aerobús público. El vehículo se desplazaba lentamente, y parecía haber sido diseñado para albergar la mayor cantidad de pasajeros con el mínimo de confort. Pero era el único transporte del que Vader y Mara habían podido apoderarse en la escena de la destrucción del hogar de Boda. Vader había reclamado el pesado bus cubierto de grafiti en nombre del Emperador, mientras su conductor volaba de manera reticente hasta la siguiente parada. Mara se había sentado en el asiento del conductor, había eyectado al rudo y desaliñado piloto, y Vader les había ordenado al resto de pasajeros que descendieran para esperar por el siguiente aerobús. Nadie se había negado.

Finalmente, Mara los había conducido a través de una multitud de lanzaderas médicas, flotadores de seguridad, y plataformas de

bomberos, y había enrumbado el bus en dirección hacia el sur de la ciudad.

En la distancia, podía apreciarse el iluminado Palacio como si fuera una montaña. Boda, o cualquiera que fuera su nombre, probablemente también se habría encaminado en la misma dirección. Vader le había creído al hombre cuando éste le había asegurado que sus asuntos sólo tenían que ver con Emperador. Palpatine tenía muchos enemigos... y no tomaba en serio a muchos de ellos. Ya anteriormente, Vader se había hecho la promesa de no subestimar a ninguno de sus enemigos. La fortaleza de Boda radicaba en su inteligencia, y había tenido un tiempo muy prolongado para desarrollar sus planes. Vader había aprendido a apreciar la sutileza de la aproximación de Boda, aunque desdeñaba la aparente cobardía del sujeto. Boda había salido corriendo frente a Vader en dos ocasiones, y en esta última, con el objetivo de llevar a cabo su furtivo y sigiloso complot. Era indigno de un guerrero, e impropio para alguien que fuera anteriormente un Jedi. Vader tenía la intención de no permitirle escapar una vez más. El Oscuro Señor iba a encontrarlo, y de alguna manera, impediría que cayese en las manos del Emperador... permanentemente.

Sin embargo, se habían presentado algunas complicaciones problemáticas, asociadas con el propio explosivo orgánico. Vader aún no estaba seguro de cómo pretendía detonarlo Boda, asumiendo por completo que fuese su intención el emplearlo como explosivo. Sus suposiciones con respecto a las especies alienígenas de musgos y las fuentes de calor, sólo eran una teoría. Sin embargo, los instintos de Vader le decían que estaba en lo correcto. Su primer Maestro, Obi-Wan, le había enseñado a confiar en esos instintos. Justo en ese momento, sus instintos le decían que Boda era lo suficientemente cobarde como para asumir que obligatoriamente tendría que ser derrotado por el Emperador en una confrontación directa. Además, que Boda necesitaría sentir que tenía de su lado una gran ventaja para compensar esa debilidad, tal como una explosión masiva capaz de aniquilar al Emperador. Las propias palabras de Boda revelaban que esperaba terminar muerto. Todos los hechos encajaban. La obvia conclusión era que el oponente de Vader pensaba suicidarse entrando en una trampa mortal... una trampa que dejara cogido también al Emperador.

Llegados a ese momento, Vader tenía que eliminar a Boda, no sólo antes de que el Emperador pudiera reclamarlo para sí, sino también antes de que pudiera poner en serio peligro el Palacio.

¿Cómo podría evitar que se desencadenase la explosión? El razonamiento de Vader le indicaba que los explosivos debieran estar diseminados por todo lo largo y ancho del Palacio, así que no podrían ser retirados rápidamente en caso de ser descubiertos. Parecía que la única opción era evitar que se calentaran, en primer lugar. Vader había revisado la memoria computarizada de su armadura después de su escape del invernadero. La temperatura había alcanzado los ciento veinte grados estándar al momento de la explosión. Es verdad, el Palacio tenía un sistema de control de clima, y sus sistemas de calentamiento jamás podrían alcanzar semejante exceso de temperatura. Vader echó una mirada hacia los distantes picos luminosos en los que Emperador se encontraba aguardando. ¿Cómo podría llegar a aplicarse semejante calor?

Entonces pudo verlo.

Los sensores luminosos de amplificación de su casco divisaron una brumosa columna de luz que empezaba a elevarse en ángulo desde el mismo Palacio. El haz emergía de la mitad superior del agrupamiento de torres piramidales que lo coronaban. Era muy difícil de distinguir, ya que no resaltaba mucho entre el variado resplandor de iluminaciones que recibía el mismo Palacio, pero allí estaba, y se estaba volviendo cada vez más brillante. Vader cambió a visión infrarroja, y confirmó sus sospechas. Sus lecturas le informaban que el contenido de calor presente en el haz de energía, estaba en aumento, al tiempo que iba haciéndose cada vez más estrecho. La transición de semejantes cambios era muy lenta, pero completamente mesurable. De improviso, Vader comprendió que el haz no iba de abajo hacia arriba, sino que estaba siendo direccionado desde algún punto en la parte superior del firmamento.

—¡Está utilizando los satélites orbitales de transferencia de energía solar para elevar la temperatura de los explosivos orgánicos! —dijo Vader de manera repentina, y en voz muy alta.

Mara Jade perdió la firmeza con que sostenía los controles del vehículo producto de la sorpresa, haciendo que el aerobús se tambaleara momentáneamente.

—¿Qué? —exclamó Mara—. ¿Que está empleando qué?

—Los espejos orbitales. Está redireccionando y enfocando la energía solar sobre el Palacio, para provocar otra explosión como la del invernadero —dijo Vader—. Sólo que sin lugar a dudas, ésta será mucho más grande en comparación con aquella.

Mara se veía consternada.

—¿Él puede hacer eso? Pero... no podemos permitir que el Palacio sea destruido por completo. ¡Eso haría que murieran más de diez mil personas!

—Evidentemente, a Ashka Boda no le preocupa nada de eso —replicó Vader. Se quedó pensativo por un momento—. Creo que tendremos que separarnos nuevamente. No está dentro de tus capacidades el poder enfrentarte con un Jedi Oscuro. Yo me haré cargo de él por mí mismo.

—¿Va a matarlo? —le preguntó ella, con una voz dubitativa.

A esas alturas, ambos conocían la razón de la pregunta, y Vader escogió cuidadosamente las palabras contenidas en su respuesta.

—Haré lo que sea necesario para proteger la vida del Emperador —le dijo.

Mara, evidentemente, no pudo encontrar ninguna insinuación impropia en sus declaraciones.

—¿Qué es lo que yo debo hacer? —le preguntó.

Vader señaló el negro cielo por encima de sus cabezas.

—Debes tomar un caza y destruir el espejo orbital. Tal vez el proceso pueda ser detenido a tiempo. ¿Puedo asumir que sabes pilotar un caza TIE?

Mara asintió.

—Correcto. Vamos a aterrizar en el techo del edificio de Operaciones de Seguridad Imperial. Allí deberían tener disponible algún caza. ¿Tienes autorización para requisar dicho aparato?

—No será ningún problema —le aseguró Mara.

—Yo continuaré hasta el Palacio, y trataré de encontrar al Jedi Oscuro. Con la Fuerza de parte nuestra, debemos salir victoriosos. El Emperador ha depositado su confianza en nosotros para resolver el asunto de Ashka Boda. Le demostraremos que no se encontraba equivocado.

Mara parecía estar agradecida por el voto de confianza. Vader sabía que ella había estado fuera de su liga con anterioridad. De

manera esperanzadora, ella mantenía el anhelo de salir airosa esta noche, y de poder restaurar la fe del Emperador en ella. Además de la importancia real de su tarea, Vader en persona deseaba que saliera triunfadora.

La poco acostumbrada compasión del Señor Oscuro, provenía de su convencimiento de que las implicancias de la situación, hacían que fuese como si tuviera allí a Palpatine en su papel de Maestro. Una vez que Vader había vencido su propia resistencia para que ella fungiera como su ayudante, había notado que Mara poseía algo de la valentía y la determinación que serían necesarias para que se elevase tan alto como pudiera llegar. Él también sabía que la caída de Mara, podría ser tan marcada como su posible triunfo, en el momento en que el Emperador decidiese juzgarla. Pero no deseaba verla destruida de esa manera – sería un recordatorio demasiado gráfico del abismo sobre el cual, él mismo se había levantado.

Al poco tiempo, Mara aterrizó el aerobús sobre la parte superior del enorme edificio de la SecImp. Abandonó el asiento del piloto, y corrió el tramo que la separaba del ingreso a la plataforma. Vader tomó su lugar, y asiendo los inestables controles del vehículo, despegó justo en el momento en que Mara desaparecía. A través de la ventana, pudo apreciar que había sido rodeada por las fuerzas de seguridad, pero confiaba en que sería capaz de manejar la situación por sí misma.

El Lord Sith dirigió el lento vehículo público hacia el Palacio Imperial, jurando en nombre de la Fuerza que, cuando todo esto hubiera terminado, iría a buscar personalmente este bus en particular, y le haría una remodelación con su sable de luz. El bus no pareció sentirse impresionado por las amenazas, y mientras reanudaba su torpe deslizamiento hacia el Palacio, Vader pudo experimentar de manera física, el desperdicio del precioso tiempo que le quedaba.

Mara se mantenía calmada y altiva mientras se enfrentaba al severo y arrogante capitán de Seguridad Imperial. Se encontraba rodeada por algunos soldados de asalto, y el vehículo que la había

transportado acababa de despegar. Sabía que debía verse como un mamarracho, habiendo perdido sus armas, con el cabello inmundo y con su apretado traje negro de combate, desgarrado por todas partes. Pero se enfrentó con el desdeñoso desprecio del capitán, manteniendo su dignidad como si fuera una cuerda mientras ella se encontraba suspendida por encima de un insondable abismo. Ella todavía era la Mano del Emperador, al menos por ahora. Por el momento, y mientras no hubiera consecuencias reales del disgusto de Palpatine para con ella, tenía la intención de sacar la mayor ventaja posible de su posición mientras todavía ésta perdurase.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —le preguntó el capitán de seguridad con un tono de voz entrecortado—. ¿Acaso fuiste arrojada de ese aerobús, o es ésta alguna clase de broma? Porque si lo es, sería mejor que reconsideraras el lugar en donde pensabas llevarla a cabo. Ésta es un área restringida, y la penalidades por invadir su perímetro, son verdaderamente bastante severas.

Mara lo miró directamente hacia los ojos, con una expresión tan solemne como pudo demostrar.

—No permita que mi apariencia lo engañe, capitán. Soy una agente del Emperador en una asignación de vida o muerte. Necesito que me facilite un caza TIE con el tanque completamente lleno, de inmediato.

Algunos de los soldados de asalto que la rodeaban, se permitieron dejar escapar unas risitas ahogadas.

El capitán los observó frunciendo el ceño, y luego bajó su mirada nuevamente en dirección hacia Mara.

—Esto ya no resulta divertido. Estás en serios problemas en este lugar. Ahora dime tu nombre y muéstrame alguna identificación de inmediato. No tengo tiempo para todos estos disparates juveniles.

Mara le sonrió de modo tenso.

—Le voy a mostrar mi identificación. Entrégueme su datapad. Prográmelo para aceptar el código de seguridad de los agentes encubiertos del Emperador. Y hágalo rápidamente. Estoy segura de que el Emperador no se encontrará complacido si es que usted me demora en este lugar.

El capitán continuó frunciendo el ceño profundamente, indeciso con respecto a qué hacer con este asunto. Después de considerarlo por algunos momentos, refunfuñó irritado y tecleó algunos

comandos en su datapad. Dándole la vuelta, se lo alcanzó a Mara.

Ella lo tomó con elegancia, y rápidamente ingresó el código de seguridad que la identificaba como la Mano del Emperador. El programa de seguridad confirmó su código, y proyectó su aceptación en la pequeña pantalla. Mara le alcanzó el datapad de regreso al capitán, haciendo un pequeño ademán.

Éste contempló la lectura, y luego se quedó mirándola. Abruptamente, su reticencia empezó a desmoronarse.

—Muy bien... todo parece estar en orden... y tengo las instrucciones de proveerte de cualquier cosa que pudieras requerir.

Levantó la vista directamente hacia adelante, mirando por encima de la cabeza de la joven asesina para evitar confrontar su rostro rebosante de satisfacción.

—Un caza TIE con el tanque completamente lleno, tan rápido como sea posible —repitió ella—. Armas completamente cargadas, por supuesto.

Uno de los soldados de asalto en la parte posterior, murmuró algo en voz baja.

—También podría necesitar algo de ropa...

—Y un traje de vuelo sellado al vacío —añadió Mara al capitán —. De mi talla.

Sonrió en dirección al soldado que había hablado.

El capitán dio las órdenes enérgicamente, y el personal de SecImp empezó a corretear para hacer que el caza estuviera preparado. Permaneció junto con Mara mientras ésta se quedaba esperando, manteniendo todavía en su interior una pizca de suspicacia.

Ella pretendía no darse cuenta mientras él examinaba su imagen amplificada en el datapad, y verificaba los números de su identificación con la lista de agentes encubiertos.

Finalmente, pareció resignarse.

—¿Cuál es tu misión... y cuál dijiste que era tu nombre?

—No lo dije —replicó Mara—. Y mi misión es clasificada. Sin embargo, puedo decirle que usted ha hecho las cosas de la manera correcta en este lugar. Lo que debo hacer es muy importante.

—Sí, bueno —dijo él de manera incómoda—, no es la clase de cosas que suelen ocurrir por aquí, señorita...

—Tan sólo llámeme la Mano del Emperador —dijo Mara,

dejando entrever una pequeña sonrisa.

CAPÍTULO VI

Después de lo que le pareció una eternidad a Palpatine, su holocomm recibió la señal que había estado esperando. Contempló ávidamente la imagen de uno de sus guardias personales, cubierto con armadura y túnica rojas.

—¿Cuál es su reporte? —le preguntó inmediatamente.

—Mi Emperador —le dijo el guardia—, un hombre cuya descripción concuerda exactamente con los datos visuales que nos han sido entregados, ha sido visto aproximándose al Palacio. Fue visto subiendo al vagón de un túnel de transporte en la línea veintisiete. En el cruce del sector cincuenta, abordó otro vagón en dirección hacia el Palacio Imperial. Debería estar arribando en unos treinta minutos.

—Correcto —replicó Palpatine—. El Jedi se encuentra en rumbo hacia mí, como pensaba Vader. Es mi voluntad que no encuentre obstáculos en su camino. Le estoy dando la orden de que se asegure que el Gran Corredor permanezca despejado. Eso le abrirá una ruta desde el Centro de Visitantes, a través del Gran Corredor, para llegar al Salón del Trono que se encuentra al lado del Auditorio de la Asamblea, en donde yo estaré esperándolo. El Jedi no debe ser molestado, mientras no se desvíe de ese itinerario. Desde el momento en que ingrese al Salón del Trono, yo me haré cargo de él. No toleraré interrupciones ni el ingreso de ninguna comunicación. Eso es todo.

—Sus órdenes han quedado claras —le dijo el guardia rojo—. Escuchamos y obedecemos. —La transmisión fue interrumpida, dejando que Palpatine se sintiera complacido por la eficiencia de sus guardias. El oficial no había titubeado ni un solo momento frente a la laboriosa orden de dejar despejado el Gran Corredor. Era una tarea enorme, pero no tenía dudas de que sería cumplida antes de que hubiera transcurrido la media hora.

El Emperador también se encontraba complacido por su próximo encuentro con el misterioso Jedi. Tenía la esperanza de que Boda pudiera representar un desafío. Había pasado mucho tiempo desde que había tenido la oportunidad de destruir a un Jedi por sí mismo. Por lo tanto, no se encontraba perturbado por la forma en que habían terminado desarrollándose los acontecimientos. Sí, habría

sido mejor si Vader hubiera logrado capturar al Jedi para él. Pero la participación de Vader había despertado el preocupante riesgo de la traición. Sin embargo, ahora, el Jedi estaba yendo directamente hacia él, como si considerase que Palpatine fuera demasiado incompetente como para poder acecharlo y capturarlo de manera personal. Iba a ser una noche bastante satisfactoria, con un Jedi al cual vencer, y la posibilidad de aprender una forma para engañar a la misma muerte. Era tiempo de desplazarse hasta el Salón del Trono, y de prepararse para el encuentro con el tal hombre inmortal. Palpatine estaba ansioso de que se llegara el momento.

*****

El vagón del túnel transparente de Vantos finalmente llegó a su destino en el Centro de Visitantes del Palacio. Realizó su desembarco en medio de una pequeña multitud de gente, y caminó cautelosamente entre las pantallas noticiosas y de propaganda, los avisos de recorridos turísticos holográficos, y las estatuas de los primeros adalides del Imperio. La efigie de Palpatine se encontraba entre éstos últimos, esculpida en mármol de color blanco, y diseñada para mostrarlo como un hombre joven. Boda ignoró las estaciones automatizadas de orientación al visitante, y se dirigió hacia el letrero que señalaba:

—Hacia el Gran Corredor.

Sus ojos saltaban nerviosamente al tiempo que veía que los Guardias del Palacio, o los soldados de asalto, lo observaban mientras se les aproximaba. Si hubieran reportado su presencia al Emperador, entonces con seguridad su arresto sería inminente. La perspectiva era, ¿cómo iría Vantos a pasar el tiempo restante antes de que se produjera su muerte? ¿Se encontraría libre para tratar de hallar al Emperador, o sería mantenido prisionero por alguno de los guardias hasta que las explosiones se desencadenasen? Él deseaba estar allí, junto con Palpatine cuando el Palacio colapsase, de tal manera que pudiera asegurarse de que el Emperador había muerto.

Boda siguió caminando, tratando de verse poco llamativo entre los otros turistas. No era algo sencillo; todos los demás parecían ser más ricos que Vantos. La multitud a la cual había estado siguiendo,

se desplazó hacia una pasarela de transpari-acero que había entre dos de las torres del Palacio. Estando parado a mitad de ese puente, pudo apreciar la increíble inclinación del cuerpo principal del Palacio. Luego dirigió su mirada hacia arriba, pasó del nivel en el cual se encontraban las resplandecientes luminarias, y después llegó hasta la misma parte superior de la pirámide. Allí arriba, abierto hacia el cielo, se encontraba una hilera de jardines colgantes que rodeaban todo el perímetro. Algunos niveles por debajo, se encontraba otro jardín, que también se extendía por los cuatro costados del Palacio. Por debajo de ese, otro más, y así sucesivamente hasta coronar toda la parte superior y externa de la estructura. Los jardines conformaban una serie de cuadrados concéntricos cuando eran vistos desde arriba. Cada uno contenía una generosa cantidad de musgos Phelarion. Estos jardines exteriores serían los primeros en hacer explosión. Partiendo de los jardines interiores, Boda había sembrado su arma orgánica en todos los niveles, en la base de las estatuas, alrededor de los árboles internos, entre las piedras como parte de una muestra de decoración natural, cerca de los lechos de flores, y en las fuentes de agua de múltiples niveles. Además, había cantidades escondidas del organismo, empaquetadas en cuartos de almacenamiento olvidados, en donde sólo Vantos tenía acceso a ellos. Esos depósitos formaban la base de una reacción en cadena de explosiones que tendrían lugar en el momento en que el fuego se expandiera hacia el interior.

Boda había planeado que la destrucción se extendiera también hasta la parte inferior. Una de sus órdenes al piloto del espejo, era que dirigiera el rayo de energía hacia los costados de los pisos bajos del Palacio, para hacer detonar mayor cantidad de jardines en esos niveles, liberando más reacciones en cadena. Si todo iba de acuerdo a lo que había planeado, el Palacio tendría que desplomarse sobre sí mismo, como si se tratara de la implosión de una torta de bodas.

Vantos entrecerró los ojos mientras observaba a través de las luces del Palacio, buscando el rayo de luz y calor procedente del espejo. No pudo distinguirlo, pero sabía que se encontraba allí. Sería cada vez más angosto, y estaría enfocado sobre los niveles superiores de los jardines, proporcionando el calor necesario para dar inicio a la reacción exotérmica. A Vantos se le dio por imaginar que el musgo empezaba a ponerse más rígido, y a volverse cada vez

más oscuro hasta volverse de color marrón, mientras el calor comenzaba a concentrarse sobre él.

De improviso miró a sus alrededores, y se encontró desconcertado al ver que el transparente puente se encontraba vacío, con excepción de su persona. Los otros turistas habían seguido su camino, y Boda se dio cuenta de que se sentía vulnerable en medio de su soledad. Con gran desasosiego, se apresuró para terminar de atravesar el puente y llegar hasta el vestíbulo que conducía directamente hacia el mismísimo Gran Corredor. Mientras se desplazaba enérgicamente a todo lo largo del ambiente, pudo darse cuenta de que no había más turistas, ni tampoco estaba el personal de Palacio. Su desazón aumentó cuando comprendió que podía escuchar sus propios pasos en medio del silencio. El invariable ruido de fondo que era producido en el interior del enorme complejo, había menguado por completo, y no había podido percatarse de ese cambio mientras soñaba despierto con los explosivos. Ya no lograban escucharse las voces murmurantes, las llamadas de los intercomunicadores, ni el arrastre de los pies. Un escalofrío pareció descender sobre Vantos mientras daba los últimos pasos para llegar a la entrada del Gran Corredor.

Al momento de emerger hacia la amplia vía pública, sus sospechas fueron confirmadas. El Gran Corredor se encontraba vacío. Estaba metido en una trampa montada para él por el Emperador. Palpatine se encontraba esperándolo, después de todo.

Normalmente, el Gran Corredor debería estar rebosante de gente. La hora del día era irrelevante. Uno podría encontrar, en cualquier momento, portadores de información, burócratas, anunciantes, diplomáticos, embajadores, droides, administradores, dignitarios, soldados de asalto, Guardias Reales, y turistas, ocupando el cerrado trayecto por centenas. En ese momento, el largo ambiente permanecía vacío. Nadie se movía por debajo de las incontables pancartas que representaban a cada uno de los mundos pertenecientes al Imperio. La alameda que se encontraba a nivel de los balcones, también estaba desierta, y los grises pilares de granito, eran las únicas cosas paradas frente a Vantos hasta donde alcanzaba su mirada.

Aun así... podía percibir formas vitales alrededor de él, escondidas y silentes. ¿Tal vez la Guardia Real del Emperador?

Boda titubeó en la puerta de entrada. Sabía que era una trampa gigantesca, ¿pero es que acaso importaba? Aún se encontraba avanzando hacia el lugar en que deseaba estar. De hecho, el Emperador estaba haciendo las cosas más fáciles para él. Vantos comprendía que Palpatine no debía tenerlo en mucha estima, pero, ¿para qué molestarse en hacer todo esto?

Apretando las mandíbulas, Vantos dio un paso hacia el interior del corredor, y empezó a caminar decididamente a través de él. Sus pasos desencadenaban ondas de color en los árboles Ch'hala sensibles a la vibración, pero al momento de alejarse de ellos, cada árbol volvía a su anterior estado de inactividad. Vantos se deslizaba hacia el principal Salón del Trono público, en donde adivinaba que estaría esperándolo el Emperador. Era un símbolo de la autoridad de Palpatine, y era el principal destino después de atravesar el Gran Corredor. Por encima de los balcones, pudo percibir los ojos vigilantes de los guardias que lo estaban observando. Sospechaba que no harían nada, en tanto continuara caminando por el camino señalado, de tal manera que Vantos tomaba su no interferencia, como una confirmación de sus intenciones. La presencia de los guardias también significaba que no habría posibilidad de arrepentirse; se encontraba atrapado, y así debería permanecer. El Emperador desconocía que también Vantos había montado una trampa por su parte, y para el momento en que lo descubriera, ya sería demasiado tarde.

Después de caminar durante varios minutos, Vantos alcanzó la ornamentada puerta de entrada al Auditorio de la Asamblea, en el cual el Emperador escuchaba las peticiones y emitía decretos frente a una gran cantidad de concurrentes sentados. Una rápida extensión de sus sentidos de la Fuerza, le confirmó todo lo que necesitaba saber. El Emperador se encontraba allí. Boda podía sentir su presencia como si fuera un negro acúmulo de nubes de tormenta que estuvieran agrupándose en la distancia. Se contrajo de dolor frente al nivel de poderío que podía percibir dentro de ese lugar.

—¿Por qué no lo habré eliminado cuando aún era un chiquillo?, —pareció lamentarse.

Sabía que el Salón del Trono era un auditorio cavernoso, con el mismo trono colocado en el nivel inferior, al cual se podía llegar descendiendo por un único turbo-ascensor. Los espectadores

permanecían sentados en los diferentes niveles de las cubiertas hechas para albergar a la audiencia, las cuales eran hileras sobre hileras de plataformas que contenían centenares de asientos. A estas cubiertas se llegaba a través de una multitud de puertas de acceso, dependiendo del rango y del estatus social, estando las personas más importantes, sentadas en los niveles inferiores, para estar más cerca al Emperador. Vantos decidió evitar el turbo-ascensor, e ingresó por la puerta de acceso a la cubierta de audiencia del nivel inferior; decidió que era una persona muy importante en esa noche. Después de tomar las escaleras para emerger en medio de la cubierta, hizo una pausa en medio de los escaños hechas de mármol. Unos diez metros por debajo de él, el trono del Emperador se encontraba localizado encima de una plataforma colocada sobre unos escalones en el extremo terminal del inmenso ambiente. Por detrás del trono, un símbolo imperial con forma de rueda, había sido tallado en la pared. Por encima del asiento del Emperador, un prisma emitía un arcoíris de luces desde el techo. El trono en sí mismo levitaba sobre el estrado, y en él se hallaba sentado el Emperador Galáctico.

Palpatine estaba cubierto por una capa negra, con una capucha que ocultaba su rostro. Su voz emergió de la capucha como un susurro cortante, pero la perfecta acústica de la habitación, hizo que llegara de manera clara hasta donde se encontraba Vantos.

—Bienvenido, Jedi —dijo el Emperador—. He estado esperando por ti. Tenemos mucho de qué conversar, tú y yo, con respecto a tu pretendida inmortalidad.

Así que era eso, pensó Boda; es por eso que soy tan interesante para el Emperador. No todo el tiempo llega un Jedi que ha podido regresar de la muerte.

—Yo también he estado esperando para encontrarme contigo —replicó Vantos—. De hecho, he estado esperando por esto durante un largo tiempo. Pero llegados a este momento, debo decirte que no he venido aquí para hablar. He venido a matarte... Espaa Pestage.

Palpatine se levantó de su trono, y se retiró parcialmente la

capucha, al tiempo que sus dientes entrechocaban producto de la furia.

—¡¿Cómo es que conoces ese nombre?! —le demandó. Los colores del espectro se reflejaron sobre su pálido rostro y sobre sus puños contraídos. De improviso se encontraba fuera de balance, con toda su anterior confianza desvanecida. Se suponía que nadie conocía su nombre de niño. El mismo Emperador tan sólo recordaba de manera vaga sus orígenes, ya que ellos significaban muy poco para él, quien ahora era el servidor elegido del Lado Oscuro. Su verdadero origen había surgido desde el momento en que había hecho esa elección. Sin embargo, de alguna manera, este Jedi tenía un íntimo conocimiento de su persona, y se escuchaba como si estuviera seguro de lo que afirmaba. Palpatine ni siquiera le permitía a su propio padre biológico estar tan confiado. Cuando, como Canciller de la República, Palpatine había sido abordado por el senescente Sate Pestage, había decidido aceptar el ofrecimiento de Pestage para convertirse en su servidor. Nunca hubiera esperado que nadie pudiera descubrir sus orígenes, pero como Pestage obviamente los conocía, era muy importante mantenerlo muy cerca a sí mismo. De manera inesperada, el viejo hombre que no tenía ninguna otra motivación más que servirlo, se había convertido eventualmente en el confiable Gran Visir de Palpatine. Pero su parentesco nunca había sido reconocido. No había lugar para el mismo en la vida de Palpatine. El viejo hombre había intentado encontrar de manera decidida las pruebas de que Palpatine era su hijo, pero había fracasado de manera absoluta. El Emperador había enterrado su pasado demasiado bien.

El intruso permanecía calmado.

—Te lo explicaré de esta manera, Su Alteza —le dijo—. Tenemos bastante tiempo.

—¡Tú sólo tienes el tiempo que yo decida! —restalló el Emperador—. Has sido un tonto al venir aquí. Ahora tu vida está en mis manos, y yo personalmente he eliminado a cientos como tú.

—Oh, seguramente no eran exactamente como yo, Espaa. No soy un simple Jedi como lo eran todos los demás —replicó el intruso lentamente. Se encontraba manteniendo su distancia en el extremo más apartado de la habitación, a un nivel por encima. Palpatine percibió que el hombre andaba en busca de quemar tiempo. Decidió

que podía permitírselo. Deseaba mantener una conversación tan prolongada con el hombre, como le fuera posible. Si el asunto desembocaba en una pelea, el intruso quizás no sobreviviría para ser interrogado. Cualquier información que pudiera extraerle sin llegar a la tortura, era algo bastante deseable para el Emperador.

—Entonces cuéntame, Ashka Boda —dijo Palpatine con una voz apagada—, ¿qué clase de Jedi eres tú?

—Creo que deberíamos empezar con mi nombre, Su Alteza. No es Ashka, es Vantos. Ashka era mi hermano.

—Y mi nombre, Vantos Boda, es Palpatine. Puedes llamarme Maestro por el tiempo que te queda de vida.

—Lamento tener que disentir, Su Alteza, porque yo conozco tu otro nombre. Como puedes ver, estuve a punto de eliminarte en el pasado, cuando no eras más que un niño. Entonces tu nombre era Espaa, y no me importa en qué forma hayas decidido cambiarlo. —Vantos se aproximó un poco más, moviéndose lentamente, manteniendo el sólido respaldo de una fila de escaños de mármol por delante de él. Continuaba mirando hacia abajo, a Palpatine—. También creo, Emperador, que el paso del tiempo no ha sido muy amable contigo. Has recorrido un largo camino desde que eras el muchacho al que yo intenté eliminar. Me gustaría saber si tu salud sigue siendo igual de satisfactoria.

La ira empezó a bullir dentro del Emperador, pero decidió contenerse. Se rehusaba a ser manipulado por este viejo Jedi.

—Puedo apreciar que tu juventud también se ha marchitado, viejo hombre —le dijo calmadamente—. Y no tomes mi aparente envejecimiento como signo de debilidad. Tan sólo se trata del precio que he tenido que pagar a cambio de mi poder. Contra semejante poderío, no podrías ponerte en frente, y tu avanzada edad, simplemente hará que tu final llegue más rápido. Ahora... por qué no vienes aquí abajo, donde podremos hablar de manera más íntima. No tengas miedo. No pienso destruirte, al menos hasta que hayas satisfecho mi curiosidad.

—Me encuentro completamente cómodo estando aquí arriba por el momento —le dijo Vantos, mientras se sentaba en uno de los escaños—. Pero ahora quisiera que supieras el por qué estoy aquí para matarte. Fui escogido por la Fuerza para hacer que se cumpliera un destino especial... para ser un salvador... para ser el

Hijo de los Soles.

—Estoy seguro de que jamás he escuchado semejante título con anterioridad —dijo Palpatine—, y Lord Vader te describió simplemente como una víctima más, alguien de quien se deshizo fácilmente hace bastantes años.

—Creo que me ha confundido con mi hermano —dijo Vantos—. Pero no estoy completamente seguro de la razón —sonrió ligeramente—. Siempre estuve predestinado para hacer cosa más grandes que Ashka. Hace mucho tiempo, tuve una visión que te concernía. Sí, a ti. Pude predecir... todo esto. —Vantos señaló el Salón del Trono—. Y toda la maldad que has desencadenado. Yo intenté eliminarte mientras eras un chiquillo, pero fracasé. Mi hermano me detuvo. Él... me mató a sangre fría. De otro modo, todo esto... jamás se habría convertido en realidad. Sin Emperador, sin Imperio. Yo habría sido el salvador no reconocido de la galaxia. Pero gracias a Ashka...

Hizo una pausa, como sobrecogido por el amargo recuerdo.

—Aun así, nunca me di por vencido. Inclusive pude regresar de la muerte para seguir intentándolo, porque todavía puedo hacer la diferencia. Todavía puedo ser un salvador. El día de hoy, después de todos estos años, tengo otra oportunidad de darle fin a tu reinado de maldad.

Palpatine lo escuchaba atentamente, con el ceño fruncido por el enojo. Se encontraba profundamente perturbado por el hecho de que este sujeto hubiera estado tan cerca de matarlo mientras aún era un niño. Estaba molesto de que hubiera podido ser tan... vulnerable. Pero aquello estaba enterrado en el pasado, y en este momento, necesitaba los secretos de Boda a fin de salvar su propia vida por el bien del futuro del Imperio.

—¿Regresaste de la muerte? —prorrumpió Palpatine—. Entonces, ¿eres inmortal como cree Lord Vader?

—Me temo que no podré ser de mucha ayuda para ti sobre ese punto —le dijo Vantos—. Tan sólo pude regresar una vez, y por medios que ciertamente no podría emplear una vez más. ¿Ese asunto te interesa... personalmente?

El Emperador maldijo en silencio. Vantos estaba aproximándose a poder entender demasiadas cosas. El detestable Jedi era demasiado astuto, mucho más de lo que Palpatine pudiera haber

esperado. Quien quiera que fuera, claramente se trataba de un tonto con delirios de grandeza. Pero también era bastante misterioso. Vader le había jurado que este hombre era Ashka Boda, pero ahora este Jedi clamaba que era el hermano de Ashka del que nadie había escuchado. ¿Y que además había descubierto el secreto de la inmortalidad, o quizás no? Palpatine se forzó a sí mismo a sacar de contexto lo que acababa de escuchar. Tal vez hubiera una forma de tomar un nuevo cuerpo antes de morir. Si fuera verdad, entonces este Vantos podría haber tomado la forma de su propio hermano. Esa teoría podría explicar las aseveraciones de Lord Vader, y mucho más – podría ofrecerla a Palpatine alguna esperanza real con respecto a su propio predicamento. Sin embargo, estaba haciéndose cada vez más claro que Vantos no pensaba divulgar ninguna cosa importante de manera voluntaria. Era el momento para finalizar la conversación, echarse abajo al Jedi, y proceder con una forma más eficiente de interrogatorio.

—Es una lástima, Vantos Boda —le dijo con fingida tristeza—, que todo el trabajo de tu vida no haya servido para nada. —Palpatine empezó a caminar de manera persistente para acercarse al Jedi. Su voz se escuchaba colmada de sarcasmo—. He tenido el gusto de disfrutar de nuestra conversación. Es un placer muy poco común el poder hablar con un Jedi en estos días. Sin embargo... —Sus marchitas manos empezaron a elevarse lentamente—. Esta audiencia ha terminado.

Palpatine permitió que todo el miedo por su propia condición de mortalidad, y toda la furia provocada por este burlón intruso, liberasen el gran poder del Lado Oscuro que habitaba dentro de él. La rabiosa energía estalló intempestivamente desde sus manos, y se diseminó formando zumbantes y candentes Rayos de Fuerza. Las centellas emanadas se encaramaron instantáneamente sobre el indefenso Vantos Boda, hambrientas por arrancarle su energía vital. Lo que ocurrió a continuación dejó pasmado al amo de la galaxia. Boda extendió sus brazos por completo, y aparentemente pareció absorber los Rayos de Fuerza. A continuación, empujó sus brazos hacia adelante, y lanzó su propia correntada de energía turbulenta hacia el Emperador. Congelado por la sorpresa, Palpatine casi falló al momento de defenderse. Sus reflejos lo salvaron, al tiempo que el poder de la Fuerza formaba un escudo de energía para desviar el

ataque de Boda.

—¡Un Jedi Oscuro! —siseó rabiando el Emperador—. ¡Un adepto del Lado Oscuro! Debería haber sabido que un Jedi no se presentaría ante mí de esta manera. ¡Pero en este momento, ya todo me ha sido revelado! ¡Ahora te enfrentarás con tu verdadero Maestro, viejo tonto!

Sin advertencia previa, un fuerte estremecimiento sacudió el Salón del Trono. Un profundo estruendo llenó el aire. Mientras el piso y las paredes continuaban sacudiéndose, Palpatine luchaba por mantenerse de pie.

Vantos había salido de su campo de visión, permaneciendo oculto entre los escaños de la parte superior, pero aún podía escucharse su voz por encima del sordo estruendo.

—¡Es el final! —chilló de manera triunfante—. ¡Por fin ha llegado el final para este par de viejos tontos! —El caído Jedi empezó a reír descarnadamente, y en ese momento, el Emperador comprendió que Vantos Boda estaba loco.

CAPÍTULO VII

En una de las áreas de los jardines localizados en la parte superior del Palacio, la cual estaba colocada directamente por debajo de la luz solar concentrada, el sobrecalentado musgo Phelarion había hecho explosión con fuerza suficiente como para quebrantar la piedra pulida. La explosión se expandió a lo largo de todo el jardín, y una mayor cantidad de musgo empezó a encenderse. Aquellos que observaban la estructura desde cierta distancia, pudieron apreciar que una bola de fuego empezaba a hincharse y a engullir la cumbre por completo. Grandes secciones de mármol, cristal, y rocas de color gris-verdoso, se estremecieron y empezaron a desprenderse producto de la erupción, cayendo como una avalancha sobre las agujas cónicas y las estilizadas torres que se encontraban por debajo. Mientras las llamas penetraban hacia el interior, una mayor cantidad del explosivo orgánico alcanzaba la temperatura crítica, y explotaba sin necesidad de haber sido calentado previamente. Una profunda y estremecedora concusión se extendió por todo el Centro Imperial, al tiempo que la parte superior del Palacio empezaba a debilitarse de tal forma que se hallaba a punto de colapsar. La plataforma de observación del Emperador empezó a sacudirse hacia adelante y hacia atrás, y luego cayó en picado junto con el resto de las pocas estructuras que estaban por encima de ella, en medio de una ondulante nube de fragmentos y flamas.

Miles de ciudadanos imperiales murieron en el transcurso de un minuto. Torres residenciales enteras fueron arrancadas de cuajo a nivel de sus bases, y se ladearon pesadamente hasta caer por los costados inclinados del Palacio. Tanto los concurrentes como el personal militar fueron aplastados de igual manera al tiempo que sus techos se desplomaban, uno sobre otro, como si fuera un castillo de naipes colapsando. Los flamígeros cúmulos de detritus caían sobre las siguientes filas dispersas de jardines abiertos al cielo, y desencadenaban mayor cantidad de explosiones. La destrucción de los niveles superiores del Palacio, se expandía vigorosamente, pero hasta el momento, la gran masa central del complejo, no se había visto afectada. Sin embargo, las consecuencias podían sentirse a todo lo largo y ancho del Palacio. Las paredes y los pisos se tambaleaban, las marquesinas empezaban a caer, las estatuas se

volcaban, y toda clase de personal administrativo y de empleados, correteaban desconcertados, buscando ponerse a cubierto.

A muchos niveles por debajo del núcleo de la destrucción, el Emperador asistía conmocionado al ataque contra su mundo. Un fino polvo descendía alrededor de él, mientras el bamboleante techo del salón del trono empezaba a resentirse por el esfuerzo. Levantó la mirada en busca de Vantos Boda, y vio que el hombre se había desvanecido o quizás se había ocultado. Dubitativo, decidió que sería mejor manejarse con precaución, y empezó a dirigirse hacia el turbo-ascensor que se encontraba en el otro extremo del ambiente.

Y allí se encontraba Boda, bloqueándole el camino, con las manos levantadas de manera agresiva, y con la cara congestionada por sus dientes contraídos.

Palpatine se preparó a sí mismo para la lucha, ignorando las explosiones y los estremecimientos que se filtraban desde la parte superior. Abriéndose completamente a la Fuerza, ésta respondió a su llamado. Despiadado y detestable, el poder del Lado Oscuro estaba de su lado. Drenando la destructiva energía hacia dentro de sí mismo, como si se tratara de un agujero negro, el Emperador se adelantó para confrontar a su nuevo enemigo.

*****

Ensign Handli tenía todo bajo control. Estaba preparándose confiadamente para cambiar las coordenadas del espejo una vez más, como le había sido ordenado. Fue en ese momento en que pudo percatarse de la proximidad del caza TIE. El pequeño navío imperial en forma de pelota, junto con sus grandes paneles solares laterales, se encaminaba directamente hacia él, y se movía rápidamente. Las lecturas de sus escáneres también le mostraban que sus armas estaban completamente cargadas. Un súbito temor hizo presa de él. ¿Qué era lo que estaba pasando? ¿Acaso se encontraría bajo algún ataque? ¿Qué sería lo que habría hecho esta vez, y quién lo habría descubierto? Frente a su miedo, los restos prolongados de la influencia de Vantos Boda se evaporaron. Era como si una neblina súbitamente se hubiera despejado de los pensamientos de Handli. De improviso, era capaz de pensar con claridad una vez más. Sus ojos se posaron sobre las especificaciones del espejo, y se sintió espantado de inmediato. ¡En verdad, qué era lo que había estado haciendo! El control de enfoque estaba programado de un modo absurdamente estrecho. No podía recordar el haberlo hecho, pero era claro que debía haber sido él. ¡Y las coordenadas! En ese momento, su espejo estaba lanzando un candente haz de energía ¡sobre el mismo Palacio Imperial! La gente estaría siendo calcinada allí abajo, o peor aún. ¡El Emperador seguramente ordenaría su ejecución! El pánico se apoderó de Handli. Tenía que apagar esto de inmediato. De forma desesperada, empezó a presionar botones y a girar controles, casi al azar. Observó con los ojos muy abiertos al caza TIE que estaba aproximándose. ¿Podría tratarse del castigo del Emperador tan rápidamente?

Handli gritó mientras los cañones láser gemelos del caza TIE lanzaban una andanada de disparos verdes contra su ventanal. La estación de control del espejo hizo explosión alrededor de él, y la aterrorizada visión final de Ensign, fue el hermoso planeta centelleante que estaba por debajo de él, sin nada que se interpusiera entre ambos, salvo el espacio vacío.

Mara Jade observó a través de los lentes polarizados de su negro casco, la forma como era vaporizada la estación de control del espejo. Ahora, el espejo ya no podría ser orientado para dañar el Palacio. La muerte del piloto había sido algo desafortunado, pero Mara concluyó que debería haber sido, o el cómplice de Boda, o un mero instrumento entre sus manos. De cualquier modo, tenía que morir. Y ella era la Mano del Emperador. Una muerte ocurrida en medio del servicio al Emperador, no era más que parte de su trabajo. Sin embargo, a pesar de la destrucción de la estación de control, el espejo continuaba emitiendo su brillante haz de energía. Ahora, Mara tendría que encargarse del enorme espejo en sí mismo. Este reflector en particular, tenía doce kilómetros de diámetro, aunque estaba hecho de un material plateado de tan sólo una fracción de milímetro de ancho. Hacía parecer diminuto su pequeño caza, mientras ella aceleraba para ir a su encuentro.

Las manos enguantadas de Mara se contrajeron sobre los controles de disparo, y dejó que descargaran una serie de disparos láser sobre la brillante superficie. Los impactos abrieron un grupo de pequeños agujeros sobre el material, pero no produjeron mayor efecto sobre la superficie reflectora. Comprendió que simplemente no había suficiente tiempo para echarse abajo el espejo de esa manera. Entonces Mara echó una mirada al ventanal de su dosel, y sus ojos se fijaron sobre los delgados bordes de los paneles solares verticales montados sobre sus alas. Cada ala es algo parecida a una daga, pensó, y el espejo es como una enorme pieza de tela. Sonriendo comprendió que podría cortarla en pedazos.

Respondiendo a su rígido control, el TIE se precipitó hacia abajo, sobre la gran superficie plana de material confeccionado. Con otro ajuste, el caza descendió para acercarse más al plateado mar, provocando que los afilados bordes de los paneles solares en sus alas, cortaran largas líneas rectas paralelas. Unas alargadas secciones fueron rasgadas rápidamente por la incursión del TIE, hasta que Mara alcanzó el borde del espejo. De inmediato cambió el curso, y comenzó a realizar un nuevo grupo de cortes en diferente ángulo. Mientras el material empezaba a desprenderse, los cables que sostenían el dispositivo, perdieron su tensión de manera poco

uniforme, y grandes secciones del espejo quedaron desalineadas. Después de algunas pocas pasadas más, el frágil dispositivo cuidadosamente orientado, estaba hecho un desastre, mientras que sus despedazados remanentes quedaban incapaces de redireccionar ninguna luz solar en absoluto.

Mara dio algunas vueltas con el caza TIE, a manera de un pequeño baile de victoria, y se sumergió en la atmósfera que se encontraba a sus pies. Por debajo de ella, estaban el Palacio y su Maestro. La tensión que preocupaba a Mara, revivió en su interior mientras se preguntaba en qué condiciones iría a hallar a ambos.

*****

El Emperador estaba embriagado por la sensación de poder que lo inundaba. Lo canalizó hacia sus partes más profundas, aguzándolo contra el petrificado núcleo de su ira. Luego colocó sus manos como si fueran las hojas de un cuchillo, y las extendió hacia Vantos Boda. El ataque telequinético estaba dirigido a apuñalar el cerebro de Boda dentro de su cráneo, dejándolo incapacitado en un instante. Pero Vantos simplemente se quedó parado en el mismo lugar, mientras continuaba bloqueando el acceso hacia el turbo-ascensor. Los ojos del Emperador se estrecharon. Era imposible, a menos... Su sentido del peligro resonó ampliamente en su mente, advirtiéndole de la llegada de otro posible ataque. Se giró en redondo, y logró que otra lluvia de rayos de energía del Lado Oscuro, rebotaran sobre su escudo de la Fuerza. Vantos todavía se encontraba de pie sobre la cubierta de audiencias, lanzándole su ataque desde arriba, y la figura que se encontraba bloqueando el escape de Palpatine, no era más que un señuelo generado por la Fuerza, con la clara intención de distraerlo.

Después de haber lanzado sus Rayos de la Fuerza, Vantos se agachó de nuevo para esconderse detrás de los asientos. Palpatine sintió rechinar sus dientes, mientras sus resplandecientes ojos amarillentos ardían llenos de furia. El tonto juego de esconderse de Boda, se había vuelto intolerable. Todos sus pensamientos acerca de marcharse, se habían desvanecido en la mente del Emperador, mientras levantaba sus pálidas manos y levitaba en medio del aire,

separándose del tambaleante suelo. Sus mangas y su negra túnica colgante, le daban el aspecto de un ángel oscuro mientras se elevaba diez metros hasta la cubierta de audiencias. Aterrizó delicadamente entre los pulidos escaños de mármol, y de inmediato empezó a acechar a su enemigo.

Estaba furibundo de que un adepto del Lado Oscuro, se hubiera dado a conocer como éste lo había hecho. Todos los demás lo habían reconocido como su Maestro, inclusive el Oscuro Señor del Sith. Una cosa era tener a un valiente aunque necio Jedi tratando de atraparlo, y otra completamente diferente era tener a un servidor del Lado Oscuro sin muchas pretensiones, tratando de superarlo. Entre los adeptos del Lado Oscuro, siempre existía el peligro potencial de luchas por la supremacía. Palpatine las había prohibido entre sus propios aprendices. La penalidad por desafiarse el uno al otro, o a él mismo, era la muerte. Este Vantos Boda aparentemente ignoraba la naturaleza de esa orden. Palpatine tendría una gran satisfacción en enseñársela personalmente.

De algún modo, reptando por debajo de la ira del Emperador, lo acechaba una cierta inquietud. Vantos Boda dominaba algunas de las más potentes y avanzadas habilidades de la Fuerza. Al menos una, la capacidad para absorber los Rayos de la Fuerza, era desconocida para Palpatine. ¿En dónde la habría aprendido Boda? El pensamiento de que un usuario de la Fuerza mejor entrenado, pudiera asimilar su poder y quedarse con su trono, le inspiraba una oleada de inesperado temor. ¿Acaso Vantos podría ser más poderoso? Era algo imposible, y sin embargo...

¡Allí! Un movimiento furtivo entre los asientos – el lugar en donde se encontraba escondido Boda. Palpatine desencadenó una tormenta de Rayos de Fuerza hacia ese lugar. Vantos Boda fue lanzado de regreso hacia el pasadizo, pero una vez más, absorbió la energía hacia dentro de sí mismo. Mientras lo hacía, el Emperador empezaba a preguntarse, ¿cuánto de todo esto podrá resistir?

Otro tembloroso estallido sacudió la habitación, ocasionado que ambos hombres se tambalearan. Vantos subió un tramo de escaleras hasta el siguiente nivel, y encaró al Emperador que se había quedado debajo.

—¡Las explosiones son por causa mía! —le gritó. Hay mucho más involucrado en mi plan que tan sólo enfrentarme contigo, uno

a uno. ¡Eso hubiera sido demasiado arriesgado! En lugar de ello, ¡voy a hacer que todo el Palacio se desplome sobre ti! No creo que pueda salir vivo, ¡pero estaré aquí en el momento en que termines sepultado!

Mientras Vantos se regodeaba, el Emperador hizo que su mente se envolviera alrededor del lecho de una gran curul de mármol. Con el único deseo de aporrear la sonrisa que había en la cara de Vantos, lo elevó del piso, y por medio de la telequinesis, lo arrojó contra su enemigo. La figura de Vantos pareció difuminarse por un momento mientras aceleraba su velocidad por medio de la Fuerza. El pesado escaño de piedra se hizo pedazos justo en el lugar que acababa de dejar vacío, aplastando otros escaños, y lanzando esquirlas de piedra desperdigadas por todo el lugar. En la confusión que siguió al impacto, Vantos logró esconderse nuevamente hasta quedar fuera de vista.

Palpatine podía escuchar las palabras de Boda viniendo de algún lugar indeterminado en el segundo nivel. Estaba empleando alguna clase de ilusión auditiva, lo que hacía que su voz fuera difícil de localizar.

—Su Alteza, no tiene sentido luchar de esta manera. La misma Fuerza quiere que pases a ser nada más que un recuerdo. Yo fui escogido por la Fuerza para llevarlo a cabo. Es tiempo de que eso suceda, así que no puedes evitarlo. Es tu destino… y el mío. Regresé de la muerte misma tan sólo para esto. ¿Acaso crees que habría permitido que tuvieras alguna escapatoria?

—Tomaste el cuerpo de tu hermano, ¿no es verdad? —objetó Palpatine—. ¿Es ése el comportamiento adecuado para un servidor de Lado Luminoso?

—¿Y qué, si es que lo hice? Él ya estaba muerto, así que no lo necesitaría más. Ese hecho no lastimó a nadie.

Por el momento, el estruendo por encima de ellos se mantenía estable, pero empezaba a hacerse más profundo. Palpatine extendió sus sentidos hacia las afueras para avizorar lo que estaba ocurriendo, y se sintió horrorizado por lo que pudo descubrir. La parte superior del Palacio se encontraba en llamas y los pisos superiores estaban colapsando uno sobre el otro, desencadenando una destructiva onda de choque que iba profundizándose en dirección hacia el Salón del Trono.

—¡¿En verdad te puedes hacer llamar servidor del Lado Luminoso?! —chilló Palpatine desesperadamente—. ¡Eres un fraude inclusive para ti mismo, Vantos Boda! ¿Crees que no puedo llegar a entenderlo? ¡Has sido poseído por el Lado Oscuro! Piensas que eres un salvador, pero es tan sólo el sentido de auto-importancia que les otorga el Lado Oscuro a sus servidores. Nunca has sido capaz de predecir el futuro que dijiste ver. Todo ocurrió como tu visión te dijo que ocurriría. ¡Yo he tenido la misma clase de visiones, viejo necio, y estoy convencido de que predecían mi victoria! ¡Nunca fuiste predestinado para cambiar nada de ella! El Lado Oscuro te mostró esa visión para seducirte, ¡y ahora te tiene completamente en su poder!

Palpatine bajó la voz amenazadoramente.

—Te daré una sola oportunidad para permanecer con vida, así que escucha cuidadosamente, Vantos Boda. Sírveme como tu legítimo Maestro en el Lado Oscuro, y no terminarás muerto. Entrega tus conocimientos ante mí, y no te torturaré para arrancártelos. Continúa resistiéndote, y morirás.

No se produjo ninguna respuesta.

Palpatine cerró sus ojos y empezó a concentrarse. No necesitaba ver directamente a Vantos para poder atacarlo. Lanzó hacia adelante sus manos, y envió una gran oleada de terrorífico dolor que discurrió hacia la dirección general en la que Boda se encontraba. Vantos prorrumpió en gritos de agonía, pero no emergió a la vista. El Emperador se encontraba carcomido por la indecisión. ¿Debería permanecer allí, y tratar de capturar a Boda con vida, o debería abandonar el Salón del Trono? Por supuesto que se encontraría en peligro si se quedaba – el colapso de la habitación era inminente. Pero Boda era demasiado valioso para él. Palpatine ahora estaba seguro de que Boda conocía el secreto de transferir la esencia vital de una persona a otro cuerpo. Si Boda muriese, eso también se perdería. Decidió que tendría que arriesgarse, y tratar de someter y capturar a Boda antes de marcharse.

Vantos se encontraba sollozando en algún lugar por encima de él.

—Sólo ahora empiezas a apreciar lo que realmente eres —dijo Palpatine mientras subía por las escaleras—. No eres un salvador... eres tan sólo un asesino.

Le quedaba bastante claro que Boda se encontraba a punto de ser derrotado, tal vez por los repetidos ataques, o tal vez por las incisivas frases del Emperador. Bueno. Había una buena posibilidad de que ambas cosas lo hubieran hecho claudicar. Preparando otra descarga de Rayos de Fuerza, una mucho más poderosa aun, Palpatine continuaba con su lección verbal.

—Ábrete a lo que te dicen tus sentidos, asesino. Deja que la Fuerza se apodere de tus ojos, servidor del Lado Oscuro. El Palacio que estás destruyendo, se encuentra colmado de ciudadanos imperiales que no te han hecho ningún daño. Ellos no aparecían en ninguna visión profética, y sin embargo, están muriendo por centenas, y todo por causa tuya. Vamos, Vantos Boda. Conviértete en mi seguidor ahora. ¡No hay deshonra en servir a la grandeza del Lado Oscuro! Tan sólo admite lo que tú ya eres. No puedes decir que sirves a la fragilidad del Lado Luminoso - ¡no puedes! Ven y arrodíllate ante mí, y yo haré que tu dolor desaparezca.

El Emperador se deslizó entre los escaños de elevados respaldos, acercándose a su sollozante adversario.

Vantos empezó a pensar que se estaba volviendo loco. En medio de su confusión, se encontraba sollozando, mientras escuchaba las aborrecidas palabras del Emperador. ¡Él era el Hijo de los Soles! ¡No era un servidor del Lado Oscuro! Él tan sólo estaba empleando los poderes oscuros para hacer realidad los objetivos del Lado Luminoso. Con seguridad, una vez que todo hubiera culminado, su espíritu regresaría a la unicidad del Lado Luminoso. Sería recibido de la mejor manera, aun después de muerto, para reafirmar su identidad con la luminosidad a la que siempre había pertenecido.

Pero las palabras de Palpatine desgarraban por completo sus convicciones. Boda no fue capaz de resistir que fueran abiertos sus Ojos de la Fuerza para observar el Palacio por encima de él. Los muertos se encontraban regados por todas partes. Cadáveres... cuerpos aplastados y mutilados, cuerpos calcinados, cuerpos retorcidos por millares. Él jamás hubiera podido imaginar todo esto, ¡jamás! Él había pensado que el final llegaría rápidamente para

Palpatine y para él mismo, pero no había contado con las enormes dimensiones del Palacio. Su musgo Phelarion estaba funcionando, pero el colapso de la inmensa estructura estaba tomando mucho más tiempo de lo que él habría esperado. Él y Palpatine todavía se encontraban condenadamente vivos, y había tenido el tiempo suficiente, el maldito tiempo suficiente, como para observar la terrible agonía de las otras víctimas de su plan. Con la furia de una multitud, las incontables víctimas parecían estarle gritando las mismas cosas que le estaba restregando el Emperador... ¡Asesino! ¡Homicida! ¡Servidor del Lado Oscuro!

Vantos gimoteaba mientras permanecía en el mismo lugar en que la oleada de dolor de Palpatine lo había hecho caer. ¡Era un ser maligno! No... ¡Eso era algo imposible! ¡Él había sido elegido! Pero las palabras de su hermano muerto, acudían una y otra vez a él, sin haber sido llamadas...

—¿Qué ocurriría si tu visión no hubiera provenido del Lado Luminoso? ¿Qué ocurriría si fuera el Lado Oscuro el que estuviera tras tus pasos, y que la manera de hacer que cayeras en él, fuera que tuvieras que matar a ese muchacho?

Matar a ese muchacho. Matar. Matar. ¡Matar! Cientos de muertes estaban sucediéndose por encima de él. Vantos se había convertido en la cosa que sus adorados árboles Bafforr habían detestado de manera absoluta. Él no era un salvador, después de todo.

Tan sólo era un asesino.

El Emperador Palpatine hizo su aparición cerca de él. Vantos observó la túnica y las botas negras del soberano, a través de una cortina de lágrimas. Estaba perdido. Ya no importaba lo que le sucediera a Palpatine... nada de lo que Vantos pudiera hacer, serviría para el bien. Se quedó observando sus manos. Por muchos años, habían alimentado la vida en los jardines... durante muchos años habían ayudado a hacer crecer las plantas. Ahora, se habían transformado en las manos de un asesino común.

—Voy a llevarte conmigo, servidor mío —dijo el Emperador de manera callada—. Esto será doloroso, pero también, será una lección importante para ti.

Vantos escuchó el tenue crepitar de los rayos del Lado Oscuro que empezaban a formar un arco desde los dedos de Palpatine, pero

al instante siguiente, un sonido estrepitoso logró encubrirlo por completo. El techo del Salón del Trono se agrietó hasta llegar a abrirse, producto de un gigantesco impacto en el nivel superior. Grandes fragmentos de roca cayeron por todos lados, quebrando los escaños de mármol, y mandándolos a rebotar sobre el piso del auditorio. El trono alumbrado por el luminoso arcoíris, estaba cubierto de escombros, y había sido aplastado contra el suelo. Palpatine levantó sus manos y liberó el pavoroso rayo que había estado preparando para Vantos. El retorcido poder eléctrico azulado, martilló los peñascos que caían sobre ellos, haciéndolos a un lado. Muchos de ellos hicieron explosión, deshaciéndose en pequeñas e inofensivas lluvias de pequeñas piedras, pero el Emperador no pudo contenerlos a todos. Fue golpeado hasta caer al piso, y rápidamente cubierto por los pesados escombros. De manera afortunada, Vantos había escapado a lo peor de ellos. Algunos pesados trozos del techo habían golpeado el escaño junto al que había estado cubriéndose, desviándose en su parte superior, sin llegar a golpearlo. En vez de aplastarlo, el escaño había sido sostenido por la siguiente fila de asientos, dejando a Vantos debajo de una protectora tienda hecha de piedra, mientras el hundimiento del techo, aplastaba todo lo demás.

Menos de un minuto después de eso, todo había concluido. Cesó el sacudimiento. Los últimos escombros habían caído. Se produjo el silencio.

Vantos tosió frente al polvo que continuaba arremolinándose, y quedó sorprendido. Algo andaba mal. Las explosiones se habían detenido... pero, ¿por qué? La reacción en cadena debería haber continuado, al tiempo que el espejo satelital encendía todo el musgo que coronaba las paredes del Palacio. Había la suficiente cantidad de éste como para llevar a cabo una destrucción completa descendente del Palacio hasta sus niveles inferiores. Había esperado morir en medio de la conmoción que tan sólo un gran terremoto hubiera podido producir. En lugar de ello, el techado se había venido abajo, y eso era todo. No se había producido ninguna bola de fuego arrasando todo el Gran Corredor. No se habían desencadenado las explosiones que harían volar el piso por debajo de él. ¡Algo había fallado! ¡Y todavía estaba vivo! Y el Emperador...

Vantos observó el cuerpo del Emperador medio enterrado entre

los escombros cercanos. Se encontraba inconsciente, pero evidentemente aún respiraba, ¡aún estaba con vida! Ninguno de ellos había muerto, mientras que millares de otras personas, ¡habían sido muertas en su lugar! Era horrorizante e intolerable. Vantos se ahogaba con el polvo mientras se impulsaba a sí mismo para salir de debajo de los escaños caídos. Esto no podía terminar de esta forma. Palpatine no debería continuar viviendo. Observó sus inmundas manos sangrantes. Correcto, si tenía que ser así... si él era un asesino, y nada más que eso, entonces debería ir por ese hombre caído y atrapado, y terminar de matarlo.

Trepó sobre las rocas, y se inclinó sobre el Emperador. Un único pensamiento poblaba su mente: ¡Voy a matarte, matarte con mis propias manos!

Retirando la negra capucha, Vantos escarbó con sus dedos debajo del cuello al que los años habían hecho estragos. Un estremecimiento horrorizado lo atravesó mientras observaba la cabeza desnuda de Palpatine. La calva piel estaba agrietada con rezumantes fisuras que parecían alcanzar hasta los huesos. Negros objetos como gusanos, estaban anidados en las heridas, fragmentos-penumbra del poder de Palpatine, con los cuales había logrado detener el progreso de su decaimiento. Boda hizo un gesto de disgusto, y apartó su vista de ellos, forzándose a regresar la atención hacia el proceso mecánico de estrangular a su presa, la cual se encontraba boca abajo. Muere, pensaba, muere... así mi vida podrá llegar a tener algún pequeño significado...

Darth Vader ingresó al arruinado Salón del Trono, encubierto por los poderes de los Sith. Se movía en silencio, y era invisible en medio de las sombras, y sólo le tomó algunos momentos para hallar a los otros dos ocupantes de la habitación. Finalmente, allí se encontraba el Jedi Oscuro, pero el Emperador permanecía caído frente a él. Era algo impensable, pero allí estaba, caído frente a él. Boda estaba tratando de asfixiar al Emperador para hacerlo morir – un método cruel y cobarde. Vader había tenido razón acerca de ese hombre. Estaba matando a un oponente indefenso, sin una pizca de

valentía ni de honor.

Por un momento, Darth Vader se quedó congelado, considerando qué es lo que debería hacer. Boda tendría que morir, eso era algo indudable, pero, ¿qué pasaba con su Maestro? Vader había estado esperando que el Emperador muriera, de tal manera que pudiera quedarse con el trono. Pero los Guardias Reales sabían que Vader se encontraba allí – se había encontrado con ellos en el Gran Corredor. Había tenido algunos problemas para convencerlos de que no lo siguieran hasta el Salón del Trono. Los Guardias sólo podían ser mantenidos en reserva por las órdenes directas de Palpatine, y Vader había estado a punto de desafiarlos. Si el Emperador muriese, y Vader fracasase en impedirlo, ellos podrían acusarlo de ser un cómplice del asesinato. Bajo estas circunstancias, él no podría acceder al trono sin despertar una gran oposición. Vader no era muy apreciado en el Imperio, y él lo sabía. La mejor forma de superar la oposición y de acceder al trono, era recibir el encargo de manera oficial por el propio Emperador agonizante. Y Palpatine moriría bastante pronto, sin que los secretos atesorados por Boda pudieran ayudarlo.

Pero no moriría el día de hoy.

Vader emergió de entre las sombras, y parecía que hubiera salido del aire.

—¡Boda! —estalló—. ¡He venido por ti!

Su negra capa se desplegaba alrededor de su figura, mientras daba cuatro rápidos pasos hacia el cuerpo del Emperador, activaba su sable carmesí, y lo lanzaba relampagueando a esa corta distancia. El sable de luz describió un brillante círculo de color rojo y blanco, y giró tres veces en el aire. La hoja se clavó en el medio del pecho de Boda, y el hombre sacudió sus brazos, sintiendo que quedaba empalado. Soltó un chillido estrangulado mientras el sable lo atravesaba de arriba a abajo, dividiendo su cuerpo hasta que se desplomó sobre los desgajados escombros. Al momento en que el arma, volaba directamente de regreso hacia las manos de Vader, el cadáver de Boda resbaló sobre los restos de un escaño de mármol. El Oscuro Señor apagó su sable de luz, y lo colgó de su cintura. Por un largo momento, Vader permaneció en silencio, respirando mecánicamente. Finalmente, todo había terminado.

CAPÍTULO VIII

La luz de la mañana se filtraba a través de la ventana de forma circular cubierta por un vitral, que se encontraba localizada detrás del trono de Palpatine, en la intacta Cámara de Audiencias cerca de la base del Palacio Imperial. Vader y Mara permanecían de pie en medio de la suave incandescencia, en el mismo lugar en donde se habían conocido dos noches antes, después de haber sido convocados por el Emperador. Había sido una noche larga, y ambos habían renunciado al sueño para poder permanecer allí, en medio de todo el caos que el ataque de Vantos había ocasionado. La capa y la armadura de Vader seguían estando bastante maltratadas, y Mara aún vestía el negro traje de vuelo, el cual había sido diseñado para alguien dos tallas más grande.

Los equipos de bomberos habían estado pululando por el Palacio durante toda la noche, y ahora que el sol se había levantado, imponentes droides de construcción removían laboriosamente los escombros. Una de las espigadas máquinas de cuarenta pisos de alto, podía ser vista a través de la ventana que estaba detrás del Emperador, removiendo y reciclando los materiales de construcción destrozados.

Vader notó que las ropas de su Maestro no se veían peor que las suyas luego del obligado desgaste, a pesar de todo lo que había acontecido. Inclusive Palpatine parecía encontrarse de un estado de ánimo generoso, lo que hacía que Vader se pusiera suspicaz. Debido a que sus órdenes habían sido desobedecidas, su Maestro podría haber estado enfadado. O, ya que su vida había sido salvada, quizás su Maestro no tenía mayor opción que la de mostrarse un poco agradecido. Vader raramente podía desentrañar el temperamento mercurial del Emperador.

Por su parte, Vader se encontraba completamente satisfecho. Había eliminado a Boda sin haber incurrido en la ira del Emperador, y había evitado que los conocimientos del hombre fueran revelados. Al menos, el status quo había sido preservado, así como sus posibilidades de heredar el Imperio.

—Lord Vader, Mara Jade —dijo el Emperador, dirigiéndose hacia ellos—. Los he convocado aquí para discutir los eventos que rodearon el ataque de este Jedi Oscuro. Les aseguro que el daño

infligido a mi persona, no ha tenido mayores consecuencias... gracias a su intervención, Lord Vader. Pero todo lo que ha sucedido, me ha hecho reflexionar acerca de nuestra falta de conocimiento con respecto a nuestro oponente. Aunque estaba bastante lejos de ser inmortal, era depositario de un considerable poder. El precio de nuestra ignorancia, nos ha ocasionado una gran destrucción, y la pérdida de muchas vidas…

Un inesperado silencio se apoderó de todo el ambiente. Decidido a terminarlo, Palpatine, continuó.

—Y porque incluso yo consideré a este enemigo como un desafío, es que les perdono a ambos sus considerables errores. Sin embargo, asegúrense de que su desempeño sea llevado a cabo con mayor competencia en el futuro.

El Emperador se permitió una sonrisa.

—¿Lo ve, Lord Vader? Puedo ser bastante razonable...de tiempo en tiempo. ¿Y quién podría ser mayor merecedor de mi clemencia, que el servidor que salvó mi vida, y que la servidora cuyas acciones salvaron la mayor parte de mi Palacio? Al final, ustedes dos me han servido bien.

Sin pronunciar palabra, Vader and Mara se inclinaron frente a su Emperador. El Oscuro Señor se sintió aliviado por la declaración, aunque podía percibir una cierta impostura artificial en la misma. Seguramente, el Emperador debería estar experimentando algún grado de frustración al haber sido superado por Vader. Si era así, estaba disimulándolo bastante bien.

—Lord Vader —dijo Palpatine—, deseo que organice un estudio de la especie del musgo que Boda utilizó como explosivo. Vea si puedes averiguar de dónde provino, y si podría ser utilizado como un arma. Tal vez pudiera ser modificado genéticamente para servir a nuestros intereses. Después de todo, debemos aprovechar algo de todo este desastre.

—Sí, mi Maestro.

—Y Mara Jade —continuó Palpatine—, quédate aquí conmigo para que podamos discutir una tarea adicional que tengo para ti. —Se volvió mirando en dirección de Vader—. Puede retirarse, Lord Vader.

Vader se quedó observando a Mara. Parecía estar llena de orgullo y satisfacción por haber recibido el agradecimiento del

Emperador. Sin duda, la restauración de su posición como agraciada por parte del Emperador, había sido de un gran alivio para ella, como tenía que ser. De la misma forma en que las acciones positivas y negativas de Vader habían sido colocadas en la balanza, lo habían sido las acciones de Mara, lo cual había salvado su carrera, tal como había supuesto Vader. Satisfecho de haber conseguido lo que esperaba, tanto con el Emperador como con Mara Jade, el Lord Sith se giró y descendió las escalinatas. Caminó por el largo vestíbulo en dirección hacia el turbo-ascensor, dejando atrás el trono que algún día esperaba reclamar.

Una vez que Vader se hubo marchado, el Emperador se inclinó para hablar de manera más íntima con Mara.

—Sé que necesitas descansar, Mano del Emperador, pero requiero que regreses a la casa de Vantos Boda, y que encuentres un objeto importante.

—Pero Maestro, todo aquello fue destruido —le dijo Mara—. No quedó absolutamente nada.

—El objeto que tengo en mente, debería haber sido muy valioso para Boda, y lo debe haber guardado en algún lugar seguro. Es un artefacto Jedi, un dispositivo de grabación que podría contener algunos conocimientos... conocimientos que podrían ser extremadamente útiles para mí.

—Pero qué le hace pensar-

—Mientras yo estaba combatiendo con Vantos Boda, se hizo evidente para mí que tenía acceso a una cierta cantidad de secretos perdidos del legado de los Jedi. Tales secretos solían ser guardados en antiguos dispositivos conocidos como los Holocron. Investiga entre los restos de su casa, y mantente en contacto conmigo. Busca un pequeño cubo, u otra forma geométrica, cubierta con escrituras o tallados. Si encuentras tal dispositivo, deberás traérmelo de inmediato.

—Entendido —dijo Mara de manera insegura—. Veré qué es lo que puedo hallar.

—Tengo mi mayor confianza depositada en ti, mi querida Mara

Jade —le dijo Palpatine, despidiéndola.

*****

Tres días después, el Emperador sonreía de manera triunfal sobre su codiciado trofeo, el Holocron Jedi de Tedryn, el cual había estado en posesión de Ashka y Vantos Boda. Mara Jade había podido localizarlo entre las ruinas del invernadero de Boda, en una caja protegida por un campo de fuerza. El Holocron no era más que un cubo confeccionado con gemas preciosas. Algunas antiguas escrituras podían ser vistas en su superficie cuando incidía sobre ellas la luz correcta, y emanaba un aura ligeramente brillante de color azul todo el tiempo. Se sentía ligeramente cálido entre las manos, y el Emperador sabía que con un solo pensamiento, podría traerlo a la vida, convocando a su guardián holográfico, el espíritu de un antiguo Maestro Jedi llamado Bodo Baas. Baas era una entidad de enseñanza interactiva, capaz de responder las preguntas de Palpatine acerca del legado de los Jedi almacenado en su interior. Aunque el alienígena holográfico había denominado graciosamente a Palpatine como <<el oscuro>>, la cosa había cooperado bastante bien.

El Holocron contenía enseñanzas acerca de la Transferencia de la Vida, el poder para desplazar el espíritu de un cuerpo hacia otro. Seguramente, esto era lo que Vantos había empleado para poder apoderarse del cuerpo de Ashka. A Palpatine le había causado mucha más gracia aún, que el Maestro Jedi holográfico que impartía este conocimiento, se refiriese a él de la forma más solemne, como un poder emanado del Lado Oscuro. El Emperador se había desternillado de risa al escucharlo.

Palpatine había dedicado todo un día entero a estudiar el nuevo poder, hasta que decidió la forma en que debería emplearlo. Aunque podía ser utilizado para ingresar en el cuerpo de otro, expulsando la conciencia de quien lo estuviera habitando, no tenía deseos de apoderarse del cuerpo de otro. Deseaba tener su propio cuerpo, y anhelaba ser joven nuevamente, sin tener que morir. La clave, por supuesto, estaba en combinar dicho conocimiento con la ciencia de la clonación. De hecho, Palpatine ya había

experimentado creando un clon del que fuera el Maestro Jedi Jorus C'Baoth. Había aprendido que el clon podía heredar la misma sensibilidad a la Fuerza que el sujeto original... pero, ¿qué tan bueno sería tener un clon de sí mismo, si en verdad no se trataba de él mismo? Pero ahora, podría trasferir su esencia verdadera hacia un cuerpo nuevo, y como es lógico, podría transferirla hacia alguno de sus propios clones. Su nuevo cuerpo tendría la misma e inmensa sensibilidad a la Fuerza de la cual él había venido a depender, y sería la oportunidad perfecta para recapturar su juventud y su vitalidad.

Por primera vez en más de un año, Palpatine sintió que todos sus temores empezaban a abandonarlo.

¡Iba a poder seguir vivo! Podría llevar a cabo lo que ningún otro adepto del Lado Oscuro, jamás había logrado. Había descubierto el secreto para poder ser más listo que la destructiva ironía que se traía abajo a los más grandes servidores del Lado Oscuro. ¡Le fijaría al poder su precio exacto! ¡De ahora en adelante ya no tendría nada más que pagar! Inclusive podría reclamar mayores poderes, simplemente a través del empleo de una serie de cuerpos reemplazables físicamente.

Era algo maravilloso de tan sólo imaginarlo.

El Emperador tenía una gran deuda con Ashka y Vantos Boda. Era una lástima que nunca pudiera agradecérselos. Especialmente a Ashka, quien le había deseado tan sólo el bien cuando aún no era nada más que un chiquillo. Y de igual manera a Vantos, quien había completado la misión encomendada por la Fuerza después de todo, aunque había terminado sirviendo al Lado Oscuro, y permitiendo que Palpatine se hiciera con el Holocron. Y aunque Vantos había demostrado una cierta hostilidad frente al reinado de Palpatine, la mejor venganza como siempre, era el hecho de seguir adelante y continuar viviendo bien.

Y eso era precisamente lo que pensaba hacer; por un largo, largo tiempo...

*****

Finalmente, Sate Pestage terminó de limpiar meticulosamente el

polvo y el vidrio roto que se habían apoderado de sus austeras habitaciones en el Palacio. Un droide de mantenimiento podría haberlo hecho en lugar de él, pero él prefería hacerlo a mano. Le había proporcionado algo en lo que mantener ocupados sus pensamientos mientras su Maestro había permanecido aislado para él durante los tres días anteriores. Su única otra opción hubiera sido enfrentar las hordas de inquisidores que preguntaban por la salud del Emperador después de que se hubieran producido las explosiones en el Palacio, pero eso era algo que no tenía ganas de hacer, al menos no en este momento. Después de publicar una declaración en la que se decía que el Emperador no había sufrido daños, ya no había nada que pudiera decirles, y sus insidiosas preguntas, sólo hacían que Pestage tuviera que reconsiderar de manera más agobiante sus propias preocupaciones.

Pestage se había mantenido preocupado por la posibilidad de perder a su Maestro en medio de su inevitable declinación física durante el año que había transcurrido, y ahora, para empeorar las cosas, un Jedi Oscuro había vapuleado a Palpatine en el mismo Salón del Trono. Los espías de Pestage habían descubierto el nombre de ese Jedi... Ashka Boda. Después de experimentar un profundo sentimiento de indignación, Pestage también había albergado una continua sensación de que ese nombre no le era desconocido. Finalmente pudo hacer regresar su memoria a la fecha traumática en la cual había perdido a su hijo. Había salvado la vida de un Jedi herido llamado Ashka Boda ese mismo día. ¿En verdad se trataría del mismo hombre, quien ahora devolvía la gentileza de Pestage con toda esta violencia horrorífica? Si fuera así, entonces Pestage sentiría que estaba arrepentido de lo que había hecho. Nunca hubiera debido rescatar al sujeto, si hubiera sabido que algún día, pondría en peligro a su Maestro, a su Emperador, a su... hijo. Debería haber dejado que Boda permaneciera quebrantado como el raro jarrón que ahora estaba en su cubo de basura.

Pestage comprendía que el regreso de Boda le proporcionaba otra pieza de evidencia acerca de que Palpatine, en efecto, era su hijo perdido... pero como era usual, no era una prueba absoluta. No había ninguna prueba concluyente que pudiera llegar hasta sus manos, a pesar de todos los esfuerzos de Pestage. Pero el Gran Visir se negaba a aceptar que ese hecho socavara su lealtad para con su

Maestro. Si no había ninguna prueba, era porque el Emperador simplemente no deseaba tener a Pestage como padre. Quería tenerlo como Visir, y eso era suficiente... ya que Sate Pestage conocía la verdad en lo profundo de su corazón. Sin embargo, estaba decidido a permanecer al lado de su Maestro tanto tiempo como fuera posible. Su mayor temor, era el hecho de llegar a sobrevivir para ver morir a su hijo antes de que él lo hiciera.

Al mismo tiempo que Pestage colocaba las astillas de los vidrios en el contenedor de la basura, escuchó la señal de su comlink, llamándolo. Descubrió que se trataba de un mensaje del Emperador, una única línea de texto brillando sobre la pantalla. Las pocas palabras escritas hicieron que el corazón de Pestage latiera más rápidamente, con un inesperado y gratificante alivio.

Podía leerse:

Todo va a estar bien, viejo amigo.

Pestage comprendió lo que significaba. El Emperador iba a vivir, y Pestage iba a permanecer a su lado por el resto de su vida. La eventual muerte de Pestage tendría que separarlos en algún momento, pero una parte de él viviría para siempre en su Maestro. Exhalando la gran tensión que se había apoderado de él durante los últimos tres días, Pestage se dejó caer sobre su cama, estiró los brazos, y dejó florecer una gran sonrisa sobre su arrugado rostro.

EPÍLOGO

Vader se dio la vuelta desde su mesa de trabajo en donde había estado ajustando su sable de luz, al oír el titubeante golpeteo sobre su puerta.

—Adelante —dijo, sabedor por completo de quién se trataba. La puerta se balanceó hasta quedar abierta, y Mara Jade entró en la pequeña habitación. Estaba ataviada con alguna clase de traje formal, del color de sus ojos. El vestido la hacía lucir mayor, lo cual probablemente, era el efecto deseado. Estaba regresando, tal vez, de alguna recepción imperial en la cual, su juvenil belleza había sido puesta en juego. Era parte de su tapadera, Vader lo sabía, el poder ser reconocida como una de las baratijas femeninas del Emperador, antes que como una asesina y una espía. Mara se adelantó nerviosamente enfundada en su lujoso vestido, tratando de encontrar las palabras precisas para comenzar.

—¿Querías verme, Mara Jade? —la alentó Vader.

—Sí... estoy al corriente de que nunca le agradecí por haber salvado mi vida.

—Era mi deber —replicó Vader con un tono ligeramente impaciente—. Nada más.

—Pero significa bastante para mí, obviamente... y quisiera tomarlo como una señal de que usted se preocupa por mi bienestar y por mi futuro. Así que vine a preguntarle si... podría continuar aprendiendo de usted.

La respuesta de Vader fue cortante.

—La respuesta es no, asesina. Se nos ordenó trabajar juntos, pero esa labor ya ha sido concluida. Cada uno de nosotros tiene tareas separadas que llevar a cabo por encargo de nuestro Maestro. Y no tengo tiempo para entretenerme con una estudiante.

—¡Entretenerse! —dijo Mara, dolida—. Usted aún piensa en mí como en una chiquilla, ¿no es verdad? Pensé que me había ganado su respeto después de lo de Boda.

—Tienes mi respeto, Mara Jade. Lo que no vas a querer experimentar, es mi ira. Nunca olvides lo que soy capaz de hacerle a los que me disgustan... se trate o no se trate de asuntos del Emperador. Deja que Boda sea tu referencia. Justo en este momento, me disgusta tener que repetir las cosas. Trabajo solo, y

no tengo aprendices. ¿Está claro?

Mara se puso rígida.

—Está claro, Milord. En este momento paso a retirarme. Lamento haberlo perturbado.

Se dio la vuelta, y salió hacia la parte exterior de la cámara, sin molestarse en cerrar la puerta.

—Por mí, puedes reventar, Vader —pensó Mara mientras se marchaba—. Me tratas como si estuviera demasiado por debajo de ti en este momento.

El encuentro le había amargado la satisfacción por haber sido considerada una heroína unos pocos días atrás. Había sido una tonta al dirigirse al Castillo de Vader de esa manera, con tantas expectativas. Aun así, se lamentó de que él nunca fuera a entrenarla. Había algo casi noble en su ser, y deseaba entenderlo mejor. Y había podido apreciar el valor de tener un aliado para cuando el Emperador estuviese perturbado. Todo lo que había aprendido de su Maestro, eran cosas desagradables. Era un hombre impredecible y peligroso para el cual tenía que trabajar, y Vader parecía conocerlo bastante bien. Mara sabía que ella y Vader tan sólo eran herramientas en las manos de Palpatine. Separados, eran más débiles de lo que podrían ser permaneciendo juntos. Había estudiado a Vader, y había podido reconocer las amargas cadenas de su larga servidumbre. Entonces empezó a preguntarse a dónde la conduciría su propio trabajo. ¿Llegaría a estar obsesionada por sus propios remordimientos como lo estaba Vader? Mara rogaba que no fuera así. El camino por delante de ella, era uno bastante largo y peligroso, y los remordimientos no harían más que arrastrarla cuesta abajo.

Darth Vader aferró su sable de luz mientras observaba retirarse a Mara Jade. El arma era una de las que había construido al inicio de sus servicios al Emperador. En este momento, Mara se encontraba en esa posición, pero Vader sabía que realmente no podría ayudarla. A pesar del respeto honesto de Vader por la joven asesina, él era un solitario con su propia agenda, y ella era la herramienta

de su Maestro, alguien que le contaría todo a Palpatine. Nunca podría confiar en que ella no iría a interferir con sus planes. Estaba arrepentido de las prioridades que hacían que tuviera que permanecer solo, y sin posibilidades de admitir a nadie más en este peligroso juego de ambiciones, pero no tenía elección.

Por ahora, Vader mantenía sus objetivos intactos. No se encontraba más cerca de alcanzar el trono, pero con Palpatine agonizando, y Boda muerto, al menos no estaría en lista de espera para siempre. Aunque era algo frustrante, el status quo era siempre mejor que haber fracasado. El Oscuro Señor del Sith se aferró a sus frágiles esperanzas, y trató de colocar a Mara Jade lejos de sus pensamientos.

STAR WARS

UN NUEVO ENEMIGO

BRENDON J. WAHLBERG

Mientras tienen lugar los sucesos de *Star Wars: Una nueva esperanza*, el Emperador se retira a Byss, donde perfecciona el método para hacerse inmortal.

STAR WARS

Emperador oscuro 2

Un nuevo enemigo

Brendon J. Wahlberg

LSW
LIBROS STARWARS

LEYENDAS

Esta historia de fan-fiction toma elementos de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: A New Enemy*
Autor: Brendon J. Wahlberg
Publicado originalmente en TheForce.net
Publicación del original: 1997

alrededor de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath
Revisión: (sin revisar)
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 0.9
16.06.18
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

EPISODIO II
UN NUEVO ENEMIGO

Mientras el Emperador encuentra una manera de hacerse inmortal, una galaxia agonizante debido a la guerra civil, enfrenta la muerte a una escala gigantesca.

Una nueva estación de combate, capaz de destruir un planeta por completo, asegura que el Imperio dominará la galaxia a través del miedo.

Palpatine tiene la creencia absoluta de que no quedan enemigos que puedan amenazarlo, pero en un oscuro mundo del borde exterior, el hijo de uno de los más grandes sirvientes del Emperador, está dando sus primeros pasos para aparecer en la escena galáctica.

Guiado por la fuerza, Luke Skywalker se va haciendo cada vez más fuerte, y desea lanzar al caos los meticulosos planes del Emperador…

CAPÍTULO I

Palpatine se había constituido en el Amo indiscutido de la galaxia entera, y en ella no quedaban enemigos que pudieran enfrentársele. Sus llameantes ojos amarillos observaban desde el fondo de un rostro cubierto por una negra y profunda capucha. Lo que podía llegar a observarse de semejante rostro, era que estaba severamente avejentado por los años, con los ojos hundidos en cavernosas cuencas rodeadas por una manchada piel marchita. La frente parecía estar severamente deformada, y la boca permanecía abierta en un rictus que revelaba irregulares protuberancias dentales. Pero esa misma boca dejaba apreciar una mueca siniestra, y los ojos brillaban con un fulgor hambriento.

Por supuesto, había algunos que se consideraban sus enemigos. La irritante Mon Mothma y Bail Organa, por ejemplo. Ésa era una equivocada concepción por parte de ellos. Ambos no eran nada, como lo tampoco lo eran los lamentables insurrectos que se hacían llamar la «Alianza». Para el más poderoso Amo del Lado Oscuro que jamás hubiera existido, aquellos sujetos no podrían ser considerados enemigos. Los Jedi, esos débiles-de-voluntad practicantes del lado impotente de la Fuerza, estaban muertos, y habían terminado por desaparecer. Sabiendo que podrían haber representado una amenaza para su persona, Palpatine se había permitido lanzar a su Oscuro Señor del Sith para cazarlos. Como demostrando su inferioridad, muchos de los Jedi prácticamente habían ofrecido sus cuellos a la hoja de su espada. Descorazonados por la caída de la República, ni siquiera se habían resistido. Unos pocos se le enfrentaron, o corrieron, tan sólo para ser abrumados por la fuerza bruta de la tecnología imperial, y por la implacable e inmisericordiosa persecución del sirviente de Palpatine, el Jedi caído, Darth Vader. Los más valientes habían llevado su lucha hasta las mismas puertas del Emperador; a éstos, Palpatine los había aniquilado personalmente. La Purga había consumido una gran cantidad de esfuerzo y de recursos, pero con los Jedi exterminados, al Emperador Palpatine ya no le quedaban enemigos.

Cualquiera que observara a Palpatine en su cámara privada, en las profundidades de la Ciudadela del Emperador, en el mundo dominado por el Lado Oscuro de Byss, se habría dado cuenta de la

frágil manera en que el dominador del espacio conocido, se aferraba a su retorcido bastón para caminar, y habría concluido que este hombre, en verdad, sí tenía un enemigo: la muerte misma. Pero estaría equivocado. Palpatine sentía la forma en que la muerte estaba aproximándose. La sentía de la misma manera en que la había sentido la primera vez, y aunque ésta iba a ser su segunda muerte, era imposible el irse acostumbrando a semejante situación. Inclusive, tenía la sensación de que la misma capacidad de regeneración de sus tejidos, estaba siendo afectada por las energías que a diario canalizaba a través de ellos. Él sabía que si fuese a morir en verdad, y a perder su última forma física, se encontraría perdido para siempre en el aullante caos del propio Lado Oscuro, el cual lo reclamaría como su propiedad, así como él mismo había reclamado la propiedad de toda la galaxia. Sin embargo, allí en Byss, Palpatine podría reírse de la muerte. Porque estaba sentado a tiro de piedra de su cámara de clonación, en donde una docena de clones flotaban suspendidos en tanques de nutrición. Había llegado hasta Byss para morir. Y para nacer de nuevo.

El Emperador estallaría en un brote de energía azulada, dejando un deteriorado caparazón por detrás de sí. Entonces, gracias a su dominio del Lado Oscuro y a sus conocimientos de las técnicas de clonación, obtenidos a partir del Holocrón de Ashka y Vantos Boda, él lograría ingresar al cuerpo de uno de sus propios clones en estado de maduración. Cuando abriera sus nuevos ojos, aparentaría ser un joven robusto una vez más. El hecho de morir era doloroso, y el proceso de transición era bastante desagradable, pero se trataba de un pequeño precio a pagar por la inmortalidad. El simple hecho de pensar en su nuevo cuerpo, hacía que su sonrisa se hiciera amplia, y logró que un pavoroso crujido emergiera profundamente desde su garganta. La mayor parte de personas que habían llegado a escuchar esa risa, inmediatamente habían encontrado muy buenas razones para querer estar bastante lejos.

El Gran Visir del Emperador, Sate Pestage, simplemente estaba acostumbrada a ella. Pestage permanecía aguardando silenciosamente en el umbral de la pequeña habitación, petrificado como si fuera una estatua. Había venido para conferenciar con su Maestro, pero no dejaría escapar ni siquiera un suspiro hasta que el Glorioso y Oscuro Emperador, se lo hubiese permitido. Pestage,

como hombre, constituía una figura arrugada, con prominentes rasgos envejecidos. De alguna manera, parecía mayor que el Emperador, y sus emaciadas formas se perdían en medio de enjoyados y voluminosos ropajes. Aun así, Pestage era incansable para brindar sus servicios al Emperador, y desempeñaba las funciones de su asistente personal bajo cualquier circunstancia. Preparaba sus alimentos, se encargaba de sus negocios, y agendaba todos los eventos del día a día. En aquel momento, Pestage simplemente observaba con tristeza, las decrépitas formas de su Amo. Pestage podía ser bastante viejo, pero poseía alrededor de sí, un aura de salud inquebrantable. Palpatine sólo irradiaba decaimiento.

A Sate Pestage le dolía observar al Oscuro Emperador, tan decrépito. El descubrimiento que había hecho su Maestro de una forma para engañar a la muerte —una muerte prematura—, había sido de gran alivio para Pestage, pero después de eso, ambos habían aprendido una cruel verdad: que el nuevo cuerpo, tan sólo podría durar unos pocos años. Ya era tiempo de cambiar por otro. Pestage le dio gracias en silencio a la Fuerza, de que la ciudadanía del Imperio no pudiera observar a su soberano bajo aquellas condiciones. Para el resto de la galaxia, se trataba de una figura carismática, un hombre de mediana edad con una presencia dominante. Por supuesto, aquella imagen era producto de la más refinada holo-tecnología. Cuando se encontraba afligido por el envejecimiento, el Emperador no solía hacer apariciones públicas, delegando el manejo del día a día del Imperio, a sus más confiables consejeros, como al Consejero en Jefe Ars Dangor. Dangor se hacía cargo de todas las obligaciones protocolares, y Pestage actuaba como un intermediario en todas las comunicaciones con el Emperador. Sólo un pequeño puñado de seres podía ver a Palpatine bajo las condiciones en las que realmente se encontraba, seres como Darth Vader, el Lord Sith, y Mara Jade, la Mano del Emperador. Sin duda, se trataba de una extraña aflicción con la que estaban obligados a lidiar. Además de su confiable círculo interior, nadie debía poder llegar a observar los insospechados cambios en la apariencia del Emperador. El dominio que ejercía sobre la Fuerza, tenía que ser mantenido como un secreto de todo el Imperio en su conjunto. Ello había conducido a algunas situaciones extrañas. En

algunas ocasiones, Palpatine había tenido que emplear un proyector holográfico personal para enmascarar su insólita y súbita juventud, o su desmesurado envejecimiento. Por ejemplo, Bevel Lemelisk, el diseñador de la Estrella de la Muerte, había llegado a observar al Emperador en su estado envejecido. Después del renacimiento de Palpatine, éste había tenido que entrevistarse con Lemelisk de manera completamente holográfica, mientras intentaba ocultar su juventud. El ayudar a evitar tales decepciones, era una de las formas en que Pestage servía fielmente a su Maestro.

Lentamente, Palpatine se volvió para enfrentar al Gran Visir.

—¿De qué se trata, amigo mío? —le dijo calladamente, indicándole a Pestage que se acercara.

El dominador de la galaxia tenía una voz llena de horripilantes sibilancias, las cuales habrían sido más apropiadas para un sepulturero. Esa voz, Pestage lo sabía, podía transformarse de una alegre satisfacción, a la más sombría amenaza en tan sólo un momento. Ahora se encontraba calmada, casi amable.

—¿La proclama ha sido elaborada de la forma en que lo ordené?

Pestage dio un paso hacia el interior de la habitación, con sus túnicas susurrando, y extrajo un ornamentado datapad. Sobre su pequeña pantalla, un pequeño párrafo se encontraba iluminado.

> *Su majestad Imperial ha decretado que bajo el actual estado de emergencia, el cual involucra a terroristas armados sembrando la muerte y la destrucción a través de toda la galaxia, se requiere la institución temporal de la ley marcial. Los Gobernadores Regionales ahora ostentarán el control directo sobre sus territorios, lo cual les permitirá tomar las acciones necesarias para imponer un rápido final a estos ataques cobardes y criminales, los cuales amenazan a las familias de todos los ciudadanos respetuosos de la ley.*
>
> *Durante el tiempo que perdure la crisis, el Senado Imperial entrará en receso. Los reportes que indican que las actividades criminales han sido apoyadas por algunos miembros del Senado, están siendo investigados exhaustivamente. Permanezcan confiados en que los terroristas pronto serán traídos frente a la*

justicia, y en que la estabilidad reinará a través de toda la galaxia.

El Emperador finalizó la lectura, y asintió satisfecho. Esta proclama terminaría por completar su Nuevo Orden. Por supuesto no habría ningún «receso». Con la disolución del Senado, el último vestigio de la Antigua República, habría sido expurgado. No sería permitida ninguna oposición política al Nuevo Orden. Los apasionados discursos de senadores como Leia Organa, tenían el poder de influir sobre la opinión pública, y aquellas voces tenían que ser acalladas. Al respecto, Mon Mothma había llamado demasiado la atención sobre ella misma, dándole a Palpatine la excusa perfecta. Había llegado demasiado lejos, declarando abiertamente en contra de él, y luego, había organizado el robo de los datos sobre el proyecto de la Estrella de la Muerte. Incluso en aquel mismo momento, Vader se encontraba en una misión para recuperar tal información. Por el momento, Mothma estaba más allá de su alcance, pero al menos sus cómplices en el Senado, podrían ser despojados de su influencia. Sin embargo —musitó el Emperador—, algún día lograría encontrarla… y entonces le enseñaría el verdadero significado del miedo.

La proclama también formalizaba la Doctrina Tarkin. Ahora, todos y cada uno de los sistemas serían mantenidos bajo control por medio del miedo, verdaderamente un arma muy poderosa. La estrella de la Muerte había sido completada en el sistema de Horuz, y estaba muy cerca de ser completamente operacional; pronto se convertiría en el símbolo del Nuevo Orden. Cuando Palpatine volviera a abrir sus ojos en medio de la cámara de clonación, ellos llegarían a ver una galaxia completamente sometida al poder del Imperio.

—Lo has hecho bien, Sate Pestage.

El parafraseo era excelente, como de costumbre.

—Permite que Ars Dangor le haga las revisiones que considere necesarias, y deja que la proclama se haga pública tan pronto como sea posible.

El Emperador sonrió sombríamente, y le devolvió el datapad. Se desplazó para volver a sentarse en su sillón similar a un trono, con algo de dificultad.

—No pienso tomar ninguna decisión más hasta que sea joven

nuevamente.

Pestage asintió.

Palpatine le advirtió, señalando con un retorcido dedo.

—No deseo que nada perturbe mis meditaciones. Debo tener paz para consumar la transición. Cuando sea el momento, te haré llamar para que me asistas en mis preparativos.

Sate Pestage hizo una profunda reverencia.

—Sí, mi Maestro —declaró él, y silenciosamente, abandonó la cámara del Emperador.

Moviéndose a través de los salones laberínticos de la Ciudadela, Pestage reflexionaba acerca de que sería un hombre libre por los próximos días. Las meditaciones de su Maestro, eran similares a un trance, y Palpatine ni ingería alimentos, ni tampoco llevaba a cabo ningún tipo de actividad, debilitándose a sí mismo hasta el punto de simplemente desear consumar la transición. Entonces, Pestage conduciría a su Maestro hasta su lecho, y lo abandonaría en medio de un completo aislamiento, para que pudiera realizar la más privada de las experiencias.

El Gran Visir no pretendía entender la forma en que la Fuerza llevaba a cabo sus designios, pero sabía que su vida se encontraría vacía, sin la gloria de su Maestro para iluminar todo su universo.

Incluso el solo hecho de estar alejado de él por algunos días, hacía que Pestage se sintiera un poco vacío. Tal vez decidiera visitar la arena de combates para entretenerse. Aquella misma tarde, había programada una pelea a muerte entre un wookiee y un gundark. Tal vez. Pero no deseaba permanecer demasiado alejado de la Ciudadela, tan sólo en caso de que su presencia fuera requerida.

CAPÍTULO II

Palpatine se había vuelto uno con la Fuerza. Su frágil forma física había sido dejada atrás, y su mente vagabundeaba por la galaxia. *Su* galaxia. Él podía percibir sus energías vitales y mortales, y a través de su conexión con el Lado Oscuro, podía saborear la fortaleza con que ella lo recompensaba por sus servicios. Porque el mismo Emperador no era más que un sirviente. Todos los esfuerzos de Palpatine estaban dirigidos hacia la creación de una galaxia en donde las emociones de mil millones de mundos alimentarían el Lado Oscuro con su ira, su miedo, y su agresión. Él lo llamaba lo que sería su Imperio Oscuro. Ciertamente, él amaba el poder personal que recibía como su más aventajado usuario del Lado Oscuro, y tenía la intención de mantener semejante poder eternamente. Juntos, él y el Lado Oscuro, dominarían a todos y cada uno de los seres vivientes.

Fundamentalmente, el Lado Oscuro representaba el caos, la entropía, una fuerza destructiva que siempre mantenía el balance en contra del Lado Luminoso. Pero el Lado Oscuro estaba hambriento de dominación, y Palpatine podía proporcionarle una oportunidad para que pudiera llegar a poseerla. No se hacía ilusiones; de la misma manera, el Lado Oscuro terminaría por consumirlo, si él se lo permitía, pero eso jamás llegaría a ocurrir. Haría de semejante poder su sirviente para siempre, y todas las demás cosas terminarían por servirlo a él.

A través de la Fuerza, el Emperador podía comunicarse con algunos seres como Vader, a través de grandes distancias, aunque algunas veces, él prefería emplear el holo-transmisor de tal manera que pudiera crear una grandiosa imagen de sí mismo que terminara por intimidar a su interlocutor. A menudo, él podía «ver» lo que estaba sucediendo en los lugares hacia los cuales dirigía su visión mental, una habilidad que le había otorgado una gran ventaja durante el período de su ascenso hacia el poder.

En aquel momento, había lanzado su mente en búsqueda de la Estrella de la Muerte, y de la familiar presencia de su sirviente. Para ese instante, Vader ya debería haber recuperado los datos técnicos de la Estrella de la Muerte, y estar de regreso en la estación de combate como representante del mismísimo Emperador. A Tarkin se

le habían otorgado todas las prerrogativas para hacer uso de la Estrella de la Muerte, pero cualquiera con semejante poder tendría que ser vigilado, no importaba cuán leal pudiera ser. Vader podía ser un excelente vigilante, y él a su vez, podría ser vigilado por su Amo.

No fue sino con algo de sorpresa, que logró localizar a la Estrella de la Muerte en órbita alrededor del mundo parecido a una joya de Alderaan. Pudo «observar» la enorme esfera flotando contra la estrellada negrura del espacio. El Emperador nunca había llegado a quedar sorprendido por ninguna clase de tecnología. Como frecuentemente le había dicho a Vader, la Fuerza era el verdadero poder que regía todo el universo. Pero encontró que la Estrella de la Muerte era hermosa. Simplemente se trataba de un medio para llegar a un fin, pero era un adorable e impresionante medio para llegar a dicho fin.

Palpatine emplazó su mente dentro de la estación, en busca de Vader, al mismo tiempo que evitaba que su sirviente se percatara de su presencia. Vader se encontraba en el centro de comando, junto con Tarkin y la joven Senadora (en aquel momento, ex-senadora, tuvo que recordarse a sí mismo), Leia Organa.

Le tomó un esfuerzo adicional el poder enfocarse en Vader, ya que allí parecía estar presente un extraño eco de la firma mental del Señor Oscuro. La tensión producto del estado de transición que estaba aproximándose, evidentemente le estaba haciendo pagar su precio, permitiendo que se afectaran sus sentidos de la Fuerza, decidió Palpatine. Después de un momento, Palpatine realizó un ajuste, y pudo observar los acontecimientos con una mayor claridad.

Tarkin estaba empezando a hablar, con una aplastante superioridad.

—Princesa Leia, antes de su ejecución, me gustaría que fuera mi invitada en una ceremonia que certificará la completa operatividad de esta estación de combate. A partir de este momento, ningún sistema estelar se atreverá a oponerse al Emperador.

Palpatine sintió que había realizado una buena elección al escoger a Tarkin. Cualquier otro hombre habría tenido en mente su propio poder, y no el del Emperador. Palpatine se preguntó qué sería lo que habría hecho la joven Senadora Organa para merecer

ser ejecutada.

Ahora, fue el turno de Organa de replicar con un altivo desafío, el cual era evidente en su postura y en su voz.

—Mientras más apriete su puño, Tarkin, más sistemas estelares se le escaparán entre sus dedos.

Palpatine sonrió. Cualquiera podía contestar de una manera desafiante si no llegaba a avizorar los grandes problemas en los que estaba metido; Tarkin estaba reservándose algo realmente devastador. En aquel momento, con una horrible delicadeza, decidió revelárselo.

—No después de que hayamos demostrado el poder de esta estación. De cierta forma, usted ha sido quien ha determinado la elección del planeta que será destruido en primer lugar. Ya que se rehúsa a entregarnos la localización de la base rebelde, he decidido probar todo el poder destructivo de esta estación de combate… sobre su planeta natal, Alderaan.

Palpatine percibió la conmoción en la joven mujer.

¡Así que ella era una agente rebelde!

Ésa era una prueba más de que había estado en lo correcto al disolver el Senado; se había convertido en un nido de víboras de los rebeldes. Curiosamente, también pudo sentir la conmoción en Vader. A su sirviente no le agradaba la forma en la que estaban desenvolviéndose las cosas. Pero, ¿cuál sería la razón? Después de todo, ¿qué era la Estrella de la Muerte? Por medio de la influencia de Bail Organa, Alderaan se había convertido en un semillero de sedición. Mejor permitir que fuera eliminado.

Organa había empezado a balbucear inútiles protestas.

—¡No! Alderaan es pacífico. No tenemos armas. Usted posiblemente no podría…

Tarkin dejó que se perdiera todo refinamiento de civilización. Detrás de aquello, apareció el rostro de la Maquinaria de Guerra Imperial, frío, duro, e inmisericorde.

—¿Usted preferiría otro blanco? ¿Quizás un blanco militar? ¡Deme el nombre del sistema!

Se movió amenazadoramente hacia ella, y a ella no le quedó más opción que retroceder, tan sólo para encontrarse contra la humanidad de Lord Vader. Tarkin habló en voz baja.

—Estoy empezando a cansarme de tener que preguntárselo. Así

que ésta será la última vez. ¿Dónde está la base rebelde?

—Dantooine.

Organa pareció desmoronarse.

—Está en Dantooine.

—Ya lo ve, Lord Vader, ella puede ser razonable —se regodeó Tarkin—. Continúen con la operación. Abran fuego cuando estén listos.

—¿Qué? —gritó Organa.

Tarkin dejó que aflorara su regocijo.

—Usted es demasiado confiada. Dantooine está demasiado lejos como para hacer una demostración que fuera efectiva. Pero no se preocupe. Nos haremos cargo de sus amigos rebeldes muy pronto.

—¡No! —protestó Organa.

Pero por supuesto, era demasiado tarde.

Los artilleros de la Estrella de la Muerte prepararon eficientemente el arma principal para disparar.

Palpatine contuvo el aliento mientras unos inmensos haces de energía brotaban del súper láser de la Estrella de la Muerte, uniéndose para formar un impresionante rayo, el cual apuñaló el núcleo del planeta de Alderaan. Pero no llegó a apreciar la explosión del planeta, ya que en ese mismo momento, una pasmosa y completamente inesperada fuente de poder golpeó al Emperador como una marejada, barriendo todo, y dejándolo inconsciente. En su cámara privada de la Ciudadela Imperial en Byss, el Emperador Palpatine yacía boca abajo sobre el frío pavimento, enmarcado por un fuego sombrío, con sus ojos amarillos incandescentes como si fueran dos soles gemelos.

CAPÍTULO III

Sate Pestage respondió a las alarmas de los biomonitores de manera inmediata, cruzando la Ciudadela en cuestión de minutos. Presionó el seguro de la puerta de la cámara de meditación, esperando encontrar a su Amo tirado en medio de un desastre, y se quedó completamente sorprendido al encontrarse mirando al rostro de un Palpatine erguido y aparentemente sano. La cara del Emperador estaba dominada por una sonrisa salvaje, y parecía estar lleno de vitalidad.

—No tienes que preocuparte por mí —le dijo el Emperador con un tono áspero, y extendiendo una mano hacia Pestage, como para asegurarle que se encontraba bien—. No me encuentro en peligro. ¡Me ha ocurrido algo que no había visto venir! Esto lo cambia todo (y tengo que entender qué fue).

—Maestro —tartamudeó Pestage— es bueno saber que se encuentra a salvo… Al momento de escuchar las alarmas, yo estaba conferenciando con Lord Vader… Él desea hablar con usted. ¿Debo transferir su señal?

—No, Sate Pestage.

Palpatine parecía muy agitado.

—Encárgate de él mientras consulto con mi Holocrón.

Palpatine ya estaba dirigiéndose a su recámara, moviéndose con una nueva fortaleza que dejó sorprendido al Gran Visir. Pestage hizo una venia, y la puerta siseó hasta quedar cerrada.

*****

Una vez que estuvo a solas, el Emperador se aproximó hacia un ornamentado estante sobre el cual descansaba un cubo elaborado, que resplandecía delicadamente con un tono de color azul. Tomó el dispositivo de grabación Jedi entre sus retorcidas manos, acariciando las antiguas escrituras sobre su elegantemente trabajada superficie. El Holocrón se sentía cálido, y vivo. Profundamente dentro del objeto, sus cristales despertaron. Él sintió un ligero toque en su cerebro, al tiempo que el Holocrón empezaba a percibir sus pensamientos más superficiales, y acopiaba todo el conocimiento

que estaba siendo requerido. Se produjo un destello en el aire, y el holograma de un alienígena de alguna manera grotesco, con manos similares a garras, y un exoesqueleto, apareció por encima del cubo.

—Tú, el Oscuro —dijo el holograma—. Escucha las palabras de Bodo Baas, el guardián de la entrada, y aprende la historia del hechicero Sith Gant Feer. En los aciagos días en los que Exar Kun se constituyó en el Oscuro Señor del Sith, Feer era uno de los Jedi caídos bajo su mando. Feer era tan depravado como ambicioso. Se cree que sólo él tenía acceso a los terribles secretos de la magia Sith, y los empleaba sin conocimiento de Kun. Feer capturaba a los Jedi, y los asesinaba en medio de un ritual. Cada muerte acompañada de terror, debilitaba el Lado Luminoso, y hacía más poderoso el Lado Oscuro. Pero un Maestro escapó para contar semejante historia, y es así que sabemos que Feer se jactaba de ser capaz de alimentarse a través de las energías de los seres agonizantes, absorbiendo su fortaleza por medio de su relación con el Lado Oscuro.

Bodo Baas hizo una pausa. Era algo difícil de decir a partir de semejante rostro, pero el monstruo parecía rehusarse a continuar hablando con él. Cuando se decidió a continuar, parecía estar mirándolo directamente a los ojos.

—Gant Feer no vivió lo suficiente para disfrutar de tales beneficios. Exar Kun se dio cuenta de cuán poderoso se había vuelto su subordinado, y decidió destruirlo. Los secretos de Feer murieron junto con él. Presta atención, tú el Oscuro. Absorber la vida a partir de la muerte de otros es posible, pero puede atraer el desastre de maneras que no es posible prever.

En medio de un vaporoso destello de color verdoso, Bodo Baas empezó a disolverse.

Pensativo, Palpatine se quedó sentado en silencio. En el momento en que Alderaan estaba siendo destrozado, él había sentido una enorme fuente de energía fluyendo a través de su conexión con el Lado Oscuro. En aquel momento, no había estado preparado para semejante situación, y se había encontrado demasiado sorprendido y aturdido como para moverse o como para pensar. Pero mientras estaba sucediendo, había sentido que tenía todo el poder para hacer lo que quisiera, cualquier cosa en absoluto. ¡Un mundo entero, rebosante de vida, había muerto en medio del

terror! Si la historia de Gant Feer contenía algo de verdad, semejante evento habría fortalecido el Lado Oscuro. Siendo uno con la Fuerza, Palpatine había sido impregnado de tal poder, aunque hubiese llegado más allá de su comprensión, atravesándolo con toda la fuerza de un vendaval. Pensó que podría saber cómo prepararse para la próxima vez, cómo evitar el ser abrumado, y en cómo podría encauzar semejante poder para sus propios fines. Incluso podría emplear tal poder para encontrar una forma de solucionar el problema de sus vulnerables cuerpos clonados. Con un poder tan enorme, incluso podría diseñar un nuevo cuerpo para sí mismo… uno perfecto… uno invulnerable. De improviso, rompió a reír, al tiempo que comprendía que esto le otorgaba a la Estrella de la Muerte, un maravilloso y nuevo propósito.

De manera delicada, colocó el Holocrón de nuevo en su lugar. Algunas veces sentía que, aunque sólo se trataba de un dispositivo de grabación, estaba sutilmente en contra de él. Había algo en la forma en que lo llamaba «Tú, el Oscuro», por ejemplo. La forma en que le había advertido que no siguiera dicho sendero, tampoco le sorprendía. En realidad no le importaba. Siempre habría algún peligro. Pero la posibilidad de vencer todas sus aflicciones, hacía que valiera la pena tomar cualquier riesgo.

Palpatine se dirigió hacia su terminal personal de la HoloNet, y la activó. La pantalla mostró la rígida máscara negra de Darth Vader. Vader se encontraba solo en su cámara de meditación, a borde de la Estrella de la Muerte. Palpatine lo saludó con un ligero asentimiento. Con la cabeza inclinada, Vader habló con su profunda voz reforzada por la máquina que le daba vida.

—Mi Maestro, la destrucción de Alderaan… —Vader estaba conmocionado—. Se ha producido un gran disturbio en la Fuerza. Siento temor por las consecuencias de emplear la Estrella de la Muerte de semejante forma. La destrucción a esta escala podría traer caos a la…

El Emperador lo hizo callar con un gesto, y frunció el ceño. Como era usual, la percepción de las cosas por parte de Vader, carecían de perspicacia. El Lord Sith pensaba en el Lado Oscuro como el medio más adecuado para imponer el orden a la galaxia, pero, llegados hasta este punto, él dudaba de emplear tales medios para lograr dicho objetivo.

—Lo entenderás en su debido momento, sirviente mío. La destrucción de Alderaan me ha hecho más fuerte. Cuando encuentres la base rebelde, deberá ser destruida con la Estrella de la Muerte mientras yo realizo mi transición. Nada estará fuera del alcance de mis nuevas habilidades. Yo dominaré la galaxia entera, y tú estarás siempre a mi lado.

Vader no dijo nada, pero Palpatine sabía que él siempre obedecería. Este Jedi caído circundaba la demoníaca majestad del Emperador, como una polilla alrededor de la llama de una vela. Él necesitaba de la oscuridad del Emperador para llenar un vacío en su interior, pero nunca podría llegar demasiado cerca, a menos que deseara ser consumido.

—Siento que algo te perturba, sirviente mío —lo incitó Palpatine.

Con su característico desparpajo, Vader dijo:

—Mi antiguo Maestro, Kenobi, está aquí, en la Estrella de la Muerte. Ha venido para enfrentarse conmigo. La última vez que nos encontramos, la ventaja estaba de parte suya. Me temo que pueda ser nuevamente el vencedor.

Ahora fue el turno de Palpatine para quedar sorprendido.

¡Kenobi! ¡Ese maldito Jedi, todavía permanecía con vida! Así que había logrado escapar de la Purga, y había estado escondido por veinte años. Ahora se atrevía a mostrar su rostro. Semejante audacia debía ser castigada. El asesino del viejo sirviente de Palpatine, Darth Maul, finalmente sería ajusticiado.

—Kenobi enfrentará su destino largamente retardado el día de hoy. Cualquier recado tonto que lo haya sacado de su agujero, será el último. Juntos lo aplastaremos, sirviente mío.

Vader irradiaba confianza.

—¿Y qué hay con respecto a los rebeldes que llegaron junto con él? Ellos poseen los planos de la Estrella de la Muerte, y podrían escapar de la estación.

—Deja que se marchen —dijo el Emperador con una sonrisa afectada—. Ellos conducirán a la Estrella de la Muerte directamente hacia la base rebelde. Ahora, ve al encuentro de Kenobi. Su tiempo ha llegado.

Vader se inclinó profundamente mientras el Emperador cortaba la transmisión.

CAPÍTULO IV

Vader permanecía parado en silencio en medio de un vacío pasadizo de la Estrella de la Muerte. Los turbios recuerdos de su derrota a manos de Kenobi, desataron una escalofriante sensación a través de él. Se había tratado de un devastador ataque que lo había desgarrado a través de sus defensas, y que lo había lanzado hacia la lava hirviente. La memoria de tal agonía, le otorgaba a su odio una afilada perspectiva. Él había logrado renacer de dicha muerte, contrahecho después de salir de semejante horno. Ahora, él se encargaría de hacerle pagar por ello a su viejo Maestro, con la misma cortesía. El viejo hombre apareció saliendo de un corredor, como si estuviera flotando desde las sombras. El sable de luz de Vader empezó a resplandecer con una tonalidad de color rojo entre sus manos.

—He estado esperando por ti, Obi-Wan. Por fin nos encontramos. Ahora, el círculo ha sido completado. Cuando nos separamos, yo era el estudiante, ahora, yo soy el Maestro.

Kenobi sólo gastó algunas palabras, encendiendo su propio sable y adoptando una posición de ataque clásica.

—Sólo un maestro de la maldad, Darth.

Dicho eso, ambos se lanzaron el uno sobre el otro, intercambiando rápidos golpes luminosos. Se trataba de un elegante combate entre dos maestros. Cada ataque estaba cuidadosamente controlado, y ambos guerreros giraban con una economía de movimientos que contrastaba con la complejidad de sus ataques. De improviso, Kenobi pareció estar sometido bajo una tensión cada vez mayor, como si un peso invisible estuviera ejerciendo su presión sobre él. Sacudió la cabeza, y parpadeó, tratando de aclarar su mirada.

—Tus poderes se hacen más débiles, viejo hombre —se mofó Vader, consciente de que la promesa del Emperador estaba siendo cumplida. De alguna forma, Palpatine estaba siendo capaz de nublar la mente de Kenobi a semejante distancia. ¡En verdad se había vuelto más fuerte!

Kenobi pareció conformarse con su destino en aquel momento, y serenamente dijo:

—No puedes ganar, Darth. Si llegas a abatirme, me volveré más

poderoso de lo que jamás podrás llegar a imaginar.

Iracundo por la pasividad de Kenobi, Vader atacó con mayor ferocidad, rebanando las paredes del corredor. Ambos guerreros, un maestro fracasado y un Jedi caído, se movieron cerca de las puertas blindadas que daban acceso al hangar que alojaba al carguero capturado, en el cual había arribado Kenobi. Vader podía ver a los guardias corriendo para apoyarlo, y supo que Kenobi tendría que enfrentar su muerte en cuestión de segundos, de una forma u otra. Repentinamente, a través del hangar, una abigarrada tripulación de rebeldes y droides lograron abrirse camino hacia el carguero, tomando ventaja de la distracción de los soldados de asalto. Kenobi les dedicó una mirada a los rebeldes, y pareció tomar una decisión. Apartó su espada de la dirección de Vader, y cerró los ojos. Sin dudarlo, Vader partió limpiamente a su antiguo maestro por la mitad. La vacía capa cayó sobre la cubierta, seguida un segundo después, por el sable de luz del viejo hombre.

Vader exploró la capa con un pie enfundado en su bota, con una mezcla conflictiva de sentimientos de triunfo y de miedo arremolinándose en su interior. Un fiero intercambio de disparos se había desatado en el hangar. Vader permanecía de pie calmadamente mientras sus soldados eran abatidos, uno tras otro. Súbitamente, las blindadas puertas se cerraron, dejando solo a Vader en medio del silencioso corredor. Vader dio unos pasos apresurados hacia un panel de comunicación para informarle a Tarkin que Kenobi estaba muerto. Además, tenía que transmitirle las instrucciones del Emperador con respecto a que al resto de los rebeldes debería permitírseles escapar. Una baliza señalizadora había sido escondida a bordo de su nave, y podría ser seguida fácilmente hasta la misma base rebelde.

Pudo escucharse un apagado rugido desde detrás de las puertas, al tiempo que el carguero realizaba un rápido despegue y se sumergía en la profundidades del espacio. Vader recogió el sable de luz de Kenobi, y lo enganchó sobre su cinturón. El Emperador querría tenerlo para su colección. El final de Kenobi le había dejado un extraño sentimiento de vacío. De alguna forma podía sentir, a pesar de todas las apariencias, que el conflicto entre él y Kenobi no estaba finalizado en absoluto.

CAPÍTULO V

Una vez más, Vader estaba arrodillado delante de la imagen de su Amo.

—Ya ha sido hecho, amigo mío —lo tranquilizó el Emperador—. Kenobi se ha vuelto uno con el Lado Luminoso para siempre. Su espíritu se apagará y terminará por esfumarse. No hay nada que pueda retenerlo. Lo has hecho bien, sirviente mío. El último de los Jedi ha sido muerto el día de hoy.

—Pude ver su cara, Maestro —replicó Vader de manera precavida—. Él no tenía la mirada de quien ha perdido su batalla.

—No era nada —le aseguró el Emperador—. Tan sólo el falso orgullo de un hombre envejecido. Debo abandonarte, sirviente mío. Debo volverme uno con la Fuerza para preparar mi rejuvenecimiento. Puedes retirarte para cumplir con mis indicaciones. La próxima vez que nos veamos, ya habré triunfado sobre esta débil carne.

Vader se levantó, entonando con satisfacción.

—La Rebelión encontrará el mismo final de Kenobi.

*****

Palpatine era uno con la Fuerza. Su cuerpo reposaba sobre su lecho, al lado del Holocrón que resplandecía delicadamente. Aquel cuerpo había llegado bastante cerca del final de su vida útil. Muy pronto, la destrucción de otro mundo, lo llenaría de fortaleza. En aquel momento, anhelaba su propia muerte, y volverse absolutamente uno con el Lado Oscuro, existiendo bajo la forma de una energía informe. Él entregaría semejante poder a su nuevo cuerpo, transformándolo en una cosa indestructible, el vehículo perfecto para su nuevo nivel de maestría en el Lado Oscuro. El principal problema con los clones era que se trataba de copias, un paso alejadas de las energías protectoras de la Fuerza. Por lo tanto, eran más vulnerables a los estragos del Lado Oscuro. Pero ahora estaba seguro de que podría rehacer su propio cuerpo, literalmente reconstituirlo a partir de la energía del Lado Oscuro, empleando uno de sus clones como plantilla. Con dicho cuerpo, él *sería* el Lado

Oscuro, y ya nada podría detenerlo. Su espíritu se estremecía, incluso mientras su cuerpo permanecía yaciendo en trance. El momento estaba aproximándose.

A través de la galaxia, la Estrella de la Muerte estaba a punto de llegar al rango de disparo de la cuarta luna de Yavin, un mundo selvático abarrotado de formas vitales. Por supuesto, los rebeldes que permanecían acantonados en dicha luna, habían montado una línea de ataque con sus combatientes, todos los cuales acababan de ser lanzados contra la estación; una línea que estaba conformada por unas pocas docenas de anticuados y repulsivos cazas. Se trataba de algo patético. Pero en ese momento, el Emperador comprendió por completo la debilidad que emanaba de sus inferiores.

Vader se encontraba en su propio caza prototipo, conduciendo a sus hombres-ala en cazas TIE, en contra de los alas-X, siendo casi indulgente en su práctica de tiro sobre los poco experimentados pilotos rebeldes. Tarkin aguardaba confiadamente en su centro de comando, sin siquiera pensar en que tendría que ser necesario el desplegar los enjambres de cazas que tenía a su disposición. Era difícil obtener una visión clara de lo que estaba ocurriendo a través de todas las caóticas emociones que inundaban el área. Los pilotos rebeldes gritaban de terror cuando los inmisericordes disparos láser de Vader, inexorablemente encontraban sus objetivos. Las tropas imperiales se sumían en la confusión a medida que los ataques rebeldes volaban las instalaciones de la superficie. Los artilleros irradiaban una excitación concentrada mientras empuñaban sus poderosos turbo-láseres en contra de las veloces naves de los rebeldes. El Emperador saboreaba todos esos sentimientos.

Pero en la cubierta de mando, reinaba la calma, y Palpatine logró enfocarse sobre el Gran Moff. Tarkin se volvió hacia su ayudante, el cual estaba anunciando:

—La base rebelde está a treinta segundos, y acercándose.

Una siniestra satisfacción irradiaba del Gran Moff. Palpatine compartía dicho sentimiento. Éste era el resultado de unos planes largamente acariciados.

Los segundos transcurrían. Volando rápidamente a través de la superficie de la Estrella de la Muerte, Vader estaba aproximándose a las últimas naves de los rebeldes. El Emperador empezó a percibir la determinación de su sirviente, pero se dio cuenta de que todo

habría terminado en cuestión de algunos pocos segundos.

—La Estrella de la Muerte acaba de circundar el planeta —llegó por fin el esperado anuncio.

—Disparen cuando estén listos —dijo Tarkin de manera crispada.

—Inicien con la ignición primaria —pronunció el adjunto de Tarkin.

El arma principal de la Estrella de la Muerte rugió, volviendo a la vida, preparándose para impartir la muerte en tan sólo un instante. Palpatine se alistó a sí mismo esperando la transición, abriéndose completamente a la Fuerza. En ese momento, una chispa inesperada se abrió camino a través de la oscuridad; ¡alguien estaba empleando el Lado Luminoso de la Fuerza! Se trataba de algo imposible, pero no había posibilidad de equivocación. La mente del Emperador se tambaleó producto de la súbita confusión, pero era demasiado tarde para cambiar nada.

—Aguarden.

La palabra llegaba filtrada a través de las ondas de energía que se erigían alrededor del cuerpo de Palpatine.

—Aguarden.

La última cosa que Palpatine pudo sentir, fue la cristalina sensación de triunfo del Gran Moff Tarkin. Después de ello, el cuerpo del Emperador fue desgarrado en pedazos, dejando paso a una erupción de un frígido fuego azulado. Su espíritu empezó a caer en picado en medio de un insondable abismo que lo era todo, y que no era ningún lugar. Pero en lugar de la increíble fortaleza que había tenido la expectativa de sentir, se encontró con una devastadora pérdida. Había ocurrido algo que había lanzado un manto de terrible debilidad por encima de todo el Lado Oscuro. Su esencia se encontraba sollozando producto de la consternación, Palpatine estaba luchando para alcanzar su cuerpo clónico, lanzándose por encima de él en medio de una desesperada arremetida. Sus nuevos ojos quedaron abiertos de improviso, e incluso mientras luchaba por no ahogarse con la solución nutritiva que llenaba su boca y su garganta, se abrió a la Fuerza. Lo que él sentía, o lo que no había llegado a sentir, lo inundaba de ira. La Estrella de la Muerte se había desvanecido como si nunca hubiera llegado a existir. Sus propios sentidos y habilidades estaban

notoriamente disminuidos. Su nuevo cuerpo era joven y fuerte, por supuesto, pero sentía como si estuviera tocando la Fuerza con los guantes puestos. Cayó sobre sus rodillas mientras la puerta de la cuba se deslizaba hasta quedar abierta. Las hábiles manos de Constable Mon se acercaron para estabilizarlo, pero él las apartó. Estaba temblando producto del odio. ¡Alguien tendría que pagar por este ultraje! La galaxia entera tendría que pagar por ello. Y los primeros que tendrían que sufrir su ira, serían aquellos que le habían fallado.

CAPÍTULO VI

Para el momento en que la noche cayó sobre Byss, con las cinco lunas brillando de manera hermosa sobre las ornamentadas torres y desmadejados complejos del Sector de Control Imperial, la HoloNet ya había difundido los espeluznantes detalles de lo que había ocurrido en Yavin. La temida Estrella de la Muerte había sido vaporizada por un único disparo de un caza ala-X rebelde. El piloto había logrado impactar sobre una ventila de escape térmico con un torpedo de protones, prácticamente contra todas las posibilidades. El Oscuro Señor del Sith había sido reportado como perdido, o muerto. La base sobre Yavin no había sido afectada, y lo peor de todo, las noticias de lo que había ocurrido habían sido esparcidas por toda la galaxia por los malditos rebeldes. La propaganda de la Alianza pregonaba que el genocidio en Alderaan y la destrucción de la Estrella de la Muerte eran la prueba definitiva de la tiranía del Imperio, y de que la causa de la Alianza, era sostenida por los luchadores de la libertad. Esto tuvo poco efecto sobre los sistemas interiores, los cuales estaban firmemente sometidos, pero las regiones exteriores estaban siendo sacudidas. El tiempo de retribución era ahora.

Palpatine culpó de la derrota en Yavin a la incompetencia de sus oficiales. Para aquellos que habían servido en la Estrella de la Muerte, era afortunado el que hubieran tenido que morir. El diseñador de la estación de combate, Bevel Lemelisk, pronto llegaría a desear también estar muerto junto con ellos. Tendría que haber un mayor despliegue militar del que jamás hubiera habido. Los mundos en rebeldía tendrían que ser extinguidos. No necesitaba de una Estrella de la Muerte para reducir a un planeta a escombros. Los nuevos Súper Destructores Estelares serían suficientes. Tendría que haber una purga que barriese la estructura de mando de las fuerzas imperiales. Necesitaba alguien —en quien pudiera confiar implícitamente— al mando. Alguien implacable y absolutamente leal hacia él. Alguien con las mayores competencias. Necesitaba a Darth Vader.

Pero primero tendría que encontrar al Oscuro Señor. Palpatine sabía que su sirviente no estaba muerto. Podía sentirlo. De alguna manera, Vader había logrado sobrevivir, escapando en su caza antes

de que la estación hiciera explosión. Así que por muchas horas, el Emperador exploró el espacio alrededor de Yavin. La Estrella de la Muerte continuaba ardiendo. Amplias secciones de desechos radiactivos formaban un pozo de gravedad orbitante sostenido de manera débil, dando cabida a cadáveres congelados súbitamente, después de haber sido incinerados. Lentamente, la gravedad del gigante gaseoso reclamaría dichos remanentes, engulléndolos hasta no dejar ni un vestigio. No quedaba ni una chispa de vida.

¡No!

Allí había algo muy débil…

En medio de un curso orbital que iba deteriorándose, un caza deteriorado con alas curvas flotaba, sin ninguna iluminación. Dentro de él, Vader se encontraba en un trance de hibernación, conservando el mínimo soporte vital. Inmediatamente, Palpatine hizo contacto con sus agentes en la Flota, y envió una lanzadera de asalto desde las nuevas fuerzas que se encontraban bloqueando Yavin, para rescatar a Vader. En algunos días, Vader nuevamente estaría de pie delante de él, preparado para hacer cumplir sus sombrías disposiciones a través de toda la galaxia.

*****

Vader y el Emperador se encontraban solos en el salón del trono en Coruscant. Fortalecido, y en completo dominio de su cuerpo pleno de juventud, Palpatine permanecía de pie sobre su arrodillado sirviente. El Lord Sith se sentía repleto de ira, humillación, y con una sensación de haber fracasado. Claramente esperaba ser castigado.

—Levántate, Lord Vader —dijo el Emperador con un tono resonante.

Vader se incorporó observando a su Amo con la cabeza inclinada. Palpatine estaba vestido con un adusto uniforme negro con el símbolo del Imperio en medio del pecho, y por encima de todo, una flotante capa con un elevado collar resplandeciente. Vader se encumbró sobre su Maestro, como desmintiendo la realidad de sus relativas autoridades. En ese momento, el rostro del Emperador se encontraba sin enmascaramientos, y pleno de

garantías majestuosas. El rostro de Vader permanecía siempre escondido detrás de una grotesca máscara diseñada para inspirar miedo. Pero en ese momento, era Vader quien sentía el miedo mientras aguardaba su ajusticiamiento.

—Cuéntame qué fue lo que sucedió —dijo Palpatine, con la voz tranquila.

—Los rebeldes escaparon —replicó Vader—, guiándonos hasta su base como había sido planificado. Cuando empezamos a orbitar alrededor de Yavin, ellos lanzaron contra nosotros sus cazas unipersonales. Parecía ser la última línea de defensa de personas que realmente esperaran morir. Les pedí a los tácticos que realizaran un análisis de su ataque. Cuando descubrí que su blanco era la trinchera ecuatorial, comprendí que no se trataba de hombres locos ni suicidas. Ellos estaban desesperados, pero tenían un plan. Ordené que fuera informado el Gran Moff Tarkin, y movilicé mi escuadrón personal de cazas TIE. Varios de los cazas atacantes se desprendieron del grupo principal, y volaron dentro de la trinchera. Los perseguí junto con dos hombres ala. Logramos destruir varias naves, y uno de los rebeldes disparó sobre la ventila de escape de calor, probando que mi teoría estaba en lo correcto, pero el tiro era bastante difícil. Tarkin no nos envió refuerzos, pero para ese momento, quedaban menos de cinco naves rebeldes.

Vader hizo una pausa. El origen de su deshonra iba a ser revelado a continuación. El Emperador simplemente lo incitó a que lo hiciera.

—Continúa.

—Tres alas-X hicieron un último intento. Destruí una de las naves, y la segunda fue averiada, y decidió retirarse. Nos aproximamos al líder. Se trataba de un piloto misterioso, y mi computadora de blancos perdía la fijación una y otra vez.

Vader miró directamente al rostro de su Maestro.

—Fue entonces cuando sentí algo imposible. El piloto estaba empleando la Fuerza, y era fuerte en ella. Entonces llegué a comprender que lo que había parecido ser una tontería, era astucia por parte de los rebeldes. Un iniciado en la Fuerza, lo supe, podría realizar el disparo. Sin dudarlo, los rebeldes habían diseñado su estrategia teniendo a uno como aquel entre ellos. Abrí fuego nuevamente en cuanto tuve la oportunidad, pero de alguna manera,

mis disparos sólo lograron impactar a su droide. Sentí la presencia de Obi-Wan, tratando de interferir conmigo, pero ya era demasiado tarde. La Estrella de la Muerte estaba lista para disparar. El piloto rebelde debió haber dejado de concentrarse en seguir huyendo, porque en ese mismo momento, fue fijado de manera segura por mi computadora de blancos. Pero en ese momento, como si hubiera sido decretado por la Fuerza, mi ataque fue quebrantado.

Lleno de ira, Vader tuvo que detenerse por un momento. El sonido repetitivo de su respiración mecanizada, era el único signo de vida dentro de su rígida armadura.

—Ese maldito carguero se lanzó contra nosotros en una trayectoria de colisión. Uno de mis hombres-ala fue derribado, y el otro entró en pánico, golpeando mi nave con la suya, e interfiriendo con mi defensa de la Estrella de la Muerte. Fuera de control, salí girando hacia las profundidades del espacio. La siguiente cosa que supe, fue que la Estrella de la Muerte estaba destruida, y que más de un millón de vidas imperiales estaban perdidas.

Vader aguardó, y parecía como si estuviera preparándose para la sentencia que daría su Maestro.

—Tus pensamientos están enfocados en la forma en que debería castigarte —le dijo Palpatine.

Vader se puso aun mucho más rígido.

—Piensas que fallaste en salvar mi estación de combate. Quizás tenga que cortar tu mano… ése sería un castigo adecuado por tu fracaso, ¿no te parece?

El cerebro de Vader se tambaleó producto de una súbita confusión. No estaba seguro de haber escuchado correctamente a su Maestro. Tanto sus manos como sus brazos eran protésicos, y el hecho de perderlos tan sólo significaría que los especialistas cibernéticos tendrían que reemplazarlos. No se trataba de ningún castigo en absoluto.

El Emperador habló en medio del silencio, como asegurándole a su sirviente:

—No te puedo culpar por lo que sucedió, Lord Vader. Si el Gobernador Tarkin hubiera enfrentado el ataque con la seriedad que requería, y hubiera desplegado los cazas de defensa con los que contaba la Estrella de la Muerte, ese carguero no habría podido aproximarse. No puedo castigarlo por ello, pero puedo castigar a los

demás en la estructura de mando. Deseo que todos ellos escuchen el rumor de que incluso tú fuiste víctima de mi cólera. Porque si ni siquiera tú puedes estar a salvo de mi ira… ¿entonces, quién podría estarlo? Con respecto a ese iniciado en la Fuerza que tú sentiste… es de poca importancia. Obviamente, Obi-Wan Kenobi maquinó todo esto. Su cobarde muerte fue una distracción para permitir que escapara ese piloto. Pero eso es lo más lejos a lo que jamás llegará. Esta debacle fue un fenómeno anormal. Un novato no entrenado no podría representar ninguna amenaza para nosotros, ahora que estamos enterados de su existencia. Habrá una nueva Estrella de la Muerte, mi sirviente. Mientras está en construcción, pienso poner en pie a la más grande flota de ataque que jamás se haya conocido, la cual estará conformada por los nuevos Súper Destructores Estelares, y tú estarás al mando. Tu deber será cazar y destruir a la Alianza Rebelde. Sé que no me fallarás, mi devoto servidor.

El Emperador sonreía benévolamente, pero Vader todavía se encontraba claramente perturbado.

—Todavía no le he dicho lo peor de todo —dijo el Señor Oscuro —. Los planes de Kenobi corren aun mucho más profundamente. Le dije que pude percibir la Fuerza en ese piloto, pero además también comprendí en ese instante, que se trataba de mi hijo.

Palpatine se veía incrédulo. Una imprevista furia empezó a irradiar de su persona.

—¿Hijo? ¡Yo nunca supe que Skywalker tuviera un hijo! ¿Qué clase de traición es ésta?

Inmediatamente, Vader cayó sobre sus rodillas.

—Yo tampoco lo sabía. Pero no puedo estar equivocado. Creo que Kenobi lo crió, esperando hacer de él una amenaza para nosotros.

—Bueno, sus planes han fallado —rechinó el Emperador, contemplando con el ceño fruncido al casco de ébano que estaba frente a él—. Él nunca llegará a ser un Jedi. Nos hemos asegurado de ello, al destruir a Kenobi. Él no pudo prever su propio final. Y esto no cambia nada. Encontraremos y aplastaremos a los rebeldes, tal como ha sido planeado.

—Sí, mi Maestro —Vader titubeó—. Aun así, quisiera encontrarlo y ponerle fin a todo esto. No tiene sentido ignorarlo, aunque se trate de una pequeña amenaza. Con seguridad… ésa es la

lección que nos ha dejado la Estrella de la Muerte.

Palpatine empezó a considerar lo que estaba diciendo Vader. Había una sutil diferencia en él, sus sentimientos discurrían justo fuera del alcance de Palpatine. Pero el Señor Oscuro acababa de atravesar por una gran prueba recientemente. Quizás sólo se tratase de la tensión que todavía estaba afectándolo. Palpatine habló de manera firme.

—El joven Skywalker, si es que ése es su nombre, podría no representar una amenaza para nuestro poder. Pero sin duda, está del lado de los rebeldes, y si deseas destruirlo, podrás hacerlo una vez que hayas aplastado a la Alianza. Ahora, retírate, y haz cumplir mi voluntad.

Vader se levantó y se marchó, con la negra capa ondeando. Palpatine hizo a un lado su momentánea inquietud. Podía confiar en Vader de manera implícita, por supuesto, ya que Vader era completamente suyo, en cuerpo y alma. El espíritu de Anakin Skywalker estaba tan perdido, como las mismas extremidades reemplazadas cibernéticamente en el gigante que estaba en camino para planificar la venganza del Imperio.

CAPÍTULO VII

Todo estaba siendo llevado a cabo de acuerdo a los designios del Emperador, como le gustaba afirmar. En la misma medida en que ya habían transcurrido tres años de manera rápida, la galaxia había empezado a sentir todo el poder del Imperio. La flota de ataque de Vader perseguía a los rebeldes a lo largo de toda la galaxia, sin darles oportunidad de establecer una base permanente. Los mundos en rebeldía, eran rápidamente castigados, y sus recursos eran destinados a alimentar la maquinaria de guerra imperial. La visión de Palpatine para la galaxia, estaba convirtiéndose en una realidad. Vader parecía estar obsesionado con encontrar al joven Skywalker, pero aquello no parecía interferir con su búsqueda de las principales fuerzas de la Alianza. La nueva Estrella de la Muerte empezaba a tomar forma alrededor de la boscosa luna de Endor.

Entonces, uno de aquellos días, Vader hizo llegar el informe acerca de que había logrado localizar la principal base rebelde en Hoth, y de que estaba procediendo con su armada completa en contra de ella. Sin embargo, los perspicaces rebeldes recibieron una advertencia afortunada, cuando el almirante de la flota decidió emerger del hiperespacio, demasiado cerca de Hoth. Si la flota hubiera permanecido fuera del rango de los escáneres, podría haber empleado la cobertura del campo de asteriodes del sistema para permanecer oculta, hasta que fuera demasiado tarde para que la base de Hoth pudiera reaccionar. En lugar de ellos, los rebeldes habían sido alertados, y tuvieron tiempo para desplegar un campo de energía planetario que el Almirante Ozzel no había previsto que pudieran poseer. El resultado final fue una innecesaria y costosa batalla sobre la superficie del planeta. Sacrificando muchas vidas en una acción dilatoria, la Alianza se las había compuesto para permitir el escape de su grupo de dirigentes. Se habóia tratado de una fuga desordenada, pero de manera frustrante, no constituyó una victoria definitiva para Vader.

Después de ello, Palpatine recibió reportes acerca de que Lord Vader había comprometido a toda la flota de ataque en la captura de una sola nave rebelde, el carguero que había interferido con su defensa de la primera Estrella de la Muerte. Sin embargo, su obsesión, finalmente, había logrado rendir sus frutos. Tan sólo

quedaba un remanente derrotado, disperso y desmoralizado, de miembros de la Alianza vagabundeando entre las estrellas, y aquel era el momento para acabar con todos ellos. No había tiempo para tontos juegos de caza. Vader tendría que ser llamado al orden.

El Emperador deambulaba majestuosamente, presa de la ira, a través de los corredores del Palacio, y sus cortesanos permanecían bastante alejados. Ello hacía que fuera fácil ocultar su envejecimiento debajo de las voluminosas túnicas que componían su vestimenta. Su segundo cuerpo clonado había envejecido a una tasa acelerada, tal como cabría esperar, pero le parecía que el deterioro podría haber sido más rápido en esta ocasión. Pero a él le gustaba mantener las apariencias. Le complacía permitir que su gente observara su presencia, y que supiera exactamente quién era su Amo.

Palpatine dio unos sonoros pasos dentro del salón principal de comunicaciones del Palacio, una atareada colmena repleta de actividad. Los oficiales de la Armada Imperial se quedaron mirándolo, a la expectativa de sus órdenes. Él sabía que estaban disgustados por las ejecuciones sumarias de Lord Vader, y que sentían que el Señor Oscuro estaba completamente fuera de control. Para apaciguarlos, Palpatine había decidido reprimir a Vader en público, evitando de esa manera, un motín dentro de la flota de ataque. Al mismo tiempo, le recordaría a Vader sus responsabilidades con respecto a localizar la flota rebelde.

A medida que el Emperador empezaba a introducirse en el ambiente, todos los oficiales se arrodillaban frente a él, inclinando sus cabezas. Un nervioso técnico atravesó la estación de comunicaciones, y comenzó el trabajo de contactar con el *Ejecutor*. Sus dedos trastabillaron con los conmutadores, y levantó la mirada, sudando, y esperando ser castigado. Pero nadie estaba mirándolo. Todos los ojos estaban fijos en el Emperador, quien súbitamente, y en silencio, se había desplomado sobre la reluciente cubierta, dejando conmocionados y con la boca abierta, a todos los concurrentes a dicha estación.

*****

Sate Pestage atendía a su Amo en el Centro Médico Imperial. Toda un ala había sido despejada para tratar la misteriosa enfermedad que había aquejado de improviso al Emperador. Los médicos residentes se quedaron desconcertados cuando se les dijo que su ayuda ya no sería necesaria, y fueron fácilmente despedidos. La Oficina de Control de Rumores, pronto se haría cargo de todo.

Pestage sabía que su Amo se encontraba sumido en un trance poblado de visiones. Había ocurrido con anterioridad, en su presencia, y sabía que el Emperador necesitaba descanso y privacidad. Palpatine yacía sobre su lecho, suspirando ocasionalmente, con los ojos cerrados y con la mente claramente en algún otro lugar. Sin embargo, esta vez, Pestage se encontraba perturbado. Conocía bien a su Amo, y por imposible que pareciera, Palpatine evidentemente estaba atemorizado por lo que estaba «viendo»…

> *Un hombre joven permanecía de piel delante del Emperador, vestido de negro. Se trataba del hijo de Skywalker. La Fuerza estaba con él, y había llegado a convertirse en un Jedi. Él observaba a Palpatine de manera desafiante.*
>
> *El Emperador estaba cayendo. Se encontraba sumido en el miedo y la sorpresa, y gritaba a todo lo largo del trayecto de su caída. Su cuerpo estaba siendo desgarrado en pedazos por la colisión con unas gigantescas descargas de energía. Su fuerza vital estaba siendo engullida por el Lado Oscuro, pero esta vez, era algo diferente. No se produjo un renacimiento inmediato, tan sólo un caos terrorífico que no permitía vislumbrar el final…*

Palpatine se encontraba atemorizado. De alguna manera, estas dos visiones estaban conectadas, ambas eran parte del mismo futuro posible. Un futuro en el cuál, él moriría.

Los ojos del Emperador se abrieron de improviso, sobrecogiendo a Sate Pestage. El Gran Visir estaba empezando a farfullar una pregunta acerca del estado de su Amo, cuando Palpatine se sentó y lo hizo callar.

—Contacta al *Ejecutor* de inmediato. Necesito sostener una

conferencia con Lord Vader. Transmíteme la señal apenas llegue.

—Un momento, Maestro —dijo Pestage aparentemente bastante incómodo—. Si usted ya se encuentra bien, debo informarle que el Príncipe Xizor ha estado tratando de ponerse en contacto con usted, mientras estaba indispuesto. Ha requerido una audiencia con usted. No sabía qué decirle… él es un criminal de la peor clase…

—Sí, lo es —dijo el Emperador bruscamente—. Pero vamos a tener que emplearlo en razón de su flota de transporte, mientras construimos la nueva Estrella de la Muerte. Dile que voy a recibirlo en este momento. Pero si llega la comunicación de Lord Vader, deseo hablar con él inmediatamente, sin importar nada.

—Sí, por supuesto, Maestro —dijo Pestage.

Y aquello fue todo. Sin pronunciar ni una sola palabra más, Palpatine se marchó de la habitación dejando a Sate Pestage con la boca abierta.

*****

—¿Cuál es su voluntad, mi Maestro? —preguntó Vader, con una rodilla doblada. Ante él estaba un enorme holograma del rostro encapuchado de su Amo.

—Se ha producido una gran perturbación en la Fuerza —dijo Palpatine.

Vader, cautelosamente, respondió:

—La he sentido.

Con gran dureza, Palpatine afirmó:

—Tenemos un nuevo enemigo. Luke Skywalker.

Así que finalmente, su Amo había llegado a entender de qué se trataba todo. Quizás la gran conmoción en la Fuerza había terminado por aclarar su perspectiva. Algo importante había ocurrido mientras las fuerzas de Vader habían estado tamizando el cinturón de asteriodes en busca del *Millennium Falcon*. De qué se trataba, no podía llegar a saberlo, pero de improviso, la existencia de su hijo se había vuelto significativa para el Emperador. Con un gran respeto en la voz, replicó:

—Sí, mi Maestro.

—Él podría destruirnos —dijo Palpatine.

Vader intentó ocultar su sorpresa. ¡Su Maestro debía estar sintiendo que su hijo en verdad representaba una amenaza! Por tres largos años, Vader había estado acariciando ocultos planes dentro de sí mismo, planes para su hijo. Sabía que debía minimizar la importancia del muchacho.

—Tan sólo es un niño. Obi-Wan ya no puede ayudarlo.

Pero el Emperador se mostraba porfiado.

—La Fuerza es poderosa en él. El hijo de Skywalker no debe llegar a convertirse en un Jedi.

Vader sabía que aquello significaba la muerte para su hijo. El hijo de Skywalker. Su Amo ni siquiera reconocía al muchacho como hijo de Vader, con la firme convicción de que cuando Anakin había «muerto», cada uno de los últimos vestigios de dicha persona, se había terminado por extinguir en Darth Vader. Pero algo de ellos permanecía, algo que él no llegaba a entender por completo. Quería que su hijo continuara con vida, y quería poder reunirse con él.

En ese momento, Vader decidió hacer su jugada:

—Si pudiera ser convertido, se volvería un poderoso aliado.

Para su sorpresa, el Emperador estuvo de acuerdo.

—Sí. Sí. Él sería un gran aliado. ¿Puede hacerse?

—Se unirá a nosotros o morirá, mi Maestro.

Vader se sintió aliviado cuando a medida que el holograma se desvanecía. No entendía por qué el Emperador súbitamente tenía miedo de que su hijo pudiera convertirse en un Jedi. ¿Podría el muchacho haber encontrado algún Maestro? No importaba. Él se convertiría en el Maestro del muchacho. Él le demostraría a su hijo, la verdadera naturaleza de la Fuerza. Se incorporó y se dirigió hacia la puerta. Había muchas cosas por hacer.

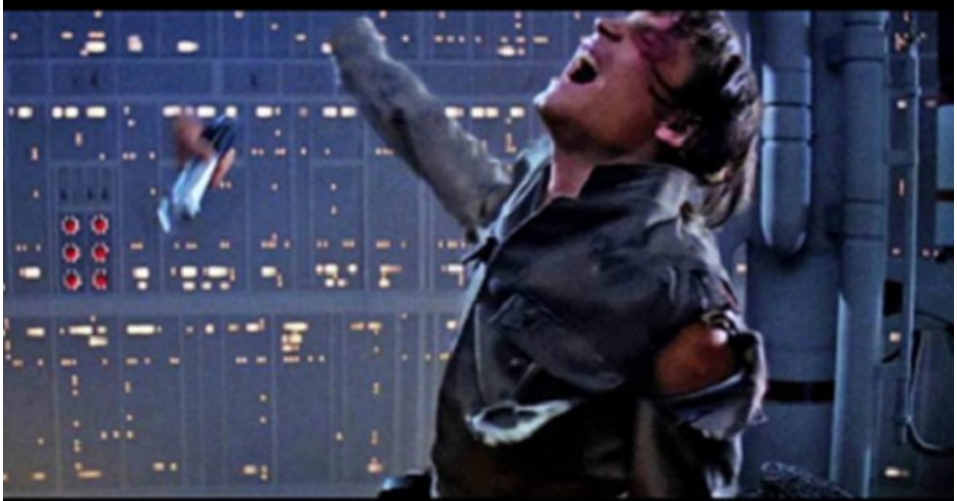
EPÍLOGO

Después de finalizar su audiencia con el Príncipe Xizor, Palpatine se sentó en su trono, pensativo. Se preguntaba cuál sería el resultado del nuevo curso que estaban tomando los acontecimientos. Había accedido a la sugerencia de Vader porque había tenido una tercera visión, en medio del trance: había visto a Luke Skywalker arrodillado ante él, prometiendo servidumbre. *El destino de mi padre es el mío*, había dicho Skywalker en la visión. Vader había estado ausente en la escena, pero tal vez aquello fuera lo mejor. Vader se había vuelto… incierto, últimamente. Era el momento de reemplazarlo, con otro Skywalker. Tal vez este nuevo posible futuro, en el cual Skywalker estaba arrodillado frente a él, anularía aquel otro, en el cual el muchacho era el responsable de su muerte. La extraña sensación que percibía, era que no podía llegar a saberlo. Lo excitaba, pero de una manera incierta. Él tenía un nuevo enemigo, por primera vez en muchos años. Se adelantó a *visualizar* su encuentro. Había muchas cosas que tendrían que hacerse para que dicho encuentro pudiera convertirse en realidad. Mucho por hacer.

Pensando en ello, el Emperador empezó a reír.

STAR WARS

LA MANO DEL DESTINO



BRENDON J. WAHLBERG

Después de los eventos de *El Imperio contraataca*, el Emperador Palpatine se prepara para su inevitable confrontación con el joven Skywalker.

STAR WARS

Emperador oscuro 3

La mano del destino

Brendon J. Wahlberg

LEYENDAS

Esta historia de fan-fiction toma elementos de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: The hand of fate*
Autor: Brendon J. Wahlberg
Publicado originalmente en TheForce.net
Publicación del original: 1997

de 3 a 4 años después de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath
Revisión: (sin revisar)
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 0.9
16.06.18
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

EPISODIO III
LA MANO DEL DESTINO

Es un tiempo de decisión para la Fuerza. El nexus[1] jedi del destino, está aproximándose, atrayendo al Emperador junto al enemigo que podría destruirlo.

Cegado con respecto a los acontecimientos del futuro, Palpatine busca desesperadamente una manera de asegurar su propia victoria cuando enfrente a Luke Skywalker.

Pero la mayor ceguera del Emperador podría estar dirigida contra la amenaza del más poderoso de sus sirvientes, a medida que Lord Vader empieza a cuestionarse su propia lealtad hacia su oscuro maestro…

CAPÍTULO I

El Emperador Palpatine, Amo del Lado Oscuro de la Fuerza, no hizo ningún esfuerzo por ocultar su satisfacción mientras daba grandes zancadas a través del piso del Salón del Trono, en dirección hacia los dos combatientes. Uno de ellos era Luke Skywalker, un hombre joven vestido austeramente de negro. Sostenía su humeante sable de luz contra la garganta de su derrotado enemigo, Lord Darth Vader. Luke finalmente se había rendido frente a su ira, y se encontraba sorprendido por la manera tan fácil en que había vencido al Oscuro Señor. Luke resollaba, conteniendo a duras penas su rabia, mientras observaba con cautela al Emperador, mientras éste iba aproximándose. La hoja en su mano, derivaba peligrosamente cerca de la jadeante máscara de Vader. El alguna vez poderoso Señor del Sith, se encontraba reducido a una condición de abyecto terror, tratando en vano de arrastrarse para conseguir alejarse de Luke.

Luke observó a Palpatine a través de una brumosa ira. Sorprendentemente, el Emperador era un hombre pequeño, encorvado por la edad, y que mantenía juntas sus arrugadas manos.

—¡Muy bien! —exclamó Palpatine, mientras sus rasgos marchitos parecían ser dominados por la lascivia—. Tu odio te ha hecho poderoso. Ahora, ¡cumple con tu destino y ocupa el lugar de Lord Vader a mi lado!

Luke dirigió una mirada hacia el caído Lord Sith, quien alguna vez encarnara el peor de sus temores, ahora completamente a su merced. Miró hacia la prótesis que ahora constituía su mano derecha, cubierta por un guante de color negro, y recordó que había sido Vader quien se la había cortado la última vez en que habían sostenido un enfrentamiento. No sólo eso, sino que Vader también había torturado a sus amigos, y había entregado a uno de ellos al despiadado Señor del Crimen, Jabba el hutt, y que quizás nunca podría volver a verlo. Y que todos aquellos actos, apenas si empezaban a escarbar en la superficie de todas las inenarrables maldades cometidas por Vader. Si llegase a darle fin a aquel ser tan malvado, tan sólo estaría llevando a cabo un acto de justicia por el que toda la galaxia estaba clamando. De repente, Luke recordó a otro hombre, que alguna vez se había encontrado indefenso frente a la hoja de un sable de luz, y lo que Vader le había hecho. Entonces,

tomó la decisión que consideraba correcta y la más justa. Reafirmó la sujeción que mantenía sobre el sable de luz que había fabricado con sus propias manos, y barrió el espacio a través del torso del Oscuro Señor, al tiempo que profería un grito inhumano.

—¡Esto es por Ben Kenobi!

Vader murió en medio de un alarido, cortado a la mitad en medio de un chorro de sangre chamuscada.

Luke le dio la espalda al humeante cadáver, y le dio la cara al Emperador. Palpatine se encontraba casi a su lado, exultante de júbilo.

—¡Bien hecho, mi joven aprendiz! Ahora, acércate y arrodíllate ante mí, como muestra de tu lealtad.

Luke no realizó ningún movimiento. El Emperador le sonreía a Luke, pero su sonrisa era la de un malicioso depredador.

—No puedes echarte atrás en este momento, joven Skywalker —reprendió a Luke. Sostenía en alto una mano desgastada, con la que le hacía algunas señales para que se acercara—. Yo voy a elevarte a tales cumbres de poder, que tu nombre eclipsará para siempre el recuerdo de Darth Vader.

Luke caminó en su dirección, y con una expresión sombría en sus rasgos, se arrodilló deliberadamente a los pies del Emperador.

—El destino de Lord Vader, es el mío propio —dijo Luke con fatalidad.

Sin ninguna advertencia previa, Luke hizo su movida.

—¡Ahora, muere! —gritó Luke, apuñalando hacia arriba con su sable de luz el indefenso cuerpo de Palpatine envuelto en sus túnicas. Sin embargo, la brillante hoja de color verde no halló su objetivo. En el mismo momento en que la estocada empezaba a aproximarse, el sable fue desactivado por un sensor de proximidad oculto en la persona del Emperador. La empuñadura del arma de Luke, golpeó de manera inofensiva sobre el pecho del Emperador, y el regente de la galaxia, se tambaleó unos pasos hacia atrás. Palpatine llegó a observar un resplandor de color carmesí detrás de Luke, y luego, la punta de una pica de fuerza, se abrió paso a través del pecho de éste. Luke fue levantado del piso, empalado por el arma alargada de un descomunal guardia imperial.

Luke ya sabía que no podría abandonar el Salón del Trono con vida, pero había fracasado en la oportunidad que se le había

presentado para acabar con el Emperador… era un sentimiento de desesperación demasiado grande como para poder soportarlo. Sumido en su dolor, Luke apenas era consciente de que su sable de luz había vuelto a la vida. Sabiendo que su muerte se acercaba, y desesperado por acabar con su tormento mental y físico, se las ingenió para volver su arma en contra de sí mismo.

El guardia envuelto en túnicas de color carmesí, dejó que el segundo cadáver presente en la habitación, se deslizara de su pica de fuerza, y golpeara contra el suelo. Se quedó observando al Emperador en silencio. Palpatine se quedó contemplando de manera pensativa al cuerpo de Luke por un largo período. Luego, pareciendo darse cuenta de la presencia del guardia, le indicó de manera distraída, que podía retirarse.

La delicada voz de Sate Pestage, el Gran Visir del Emperador, interrumpió el estado de introspección de Palpatine.

—Mis condolencias, Maestro, por la pérdida de su discípulo — dijo Pestage, observando los cuerpos que yacían sobre el suelo.

Palpatine observó a Pestage de manera desconcertada, buscando en su rostro deteriorado por el tiempo, una pizca de sarcasmo, que pensaba que podría estar escondido detrás de tal afirmación. No encontró nada, aparte de una marchita serenidad en la expresión de Pestage.

Por su parte, Pestage sabía que su Amo estaba experimentando un período de gran estrés, y pretendía que su presencia pudiera resultarle reconfortante. Por ello, le resultó de gran alivio ver que Palpatine calmadamente comenzaba a hacerle algunas señales, y empezaba a caminar. Juntos, abandonaron el saturado ambiente, en dirección hacia los salones de la Ciudadela Imperial. No se encontraron con ninguna otra persona, mientras daban atronadoras zancadas en medio del silencio, ya que aquella parte de la Ciudadela, era el santuario privado del Emperador. Había habido algunos momentos en los cuales, Pestage había mantenido grandes preocupaciones con respecto a su Amo. Como aquel día, hacía cuatro meses, en que Palpatine había sufrido un colapso en medio del trance de una visión, y todo ello frente a la mayoría de los Almirantes de la Flota. El Glorioso Hombre, había podido anticipar su propia muerte, y a pesar de contar con sus siempre confiables medios para poder superar semejante aflicción en particular, había

llegado a sentir miedo. El apreciar el miedo en su Amo, había sacudido a Pestage. Palpatine era el cimiento sobre el cual, había edificado por completo toda su vida. No podía llegar a imaginar lo que haría, si tal cimiento ya no estuviese más.

Igualmente preocupante, era el acelerado decaimiento físico del Emperador, a medida que los estragos del Lado Oscuro, se volvían cada vez más crueles con él. Y es que Palpatine estaba requiriendo mayor poder de la Fuerza de lo que jamás se había visto. Pestage había visto a su Amo pasar una gran cantidad de tiempo en su cámara de meditación, intentando —según sospechaba—, anticiparse al futuro. Dicha habilidad resultaba sorprendente para Pestage, pero esta vez, parecía no estar funcionando. Palpatine siempre emergía en medio de un arrebato de ira, agitando los puños, y maldiciendo su «ceguera». Para llevarlo a cabo, él dispensaba una cantidad de poder cada vez mayor, y sus esfuerzos aparentemente fútiles, implicaban un temible precio sobre su cuerpo. Sólo en alguna ocasión Palpatine había intentado darle alguna explicación, pero Pestage no había logrado entenderla por completo. Un gran nexus[2] estaba aproximándose, el Glorioso se lo había dicho, y los hilos —las secuencias— de las probabilidades llegaban en un flujo demasiado alto como para poder ser discernidos. Pero al margen de cualquier obstáculo que se presentase, Palpatine no dejaba de intentarlo, y Pestage había empezado a preguntarse si el Emperador, en realidad, llegaría hasta el punto de destruirse a sí mismo.

Y entonces, uno de esos días, Vader había regresado con un trofeo. El Emperador había recibido a su sirviente con una curiosa frialdad, pero una vez que hubo descubierto lo que el Lord Sith había traído, Palpatine había parecido estar rejuveneciendo. El trofeo había puesto en marcha una serie de frenéticas preparaciones, a medida que el Emperador inmediatamente veía en él otro medio para obtener la información que andaba buscando: El probable resultado de su encuentro con Luke Skywalker.

El trofeo además, había hecho posible utilizar el contenido de la habitación en la cual, ahora, estaban ingresando. Se trataba de una alargada cámara, llena con filas sobre filas de tanques contenedores del tamaño de un hombre. El Emperador se aproximó al que estaba más cerca, y despejó la humedad que cubría la superficie de

transpari-acero. Contempló el rostro que se encontraba detrás del vidrio, con una acechante intensidad, pero sus ojos permanecían cerrados, y su cabello flotaba en medio de las gentiles corrientes del nutriente contenido líquido. Sate Pestage se vio obligado a reprimir un escalofrío. Se trataba de la cara de Luke Skywalker.

El condestable de los Homunculi, Rollo Mon, dio un paso para emerger de las sombras, con su enorme ornamento de cabeza proyectando bizarras sombras en medio de la brillante luz verduzca que iluminaba la entrada. El Emperador se volvió hacia él, con su mano todavía descansando sobre el primer tanque.

—Prepárenlo —le ordenó Palpatine.

CAPÍTULO II

Tres meses antes, Darth Vader se encontraba dando grandes zancadas a través de los casi vacíos salones de la Ciudad de las Nubes. Detrás de él, luchando para mantenerle el paso, se hallaba un droide cirujano sosteniendo un tanque cilíndrico de la longitud de un pie. Pasaron rápidamente a lo largo de unos pocos departamentos vacíos, y de algunos silenciosos casinos que mostraban algunos agujeros. Sólo los soldados de asalto parecían marcar su trayectoria, al hacerles el correspondiente saludo, con los rifles sostenidos de manera casi casual, frente a la falta de amenazas evidentes. Ya que el alguna vez floreciente y lujoso punto de veraneo, ahora se encontraba en manos del Imperio. Los pocos ciudadanos que no habían sido capaces de evacuar el lugar en medio del éxodo iniciado por el Barón-Administrador convertido en rebelde, Lando Calrissian, se encontraban rodeados, y estaban siendo deportados en contra de su voluntad. Aquellos con un pasado cuestionable, habían sido enviados a las prisiones imperiales, de la misma forma en que lo habían sido algunos de los inocentes, los cuales habían sido capturados en el lugar equivocado, y en el momento inadecuado.

Vader y el droide se desplazaban rápidamente hacia los niveles inferiores de la ciudad. Las agraciadas esculturas y la rica decoración, daban paso a la arenosa y expuesta maquinaria de las instalaciones de explotación de gas Tibanna. Aquí y allá, los rechonchos y grotescos ugnaughts se escurrían escapando de ellos, continuando con la tarea de hacer funcionar las enormes máquinas. Para ellos, un amo humano era igual de bueno que cualquier otro, siempre y cuando les pagaran, y no los maltratasen. Ahora el preciado gas, útil para los dispositivos anti-gravedad y para los blásters, iría al Imperio, eso era todo. Finalmente, el Lord Sith alcanzó el nivel inferior de la Ciudad de las Nubes, e hizo su ingreso en un pequeño cuarto de control.

Vader avanzó en medio de una nube de vapor, apareciendo de improviso en frente del teniente Pralt y de su equipo de trabajo. Pralt dio un paso atrás antes de que pudiera percatarse de quién se trataba la enorme figura enfundada en la armadura que se elevaba en frente de él, como si fuera la temible escultura de una gárgola.

—Su reporte, teniente —lo conminó Vader.

—Milord —el oficial empezó a tartamudear, haciendo un esfuerzo por enderezarse. Pralt conocía la reputación iracunda de Vader, y sentía miedo de darle al Oscuro Señor, incluso algunas noticias parcialmente no tan buenas. Pero a lo largo de los últimos días, una extraña historia se había esparcido a través de toda la jerarquía de rangos. Hacía una semana, cuando los rebeldes habían logrado escapar, tanto de la Ciudad de las Nubes, como de la vigilancia del *Executor*, Vader no había llegado hasta el punto de ejecutar al Almirante Piett, ni a nadie más. En lugar de ello, se había sumergido a meditar en su cámara privada por tres días completos.

Una vez que hubo salido, había ordenado un detallado trabajo de búsqueda en los niveles inferiores del pozo del reactor de la Ciudad de las Nubes, tratando de hallar algún objeto no especificado que hubiera pertenecido al rebelde Luke Skywalker. El rumor era que el rebelde se había enfrentado a Vader en las secciones superiores del pozo del reactor, y que, contra todo pronóstico, había logrado sobrevivir. Con su aplomo reforzado por todas aquellas cosas que se decían, Pralt tragó saliva de manera evidente, pero logró entregar su reporte de manera firme.

—Milord, hemos localizado lo que parece ser un sable de luz, el cual yace en una localización bastante inaccesible.

Al menos, Pralt había asumido que se trataba de una de las viejas armas que solían usar los Jedi. Su similitud con el objeto que colgaba del cinturón de Vader, le otorgó algo más de confianza al teniente.

Vader ya estaba en movimiento para sobrepasarlo.

—Muéstremelo —le ordenó con una mecánica voz amplificada, que se revelaba plena de una sorprendente ansiedad.

Pralt les hizo una seña a sus hombres, y el equipo condujo a Vader y al silencioso droide, hacia un estrecho corredor de acceso.

—Sujétese, Milord —le advirtió Pralt, al tiempo que abría la pesada puerta en el extremo distal.

De manera instantánea, fieros ventarrones se introdujeron en el interior, barriendo el delgado pasadizo, desafiando la capacidad del equipo de búsqueda para permanecer en pie. Vader dio un paso al frente sobre el balcón que había más allá, como si todo se

encontrase en completa calma. Por encima del Oscuro Señor, se elevaba el enorme pozo del reactor, un espacio abierto que quitaba el aliento, y que contenía en su interior, miríadas de brillantes y distantes luces. Por debajo de él, a tan sólo un centenar de pies más abajo, se encontraba la gran esfera que daba fin al reactor. Se encontraba tachonada de escotillas de liberación de presión, que se abrían en respuesta a los fuertes y cambiantes vientos que atravesaban el pozo del reactor. Vader empezó a estudiar la manera rítmica en que se abrían y se cerraban, permitiendo transitorias vistas panorámicas de la inacabable atmósfera que rodeaba la caída libre hasta llegar a Bespin.

En ese momento, su visión amplificada electrónicamente, lo descubrió. Yaciendo sobre el fondo del enorme tazón, entre dos compuertas que se abrían incansablemente, se encontraba un sable de luz. Envolviendo estrechamente el arma, había una mano humana que había sido cercenada.

Vader sólo pudo atribuir el milagro que se presentaba frente a sus ojos, a los designios de la Fuerza. Mientras se había encontrado en medio de su trance de meditación, había sido perturbado por algunos pensamientos persistentes con respecto a la mano. Había tenido la fuerte sensación de que aún existía, y que el Emperador querría tenerla. Así que había partido en su búsqueda, confiando en la Fuerza, y allí estaba. Pero no era una patética pieza de carne lo que había logrado acelerar el pulso de Vader, sino que se trataba del plateado mango de una vieja arma Jedi, sujetado por unos endurecidos dedos rígidos. Se trataba de su propio sable de luz. Regresando a él después de aproximadamente veinte años. Destellando desde debajo de una manera incitadora, y de alguna manera, llamándolo.

La voz de Pralt se inmiscuyó en medio de su fascinada contemplación, y Vader se sorprendió al comprobar que sin darse cuenta de ello, había estado inclinándose parcialmente sobre la barandilla, en dirección hacia su trofeo.

—Milord —gritó Pralt, tiritando en medio del frío, y luchando para lograr ser oído por encima del aullido del viento—, si es eso lo que usted andaba buscando, dudo mucho que podamos enviar a un hombre hacia allá abajo para rescatarlo. Sería demasiado peligroso. Cualquier intento por recuperar el mencionado objeto, podría hacer

que perdiera su anclaje, y lo enviaría a volar a través de alguna de aquellas compuertas.

Vader no respondió de inmediato. Apartándose de Pralt, levantó sus brazos hacia la inmensidad del pozo del reactor.

—Ha sido su buena fortuna, teniente, lo que le permitirá atestiguar una demostración del verdadero poder del universo —le dijo Vader, componiéndoselas de alguna manera para hacerse oír en medio del ventarrón.

Al inicio, Pralt no sintió nada, pero luego su piel empezó a escarapelársele. Las corrientes de viento que corrían en medio del pozo del reactor, habían comenzado a apaciguarse. Los hombres de Pralt empezaron a retroceder de manera nerviosa, pero Pralt permaneció como si estuviera anclado al lugar. Lenta, inexorablemente, las convergentes corrientes de aire se aquietaron, y luego se detuvieron por completo. Una a una, las compuertas de liberación de presión que se encontraban debajo de ellos, sisearon hasta quedar cerradas todas ellas.

Vader nuevamente hizo un nuevo gesto, extendiendo una mano hacia el sable de luz que se encontraba inmóvil, y lo elevó de manera majestuosa, depositándolo delicadamente sobre su palma abierta.

Pralt se encogió de hombros, disgustado de ver la cercenada mano tan de cerca; el muñón cauterizado cerca de la muñeca, y los dedos cubiertos de hielo aferrando el sable aún después de la muerte, hicieron que inconscientemente, Pralt dirigiera una mirada hacia su propia mano derecha, como para comprobar si todavía seguía unida a su cuerpo.

Vader le hizo un gesto al droide cirujano, y éste se le acercó, sujetando su cilíndrico tonel. El droide presionó un interruptor localizado sobre el contenedor, y la parte superior de éste, siseó hasta quedar abierta. Vader retiró la mano del sable, y la sumergió en la rojiza solución de Bacta. Colgó el sable en su cinturón, y se volvió hacia el teniente Pralt.

—Buen trabajo, teniente —se limitó a decir.

Luego Vader se alejó, dando fuertes pisadas, dejando a Pralt y a sus hombres jadeando y sin aliento. Permanecieron parados allí por un prolongado minuto, sin moverse, hasta que finalmente los gélidos vientos empezaron a regresar, empujando al equipo de

búsqueda a buscar la calidez de los corredores.

CAPÍTULO III

A solas en la estación médica sesenta a bordo del *Executor,* el droide quirúrgico 2-1BV había finalizado el tratamiento de las últimas heridas producidas por los disparos de blásters en medio de la batalla de Bespin. El poderoso Súper Destructor Estelar estaba alejándose del gigante gaseoso, y poniendo rumbo hacia Coruscant, el sombrío corazón del Imperio, el mundo que constituía el asiento del trono imperial. Bee-vee se volvió hacia la unidad de congelamiento de la pared, en donde se encontraba guardada la mano del rebelde. Sin ninguna otra orden a la que tuviera que dar cumplimiento por el momento, se inclinó sobre la unidad, y la abrió. Extrayendo el cilindro de Bacta, Bee-vee examinó los registros que informaban con respecto a los restos almacenados en su interior. La mano se encontraba perfectamente preservada. Había terminado siendo congelada mientras había permanecido en el pozo del reactor, y el Bacta estaba cumpliendo su labor, manteniendo los tejidos de una manera adecuada. De hecho, Bee-vee pudo darse cuenta clínicamente, de que la mano incluso podría volver a ser implantada sobre el muñón de su dueño original, con tan sólo una pequeña pérdida de su funcionalidad, si es que llegaban a contactar a su propietario. Pero no le cabía la menor duda de que a estas alturas, su propietario ya tendría en su poder una mano protésica. Una mano similar a la de un droide, para ser precisos.

Los foto-receptores de Bee-vee se dirigieron a su propia mano. Era completamente diferente de la mano humana que descansaba en aquel tanque, consistente en tres tenaces garras localizadas al final de un rígido cilindro metálico. Aquella le permitía manipular sofisticados instrumentales quirúrgicos, y curar las heridas en las que incurrían los vulnerables seres orgánicos. Alguna vez, en medio de una asignación anterior, el viejo droide pudo apreciar a dos jóvenes amantes humanos mientras realizaban algunos movimientos serpenteantes al interior de la enfermería. Ambos no se habían percatado de su presencia, ya que se había mantenido inmóvil en medio del equipamiento diagnóstico. Ellos llegaban a realizar un sinfín de cosas con las manos, cosas que Bee-vee sabía que nunca podría realizar. Sus perfilados bordes cortantes jamás podrían acariciar de manera tan delicada una mejilla de consistencia tan

suave, o de retirar el cabello sudado que se dejaba caer sobre una frente calenturienta. Empezó a preguntarse si es que el rebelde a quien había pertenecido esta mano, también hacía tales cosas con una hembra humana. Se preguntó si es que había llegado a sentir una gran cantidad de dolor luego de que ésta le fuera arrancada. El dolor era algo a lo que Bee-vee solía responder clínicamente, pero no era algo que pudiera experimentar por sí mismo. Si un sable de luz le cercenara su mano, él simplemente se enfrentaría a una merma temporal en sus capacidades quirúrgicas. Y de inmediato, su apéndice braquial tendría que ser reemplazado. Como en el caso de la mano del rebelde. Nuevamente, empezó a preguntarse si es que la nueva mano del rebelde, podría sentir la delicada textura del rostro de otra persona.

Sus sensores internos le advirtieron de la aproximación de un nuevo paciente, un capitán que se había roto un tobillo al tropezar dentro de un foso de servicio. Bee-vee volvió a colocar en su lugar el tanque de Bacta, y no consideró necesario dirigirle ningún pensamiento adicional, mientras preparaba su instrumental para acometer la sencilla operación. Un momento después, el *Executor* realizó el salto hacia el hiperespacio.

* * *

El Emperador Palpatine se encontraba en comunión con la Fuerza. Las líneas de probabilidad empezaban a estrecharse frente a él, a medida que dirigía su mente hacia los acontecimientos futuros. Mientras más lejos pretendía visualizar, dichas líneas empezaban a ramificarse, y a hacerse más confusas y parpadeantes, hasta terminar por desvanecerse. El foco de su atención estaba centrado en una línea muy marcada, que conducía a un confuso revoltijo que se asemejaba a una enredada madeja de hilo, que se mantenía cambiando de forma de manera constante. Se trataba del nexus de posibilidades del destino, en medio del cual terminaba encontrándose con Luke Skywalker. Los destinos, tanto el suyo propio como el de Skywalker y el de Lord Vader, se encontraban entrelazados en aquel instante, y se encontraba absolutamente incapaz de alcanzar a visualizar lo que podía llegar a ocurrir,

pasado aquel punto. Por supuesto, sabía que aquel encuentro era inevitable. A Palpatine le parecía distinguir que el camino de Skywalker se entrecruzaba con el de Lord Vader en primer lugar, y luego, que el de ambos se mezclaba con el suyo en medio de aquel nexus de la Fuerza. Pero cuando el Emperador intentaba inmiscuir su nariz en medio de aquel nexus, el terrible resultado era siempre el mismo.

Se trataba del equivalente mental de saltar al interior de un remolino. Rápidamente empezaba a sentirse rendido, indefenso, atrapado en medio de una caótica tormenta conformada por cientos de visiones. Todas ellas se arremolinaban a una enorme velocidad a través del ojo de su mente, dejando tan sólo efímeras impresiones.

Un Skywalker vestido de negro, hacía volar su sable de luz hasta su mano, y con un destellante movimiento, desprendía la ardiente cabeza de Palpatine, desprendiéndola de sus hombros…

Un Skywalker pasivo, no realizaba ningún movimiento para encender su sable de luz, a medida que Vader iba aproximándosele. Vader le estaba diciendo, «Si no piensas luchar, entonces, enfrentarás tu destino». Luke no se resistía, y Vader atravesaba a su hijo de arriba hacia abajo…

Vader y Skywalker, de improviso, abandonaban su fiera confrontación, y marchaban unidos en contra del Emperador, sentado de manera indefensa sobre su trono. Al unísono, ambos traicioneramente, asesinaban a Palpatine…

Vader permanecía muerto, asesinado por el propio Emperador, después de que el Oscuro Señor alentara a Luke para tratar de eliminar al Emperador. En aquel momento, Palpatine estaba lanzando un remolino de rayos de Fuerza también a Skywalker, dejando que el muchacho se retorciera en medio de su agonía, rogando que le permitiera convertirse en su sirviente…

Skywalker estaba sosteniendo su sable de luz apuntado contra la garganta de Vader, con el odio inundando su rostro, con una gran cantidad de poder del Lado Oscuro haciéndose presente a través de él, listo para llevar a cabo el parricidio…

Las variaciones parecían ser infinitas. La mente del Emperador se veía acometida por el nexus de la Fuerza, amenazando con destruirlo allí mismo. Si decidía permanecer más tiempo en medio del mismo, en tan sólo algunos instantes, su sentido de la

conciencia sería impelido en cientos de direcciones al mismo tiempo. Le tomó una mayor cantidad de poder en esta ocasión, más que la última vez, pero Palpatine se las ingenió para liberarse, despertando con una enfermiza sensación de mareo sobre el piso de su cámara de meditación. El miedo y la ira lo atravesaban por completo. Le había resultado imposible el poder discernir la forma de las cosas que estaban por acontecer, pero sabía que le era absolutamente indispensable el llegar a conocerlas. Con mayor razón porque estaba en juego, todo lo que había llegado a consolidar hasta ese momento. Su Imperio. Palpatine apretó los puños, observando despectivamente a las progresivas ruinas en que iba convirtiéndose su carne. No podría continuar realizando aquellas averiguaciones sin llegar a desfallecer. Dudaba de que pudiera rescatar su propia conciencia, una vez más, de en medio de aquel nexus de la Fuerza, para poder asentarla sobre alguno otro de sus clones, dentro del cual podría recuperarse del enorme desgaste que aquellas experiencias habían terminado por provocarle.

De improviso, la señal de una llamada atrajo su atención. Por un instante, se quedó petrificado, presa de una sensación de pánico, Se levantó de manera penosa y dolorosa, y se dirigió a su terminal de comunicaciones.

Logró distinguir que el *Executor* ya estaba de regreso, y que en aquel preciso instante, se encontraba orbitando alrededor de Coruscant. Vader deseaba sostener una audiencia con su persona.

Vader.

En su interior, la ira del Emperador se vio atizada de una de manera aun mucho más sombría. Sí. Decidió que recibiría a Lord Vader. Y escucharía lo que el traidor tendría para decir con respecto a su reciente comportamiento.

CAPÍTULO IV

Sentado sobre su trono, aguardando la llegada de Vader, el Emperador sabía que finalmente había llegado el día en que se estaba arrepintiendo de haberlo instituido como «Lord Vader». En el momento en que Anakin Skywalker se había vuelto hacia el Lado Oscuro, hacía ya tanto tiempo, aquello le había parecido bien. Palpatine había considerado que podría tratarse de un Aprendiz de Sith extremadamente poderoso, después de una seguidilla de fracasos como el de Darth Maul. Pero justo en el momento en que Anakin había empezado a descubrir todo el enorme potencial de su poder, de manera ingenua se había enfrentado con su viejo Maestro, Kenobi, y había terminado siendo herido de manera tan severa, que la única manera de poder mantenerlo con vida, había sido convirtiéndolo en un cyborg. Bajo las órdenes del Emperador, sus extremidades habían sido reemplazadas, aumentando su estatura de manera considerable. Ahora se encontraba encasillado dentro de una armadura provista de un sistema de soporte vital, que compensaba la pérdida de sus pulmones. Los adeptos del Lado Oscuro de Palpatine, habían asumido el cuidado de Anakin, ayudándolo a recuperarse y a adaptarse a su nuevo organismo. Ellos habían creado una máscara aterradora que se asemejaba al casco de guerra de un legendario héroe de los Sith. A Anakin le fue otorgado un nuevo nombre, de acuerdo a la tradición de los Sith, Darth Vader, y fue encumbrado por encima de todos los adeptos de Palpatine, como el Oscuro Señor del Sith. Bajo el mando del Emperador, empleó sus poderes para dar caza a los Jedi. Los Jedi no constituían una presa fácil, pero eventualmente, todos ellos fueron destruidos. Después de llevar a cabo su tarea principal, Vader se había convertido en el sirviente del Emperador, encargándose de mantener el orden dentro del nuevo Imperio. En ese momento había sido cuando empezaron los problemas de Palpatine.

Vader alguna vez había sido un Skywalker, y demasiado de los rasgos de su linaje, permanecían vivos dentro de él. Una fiera individualidad, cierta propensión a la ira, una inconsciente temeridad, y un gran poderío en la Fuerza… todo ello combinado para hacer de él un sirviente de incuestionable valor, pero quizás

con demasiado poder.

Palpatine había empleado a Vader como su agente más destacado. Eventualmente, Vader se había convertido en el símbolo más visible del Imperio. Su máscara, su estatura, y sus poderes, desplegaban una imagen que infundía el miedo en la mayoría de las personas. Todos terminaban por obedecerlo, y de esa manera indirecta, terminaban por obedecer a Palpatine. Ellos no le temían a su Emperador, aunque en realidad, ciertamente deberían hacerlo. En Vader, el Emperador tenía un instrumento a través del cual podía proyectar algo de su verdadero ser, al mismo tiempo que podía retener una imagen de relativa benevolencia para sí mismo.

Además, Palpatine tenía que admitirlo, era bastante satisfactorio retener al lado suyo, a un símbolo viviente de su victoria sobre los Jedi. Anakin había sido uno de los más brillantes y mejores Jedi, y ahora aquí se encontraba él, retorcido y corrompido, con hasta la más pequeña traza de bondad erradicada de su persona. Como Vader, era poderoso en la Fuerza, pero se arrodillaba ante la presencia de Palpatine, degradándose a sí mismo y arrastrándose para disgusto de su Maestro… recibiendo su único sustento, a partir de los elogios de su Amo. Aun así, todo aquello era mejor que tener a su lado a un Jedi muerto, de lejos, muchísimo mejor.

Hacía tan sólo algunos pocos años antes, el Emperador había logrado apreciar los primeros signos de que no todo estaba yendo demasiado bien con Vader. En el momento en que Vader se re-encontró y asesinó a su viejo profesor, también había descubierto que había tenido un hijo, ya mayor, debido al cual, sus importantes y enterradas conexiones con el pasado, habían empezado a revolverse dentro de él. Todo había empezado a empeorar cuando a Vader se le entregó el mando de la Flota, y él la había empleado para satisfacer su obsesión de encontrar a su hijo. En aquel momento, Palpatine había tenido que tragarse sus dudas, y quizás, ése había sido su gran error. Ya que, para el momento en que Vader finalmente había logrado enfrentarse a su hijo, sus verdaderas intenciones habían aflorado por completo.

El Emperador había estado de acuerdo en intentar corromper a Luke Skywalker, y Vader había estado de acuerdo en ser quien se encargara de ello, o en caso de no conseguirlo, de eliminar al muchacho. Vader le había tendido una complicada trampa,

colocando a los amigos de Luke en peligro, sabiendo que el muchacho podría percibir su dolor, y vendría a rescatarlos. Todo había marchado a la perfección, y antes de que pasara mucho tiempo, el muchacho, repleto de bravatas, se había enfrentado a su padre con un sable de luz encendido. Y de la misma forma en que lo había hecho tantas veces con anterioridad, Palpatine había empleado la Fuerza para observar a su sirviente. Se encontraba predispuesto a evaluar la valía del muchacho, el cual de manera inexplicable, mantenía una presencia tan importante en su propio destino. A medida que empezaba a desarrollarse el enfrentamiento, Vader evaluaba las capacidades del muchacho, instándolo a extraer su poder de las profundidades del Lado Oscuro, alentando las emociones que terminarían por dejarlo sometido a su influencia. El muchacho ofrecía resistencia, pero para el momento en que entendiera que todo aquello iba más allá de su limitada comprensión, entonces sería demasiado tarde para él. Aquella fiera determinación propia de los Skywalker, lo mantenía en la lucha, aunque por mucho, Vader era completamente superior a él. Palpatine había tenido la certeza de que Vader se vería forzado a matar al muchacho. El Oscuro Señor se había abierto camino a través de las defensas de Luke, y le había cercenado su mano derecha. Había acorralado a Luke, sin dejarle mayores opciones que convertirse al Lado Oscuro, o morir. Entonces había llegado el momento que Palpatine todavía recordaba con consternación y rabia. El momento de la traición.

No hay escape, le había dicho Vader a Luke, *No me obligues a destruirte. Tú todavía no llegas a comprender tu propia importancia. Tan sólo tienes que empezar a descubrir tu propio poder. Únete a mí, y yo completaré tu entrenamiento. Con nuestras fuerzas combinadas, podremos detener este destructivo conflicto, y traeremos el orden a la galaxia.*

¡Perfidia! ¡Sus fuerzas combinadas! ¡Por el Lado Oscuro, aquello nunca llegaría a ocurrir! ¡Vader le pertenecía a él! ¡Skywalker era suyo! Aquello nunca sucedería. Porque a la perfidia, le había seguido la traición. Vader había revelado su identidad, y aunque el muchacho había reaccionado con una angustiante falta de credibilidad, Palpatine había notado la sensación de que aquella declaración, había tocado una fibra muy profunda en el interior de

Skywalker. Vader también lo había sentido.

Busca en el interior de tus sentimientos. Sabes que se volverá realidad. Luke. Tú puedes destruir al Emperador. Él ha podido anticiparlo. Es tu destino. Únete a mí, y juntos dominaremos la galaxia como padre e hijo.

Recordando aquellas palabras, Palpatine empezó a estremecerse producto de la ira. En verdad, sus propias visiones de la amenaza que representaba Skywalker para sí mismo, habían abierto los ojos de Vader con respecto a las posibilidades de la vulnerabilidad de Palpatine. En aquel momento, con seguridad Vader estaba haciendo planes para que fueran dos Sith quienes asumieran el poder, como lo había sido antes —él y su hijo—, llegando a cumplimentar su destino de la forma en que lo había previsto.

Pero había mucho de la noción del «destino» que Vader no terminaba de comprender por completo. Llegaría a aprender que el codiciar el poder de Palpatine, era sinónimo de enfrentar la muerte. Desde el mismo momento en que se había producido aquella traición, el Emperador había empezado a complotar para conseguir la destrucción de Darth Vader. Su plan tenía una gran simetría en sí mismo. Se encargaría de moldear los eventos de tal forma, que uno de los Skywalker se encargase de matar al otro, y en el mismo acto, se convirtiese al Lado Oscuro, y lo reemplazase al lado de Palpatine. Emplearía la mayor de las esperanzas de Vader como el propio instrumento de su muerte, y corrompería al hijo de la misma manera en que había corrompido al padre. Era el destino perfecto para ambos.

Excepto porque ya nada parecía ser de una certeza completa. El muchacho era poderoso, y él había hecho que su sirviente fuera poderoso. Se trataba de una opción arriesgada. Después de largas décadas de haber permanecido por encima del riesgo, dicha sensación no le agradaba en absoluto al Emperador.

Las puertas del gran Salón del Trono quedaron abiertas, y Vader ingresó dando grandes zancadas, siendo precedido por Sate Pestage, y estando flanqueado por seis guardias imperiales; y seguido en medio de una multitud de seres allí congregados, por un droide. Vader completó el largo recorrido hacia el trono, y se arrodilló a los pies del Emperador. Se trataba de una audiencia ceremonial, y Pestage se encontraba ataviado con todas las galas

correspondientes. Pestage anunció formalmente la presencia de Lord Darth Vader, e hizo patente su requerimiento de entregar su informe a Su Majestad, el Emperador. Palpatine había dispuesto aquel encuentro formal para recordarle a Vader su lugar, y además, para ayudarle a enmascarar la ira que empezaba a sentir hacia su sirviente. No le permitiría a Vader conocer la forma en que se sentía, antes de desplegar su venganza. Aun así, Palpatine aguardó casi un minuto completo antes de admitir a Vader con un gélido sondeo.

—Levántese, Lord Vader, y entregue su reporte con respecto a los eventos suscitados en Bespin.

Vader se incorporó. Si se sentía intimidado por la ceremonia que estaba siendo llevada a cabo, no llegó a demostrarlo. En lugar de ello, parecía sentirse cómodo en medio de ella. Le extendió un datapad a Sate Pestage.

—Su Majestad —entonó Vader—, he confrontado y luchado con el joven rebelde iniciado en la Fuerza, Luke Skywalker. Encontré que se trataba de un adversario formidable, pero sus habilidades no han llegado a ser desarrolladas por completo. Sus habilidades físicas han sido mejoradas, así como su poder de levantar objetos, e incluso una razonable habilidad con el sable de luz, pero casi ninguna otra cosa más. El éxito que tuvo para lograr evadirme, fue debido a alguna clase de talento en bruto, tal vez innato en él, así como a una muy considerable buena fortuna. Resistió mis intentos por convertirlo hacia el Lado Oscuro. Kenobi debe haberlo preparado para ello antes de morir. En los últimos instantes, el combate fue de un solo lado, y cuando fue presionado hasta el final, prefirió enfrentar la muerte. Sus compañeros del *Millennium Falcon* tuvieron que rescatarlo, y su paradero actual es desconocido. Estoy en disposición de re-iniciar mi búsqueda, pero primero debo entregarle algo que he traído para usted, Majestad. Durante el combate, Skywalker perdió su mano derecha, pero he logrado recuperarla para usted. La Fuerza me hizo percibir una sensación de la importancia que tenía.

Hizo ondear una mano envuelta en su negro guante, y el androide médico Bee-vee, dio un paso al frente con el tanque de bacta.

Palpatine había permanecido en estado de ebullición mientras

continuaba escuchándolo, con su ira volviéndose cada vez más intensa, mientras Vader presentaba un reporte en el que deliberadamente hacía caso omiso de su traición. Se sentía tentado de acusar a Vader con respecto al tema, pero tenía la sensación de que Vader se limitaría a negarlo. Había proferido algunas mentiras con respecto al potencial de Luke Skywalker en la Fuerza; Palpatine sabía que era bastante elevado. Seguramente también mentiría para salvar su propia existencia de una condena a muerte por traición. Pero en el momento en que Palpatine logró ver la mano, su ira terminó por evaporarse. Verdaderamente, aquí había una oportunidad —una que podría predecirle el futuro de una manera segura—. Sin quererlo, el Emperador no logró disimular una sonrisa.

—Bien hecho, Lord Vader. ¡Esa mano, en verdad, nos será de una gran utilidad! Pero ahora, deseo que haga una pausa en su búsqueda del joven Skywalker. Sus nuevas órdenes son las de re-organizar todo lo que queda de la Flota, y desplegarla tan pronto como sea posible alrededor de la nueva Estrella de la Muerte, en Endor —intencionalmente, bajó el tono de su voz, para que sólo pudiera ser oído por quienes estuvieran muy cerca—. Allí, se encargará de supervisar las etapas finales de su construcción. Moff Jerjerrod debe ser alentado a completar la estación de combate en los plazos previstos. Después de culminada, el súper-láser debe estar listo para cuando yo arribe a la estación. Puede retirarse, y haga cumplir mi voluntad.

Vader se inclinó profundamente, y abandonó la habitación. El Emperador pudo percibir la frustración que habían provocado sus órdenes en su sirviente. Bee-vee permaneció en el mismo lugar, sosteniendo el tanque. El droide se veía intimidado por todo lo que estaba aconteciendo a su alrededor. Palpatine se volvió hacia Sate Pestage.

—Convoca al Condestable de los Homunculi y a Ars Dangor de inmediato. Haz que este droide sea devuelto a la nave de mando, y lleven la mano a la cámara de clonación. Estaré esperándolos en el Salón de Conferencias.

Dicho eso, Palpatine abandonó la habitación, apoyándose en su retorcido bastón.

A Bee-vee le fue retirado el tanque que contenía la mano,

mientras era escoltado a la salida del Salón del Trono, y se notaba que estaba feliz de no ser un droide de protocolo. Había muchas cosas acerca de las interacciones humanas, que lo dejaban perplejo por completo.

CAPÍTULO V

El Emperador hizo un gesto para que Rollo Mon tomara asiento en la larga mesa en la que él, Ars Dangor, y Sate Pestage se encontraban reunidos. Rollo Mon se inclinó educadamente frente a los otros hombres que se encontraban sentados a la mesa. Él raramente había entrado en contacto con ellos, ya que solía ser un individuo solitario que habitualmente se encontraba recluido y ensimismado en su trabajo.

Sate Pestage era un hombre delgado como un palo, quien soportaba el peso de sus incontables años con una notable resistencia. Estaba vestido con una amplia sotana, la cual relucía con las raras gemas de su planeta natal, Naboo, y parecía encontrarse completamente perdido en medio del llamativo atuendo. Su apariencia saludable, contrastaba con su agrietado rostro, el cual llevaba la marca de un marcado ascetismo en sus erosionados rasgos. Parecía sentirse completamente en paz.

Ars Dangor, el consejero del Emperador, se veía casi como si fuera una imagen en espejo de Palpatine. A diferencia de la mayoría de consejeros, Dangor había elegido vestirse de la misma manera en que lo hacía el propio Emperador; impecables túnicas de color negro, junto con una profunda capucha. En aquel momento, Dangor mantenía aquella capucha retraída, y sus ojos ampliamente separados, le daban a su iracunda mirada, un aspecto desconcertante. Mantenía una expresión lasciva sobre sus delgados labios, y tenía una creciente reputación de crueldad. En tanto que Pestage se encargaba de lidiar con los asuntos personales de Palpatine, y actuaba como un intermediario en sus comunicaciones, Dangor estaba encargado de las declaraciones oficiales, y recorría el Imperio día tras día. Dangor se encargaba de las «pequeñas perspectivas», mientras que Palpatine se encargaba del «panorama completo»; y Pestage se hacía cargo de Palpatine.

El mismo Rollo Mon era un hombre de estatura baja, quien compensaba su poca altura con un casi absurdo ornamento cefálico que hacía que su estatura casi se duplicara. Sonreía nerviosamente mostrando su irregular dentadura, y tomó asiento de manera abrupta, desprovisto por completo de cualquier noción con respecto a los modales que debían demostrarse en sociedad.

Cuando todos se encontraron sentados, Palpatine se incorporó. Se veía como un hombre bastante acabado, y Rollo Mon conocía muy bien cuál era la razón. Pero los ojos del Emperador brillaban con entusiasmo, mientras empezaba a explicar las razones de aquel encuentro.

—Amigos míos, sean bienvenidos. Lord Vader nos ha traído los medios para poder clonar a nuestro elusivo enemigo, Luke Skywalker. La Fuerza me ha mostrado que pronto deberé confrontarlo, pero el resultado persiste en ser poco claro. Estoy seguro de que ustedes sabrán apreciar la necesidad de obtener mayor información…

Los otros tres hombres murmuraron su conformidad. Dangor no pudo evitar demostrar cierta agitación con la sola mención del nombre de Skywalker, y Rollo Mon se inclinó hacia adelante producto de su excitación, complacido con la perspectiva de un nuevo desafío. Contemplando a Rollo Mon, el Emperador decidió continuar:

—Deseo clonar a Skywalker, y medirme contra él, para averiguar qué será lo más probable que podría ocurrir cuando se presente frente a mí. Necesito disponer de esos clones muy pronto. ¿Puede hacerse?

El Condestable se encontraba en su elemento.

—Sí, Su Majestad. Si no se requiere que los clones permanezcan estables por mucho tiempo, el plazo estándar de crecimiento de un año, puede ser acortado a unos dos meses. Los clones permanecerían sanos el tiempo suficiente como para que usted pueda confrontarlos. Por supuesto, ellos realmente no serán como aquel sujeto, Skywalker, pero podríamos hacerlo bastante mejor de lo que se logró con los clones de Bevel Lemelisk[3]. Nos haremos cargo de implantarles unos falsos recuerdos muy detallados, si es que esperamos que puedan comportarse de un modo bastante auténtico. Los recientes avances en el acondicionamiento de la memoria, nos permiten que se pueda llevar a cabo la implantación de experiencias coherentes, mientras el clon todavía se encuentra en la fase terciaria de su desarrollo, de tal manera que la identidad del producto obtenido, quede completamente establecida. Los márgenes de error, dependen de la calidad de la información que insertemos en el sujeto.

Rollo Mon se dio cuenta de que había abandonado su sitio, y que estaba yendo y viniendo por toda la habitación. Sintiéndose avergonzado, volvió a tomar asiento, y concluyó calmadamente.

—¿De qué clase de información podríamos disponer?

El Emperador se volvió hacia Ars Dangor, quien sostenía entre sus manos un datapad. Después de un instante, comenzó a explicar:

—Aquí tenemos los reportes de la ISB[4] con respecto a Luke Skywalker, recolectados desde la Batalla de Yavin hasta la actualidad. Nuestros agentes han estado bastante ocupados, y podemos disponer de muchas clases de informes en este preciso instante. Pero el esbozo básico de todo lo que sabemos, puede ser resumido como sigue…

Dangor activó un proyector holográfico por encima de la mesa. La identi-imagen de Luke Skywalker, un granjero de humedad procedente del mundo localizado en el Borde Exterior, Tatooine, destelló mientras hacía su aparición frente a sus ojos.

—El individuo creció en Tatooine, bajo el cuidado de Owen y Beru Lars. Los registros son bastante escuetos en mundos como ése, pero estamos bastante seguros de que ambos no estaban muy emparentados con él. Es muy probable que el viejo Jedi, Obi-Wan Kenobi, también estuviera escondido en Tatooine, y que fuera él quien ayudase a criar a Skywalker. Kenobi debe haber instruido al muchacho en los caminos de la Fuerza. Skywalker no es un apellido común en los territorios del Borde Exterior, y se cree que su progenitor real haya sido el afamado Anakin Skywalker, quien también era originario de Tatooine. Ya que Kenobi y Anakin eran amigos íntimos, es fácil imaginar a Anakin entregando a Luke al cuidado de Kenobi, justo antes de su muerte, hace unos veinte años. Debido a ello, el sujeto habría tenido una habilidad innata en la Fuerza, la cual pudo haber sido alimentada a lo largo de los años por Kenobi.

Dangor se quedó contemplando a Palpatine, cuya expresión era indescifrable. Sospechaba que el Emperador ya tenía conocimiento de bastantes más cosas acerca de Skywalker, de lo que jamás podría averiguar la ISB.

—Poco tiempo antes de la Batalla de Yavin —continuó Dangor —, ocurrieron dos eventos que pudieron haber dejado una profunda huella en la personalidad y en las motivaciones del individuo.

Primero, el equipo de búsqueda de Lord Vader, asesinó a la familia de los Lars. Segundo, Vader mató a Kenobi justo en frente de Skywalker. Por ello, probablemente el sujeto se encuentre motivado por sus ansias de venganza, especialmente si tomamos en cuenta de que existe un reporte no verificado de que un amigo de la infancia del individuo, Biggs Darklighter, fue muerto durante la Batalla de Yavin. Al terminar la batalla, Skywalker se convirtió en un héroe para la Rebelión. Su proeza al destruir la Estrella de la Muerte, probablemente le haya proporcionado una exagerada percepción de sus propias habilidades. El deceso del Jedi, Kenobi, dejó al sujeto sin su mentor, así que es probable que sus habilidades no hayan mejorado de manera sustancial desde ese momento. Es bien conocido que Lord Vader tiene una obsesión por capturar a Skywalker, probablemente para vengar su derrota en la Estrella de la Muerte. Lord Vader tenía la convicción de que Skywalker se encontraba en Hoth, pero su paradero no pudo ser confirmado hasta varios meses más tarde, cuando el Oscuro Señor se enfrentó con él, en la Ciudad de las Nubes. El individuo logró escapar, y permanece en libertad. Su existencia se percibe como una significativa amenaza, debido a sus habilidades en la Fuerza, y a sus probables ansias de venganza. Personalmente, creo que su importancia es exagerada. Con todo el debido respeto, Su Majestad, su persona y Lord Vader han logrado eliminar a diversos Maestros Jedi en tiempos pasados. ¿Por qué este joven muchacho merecería tanta atención por parte de ustedes?

El ceño del Emperador era como el borde cortante de un cuchillo.

—Sé que representa una amenaza, Ars Dangor. Tú no sabes nada acerca de los designios de la Fuerza. Los acontecimientos se encuentran en movimiento, porque así han sido predestinados. Cuando la Fuerza se encuentra involucrada, el propio poderío de cualquier hombre es como si no fuera nada. Cuando yo me enfrente a Skywalker, él ya se habrá convertido en un Jedi. En tanto que la Fuerza esté con él, no deberá ser subestimado.

Dangor se puso de pie, y se inclinó.

—Su Majestad, le ruego su perdón. No ha sido mi intención el cuestionar su discernimiento.

—Concedido —Palpatine se volvió hacia Sate Pestage—. Lord

Vader tomará parte en la confrontación final con Skywalker, pero no deseo involucrarlo en este asunto que nos ocupa. Usted deberá reclutar un actor que desempeñará su papel. Deberá vestirlo de manera convincente, y preparar el Salón del Trono para los encuentros. Sólo se necesita que un único guardia esté presente. El clon y el actor deberán estar armados con unos sables de luz especialmente modificados, que yo les proveeré.

Palpatine hizo una pausa, y luego miró a Dangor.

—Deje esos reportes con el Condestable. Seguramente, él les encontrará una mayor utilidad. La verdadera confrontación ocurrirá en la nueva Estrella de la Muerte, con la cual destruiremos a la maldita Flota Rebelde, y a sus aliados Mon Calamari de una vez por todas. Quiero que me den la certeza de que el Salón del Trono se encontrará terminado en su totalidad en aquel lugar, y asegúrense de que la vista de toda el área de la batalla, permanecerá sin obstáculos. Para montar la trampa por completo, se permitirá que cierta información con respecto a un gran proyecto de construcción imperial, sea entregada a los rebeldes. Los planos de la Estrella de la Muerte, serán copiados y transferidos desde nuestras bóvedas de seguridad del Servicio de Inteligencia Imperial en Bothawui, por medio de un carguero aparentemente indefenso. Los rebeldes terminarán por apoderarse del carguero, y deberán pagar un precio convincente por capturar los planos. También se sembrará algo de información con respecto al generador del escudo, y a mi propia presencia en la estación de batalla, y al cabo de un mes, ésta será «descubierta» por una célula rebelde que hemos logrado identificar en Aargau. En el momento actual, Lord Vader se encuentra reuniendo una enorme Flota en secreto, en Endor. Los rebeldes no sospechan nada. La trampa se cerrará alrededor de ellos, y se les hará comprender que el cebo es más grande de lo que podrían intentar morder. Y entonces, la Alianza habrá dejado de existir.

Palpatine dejó escapar una pequeña risita.

—Por el momento, eso es todo. Pueden retirarse.

Dangor y Pestage se incorporaron, y se retiraron en fila de la habitación, dejando tras ellos el datapad. Palpatine le hizo a Rollo Mon, una señal para que se quedara. Cuando se encontraron a solas, Palpatine se inclinó, acercándose al diminuto Condestable de los Homunculi, en cuyas manos había confiado su vida muchas veces

en el pasado, y se limitó a susurrarle:

—Hay algunas otras pocas cosas que deberás añadir a los recuerdos de los clones, y que debo contarte…

CAPÍTULO VI

Reunir la Flota, aunque fuera de manera secreta, no era un trabajo que le acomodase demasiado bien al Oscuro Señor del Sith. Era más propio el delegar tales funciones al Almirante Piett, y eso era exactamente lo que un irritado Lord Vader había hecho. En aquel momento, se encontraba a solas en su cámara de meditación, con sus oscuros hemisferios manteniéndose juntos como si se tratase de las caparazones de un bivalvo calamariano de las profundidades. Con la cámara sellada, y con la presión atmosférica en un nivel bajo, Vader podía respirar incluso sin necesidad de su máscara. A él le agradaba deshacerse de ella de cuando en cuando, para liberarse de su confinamiento.

La máscara estaba siendo sostenida por un brazo robótico por encima de su cabeza, cuya piel revelaba un color blanquecino pastoso, tras décadas de permanecer oculta. La profunda cicatriz de una quemadura recorría hacia abajo la parte posterior de su cráneo, en recuerdo de su violento encuentro con Kenobi, antes de que su máscara hubiese sido diseñada. No existían espejos al interior de la cámara.

Vader se encontraba absorto estudiando su viejo sable de luz. Se sentía muy extraño el sostenerlo nuevamente, después de tanto tiempo. Había tenido la idea de que Kenobi lo había rescatado, se lo había llevado consigo, y se lo había entregado a Luke. Pero, ¿por qué razón? Era una vieja costumbre de los Jedi, el hacer que un aspirante a Jedi construyese su propio sable de luz. ¿Por qué Luke no lo había hecho de esa manera? Ahora, estaba de regreso en sus enguantadas manos. Qué camino tan extraño había llegado a recorrer.

Acarició el arma, recordando la forma en que la había construido. Su celda de energía y su empuñadura estaba hecha de una sola pieza, sobre la cual estaba colocado un interruptor de activación. Por encima del arma, se encontraban los controles, los que le permitían ajustar la longitud y la intensidad de la hoja. La matriz de emisión, estaba medio cubierta por un gracioso arco de metal, el cual albergaba el interruptor de acceso interno. Las manos de Vader se detuvieron al llegar hasta allí. Algo no concordaba con sus recuerdos —el interruptor se encontraba en un lugar más

elevado de lo que podía recordar—. ¿Habría sido curvado, o habría alguna cosa por debajo que impidiese su cierre adecuado? Con un giro delicado, empleó el interruptor para desenganchar la diminuta placa circular de acceso, y observó en su interior. Logró detectarlo de inmediato. Un diminuto chip de grabación, había sido fijado a la parte posterior de la matriz de emisión.

Vader se encontraba desconcertado. Extrajo una delicada pinza de un contenedor cercano, y lo empleó para retirar el chip imantado. Hizo girar su asiento para mirar en dirección hacia sus pantallas visoras, y colocó el chip en una lectora. Se trataba de un chip bastante viejo, de diseño descatalogado, pero la lectora todavía resultaba capaz de poder revisar su contenido. Decidió aguardar el resultado. Después de un largo intervalo que se prolongó por algunos momentos, la pantalla parpadeó volviendo a la vida, y Vader se encontró a sí mismo mirando el rostro de Obi-Wan Kenobi, un rostro unos veinte años más joven que el viejo hombre al que había asesinado a bordo de la Estrella de la Muerte. Aquello constituyó una sorpresa por sí misma, pero no se podía comparar con la conmoción que lo atravesó cuando escuchó hablar a la imagen.

—Anakin…, —le estaba diciendo.

* * *

Dos décadas antes, Obi-Wan Kenobi se encontraba solo a bordo de su nave estelar, saliendo apresuradamente de la órbita de Mustafar[5], huyendo de las ruinas que habían quedado de su más grande amistad. Su cuerpo se encontraba golpeado, y tenía el corazón roto. Sentía dolor en todas las heridas que había recibido, producto de su angustioso escape de los adeptos del Lado Oscuro. Kenobi apenas se sentía capaz de completar el cálculo de las coordenadas necesarias para realizar el salto al hiperespacio, el cual terminaría de apartarlo para siempre, de aquel demoníaco mundo que había significado una gran pérdida para él. El espacio por fuera de su ventanal delantero, se encontraba repleto de líneas estelares, pero Kenobi no lograba distinguirlas. De manera desesperada, estaba tratando de entrar en comunión con la Fuerza, buscando

alivio para su dolor. Gradualmente, empezó a sentirse uno con el grandioso campo de energía que mantenía unida a toda la galaxia. Ya no se encontraba solo, y a cambio, estaba en contacto con toda la vida que se hallaba desperdigada a su alrededor. Sentía dolor, pero éste ahora, estaba siendo compartido. Además, estaba recibiendo una dosis de sanación. La aflicción de Kenobi se hizo tolerable, y logró sumirse en sus capacidades de meditación. Su recortada barba de color marrón, enmarcaba unos labios que dejaban apreciar una enigmática semi-sonrisa. La Fuerza todavía se encontraba con él, y en aquel momento, estaba mostrándole algo.

En medio de su trance, logró ver una figura envuelta en una negra armadura, con un espantoso y pálido rostro, que alcanzó a reconocer a pesar de su devastada condición. Se trataba de Anakin, quien estaba sosteniendo lo que Kenobi adivinaba, era el mismo sable de luz que él había rescatado de su campo de batalla en Mustafar. La Fuerza le estaba susurrando —lo que parecía ser—, aquello que tendría que hacer, y su importancia. Todavía en medio del trance, consiguió asentir. Un minuto después, salió delicadamente del estado de meditación, y se incorporó para dirigirse a su grabadora de mensajes. Sintió que una parte del peso que agobiaba sus hombros, empezaba a disiparse, y supo que los eventos del día transcurrido, realmente llegarían a una buena conclusión, solamente que sería en el lejano día que había percibido en medio de su visión. No tenía ninguna garantía de que lo que había llegado a ver, terminaría por suceder, o de que algo saldría a flote a partir de ello, pero aun así, sabía que tendría que intentarlo. Entendiendo que debía recomponer su voz y su actitud, contempló la grabadora, y la encendió.

—Anakin —le dijo—, si es que estás escuchando esto, entonces lo que logré apreciar en mi visión, ha llegado a suceder, y tú todavía te encuentras vivo, pero bajo la sujeción del Lado Oscuro. No logro decidir si es que yo debiera mantener la esperanza de que estuvieras con vida o no… yo abandoné tu cuerpo en Mustafar, trágicamente calcinado. Me pregunto si es que lograste sobrevivir.

Se produjo una pausa, que pareció ser incómoda para su antiguo Maestro.

—Pero si todavía estás con vida… amigo mío —la voz de Kenobi se quebrantó—. Quiero pedirte perdón… por todo. Cuando eras mi

aprendiz, pude apreciar tu ira frente a lo que le estaba sucediendo a la República. Pero decidí ignorarla. Pensé que podrías ser capaz de controlar tus sentimientos, y de trabajar para salvar lo que quedaba, y poder ser valioso. Yo confiaba en las enseñanzas que te había impartido. Pero no logré ver lo que estaba ocurriendo, hasta que fue muy tarde. Caíste bajo la influencia de Palpatine, y en lugar de luchar para salvar la República, abrazaste lo que él deseaba implantar en su lugar.

Se produjo una descarga de estática, antes de que se reiniciaran las palabras.

—Oh Anakin, Palpatine seguramente te mostró demasiado poder —más del que jamás hayas sabido que pudiera existir—. El poder para imponer el orden en una sociedad caótica y corrompida. Se trataba del poder del Lado Oscuro de la Fuerza, y terminó por seducirte. Como tu Maestro, debería haberte ayudado a enfrentarte al Lado Oscuro durante tu entrenamiento —ayudar a que pudieras rehusarte frente a él—. Te fallé en esa obligación, y Palpatine fue el primero en mostrártelo. Palpatine es mucho más de lo que parece. A medida que va ganando más y más poder, también crece mi temor por la galaxia. Cuando vi lo que había hecho contigo, decidí confrontarte, y tratar de hacer que volvieras. Cuando finalmente abandonaste la presencia de Palpatine, y concurriste a Mustafar, elegí seguirte. No sabía la razón por la que estabas viniendo a este lugar, y sólo vi mi oportunidad para tratar de llegar hasta ti.

—Desde el momento en que te vi, esperando por mí en ese risco cerca a los fosos, con la ira dominando tu corazón, comprendí que habías sabido que estaba siguiéndote todo el tiempo. Me sentí conmocionado por la forma en que habías cambiado, y cuán lejos habías llegado. No escuchabas mis apelaciones a nuestra amistad, o a mis ruegos para que recordaras a Padme, tu esposa, quien todavía te amaba, a pesar de todo. Nada consiguió conmoverte. Creo que Palpatine te había prevenido en contra mía, diciéndote que iba a intentar despojarte de tu poder, de tal manera que tan sólo querías luchar conmigo, y deshacerte de mí.

Kenobi agachó la cabeza con tristeza. Todo estaba tan fresco, que aún seguía siendo una herida abierta en su alma.

—Te enseñé todo lo que sabes acerca del combate con sables de luz. No podías haber ganado. Yo… no deseaba lastimarte… pero tú

atacaste con tal ferocidad, que no me dejaste opción. Anakin, para salvar mi propia vida, tuve que derribarte. Fue la cosa más difícil que jamás haya hecho. Te vi caer del risco, hacia el foso… hubiese deseado correr tras de ti, tratar de ayudarte, pero en aquel momento, sentí un devastador ataque por medio de la Fuerza —el rostro de Kenobi estaba inundado de lamentaciones—. Demasiado tarde, comprendí la razón por la que habías venido a Mustafar, y lo tonto que había sido yo al seguirte. Trastabillé sobre el Monasterio Perdido de los Sith. Palpatine conocía su localización, y te había enviado hasta allí para que estudiaras sus viejas creencias. Con seguridad, también tenía a algunos ocultos adeptos del Lado Oscuro viviendo allí, y supe que no podría enfrentarme con todos ellos estando solo. Tuve que huir. Casi no logré escapar con vida; tuve que emplear todo el poder del que podía disponer. Quizás ellos te hayan salvado… si no hubiese sido atacado, habría intentado salvarte.

De manera ferviente, se inclinó hacia la grabadora.

—Anakin, escúchame. Si todavía estás con vida, aun no es demasiado tarde. Palpatine te otorgó tu poder, pero también él te ha arrebatado mucho más. Cosas de un valor infinitamente mayor. Tus amigos, tu esposa, todo lo que es bueno y apreciable en la vida de un hombre, y que hace que valga la pena vivirla. Deja atrás tu odio. El Lado Oscuro tan sólo consigue destruir todo lo que toca. Debes darle la espalda.

El suspiro de Kenobi fue bastante profundo.

—¿Qué es lo que estoy haciendo? Probablemente, todo esto no sirva de nada. Si el Lado Oscuro se ha apoderado de ti, entonces el hombre que solía ser mi amigo, se encuentra muerto. Debo enfrentar esa realidad. No voy a olvidarte nunca. Anakin, siempre voy a extrañarte… adiós.

Incapaz de soportar más, Kenobi golpeó el interruptor de encendido. De manera delicada, extrajo el chip que había sido grabado. Se quedó contemplándolo por un largo momento. En ese instante, sintió un gran arrepentimiento de que su viejo Maestro, Qui-Gon, alguna vez se hubiera referido a Anakin como el «elegido», y que en alguna ocasión, se hubiera empecinado en liberarlo de su condición de esclavitud, en el mundo de Tatooine. Después de ello, tomó el sable de luz de su amigo, y finalmente se

permitió que lo inundaran las ganas de llorar, como de hecho, terminó haciendo.

CAPÍTULO VII

Darth Vader se encontraba sentado de manera rígida, mientras la pantalla se ponía en blanco, una vez que el mensaje hubo finalizado. Se quedó contemplando la vidriosa superficie, sintiéndose perturbado frente a ella sin tener clara la razón de ello, hasta que comprendió con un parpadeo, que estaba observando su propio rostro, reflejado de manera vaga sobre la transparente superficie. Se dio vuelta, sintiéndose profundamente incómodo por la visión. Sus pensamientos se arremolinaban en su interior, y sin darse cuenta, aferró fuertemente el sable de luz que tenía entre sus enguantados puños.

Sin llegar a comprender la causa, a Vader lo asaltó un claro y fuerte recuerdo de su hijo lanzándose hacia su propia muerte, prefiriendo aceptarla, antes de escoger unirse a él. Se encontraba desbordado por sentimientos que no podía describir.

De manera precipitada, Vader, presionó las teclas de control que se encontraban cerca de él, y su negra máscara y su casco, descendieron sobre su atribulado rostro, sellando nuevamente su armadura en medio de un siseo. En aquel momento, sólo existía la angulada máscara respiratoria, un rostro de hierro que nunca mostraba debilidad de ninguna clase. Sintiéndose seguro tras su fortaleza, Vader empezó a sentirse mejor. Se dijo a sí mismo que no existían conflictos en su interior, al tiempo que tomaba el chip entre sus mecánicos dedos enguantados de color negro, y lo destrozaba en mil pedazos, los cuales cayeron brillando sobre las metálicas placas que tapizaban la cubierta.

* * *

Dos meses y medio más tarde, el Emperador Palpatine se encontraba sentado en su Salón del Trono de Coruscant, aguardando a que ingresase el cuarto clon de Luke Skywalker. Hasta el momento, el proyecto había demostrado ser frustrante, y solamente había podido extraer algunas pocas conclusiones, pero estaba seguro de que este nuevo encuentro, sería el del punto de quiebre. En cualquier caso, sentía que el tiempo se le estaba

acabando. Quizás demasiado pronto, el momento de la verdad llegaría a estar sobre su persona. Palpatine reflexionaba sobre las múltiples variables que estaban involucradas en dichas pruebas. Skywalker era un individuo complejo. Los reportes de Ars Dangor, contenían pocos conocimientos reales acerca de la psicología del muchacho. La verdad acerca del verdadero padre de Luke, no había sido considerada en absoluto. Cuando se ponía en tela de juicio los sentimientos de Luke con respecto a Vader, se llegaba a la conclusión de que Luke debía quererlo muerto. El primer clon había sido formado de acuerdo a los reportes, para satisfacer la curiosidad del Emperador, y con gran aplomo, había asesinado a Vader. Pero Palpatine no había quedado satisfecho. El acto no había contenido la pasión requerida para seducir a Luke hacia el Lado Oscuro; el clon había matado por un sentimiento de justicia. Luke debía sentir la ira y el odio, debía permitir que el Lado Oscuro le otorgase todo su poder para poder matar a su padre. Finalmente, él debía quedar transformado en su padre.

Por otro lado, a pesar de la falta de capacidad de Palpatine para penetrar en el nexus, podía apreciar los eventos que conducirían al mismo, con una inusual claridad. Veía a Skywalker llegando hasta donde Vader por su propia voluntad, con la esperanza de que su padre pudiera ser redimido al Lado Luminoso de la Fuerza. Sabía que el muchacho sentía una gran compasión por su padre. Se trataba de un aspecto extraño por parte de Luke, pero el Emperador sabía que ésa podía ser la perdición del muchacho. Si no era capaz de asesinar a su propio padre, entonces Vader terminaría por destruirlo. No importaba lo que Vader pudiera sentir por su propio hijo, él no podría desafiar una orden directa del Emperador. Si Luke llegaba a ser manipulado hasta el punto de matar a su padre, entonces ya estaría en poder del Lado Oscuro, y obviamente, de Palpatine.

La compasión fatal del muchacho por su padre fue incorporada en la personalidad del segundo de los clones. Éste había ingresado de manera solemne, acompañado por un sucedáneo que hacía las veces de Vader. El Emperador le había dado la bienvenida, y había aseverado que, ahora, él era el nuevo amo del clon. El muchacho se había resistido, pero como en la vez anterior, Palpatine le había «revelado» que la Flota Rebelde había sido atraída a una trampa en

los alrededores de Coruscant, y que iba a ser destruida. Los visores de las pantallas habían sido configurados para simular la batalla, y con una angustia creciente, el clon había gritado que fuese detenida. Pero por supuesto, eso no ocurrió, y Palpatine presagió el fin de los aliados de Luke. Se había empezado a burlar de la impotencia de Luke, y estaba incitándolo a permitir que su ira emergiera. Como lo había hecho el primero de los clones, éste, finalmente, había intentado moverse hacia Palpatine. El sustituto de Vader había intervenido, colocándose en medio del camino de Luke, el cual había iniciado una lucha de manera renuente. Mientras que el primero de los clones había peleado de manera agresiva, el segundo, a causa de su compasión, había luchado de manera puramente defensiva, tratando de rodear a Vader para lograr un resquicio que le permitiera arremeter en contra del Emperador. No logró conseguir semejante oportunidad. El falso Vader terminó por acorralarlo. Entonces, para disgusto de Palpatine, el actor realmente se había negado a acabar con el muchacho. El Emperador se había visto forzado a aproximarse a ellos, y a matar a ambos con sus rayos de la Fuerza.

El tercero de los clones había llegado acompañado por un despiadado Guardia Real en el papel de Vader. Pero el cambio no fue de utilidad. El clon no pudo ser forzado a atacar a Palpatine de ninguna forma. Había observado cómo la flota era «destruida», y Palpatine podría haber dicho que la impotencia del muchacho había terminado por paralizarlo. El poner la flota en peligro, no era una circunstancia segura que empujara a Luke a sobrepasar el límite. Irritado, Palpatine había ordenado que el clon fuese destruido.

Entonces, el Emperador había caído en un punto muerto. Necesitaba que Luke llegara a combatir contra Vader, pero aquello parecía no ser un impulso suficiente como para que Luke desatara su ira. Fue Sate Pestage quien finalmente resolvió el problema. El Gran Visir había señalado lo que Vader ya había demostrado; que el Luke Skywalker real, había llegado a sentir el pánico de sus amigos, Han Solo y Leia Organa, a través de las inmensidades del espacio, y había intentado venir a rescatarlos. Había estado muy ligado a ellos por tres años, y muy probablemente estaría dispuesto a entregar su vida por ellos. ¿Por qué no simplemente ponerlos en peligro de muerte? Palpatine se había maldecido a sí mismo por no haber visto

algo tan obvio. Por supuesto, cuando Skywalker llegase hasta Endor, se encontraría acompañado por sus amigos. Sí, ésa era la clave, ahora estaba seguro de ello. Las bases de datos imperiales fueron rebuscadas para hallar imágenes de la Princesa-Senadora y del corelliano, y el Emperador sintió que ya estaba preparado.

En aquel momento, se encontraba aguardando solo, en espera del cuarto de los clones. Sus guardias no estaban presentes. Había aprendido desde el primer encuentro, que su presencia no era una muy buena idea. Las puertas se abrieron, y Vader entró junto con Luke. En esta ocasión, uno de los adeptos del Lado Oscuro de Palpatine, estaba desempeñando el papel de Vader. Se trataba de un admirador del Señor Oscuro, y —como se pudo evidenciar—, también dominaba los amaneramientos de Vader. Ambos se aproximaron hasta su trono, y Palpatine sonrió.

—Bienvenido, joven Skywalker. He estado esperándote. Ahora completarás tu entrenamiento conmigo, mi joven aprendiz.

La actitud de Luke era desafiante.

—Obi-Wan Kenobi era mi Maestro, y fue asesinado a manos de su sirviente. Él jamás se convertiría hacia el Lado Oscuro, ni tampoco yo. He venido aquí para intentar salvar a mi padre, pero moriría antes de unirme a usted.

—Oh, no, mi joven aprendiz —el Emperador corrigió a Luke—. Tus esperanzas de salvar a tu padre no tienen sustento. Él nunca se irá de mi lado. Él es mío para siempre. Como lo serás tú, joven Skywalker, ya que tienes muchas cosas por aprender. Yo te mostraré la verdadera naturaleza de la Fuerza, y tú te convertirás en mi sirviente.

Luke permanecía estando firme. Palpatine sabía que se sentía respaldado por la supuesta esperanza de que el ataque de la Flota Rebelde —de alguna manera—, contribuiría para ayudarlo, quizás destruyendo el Palacio, y poniendo fin al reinado del Emperador.

—Usted comete un error, Su Alteza —objetó Luke—. La Flota Rebelde se encuentra en camino en este momento. La Flota Imperial ha sido desplegada lejos de Coruscant, y este Palacio se encuentra indefenso. Ambos moriremos. Usted nunca tendrá la oportunidad de convertirme al Lado Oscuro.

Luke giró su rostro hacia Vader.

—Padre, ven conmigo ahora. Podemos escapar juntos. Abandona

este lugar, y a tu cruel Maestro —Luke estaba empezando a ponerse ansioso.

Vader ni siquiera movía un músculo.

Palpatine se puso de pie, y atravesó el estrado, contemplando burlonamente a Luke hacia abajo, a pesar de su estatura más pequeña.

—Tu padre nunca podrá ser redimido, mi joven aprendiz. Así como tu Flota nunca podrá penetrar el escudo planetario de Coruscant —la voz del Emperador continuó con un tono enfermizamente bajo—. Creo que el que comete un error eres tú, no yo.

Palpatine rió sin demostrar alegría.

—De hecho, se espera que la Flota Imperial arribe del hiperespacio en cualquier momento, atrapando a tu Flota Rebelde, y destruyéndola. Nosotros no nos encontramos en una situación de peligro, muchacho —Palpatine se inclinó hasta quedar muy cerca de Luke, y hablando en voz baja, continuó—. Quizás estés contando con que tus amigos puedan deshabilitar el escudo.

Se sintió complacido de ver que Luke empezaba a sudar. Sonriendo, el Emperador se estiró para pulsar un control que se encontraba en el brazo de su trono. Luke se quedó sorprendido mientras una enorme pantalla sobre la pared, empezaba a encenderse. En ella, se podían apreciar las transmisiones de las cámaras de seguridad de las profundidades del Palacio. Luke pudo apreciar las furtivas formas de los comandos rebeldes escurriéndose en busca de cobertura, mientras una patrulla de guardias de seguridad, terminaban por sobrepasarlos. La imagen se agrandó para enfocar un acercamiento, y Luke jadeó de manera audible al darse cuenta de que los rostros de Han Solo y de la Princesa Leia, se hacían claramente visibles.

—Oh, sí, mi joven aprendiz. Yo sabía de la misión de tus amigos. Después de todo, yo fui el que les permitió llegar hasta este lugar. Han sido una espina en mi costado, y ahora disfrutaré viendo cómo son torturados. Quizás te permita escuchar sus gritos —Palpatine rio nuevamente, y las manos de Luke se estrujaron.

De improviso, en la pantalla, dos docenas de soldados de asalto fuertemente armados, llegaron por detrás de los comandos. Han Solo se dio vuelta y disparó ciegamente de manera rápida, pero no

fue capaz de evitar que varios de los soldados lo hirieran de manera terrible en sus brazos y piernas. Cayó al piso, mientras su pesado bláster se perdía dando vueltas en medio de las sombras. Leia chilló y empezó a disparar de manera frenética, pero rápidamente, también fue derribada. Luke no podría haber asegurado que alguno de ellos todavía siguiera con vida. En ese momento, la imagen de la pantalla se transformó, para permitirles una vista del espacio exterior alrededor de Coruscant. Las naves rebeldes empezaron a retirarse de manera desordenada de las vecindades del apenas visible escudo planetario, mientras docenas de Destructores Estelares llegaban aullando del hiperespacio, para distribuirse en forma de una red gigante alrededor de la Flota Rebelde. Sin advertencia previa, cientos de turbo-láseres sembraron fieramente la muerte en medio del vacío, mientras que enjambres de interceptores TIE, caían sobre los rebeldes. Luke asistía impotente, mientras las naves de la Alianza eran despedazadas una tras otra. Las explosiones resplandecían en medio de la oscuridad, y la muerte empezó a extender sus tentáculos de manera siniestra.

—Es el fin de la Alianza, mi joven aprendiz —el Emperador le susurró a Luke—. Ya no te quedan esperanzas. Ahora, tus amigos se encuentran bajo mi poder. Me aseguraré de que sufran una agonía prolongada. Podrías rogar por sus vidas. Quizás decida concedértelas, si decides servirme… y si logran sobrevivir.

Luke no pudo soportar ni un instante más. Encendió su sable de luz, y gritó:

—Padre, hazte a un lado; ésta no es tu pelea…

Saltó sobre el estrado, de manera amenazante, en dirección hacia el Emperador.

—Quizás desearías cambiar tu propia vida, por las de Han y Leia —espetó Luke de manera furiosa.

Pero Vader ya se encontraba en movimiento. Encendiendo su propia arma, fue tras Luke, y se interpuso en su camino hacia el Emperador.

Luke logró defenderse de manera sencilla, mientras la hoja de color verde de su sable de luz, trazaba manchones en el aire.

—No estoy aquí para combatir contigo, Padre —le aseguró Luke —. No tienes que pelear conmigo. Juntos podemos derrotar al Emperador, y lo sabes.

Pero el hombre que estaba desempeñando el papel de Vader, hizo oídos sordos a lo que se decía.

—El Emperador es mi Maestro, y ahora, también es el tuyo. La única opción que te queda, es ponerte a su servicio —atacó de manera más agresiva—. Yo torturé a tus amigos en la Ciudad de las Nubes, y ahora serán míos nuevamente. Leia Organa gritará una decena de veces por cada minuto que te rehúses a aceptar tu destino. Y me encargaré de matar a Han Solo ante tus propios ojos. ¡La Alianza Rebelde está muerta, y muy pronto, también lo estarán tus amigos!

Luke tuvo que realizar grandes esfuerzos para liberarse de los ataques de Vader, pero su ira había empezado a incubarse. También su furia había empezado a dejar huellas sobre su rostro, a medida que ante sus ojos, la habitación parecía girar alrededor de sí mismo. El ataque de Vader fue arreciando, con su hoja relampagueando de manera ciega en contra de Luke, una y otra vez. La pantalla mostraba un enorme crucero rebelde siendo aniquilado, para terminar transformado en una bamboleante bola de fuego. La imagen se transformó, y Han y Leia aparecieron nuevamente, aullando mientras recibían sendos disparos una vez más. El Emperador reía, de manera fuerte y sostenida en los oídos de Luke.

De improviso, la furia se apoderó por completo de Luke, una cosa clamorosa ardiendo en deseos de destrucción. Y el Lado Oscuro acudió a su llamado. Luke sintió que su fortaleza era vertida dentro de sí mismo, y fácilmente logró hacer que el sable de luz de Vader fuera arrojado hacia un costado. Había estado tan equivocado con respecto a su padre. No quedaba nada de bondad en su interior. Si en aquel momento, Vader se interponía entre él y el Emperador, entonces tendría que caer.

¡Mírenlo! ¡El Oscuro Señor del Sith, retirándose frente a mí! ¡No lograrás escapar, Vader… el momento de tu muerte ha llegado! No mereces el poder que detentas. ¡Ahora, el mío es mucho mayor! Mi padre… ¡maldigo el día en que supe que era tu hijo! No, no intentes huir… ¡todo acaba aquí! ¡Sí! ¡De rodillas! ¡Abajo! ¡Abajo sobre el suelo! ¡Un lugar adecuado para que mueras!

De improviso, Luke se encontró con que nada se interponía entre él y Palpatine. El odio susurraba en sus oídos, una roja neblina cubría sus ojos, y un sabor a sangre llenaba por completo su boca.

—¡Bien! —aulló el Emperador. En medio de su triunfo, no se acordaba de preocuparse por el adepto del Lado Oscuro que había sacrificado—. ¡Bien hecho, Lord Skywalker! Tu padre ha muerto por tus propias manos, y ahora tú eres mi sirviente. Es exactamente como lo predije. Ven y arrodíllate frente a tu Maestro.

Luke no conseguía enfocar sus pensamientos. Se encontraba completamente sorprendido de encontrar a Vader muerto ante sus pies. Su sable de luz cayó de entre sus dedos, como si hubiera sido olvidado, y golpeó sobre el casco de Vader antes de traquetear de manera sonora sobre el suelo. Estaba consciente de una sobrecogedora urgencia de presentarse ante el Emperador, y de hacer lo que se le pedía. Recordaba que había estado sintiéndose de manera diferente, pero su ira con respecto al Emperador, ya no parecía ser algo importante. Dio un paso para alejarse del cuerpo de Vader, y fue a arrodillarse frente a Palpatine. Un gran vacío se había abierto dentro de él, y para su satisfacción, descubrió que el estar cerca del Emperador llenaba aquel vacío.

Pero la atención de Palpatine ya no estaba fija en él. El Emperador estaba alejándose, hablando para sí mismo.

—Así que de esta forma sucederán las cosas cuando nos encontremos, joven Skywalker. Tú serás mío… pronto… muy pronto.

Luke se encontraba confundido. ¿Qué es lo que estaba sucediendo? ¿Acaso no se había arrodillado como se lo habían pedido? ¿Qué más tenía que hacer? ¿Qué era lo que estaba diciendo su Emperador? Su estado de confusión no disminuyó en modo alguno, cuando seis guardias imperiales ataviados de rojo, entraron en la habitación para matarlo.

CAPÍTULO VIII

Palpatine se sentía bastante mejor. El futuro seguía cerniéndose sobre él, pero ahora se sentía confiado de saber exactamente lo que Skywalker terminaría por hacer. Decidió no realizar más pruebas con otros clones. Un día, seis meses después de la visión que el Emperador tuvo en medio de uno de sus trances, en la cual había podido anticipar su propia muerte (la que en aquel momento, le parecía como si se hubiese tratado de un mal sueño que empezaba a desvanecerse), llegó un mensaje de Lord Vader. Sate Pestage se lo entregó personalmente, en razón de que un pequeño objeto que lo acompañaba, indicaba que debía ser entregado directamente a las manos del Emperador. Se trataba de un sable de luz.

Pestage le informó que la Flota desplegada alrededor de Endor, se encontraba reunida por completo, y que el arma principal de la Estrella de la Muerte, se encontraba operativa. Vader había anclado frente a la inacabada estación de combate, y se había encargado de alistar la Estrella de la Muerte para el arribo de Palpatine. Como había ordenado el Emperador, Vader había asignado una legión de élite de los soldados de asalto más experimentados, para resguardar el búnker que albergaba el generador del escudo, en Endor. Todo se encontraba dispuesto, por lo que Palpatine recibió el mensaje con satisfacción.

Pero fue el sable de luz lo que lo había dejado perplejo. En su mensaje, Vader tan sólo le había mencionado que alguna vez, le había pertenecido a Anakin Skywalker. Se trataba de un obsequio, había explicado Vader, para que fuera añadido a la colección personal del Emperador. Hasta allí, todo estaba bien, pero la razón de todo ello, aún escapaba a la comprensión de Palpatine. Finalmente, concluyó que Vader se había hecho con el sable de luz en la Ciudad de las Nubes, y que había decidido que aquel vestigio del hombre que alguna vez había sido, ya no le pertenecía más. Había tomado la decisión de enviárselo a Palpatine, como una declaración de que Anakin ya no existía más, y que el arma debía estar junto con los recuerdos de todos los otros Jedi derrotados. Era un gesto que le complacía, pero en aquel momento, tenía otras cosas más importantes en las que debía concentrarse. De cualquier modo, Vader ya estaba muerto. Sólo que aún no lo sabía. Palpatine

le entregó el arma a Sate Pestage para que éste la guardara, y decidió no dedicarle ni un solo pensamiento más, mientras se preparaba para su viaje hacia Endor.

* * *

Darth Vader iba y venía por el puente de mando del *Executor,* contemplando la inacabada estructura de la Estrella de la Muerte, la cual flotaba por encima de la verde luna de Endor, con su vasta superficie llena de brechas y agujeros. A *grosso modo*, todo un hemisferio completo dejaba expuesta la super-estructura que se abría hacia el espacio, en espera de su culminación. Una de las secciones que se encontraba completamente terminada, era la del enorme disco circular del arma principal. Vader sabía que incluso bajo aquellas condiciones, se encontraba completamente operativa, y que en un futuro cercano, acarrearía la muerte a mundos enteros. Vader se encogió de hombros. Incluso para él, había atrocidades que habían llegado demasiado lejos. Cuando Alderaan fue destruido, lo que Vader había podido percibir en la Fuerza, lo había conmocionado profundamente. Una destrucción tan masiva, había producido un desbalance en la Fuerza misma, y había amenazado hasta al mismo orden de la galaxia, que él apreciaba como un ideal. El Emperador se había sentido complacido; todo aquello lo había fortalecido. De alguna forma, Vader había logrado identificar, al contrario de Palpatine, que la Fuerza era una entidad única, provista de dos facetas. Tal vez fuera porque había pertenecido a ambos lados, a lo largo de su existencia. El debilitar de manera masiva tan sólo uno de los lados de la Fuerza, a la larga, terminaría debilitando todo en su conjunto. La audacia del Emperador al construir una segunda Estrella de la Muerte, ultimadamente daría como resultado, una auto-destrucción para todos, y Vader sabía que no debía dejar que fuese empleada.

No podía permitirse llevar a cabo un abierto sabotaje; no podía desafiar a su Emperador hasta ese extremo. La respuesta le llegó bajo la forma de las propias órdenes del Emperador, con respecto a que el generador del escudo, fuese resguardado por un grupo de soldados de asalto de élite, del mismo grupo de los cuales eran

escogidos los guardias imperiales. Vader empleó la Fuerza para nublar la mente de varios de los oficiales, y de convencerlos de que en lugar de ello, desplegasen una legión de nuevos reclutas sobre Endor. Después de haberlo hecho, ni siquiera ellos mismos recordaban lo acontecido. Era algo muy fácil de hacer, pero también bastante riesgoso. Mantenía las esperanzas de no ser descubierto por Palpatine, y sabía que el resultado final de sus acciones, dependería de los recursos de los rebeldes. Pero se trataba de lo máximo que podía hacer. Él ya sabía que la confianza del Emperador en su persona, estaba flaqueando. ¿Por qué otra razón habría permitido Palpatine que el Príncipe Xizor detentara todo aquel poder temporal en Coruscant? La rigurosa prueba de derrotar al Señor del Crimen de Sol Oscuro, había sido diseñada para probar la lealtad de Vader bajo condiciones extremas de coacción. Vader había logrado pasar la prueba, pero una mucho más severa, estaba aguardando por él en aquel momento. Y en su corazón, sabía que no se sentía leal por completo. La única pregunta era ¿cuánto de aquella deslealtad podría ser percibida por su Maestro?

Vader se inclinó pesadamente contra la pared, mientras contemplaba la estación. Se le había comunicado que muy pronto, el Emperador, él, y su hijo, sostendrían un encuentro en su interior. El pensamiento comenzó a deprimirlo. Había tenido la esperanza de poder persuadir a su hijo de que se uniera a él, y que juntos, pudieran ser lo suficientemente poderosos como para hacer lo que Vader solo no podía, y así transformar el Imperio. Ahora que Luke estaba a punto de ser entregado a Palpatine, eso nunca llegaría a ser posible, si es que alguna vez había cabido dicha posibilidad.

Vader también estaba sintiéndose raro. Desde el mismo momento en que había visto el condenado mensaje de Kenobi, estaba agudamente consciente de que había vivido el equivalente a dos vidas, ambas de las cuales le habían cobrado su respectivo precio. Tenía la sensación de que, para él, el final estaba cerca, aunque no llegaba a adivinar la razón. Quizás sería bueno que llegase su final, cuando fuese el momento, Su único arrepentimiento, continuaba siendo el muchacho. Su hijo. ¿En qué llegaría a convertirse estando en manos del Emperador?

Luke continuaba revolviendo el conflicto interno que tenía. Su hijo pertenecía a su antigua vida, y por mucho que quisiera atraer a

Luke a su nueva vida, Vader comprendía que no podría ser. Había tomado sus decisiones hacía mucho tiempo atrás, y ya era demasiado tarde para él. Obi-Wan había estado equivocado al pensar de manera diferente.

Un parpadeo que revelaba un pseudo-movimiento entre las estrellas, atrajo la atención de Vader. Supo, sin necesidad de realizar ninguna verificación, que se trataba del arribo del Destructor Estelar *New Order*, uno de los transportes personales del Emperador. Pudo sentir la presencia de su Maestro como una señal de fuego en un prado circundante. Ansiaba su calor, y a pesar de sí mismo, deseaba ir a su encuentro, y permanecer junto a él.

Incluso antes de que la señal de reconocimiento fuera recibida por su nave insignia, Vader anunció:

—El Emperador ha arribado. Preparen una recepción militar. Yo iré a su encuentro a bordo de la Estrella de la Muerte.

El Almirante Piett se apresuró a obedecer mientras Vader se daba la vuelta sobre sus talones, y rápidamente abandonaba el puente, con su negra capa ondeando. Vader pudo sentir una curiosa calma, una paz que provenía de la certeza de que, cualquiera que fuese el resultado, el final del juego estaba al alcance de la mano. Tenía la esperanza de que la Fuerza estaría con él.

* * *

Como había sido predicho con todo detalle en el Diario de los Whills, el Nexus Jedi finalmente llegó en el momento en que Darth Vader ingresó hacia el Salón el Trono junto con Luke Skywalker, ante la presencia del Emperador Palpatine. La Fuerza, por sí misma, tomó parte en los eventos que se sucedieron a continuación. Al encontrarse enfrentado a un Maestro del Lado Oscuro que había masacrado a una multitud de grandes Jedi en el pasado, Luke Skywalker ya no era simplemente un aprendiz de Jedi sin mayor entrenamiento. Era un agente del mismísimo Lado Luminoso. Durante demasiado tiempo, el balance de la Fuerza había estado trastornado. El Lado Oscuro se había apoderado de demasiadas cosas, y destruido muchas otras. En el interior de aquella habitación, el balance había sido restaurado.

—Para este momento, ya debes saber que tu Padre jamás podrá volver del Lado Oscuro —le dijo el Emperador a Luke.

Pero se encontraba equivocado. El Lado Luminoso de la Fuerza había actuado de una forma que Palpatine no había podido prever en ninguna de sus visiones. Se había manifestado en el valor de Luke para enfrentarse a su padre, y había abierto los ojos de un hombre que había permanecido cegado largo tiempo por la oscuridad. Aquella era la forma en que la paradoja que había estado atormentando a Palpatine, se había resuelto finalmente. Como había pensado, un joven entrenado someramente, no podía constituir una seria amenaza para su persona, pero esa misma juventud despertaba e inspiraba en el interior del muchacho, al hombre que podía llegar a ser.

Fue Darth Vader quien se desmoronó frente al sable de luz de su enemigo, pero en el momento en que Luke renunció a la oferta de poder del Lado Oscuro, y decidió abstenerse de matarlo, fue Anakin Skywalker el que se incorporó sobre sus pies. Las palabras de su hijo estaban resonando en sus oídos.

—Yo nunca me convertiré al Lado Oscuro. Usted ha fallado, Su Alteza. Soy un Jedi, como lo fue mi padre antes que yo.

Tales palabras se habían transformado en una meridiana realidad. Cuando el enfurecido Emperador desencadenó todo el poder de su odio sobre Luke Skywalker, abrasándolo con descarga tras descarga de rayos de la Fuerza, Anakin ya había llegado a completar su destino. Aunque sin saberlo, su hijo había significado más para él, que la esperanza de apoderarse del trono del Emperador, liberándolo de la servidumbre que lo tenía sometido ante Palpatine. Sus actos, representaban el sendero de vuelta hacia su antigua vida, su última posibilidad para redimirse. La agonía de enfrentar la muerte de su hijo, y con ello, la pérdida de semejante oportunidad para siempre, terminó por apagar para siempre el seductor susurro del Lado Oscuro. Levantándose a un costado del Emperador, en su acostumbrada posición de respaldo, levantó a su Maestro y lo lanzó en medio de las violentas energías que se desprendían del —aparentemente inacabable— pozo que conducía al núcleo del reactor.

El Emperador empezaba a caer. Se sentía inundado por el miedo y por la sorpresa, y gritó mientras descendía a lo largo de todo el

camino cuesta abajo. Su cuerpo fue desgarrado en pedazos después de la colisión con unas gigantescas descargas de energía. Su fuerza vital fue engullida por el Lado Oscuro, pero Palpatine, habiendo anticipado aquel momento, se encontraba preparado.

Su esencia, fácilmente alcanzó la pequeña habitación que se encontraba en la base de la torre del trono en la Estrella de la Muerte, en donde mantenía oculto el cuerpo de un único clon. Una persona como el Emperador, nunca ignoraba sus visiones. Meses atrás, una terrorífica visión de su muerte, lo había puesto sobre-aviso con respecto a aquella posibilidad, por lo que había decidido burlar semejante destino aparente. Sabía que si las cosas iban de mal en peor en su encuentro con Skywalker, no podía permitirse morir demasiado lejos de Byss, de tal manera que le fuese imposible alcanzar a alguno de sus clones. Se posó sobre el clon con una gran sensación de alivio. En algún lugar por encima de su cabeza, estaba seguro de que Luke Skywalker todavía se encontraba con vida. Aquello tendría que cambiar.

Se forzó a sí mismo a esperar pacientemente, mientras los mecanismos de trasvase, eran activados con un toque de su mente, pero aquello le representó un esfuerzo supremo. El Emperador todavía estaba poseído por una ira abrasadora. Después de que todo había estado a punto de culminar con éxito. Vader había traído a su hijo a la Estrella de la Muerte, como prisionero, por su propia voluntad. El joven Skywalker había reaccionado frente a todas las manipulaciones de Palpatine, en la forma en que cabría haber esperado. Los amigos del muchacho, y la Flota Rebelde, habían caído completamente en medio de la trampa. Con todos los que amaba en peligro mortal, Luke había sucumbido a su ira. El empujón final había llegado cuando Vader había hecho el sorprendente descubrimiento de que una de las vidas en riesgo, era la propia e insospechada hermana melliza de Luke. Palpatine nunca hubiera podido llegar a planificarlo de esa manera, pero Vader había llegado demasiado lejos al amenazarlo con convertir también a su hermana al Lado Oscuro. Luke había invocado al Lado Oscuro en su desesperada necesidad de poder para abatir a su padre, quien jamás lograría ser redimido. El muchacho claramente había estado a punto de matar al Lord Sith. Palpatine había podido percibir el odio en su interior, mientras contemplaba la hoja del sable de luz

en la garganta de Vader. Pero, de alguna manera, había conseguido resistirse. ¿Cómo había podido ser posible? Las inesperadas palabras de Luke, habían logrado enfurecer al Emperador.

—*Usted ha fallado, Su Alteza…*

Después de escucharlo, Palpatine había decidido de manera instantánea, que el muchacho debería morir de la forma más dolorosa posible. Los rayos de la Fuerza habían emergido como señal de venganza, alimentados por un ardiente sentimiento de rabia.

La rabia todavía atravesaba el nuevo cuerpo del Emperador, mientras el nivel del nutritivo baño empezaba a descender rápidamente. Se dio cuenta de en dónde era que había cometido su error. Sabía que Vader era traicionero, pero había confiado en que el Oscuro Señor era demasiado débil como para representar una amenaza. Había estado completamente absorto en el castigo infligido al muchacho, cuando Vader hizo su movida. Vader siempre había ambicionado el poder de Palpatine. Había aprovechado la oportunidad de matar a su Maestro, para apoderarse de aquel poder para sí mismo.

Palpatine no desperdició más tiempo pensando en Vader. Sabía que sus rayos de la Fuerza, habían impactado de manera suficiente como para matar con seguridad, al que alguna vez había sido su sirviente. Vader había pagado completamente el precio de su traición, pero sentía que Skywalker, había logrado sobrevivir. Era tiempo de terminar lo que había empezado. La cámara de clonación se abrió delicadamente. El rejuvenecido Emperador dio algunos pasos para salir del tanque, hacia el estrecho compartimento de almacenamiento, con la muerte flameando en sus amarillentos ojos. Se encogió debajo de una túnica para cubrir su desnudez. Algunos chispazos habían empezado a formar pequeños arcos desde el pulpejo de sus dedos.

De improviso, se produjo un tronar ensordecedor, y el suelo empezó a agrietarse bajo sus desnudos pies. El pesado tanque de clonación se desplomó sin advertencia previa sobre sus piernas, aplastándolo contra la cubierta. Desconcertado, a través de la Fuerza, el Emperador se conectó con su visión interior. Lo que logró contemplar, lo dejó perplejo. El escudo deflector ya no estaba más, y la Flota Rebelde ya no se encontraba atrapada. Sintió que sus

planes cuidadosamente elaborados, se hacían polvo, incluyendo aquellos concernientes a su propia supervivencia. El Super Destructor Estelar, *Executor,* se había clavado sobre la Estrella de la Muerte como si fuera la flecha de un titán encontrando su camino hacia el vientre de una gigantesca bestia. Aquello había conmocionado por completo la estación, y en aquel momento, la Flota Rebelde había iniciado un bombardeo de rango corto sobre el costado inacabado de la Estrella de la Muerte. Los cazas rebeldes se encontraban al interior de la super-estructura, en camino hacia el reactor principal.

No había tiempo para pensar en venganzas. Skywalker tendría que esperar otro día. Palpatine empleó la Fuerza para desplazar el masivo tanque que aprisionaba su cuerpo, y contempló lo que había quedado de sus piernas. Logró controlar el dolor de manera sencilla, pero sabía que no podría caminar para salir de la habitación. No había tiempo para intentar curarlas. Por medio de la Fuerza, abrió la puerta que daba hacia el pasadizo, en donde reinaba el caos. Oficiales y soldados de asalto corrían en todas direcciones, siguiendo o dando órdenes sin sentido, o simplemente siendo presas del pánico. Palpatine logró divisar al Moff Jerjerrod dando tumbos en medio de su aturdimiento, y lo invocó.

Jerjerrod ingresó en el ambiente, sudando, con sus ojos girando de manera alocada, hasta que consiguieron fijarse en la figura de Palpatine. Vio a un hombre joven que yacía en el piso, con las vestimentas desordenadas, mientras el resto de su desnudo cuerpo, dejaba que chorrease un líquido amarillento-verdoso.

—¿Quién es usted? —balbuceó.

En aquel momento, Palpatine empezó a arrepentirse de haber escogido a un hombre tan débil como Comandante de la Estrella de la Muerte. Necesitaba ayuda, y sabía que tendría que asumir el control mental de aquel tonto para conseguirlo. En un instante, la expresión de Jerjerrod se puso en blanco, y empezó a ayudar a ponerse en pie al Emperador. Juntos, avanzaron dando tumbos por el corredor. Con la ayuda del Moff, Palpatine llegó hasta un panel de comunicaciones. Rápidamente tecleó una secuencia que enviaría un mensaje codificado a su Gran Visir. Sate Pestage sabría qué hacer, para preparar lo necesario para su futuro. Sin embargo, en aquel momento, debía asegurarse de que habría un futuro.

A pesar de sus precauciones, se encontraba demasiado alejado de Byss en aquel momento. Para llegar hasta un nuevo clon, su esencia tendría que viajar vastas distancias, a través del reino-inferior, mientras luchaba por evitar su disolución en medio del caos del Lado Oscuro. Semejante travesía podría ser demasiado prolongada para que pudiera sobrevivir. Pero sus estudios con los Holocrones, le habían enseñado acerca de los «anclajes de espíritus», la forma en que una «conciencia» podría retener su individualidad mientras era absorbida completamente por la Fuerza, proveyendo a una mente viva, de la posibilidad de adherirse a algo tangible. Estaba planeando emplear uno para sí mismo, para asegurarse de sobrevivir hasta que pudiera llegar a Byss. No se trataba de una cosa segura, pero era su única opción. Conocía a la persona precisa para hacerlo. Había una agente llamada Mara Jade, nombre clave de la Mano del Emperador. Ella tenía el poder para escuchar su invocación desde cualquier lugar de la galaxia, y precisaba de dicha habilidad en aquel momento. Se abrió a la Fuerza, y logró contactarla. El nexo fue establecido en un instante, y justo a tiempo.

Profundamente en el interior de la estación, el reactor principal estaba empezando a estallar. Los últimos pensamientos del Emperador Palpatine, fueron de odio hacia Vader y hacia Skywalker, y con respecto a la venganza que alcanzaría algún día. Entonces, la Estrella de la Muerte hizo erupción en medio de un estallido liberador, llevando a su final al Imperio de Palpatine.

EPÍLOGO

Todo había terminado. Palpatine, Luke, y Vader habían atravesado sus crisoles personales, y habían emergido forjados bajo una forma completamente diferente. Vader había perdido la vida, pero había logrado recuperar su alma. Luke había perdido a su padre y su inocencia, pero había ganado madurez y, finalmente, había terminado convirtiéndose en un Jedi. El Emperador lo había perdido todo, pero en algún lugar en medio del Lado Oscuro de la Fuerza, continuaba viviendo como un odio que no conseguía morir. Sabía que intentaría retornar a la vida nuevamente en uno de sus clones, y regresaría para constituir una amenaza para los hijos de Anakin Skywalker una vez más. Pero por el momento actual, el Lado Luminoso de la Luz había logrado salir triunfante.

La recién nacida Nueva República, estaba retirando sus fuerzas de Endor. La amenaza de los ssi-ruuk[6] había sido controlada, y en aquel momento, los fieros luchadores por la libertad, podían empezar a retornar a sus hogares, para asumir la monumental tarea de crear un nuevo gobierno. Mon Mothma quería dejar a Endor en la forma en que había sido antes de que el Imperio se hubiese mudado al interior del sistema, prístino e inmaculado. Unos pocos de los ewoks habían decidido aventurarse en el espacio junto con los primeros rebeldes, pero la mayoría de ellos habían optado por ofrecerles su despedida a los nuevos miembros de su tribu, y retomaron sus primitivas vidas, entre las elevadas villas en las cimas de los árboles.

Las luces de las naves espaciales que estaban despegando, sembraban de puntos luminosos el cielo nocturno de Endor, mientras un rebelde en particular, le dedicaba su último adiós a un lugar que nunca volvería a ver jamás. Luke Skywalker, Caballero Jedi, contemplaba tristemente la forma en que se había quemado la pira funeraria de su padre. La luz de las estrellas que iluminaba débilmente el claro, le mostraba que no quedaba mucho del cuerpo de Darth Vader; tan sólo una renegrida armadura que empezaba a derretirse. Una ausencia enormemente grande, empezaba a sentirse en el alma de Luke. Había vuelto a tener a su padre durante un tiempo muy breve, y luego, lo había perdido para siempre. Todo ello hacía que aquello fuera, de alguna manera, mucho más

doloroso. Era hora de decir adiós.

Algo avergonzado, Luke habló delicadamente en medio de la noche.

—Padre. Anakin. Sé que te encuentras en paz con la Fuerza en este momento. Me parece haberte visto con Ben y el Maestro Yoda, aquella noche en que quemé tu cuerpo. Espero que fuese lo correcto que debía ser hecho. Tú lograste redimirte antes del final, pero yo sentía que tu cuerpo también debería ser liberado de la máquina que lo mantuvo prisionero —Luke levantó la mirada hacia las estrellas—. Sé que viniste a ver a Leia. Ella me dijo que deseabas su perdón. Es difícil que ella olvide o perdone. Pero hace un tiempo atrás, ella me dijo que había llegado a hacer las paces contigo, y que te lo haría saber. Me pregunto si es que puedes escucharme. Te preguntaría el porqué apareciste frente a Leia, y no ante mí. Estoy seguro de que tuviste tus razones, pero había más cosas que yo deseaba decirte.

La voz de Luke terminó por apagarse. Permaneció de pie por varios minutos, permitiendo que su silencio terminase de transmitir todo lo que sentía en su interior. Dio la vuelta para marcharse, con la expresión de su rostro completamente defraudada. Y entonces, Luke se vio sorprendido de hallarse cara a cara con la brillante aparición de su padre, la cual estaba parada en el claro, frente a su camino. Anakin se encontraba vestido con unas túnicas completamente grises, y como antes, se veía como un hombre de edad mediana, con una expresión apacible. Le estaba sonriendo a Luke.

—¿Estuviste… mucho tiempo parado allí? —inquirió Luke.

—He estado contemplándote, hijo mío. Estoy muy orgulloso de ti, y de tu hermana. Tenía la intención de verlos a ambos, Luke, y aquí estoy. Pero sólo se me permitió ver y hablar con cada uno de ustedes, de manera separada. Le pedí perdón a tu hermana. En cuanto a ti, hijo mío, deseo hablarte acerca del Emperador.

Luke se sentía complacido y entristecido al mismo tiempo.

—Si todo el tiempo que tenemos es éste, entonces deberíamos aprovecharlo mejor. El Emperador está muerto, ¿qué más podría decirse acerca de él?

La turbación hizo presa del rostro de Anakin.

—No puedes estar seguro de eso, Luke. Yo era muy cercano al

Emperador. Él era poderoso en el Lado Oscuro, pero eso lo hacía ser débil en su estructura corporal. No creo que ésta haya sido la única vez en que haya muerto.

Luke no acertaba a creer lo que estaba escuchando.

—¿Qué es lo que quieres decir, Padre?

Anakin extendió sus manos espectrales.

—Lo vi volverse muy viejo muchas veces, mientras estuve con él. De repente, él volvía siendo joven otra vez. Nunca me dijo cómo es que lograba hacerlo, pero sospecho que empleaba un clon de sí mismo para recuperar su juventud. Y si fuera capaz de hacerlo una vez más…

Anakin dejó que sus manos cayeran.

Luke se encogió de hombros. Palpatine había sido tan malvado, tan poderoso. Sólo la intervención de su padre había conseguido salvarlo al final. Dudaba que pudiera sobrevivir a otro encuentro.

—Sin embargo —Anakin intentó confortarlo—, el Emperador siempre iba a una misteriosa localización en los mundos del núcleo, a fin de ser rejuvenecido. Podría ser que no lograse salvarse a sí mismo, aquí en Endor. Podría estar muerto para siempre. Al menos, por ahora, la galaxia está libre de él.

—Tú estás libre de él para siempre, Padre —sonrió Luke.

—Gracias a ti, hijo mío —le contestó Anakin—. De alguna forma, tú sabías que existía bondad en mi interior, cuando el Emperador no lo sabía, y yo mismo lo ignoraba. ¿Cómo fue posible?

—Soy tu hijo —le dijo Luke simplemente—. Yo debía creer en la bondad de mi padre, si es que tenía la esperanza de hallar la bondad también dentro mío. Además, una vez que acepté la verdad con respecto a que eras mi padre, mis pensamientos regresaban a la Ciudad de las Nubes, y a la manera en que pudiste haberme matado. Pero no lo hiciste. Todavía debía haber algo de Anakin en ti.

—Era algo bastante parecido, hijo mío. Asumiste un riesgo terrible. Yo te hubiera matado, si es que el Emperador me lo hubiese ordenado. Tú también estuviste cerca de matarme. Tal es el poder del Lado Oscuro. Nunca debes subestimarlo, hijo mío.

—Llegué a estar bastante cerca… demasiado cerca —Luke recordaba aquel momento bastante bien. El Lado Oscuro había concurrido frente a su invocación, de una manera muy rápida y

poderosa, una vez que se había abierto a él—. Fue tu amenaza de convertir a Leia al Lado Oscuro, lo que me forzó sobre el límite. No estoy muy seguro de cómo entender todo esto por completo… yo la amaba, Padre. Contemplé su imagen, y decidí seguirla a través de toda la galaxia. Quería que ella me quisiera, que mi amor fuera correspondido. Pero ella se había enamorado de Han, y luego descubrí que era mi hermana. Supe que nunca podría ser mía, pero todavía seguía amándola, incluso ahora. No podía soportar el pensar que ella tuviera que atravesar lo que yo estaba padeciendo. Pero al final cuando te tenía a mi merced, cuando el Emperador estaba exigiendo que te matara, lo que me contuvo, fue eso.

Luke levantó la prótesis que había reemplazado a su mano derecha.

—Vi tu mano cercenada, biónica como la mía, y comprendí que una visión que tuve durante mi entrenamiento, estaba volviéndose realidad. Si yo continuaba descendiendo por el Sendero Oscuro, terminaría convirtiéndome en Darth Vader. La mano que Vader cercenó, nos salvó a ambos.

Luke no pudo evitar el recordar el terrible ataque del Emperador, y que casi había acabado con su vida.

—Tú también me salvaste la vida, Padre. El Emperador me habría matado allí, en ese mismo momento.

—El dominio que tenía el Emperador sobre mi persona, era poderoso, Luke. Yo debía obedecerlo, sin importar ninguna cosa. Incluso cuando comprendí que me quería muerto. Cuando tú y yo combatíamos, él no deseaba prestarme ayuda con sus poderes. Por el contrario, nublaba mi mente, como alguna vez lo había hecho con Obi-Wan. Todo ello, combinado con el poder que te había sido otorgado por el Lado Oscuro, fue suficiente para sellar mi destino como víctima tuya. Tú te contuviste, pero yo tenía que regresar al lado de mi Maestro. Yo necesitaba de su presencia para reemplazar el vacío de todo lo que había perdido, a causa de él. Él lo sabía, y pensaba que su dominio sobre mi persona, era absoluto. Pero entonces te vi agonizando, y Anakin logró renacer. Comprendí que lo que sentía por ti era amor, una emoción que jamás había logrado olvidar. El dominio de Palpatine sobre mí, fue quebrantado. Súbitamente lo vi, no como mi Oscuro Maestro, sino como un pequeño y retorcido viejo, lleno de despecho y crueldad. Y aquella

asquerosa criatura, estaba matando a mi hijo. Supe lo que tenía que hacer. Aunque terminase matándome, tenía que salvarte.

—Padre, ¿cómo es que el Emperador estuvo tan cerca de vencer? Parecía que él me conocía por completo, incluso antes de que yo estuviese frente a su presencia. Sabía exactamente qué era lo que me tentaría a abrazar el Lado Oscuro.

Anakin replicó de manera seria:

—El Emperador podía anticipar muchas cosas a futuro. Antes de nuestro combate, él me dijo que no te convertirías al Lado Oscuro a menos que todo lo que era querido para ti, estuviese amenazado. Tus amigos, y la propia Alianza Rebelde, estaban en peligro mortal, obligándote a buscar el poder que no podrías encontrar en el Lado Luminoso de la Fuerza. Él te conocía bastante bien, y habría conseguido triunfar, si no fuera por el hecho de que a mí, no me conocía tan bien.

Luke sonrió sombríamente frente a la ironía. Palpatine había mantenido el instrumento de su propia destrucción a su lado por veinte años. Después de todo, su exceso de confianza, había sido su debilidad. Al final, un hombre que había sido un Jedi, había vengado contra su conquistador, a todos los de su clase.

—Yoda me ha dicho que tienes frente a ti, un destino grandioso, Luke. Dice que restaurar a los Jedi, lograrás. Disculpa, que lograrás restaurar a los Jedi. Yo confío en ti, hijo mío. Algún día, llegarás a ser un Maestro Jedi. A través tuyo, los Jedi regresarán.

Luke le sonrió a su padre. Anakin había empezado a desvanecerse.

—Ahora debo dejarte, Luke. Mantente firme, y ten la seguridad de que algún día, encontrarás el amor. Que la Fuerza te acompañe, siempre.

—Adiós, Padre —dijo Luke, sintiéndose entristecido.

La silueta del padre de Luke resplandeció y se esfumó, dejando a Luke solo en el claro iluminado por la luz de las estrellas.

—*Y que tú siempre permanezcas con la Fuerza, Padre* —pensó Luke. En lo profundo de su corazón, sabía que los Jedi ya habían regresado.

Notas

[1] Force Nexus: Término empleado para referirse a cualquier localización o circunstancia en donde la Fuerza, o algún aspecto particular de la Fuerza, es inusualmente fuerte. N. del T. <<

[2] Force Nexus: Término empleado para referirse a cualquier circunstancia o localización en donde la Fuerza, o algún aspecto particular de la Fuerza, es inusualmente poderoso. N. del T. <<

[3] Bevel Lemelisk: infame científico que empezó a trabajar en tiempos de la Antigua República. Colaborador habitual del doctor Walex Blissex, sin embargo, Lemelisk demostraba impulsos más agresivos. Uno de los primeros diseños de Lemelisk, fue un caza de combate para el pueblo geonosiano, en clara colaboración con los separatistas del Conde Dooku. Se cree que producto de dicha colaboración, Lemelisk se hizo con los diseños geonosianos para construir una estación espacial acorazada. N. del T.
Palpatine consideró a Lemelisk responsable de la falla de diseño que llevó a la destrucción de la Estrella de la Muerte. Lo hizo ejecutar y después lo resucitó como clon para que trabajara en la segunda Estrella de la Muerte. Durante el desarrollo, repitió seis veces más su ejecución y resurrección. N del Editor. <<

[4] ISB: Imperial Securiry Bureau. Oficina de Seguridad Imperial. N. del T. <<

[5] En el original se consigna el planeta Horuz. Se ha decidido corregir el texto, de acuerdo al conocimiento que es de dominio general, al igual que en las otras menciones del planeta en cuestión. N. del T. <<

[6] Los ssi-ruuk, o ssi-rru en singular, constituían una especie reptiliana originaria del planeta Lwhekk en las regiones desconocidas de la galaxia. Uno de los motivos por los cuales los ssi-ruuk suscitaban tanta polémica, era por que eran ciegos a la Fuerza, por lo que ningún ssi-rru jamás pudo aprender los caminos de la Fuerza, ni tampoco convertirse en un Jedi, un Sith, o en cualquier otro tipo de adepto de la Fuerza. Sin embargo, alguien sensible a la Fuerza, podría detectar a un ssi-ruu, e incluso ejercer su influencia sobre él. N. del T.
Durante la confusión que siguió a la batalla de Endor, los ssi-ruuk decidieron que era el momento oportuno para expandir su imperio e invadieron el planeta Bakura, pero fueron derrotados por una inédita alianza entre fuerzas del Imperio y de la Alianza Rebelde. N. del Editor. < <

STAR WARS

EL ECLIPSE DEL EMPERADOR

BRENDON J. WAHLBERG

Las cosas no han salido como estaban planeadas. La derrota en Endor, y la muerte de otro de sus cuerpos, suponen un duro revés para el Emperador.

Sin un clon preparado para reencarnar inmediatamente, y en medio de las disputas sucesorias de sus consejeros, Palpatine deberá recurrir a Sate Pestage y Mara Jade para sobrevivir.

STAR WARS

Emperador oscuro 4

El eclipse del Emperador

Brendon J. Wahlberg

LEYENDAS

Esta historia de fan-fiction toma elementos de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: The Emperor eclipsed*
Autor: Brendon J. Wahlberg
Publicado originalmente en TheForce.net
Publicación del original: 1997

4 años después de la batalla de Yavin. Poco después de la batalla de Endor.

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath
Revisión: (sin revisar)
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
09.03.19
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

EPISODIO IV
EL ECLIPSE DEL EMPERADOR

Todos presumen que el Emperador ha sido destruido junto con la estrella de la muerte en Endor. El trono de toda una civilización galáctica ha quedado vacío.

Pero Palpatine ha logrado sobrevivir en la mente de la Mano del Emperador, Mara Jade. El Gran Visir Sate Pestage debe conseguir que concurra al planeta Byss con el fin de restaurar a su maestro.

Ahora, una nueva amenaza empieza a hacerse evidente, mientras un poderoso consejero imperial planea reclamar tanto el trono vacante, como a Mara Jade, para sí mismo…

CAPÍTULO I

El Gran Visir del Emperador, Sate Pestage, había llegado a enterarse de que su Amo estaba muerto, mucho antes que ninguna otra persona en el Palacio. El mensaje que había aparecido en su terminal codificado de la HoloNet, no dejaba lugar a dudas en su mente. Una vez que lo hubo descifrado, empleando los códigos que tan sólo eran conocidos por el Emperador y por él mismo, Pestage supo que el Imperio había perdido su oscuro centro de gravedad. De igual manera que el agujero negro en medio de la galaxia, Palpatine había sido el eje alrededor del cual giraban los destinos de todos los seres que habitaban el Imperio. Ahora, sin su presencia, el Imperio empezaría a girar descontroladamente, encaminándose al desastre. Pestage sintió que la desesperación empezaba a hacer presa de su ser. Él había encontrado que el sentido de su vida, estaba en prestar sus servicios al Emperador. Sin aquel propósito, el vacío seguramente terminaría por devorarlo. Pero el Gran Visir no podía permitirse caer en la desesperación ni en el olvido. Le había sido confiado el transformar aquella derrota en una victoria, el hacer que el orden emergiera del caos, para restaurar la esperanza. Palpatine, su Emperador, dependía de él.

Pestage revisó el contenido del mensaje una vez más, perplejo frente a sus crípticas líneas, como solía ser usual.

> *Mi viejo amigo, el hecho de que estés leyendo esto, significa que ha venido a ocurrir lo peor. He alcanzado el nexus que temía, y no he logrado sobrevivir. Pero tú no debes darte por vencido. Si alguna vez te has considerado mi servidor, pues ahora es el momento en que más debes poner todas tus habilidades a mi servicio. Debes hacer que Mara Jade concurra a la Ciudadela, en Byss. Nadie, ni siquiera Jade, debe ser informado de las motivaciones de dicho viaje, pero si consigues tener éxito, yo lograré ser restaurado. Todo el Imperio está en tus manos.*
>
> *Palpatine*

Con un dedo cadavérico, Pestage oprimió la tecla de borrado.

Sabía que nadie más debería tener acceso al contenido del mensaje. Los malos tiempos estaban llegando. Ahora existía un vacío de poder, y con toda seguridad, alguien se apresuraría a intentar ocuparlo. Sin embargo, nadie tenía derecho al trono, con excepción de su Amo. Ni siquiera Pestage mismo podía pensar en reclamarlo. Pero aquellos que quisiesen robar el trono, también estarían dispuestos a matar para conservarlo, y aquello significaba que la vida de Pestage se encontraba en peligro. De manera doble, si es que los usurpadores llegaban a conocer de la existencia de dicho mensaje. Ahora Pestage podía comprenderlo todo perfectamente. Palpatine había sido dado por muerto, en algún lugar cercano a Endor. Había ido a enfrentar a Skywalker, y aquello lo había llevado a un final catastrófico. Había llevado a un clon junto con él, pero evidentemente, no había llegado a poder disponer del mismo. Pestage conocía acerca de la presunta inmortalidad del Emperador —basada en su empleo de las técnicas de clonación—, así que sabía que no había salvación alguna para su Amo, si no lograba llegar hasta Byss. Sin la proximidad de un clon, Palpatine estaría perdido con seguridad. Aun así, las apariencias solían ser engañosas; sin embargo, tendría que confiar en ellas, ya que allí había una chispa de esperanza. Él tendría que depositar toda su confianza en su Amo, y él tendría que depositar toda su confianza en la Fuerza.

De improviso, Pestage se sintió muy avejentado, muy solitario, y completamente abrumado, mientras consideraba su propia frágil contextura.

—No es justo —musitó—. Este débil cuerpo no puede sostener semejante carga. Debo encargarme de restaurarte, cuando tú eras todo lo que me mantenía en pie… ¿qué es lo que has hecho? Has echado todo a las espaldas de un viejo hombre, cuya única fortaleza es su amor por ti. Quizás no sea suficiente. Pero yo… yo moriré en el intento de salvarte, si es que llegase a ser necesario. Para mí, no existe otro camino.

La cabeza de Pestage se quedó hundida sobre su pecho. Ahora, debía encargarse de llevar las terribles noticias del deceso del Emperador a Ars Dangor. No sentía ganas de apresurarse en ese cometido en lo más mínimo. Dangor no era un hombre que tomara a bien las malas noticias.

Mara Jade, la Mano del Emperador, fue la segunda persona en el Palacio en enterarse que Palpatine se encontraba muerto, y la única que lo había visto morir. Había permanecido de pie en medio del vasto y antiguo salón Manarai, frente al enorme ventanal que mostraba el sobrecogedor panorama de las distantes Montañas Manarai. Podía apreciar la desmadejada Ciudad Imperial que cubría todo el valle, de manera similar a un océano, con sus ondas metálicas estrellándose contra las severas bases rocosas de los alejados picos montañosos. La ciudad palpitaba intensamente con el bullicio de las diferentes actividades de sus habitantes, pero muy por encima de ellos, Mara había encontrado este lugar sereno y despejado que se acomodaba perfectamente a sus inmensas necesidades de meditación. Había estado sintiéndose atormentada por la ansiedad y por la culpa durante muchos días.

Ahora, se sentía abrumada por el hecho de que algo terrible estaba a punto de suceder, y por encima de ello, porque sentía que todo eso estaba precipitándose debido al fracaso de su última misión.

Mara había sido convocada a la presencia de su Maestro hacía tan sólo algunas semanas atrás, a través de una orden mental. Se había abierto camino hacia las cámaras privadas del dominador de la galaxia. Sabía que cada cortesano que la veía pasar, apreciaba su ineludible belleza, y concluía que era el instrumento de placer de Palpatine. Aquel concepto errado, aquella infravaloración, le acomodaban perfectamente. Hacían que su trabajo fuera mucho más fácil. Ya que Mara Jade era en realidad la Mano del Emperador, una agente especial de campo que se hacía cargo de las tareas que no podían ser asumidas por toda una legión de soldados de asalto. Era una asesina y una espía, una versátil extensión de la voluntad de Palpatine. Él la había entrenado personalmente en el dominio del Lado Oscuro, de tal manera que Mara podía *escuchar* sus órdenes mentales desde cualquier rincón de la galaxia. Esta última habilidad la hacía especialmente útil para el Emperador, ya que a menudo, ella se aventuraba en lugares en donde la comunicación era imposible, de tal manera que podía llevar a cabo Su Voluntad de forma inmediata, y con tanta efectividad, que era imposible de ser igualada por otros agentes operativos.

Cuando llegó a las habitaciones de Palpatine, Mara se deslizó en

su interior con un leve balanceo de sus graciosas caderas, con la intención de despejar las dudas de un sorprendido consejero que se encontraba esperando a las puertas del Emperador. Logró atisbar un chispazo de rabia en los ojos del consejero, quien sabía que tendría que permanecer esperando aun por más tiempo, mientras el Emperador terminaba de regocijarse, y se decidió a entrar sin más ni más. Las habitaciones de Palpatine estaban escasamente decoradas, y a pesar de estar bien iluminadas, podía percibirse una sensación de oscuridad en su interior.

—Adelante, Mara Jade —dijo Palpatine desde una recámara colateral. Lo encontró frente a una diminuta galería de sables de luz y artefactos de los Jedi, cada uno de los cuales representaba una amenaza que había sido conjurada—. Tengo una misión para ti, una que se va a acomodar bastante bien a tus capacidades.

La asesina imperial decidió permanecer muy cerca de él, mientras el Emperador deslizaba una mano paternal sobre sus cabellos de color rojo dorado. En cierto sentido, él era su padre. Los progenitores de Mara habían muerto cuando todavía ella era muy joven, y no lograba recordar muchas cosas de ellos. Palpatine la había traído a Coruscant, y ella había crecido allí, pensando en el Emperador como una figura paterna, a pesar de sus infrecuentes contactos. Cuando llegó a la edad adecuada, él le había revelado los especiales planes que tenía para ella, y Mara se había sentido muy regocijada. Había experimentado un inicio no demasiado auspicioso como su asesina personal, pero sus muchos éxitos subsecuentes, la habían hecho merecedora de todos sus elogios, de tal manera que eventualmente, habían desarrollado una fuerte relación funcional. Incluso desde aquellos tempranos tiempos, había representado un orgullo el servirle como su agente, erradicando a sus malvados enemigos, y dando fin a sus maquinaciones. Y ahora, tenía otra oportunidad de hacer exactamente las cosas para las que había sido entrenada.

—¿Qué necesita que haga? —le preguntó de manera ansiosa.

—Ya te he contado acerca de cómo Lord Vader le propuso secretamente una alianza al joven Jedi, Luke Skywalker. A pesar de la pobre capacidad de juicio de Vader, desearía mantenerlo como mi servidor. Por ello, la tentación debe ser retirada de su sendero. Vader no debe ver la intervención de mi mano en todo esto… es por

eso que te he escogido a ti, mi confiable asesina. El Jedi debe ser muerto, porque sólo de esa manera, estando solo, Vader no se atreverá a anteponer su independencia, y las cosas regresarán a la normalidad. Pero hay otra razón más importante para esta asignación que te hago. Te he contado acerca de mis visiones concernientes a Skywalker —le dijo Palpatine calladamente—. Sabes que creo que debo enfrentarlo, y que existe cierta… incertidumbre con respecto al resultado. Me temo que la Fuerza misma esté conspirando en mi contra. Pero tú y yo, mi querida Mara Jade, tú y yo lograremos hacer que el destino se enderece. Skywalker jamás llegará a representar ningún problema para mí, si es que muere en tus manos.

Palpatine hizo una pausa, como para permitir que todo lo que acababa de decir, quedara impregnado por completo en la mente de su asesina.

—Tengo información de inteligencia con respecto a que Skywalker está dirigiéndose a Tatooine para rescatar a su amigo, el corelliano, quien está en poder del Señor del Crimen local, un hutt. Tomarás ventaja completa de este conocimiento, y lo interceptarás en Tatooine. Allí te encargarás de que nuestro joven Jedi encuentre una muerte prematura —el Emperador sonrió de manera cálida, conspirativa—. Los detalles, se los dejo a tu competente cerebro.

Mara Jade se sintió inundada por una marea de sentimientos de determinación, de orgullo, así como de ira contra Skywalker. Ira de que semejante joven terrorista pudiera ser la causa de la más ligera vejación en contra de su amado Emperador, o de permitir que se constituyese en una amenaza potencial para él.

—Será hecho —dijo ella con convicción— como usted lo está ordenando.

Mara había viajado hasta aquella abandonada bola de arena, y se había infiltrado en el «Palacio» de aquella grotesca babosa, como una bailarina de nombre Arica. ¡Cuánto le había disgustado el tener que realizar sus presentaciones para semejante babeante monstruosidad! Pero aparentemente, su delgada figura y su resplandeciente cabello, habían terminado por llamar la atención del hutt desde el preciso momento en que la vio. Se trataba de una situación degradante, pero era una buena tapadera. Había decidido esperar pacientemente, pasando su tiempo entre la enfermiza y

abigarrada variedad de individuos que se amontonaban dentro de la fortaleza del hutt. Luego, finalmente, unos pocos días después, Skywalker se había hecho presente, caminando hacia el interior del Palacio con una arrogante auto-confianza, que había despertado en ella una mezcla de emociones. Mara hubiera sido capaz de alojar un tiro en su cabeza, pero había sido detenida por la empleada de Jabba, Melina Carniss. ¡Carniss había asumido que ella deseaba asesinar a Jabba! Como si Mara pudiese desperdiciar su tiempo en semejante porquería. Al final, había logrado escapar de Carniss, pero para aquel momento, Skywalker ya había matado a la mascota-monstruo de Jabba, y se había ganado el encono personal del rencoroso hutt. El Jedi iba a ser ejecutado en algo llamado la Fosa de Carkoon. De improviso, todo había empezado a girar, hasta quedar fuera de control. Ella deducía que Skywalker debía portar un sable de luz escondido, y que el hinchado hutt no sería capaz de sobrevivir a las habilidades del Jedi. Estaba segura de que, a menos que interviniese para asegurarse de que Skywalker terminase muerto, éste lograría escapar.

Así que solicitó ir con Jabba a bordo de la barcaza velera. Pero de alguna manera, Jabba había logrado tener un atisbo acerca de sus verdaderas motivaciones. Deseando quedarse con Skywalker para sí mismo, la había despedido sin darle mayores explicaciones. Ella incluso había intentado emplear sus habilidades de la Fuerza sobre él, pero no había conseguido nada. De esa forma, la barcaza velera y sus prisioneros, habían terminado por dejarla de lado. Un día después, Bib Fortuna se había abierto paso de regreso al Palacio, siendo el único sobreviviente de lo que para él constituía, una sorprendente debacle. Jabba estaba muerto, también Boba Fett, y el Jedi había logrado escapar. Mara se sentía consumida por una rabia descontrolada. Fortuna, ya de por sí bastante ocupado con las tareas de asumir el liderazgo de la organización, ni siquiera se había dado cuenta de que ella había decidido partir.

Regresó a Coruscant rumiando su desgracia, pero era la única que lo sabía. El Emperador ya había partido a Endor, en donde planeaba atrapar a la Flota Rebelde. Ni siquiera la había contactado, ni tampoco había tomado conocimiento del fracaso de su misión. Pero se había visto forzado a partir y a encarar sus más recónditos temores, debido a que Mara había fallado en su

cometido. Permaneció preocupada, y con una sensación de derrumbe inminente pendiendo sobre ella por varios días, hasta que finalmente llegó al antiguo salón para poner en práctica las habilidades de meditación que Palpatine mismo le había enseñado, intentando hallar una vía de escape para su profundo malestar. Trató de contactarse con su Maestro, de manera calmada y delicada, pero la mente de aquel permanecía cerrada para ella. No podía *sentirlo*. Entonces, justo cuando se encontraba sumida en medio de un estado de profunda meditación, permitiendo que la Fuerza fluyera a través de su cuerpo, una visión de Palpatine la golpeó como si se tratara de una explosión silente. Sus ojos se abrieron desmesuradamente producto de la sorpresa, pero el panorama, similar a la visión de una montaña lejana, se encontraba completamente desdibujado por unas siluetas agrandadas que flotaban delante de ella, y que parecían ser más reales que la habitación en la cual se encontraba. El Jedi, Skywalker, y el Oscuro Señor del Sith Lord, Darth Vader, permanecían sosteniendo un enfrentamiento mortal delante de un Palpatine, el cual continuaba estando sentado. Detrás de su Maestro, un ventanal circular se abría hacia las estrellas. Un momento después, logró ver que Skywalker hacía un gesto que le indicaba algo a Vader, y ambos se movieron juntos para atacar a Palpatine con sus sables de luz… con la intención de asesinarlo. Logró distinguir su rostro en medio de aquellas amenazantes formas que se aproximaban hacia él, cerrando la brecha que los separaba de su trono. Él se encontraba mirándola directamente a ella. Aquella sensación de sentirse traicionado, brillaba intensamente en sus amarillentos ojos —logró distinguir su mirada de rabia y de terror—. En sus últimos instantes, un mensaje cristalino como el agua llegó hasta su persona, de manera tan fuerte, que podría haber jurado que el Emperador se encontraba en aquel ambiente junto con ella.

—¡DEBES ELIMINAR A LUKE SKYWALKER!

Se trataba de su última orden. Vader and Skywalker lo abatieron sin misericordia, y la visión se terminó por desvanecerse. Mara Jade se desplomó sobre el piso, sumida en la inconsciencia.

El Emperador Palpatine sabía que no se encontraba muerto, pero

que tampoco se encontraba vivo exactamente. Al mismo tiempo que la Estrella de la Muerte empezaba a hacer explosión, se abrió a la Fuerza para conectarse con la mente de Mara Jade. Se trataba de su única opción, dada la ominosa necesidad de un escape inmediato. Habiéndola hallado, logró establecer un lazo especial entre ambos, a través del cual podría emplearla como un «anclaje de espíritu». Un momento después, los soldados de asalto y los oficiales que se encontraban alrededor de él, empezaron a aullar descontroladamente como parte de sus horrorizadas percepciones de la llegada de aquel final inmisericorde, mientras que de manera simultánea, una bola de fuego devoraba el aire que había en los corredores, y resquebrajaba las superficies del piso, abriendo una puerta hacia el mismo infierno. El dolor que Palpatine sentía, parecía consumirlo todo, pero fue breve. El cuerpo de su clon fue vaporizado. Sintió que su conciencia se estrechaba, volviéndose imposiblemente tenue, lo suficiente como para atravesar la enorme brecha desde Endor hasta Coruscant. Con un violento chasquido, se estrelló desesperadamente en el interior de la mente de Mara Jade. Se acurrucó alrededor del nodo sensitivo de la Fuerza en el cerebro de la mujer, intentando recuperar la coherencia de sus percepciones; la no tan breve trayectoria había sido suficiente para dejarlo severamente desorientado. Por un momento que le había parecido eterno, había estado expuesto a la caótica fuerza de disolución del Lado Oscuro. Si ésta hubiese sido capaz de reclamarlo, habría sigo engullido por su locura para toda la eternidad. Pero ahora la viviente y organizada mente de Mara Jade, le había provisto de un refugio seguro en contra de aquel caos. Se encontraba a salvo.

Pero había sucedido algo que no había esperado. La mayor parte de su poder oscuro le había sido arrebatado, habiendo quedado atrás, en medio del espacio que circundaba Endor. Ocurría simplemente que la mente de Mara Jade no hubiese podido contenerlo. De manera adicional, el estado de su conciencia no era como lo que habría esperado, después de haber estudiado los «anclajes de espíritu». Era diferente con respecto al Lado Oscuro, ahora llegaba a saberlo. No se encontraba completamente embebido en la Fuerza, pero al mismo tiempo había logrado retener su individualidad. Esto era más como una especie de posesión. Peor

aún, era como una clase de aprisionamiento. Palpatine era un huésped que no podría sobrevivir si es que deseara marcharse.

Y de aquella forma, disminuido, despojado de su forma y de su poder, y casi derrotado, el antiguo Maestro del Lado Oscuro de la Fuerza, se aferraba a la mente de Mara Jade para lograr sobrevivir, mientras lentamente volvía a ser sí mismo.

Ahora, su objetivo principal era conseguir su restauración. No había sucumbido al pánico en el momento final, y eso había sido algo crítico en medio de aquella situación. En lugar de ello, había enviado un mensaje a Sate Pestage, con la esperanza de que lograse convencer al Gran Visir de trasladar a Jade hasta Byss. Allí podría abandonar la mente de Mara, y re-ingresar a uno de sus cuerpos clonados. Incluso desde el mismo momento en que hacía la transición para ingresar en la mente de su servidora, había creado para ella, una falsa visión de su deceso, calculando que no dudaría en culpar a Skywalker por su muerte. Palpatine aun ansiaba cobrarse la venganza, y todavía sentía que Mara Jade era la persona más adecuada para llevarla a cabo. Pero debía tener la completa convicción de que el muchacho debería morir. Desde su posición al interior de su mente, Palpatine realizaría sus mejores esfuerzos para alentar aquella convicción. Skywalker tenía un desafortunado talento para convertir en aliados a sus enemigos, y no podía permitirse el lujo de que aquello sucediese con Mara.

A pesar de todo lo que había perdido, el juego todavía no había terminado. El poder del Emperador simplemente había sido eclipsado por un tiempo, y se había jurado a sí mismo, que no pasaría mucho antes de que su nombre volviese a inspirar miedo a través de toda la galaxia.

Todavía rumiando las percepciones de su falta de capacidad, Sate Pestage golpeó delicadamente la puerta del Consejero Principal del Emperador, Ars Dangor. Había estado caminando lentamente a través de los ornamentados salones del Palacio, contemplando desconsoladamente lo que percibía como un terrible vacío. Los consejeros y los oficiales gubernamentales a los que sobrepasaba sin dedicarles ni una sola mirada, no tenían conocimiento en absoluto del desastre que había ocurrido. Ellos andaban ocupados en sus

negocios, en medio de una maravillosa ignorancia, y el vasto cuerpo del Imperio continuaba avanzando pesadamente, sin llegar a comprender que había sido decapitado. Las malas noticias se estaban deslizando como una roca hirviente al interior de los intestinos de Pestage. Tendría que compartirla con alguien, o terminaría por abrasar sus entrañas. La primera persona a la que tendría que decírselo, era a Dangor, quien se encargaba de muchos de los detalles del día a día que implicaban tener en funcionamiento todo un Imperio. Después de Palpatine y del propio Pestage, Dangor ostentaba el mayor poder en el gobierno. Él sabría qué hacer para evitar que la galaxia entera quedase sumida en el pánico. Tarde o temprano, las noticias procedentes de los elementos militares sobrevivientes de Endor, y las comunicaciones de las fuerzas de la Alianza, terminarían por llegar. El gobierno en Coruscant tendría que estar preparado para evitar que el golpe lo desmoronase.

La puerta se abrió, y por un instante irracional, a Pestage le pareció ver a Palpatine, regresando milagrosamente de entre los muertos, de pie allí, arropado por una capa negra con una profunda capucha. Pero unas manos jóvenes se las compusieron para retirar hacia atrás la capucha, revelando las facciones de Ars Dangor. A diferencia de los otros consejeros, Dangor solía vestir de manera similar a Palpatine.

Sin percatarse de la perplejidad de Pestage, Dangor le preguntó delicadamente:

—¿A qué debo el honor de su presencia, Gran Visir?

Recuperándose de la sorpresa, Pestage le contestó:

—Consejero Principal Dangor, necesito hablar con usted en privado, acerca de un asunto muy grave. ¿Puedo entrar?

—Entre —dijo Dangor, moviéndose a un costado, y haciéndole una invitación con sus brazos todavía enfundados en sus túnicas.

Pestage ingresó en un juego de habitaciones que, de manera poco sorprendente, imitaba el ascetismo de quien había sido su último Emperador. Miro de frente a Dangor, inseguro de cómo debería empezar. ¿Cómo hacer que semejante calamidad pudiera ser expresada a través de unas simples palabras?

Dangor aguardó pacientemente, y después de unos momentos, Pestage dejó escapar las únicas frases que pudo articular.

—Palpatine está muerto, y nosotros debemos evitar que colapse

el Imperio.

Dangor se quedó contemplando a Pestage, al parecer, habiéndosele retirado el habla. Transcurrieron varios angustiosos segundos. El Consejero Principal lucía consternado, pero sus pensamientos se sucedían unos a otros, a mil por hora.

Palpatine… ¡tonto de ti! ¡Maldito seas, así como tus desmedidas obsesiones! Skywalker. Endor. Estamos perdidos, a menos que…

—¿Murió en Endor? —exigió saber Dangor—. ¿Fue muerto por Skywalker? No, eso no importa ahora. Él está muerto… le advertí que no siguiera ese derrotero. Se lo advertí. Se puso a sí mismo en riesgo en una estación de combate inacabada, ¡tan sólo para atrapar a un muchacho! Deberíamos haber terminado la Estrella de la Muerte, y barrido la Rebelión planeta por planeta. Esto no tenía que haber ocurrido… él no tenía que haber muerto…

No estoy preparado para esto —pensó—. *Debo comunicarme con Ysanne Isard de inmediato. En este momento, debemos movernos rápidamente. Pero primero, debo poner una cara tan buena como me sea posible…*

Dangor se dio vuelta, temblando al interior de sus vestimentas.

—Realmente nunca pensé que él podría morir, ya sabe. Incluso cuando él se ponía viejo, de alguna forma era capaz de regenerarse a sí mismo, de volver a adquirir su juventud. Yo pensaba que sería capaz de ofrecerle mis servicios por el resto de mi vida —e incluso más allá, si es que él compartiese sus secretos conmigo—… yo habría estado satisfecho.

—Consejero Principal —lo apremió Sate Pestage—, la razón por la que he venido ante usted en primer lugar…

—Sí, Sate Pestage. El Imperio no debe caer —Dangor empezó a hablar precipitadamente—. Estaba en lo correcto al decir eso. Se necesita un Emperador. Una figura fuerte debe ser colocada en el trono tan pronto como sea posible, alguien a quien la gente conozca y respete. Debemos convocar una reunión de emergencia con los consejeros, con los Moffs, y con la COMPNOR[1], para superar esta crisis de liderazgo. Sate Pestage, no abrigue el menor temor de que saldremos de todo esto con el Imperio intacto. Me encargaré de todo esto inmediatamente. Debemos bloquear la información procedente de Endor, y hacer regresar a tantas naves de la Flota como podamos, hasta aquí, a Coruscant. La CompForce[2] deberá

encargarse de suprimir cualquier acto potencialmente traicionero por parte de aquellos que deseen tomar ventaja de la situación, para cristalizar sus propios objetivos. Tenemos muchas cosas por hacer. Y, Gran Visir, debemos mantener intactas nuestras esperanzas, a pesar de que tengamos que luchar con nuestros propios sentimientos de desesperación. Vaya en paz.

Y antes de que Pestage se diera cuenta, había sido expulsado hacia el pasadizo. ¿Qué era lo que realmente había sucedido allí? Había estado esperando alguna clase de estallido por parte de Dangor —el infame hombre era conocido por eso—. Y en lugar de ello, parecía sentirse tan sólo afligido a medias. Sin embargo, había hablado como alguien que hubiese adivinado lo que iba a suceder, y que estuviese preparado para lo peor. *«Le advertí que no siguiera ese derrotero»*. ¿Qué estaba maquinando Dangor, al mandar lejos a Pestage de una manera tan apresurada? Algo de la pequeña proclama de Dangor no dejaba tranquilo al Gran Visir. Dangor había parecido estar demasiado preparado para lidiar con las malas nuevas, y si eso fuera verdad, entonces…

—«Una figura fuerte debería ser colocada en el trono…». Pero yo no tengo madera para hacerlo…

Pero por supuesto. Ahora, todo le quedaba claro a Pestage. Dangor estaba planeando coronarse a sí mismo como el nuevo Emperador.

Pestage se apresuró a regresar a sus habitaciones, con sus pensamientos completamente convulsionados. ¡Dangor como nuevo Emperador! No podría permitir que eso sucediera. ¿Pero tendría el poder para impedirlo? ¿No estaría poniendo en riesgo su propia existencia al intentarlo? Dangor tenía una reputación bien ganada de encargarse despiadadamente de sus enemigos. Justo en aquel preciso momento, la vida de Pestage ya no le pertenecía. Su Amo dependía de él para su propia supervivencia. Cuando llegó a sus habitaciones, se sentó en su terminal privada. Palpatine mantenía registros de todo, y Pestage era el Albacea del Archivo Personal del Emperador. La documentación referente a sus más secretas comunicaciones, se encontraba allí. Había una gran cantidad de información que podría ayudar de manera inconmensurable a Ars Dangor en sus ansias de poder, y no debía permitir que cayese en sus manos. Pestage digitó un largo y elaborado código que clausuró

permanentemente los archivos. Ahora, nadie podría obtener acceso a los secretos del Emperador. Sólo Palpatine conocía el código requerido para volver a abrirlos.

Pestage se reclinó hacia atrás, y respiró lentamente, intentando calmarse. Simplemente no había esperado todo esto, pero en retrospectiva, era algo que cabría esperar. Bueno, había poco que pudiera hacer en este momento, así que tendría que dedicar sus mayores esfuerzos a encontrar a Mara Jade. ¿En dónde podía esconderse una asesina imperial, en qué lugar desconocido para los demás, si es que se diera el caso de que su Maestro muriese? Pestage mantenía la desesperada convicción, de que quizás todavía no hubiera logrado enterarse de los acontecimientos de Endor, y en consecuencia, haber decidido marcharse de Coruscant por su propia seguridad.

Al mismo tiempo que Sate Pestage andaba preguntándose en dónde podría estar Mara Jade, ella se encontraba segura en una cama de recuperación en el Hospital de la Antigua República, no muy lejos del Palacio. Había sido encontrada inconsciente en el Salón Manarai, con una actividad cerebral peligrosamente baja. Había sido llevada al Hospital para su tratamiento, y ahora se encontraba recuperándose en una habitación privada, estando ya fuera de peligro. Después de un sueño corto, ella empezó a moverse, se giró y tiró las frazadas al piso, al tiempo que murmuraba:

—Skywalker… tú lo mataste… yo… voy a matarte…

Profundamente dentro de su mente, Palpatine había estado provocándole sobrecogedoras pesadillas.

Mara había podido ver el Salón del Trono en la Estrella de la Muerte, pero las únicas áreas claramente distinguibles, eran el trono y los escalones que conducían hacia él. Las distantes paredes se perdían como en medio de una bruma, y el ventanal detrás del trono, parecía permanecer opacado por una absoluta oscuridad. El trono se encontraba de espaldas a ella, pero logró distinguir una oscura figura en medio de la penumbra, parada detrás de él, una silueta apenas visible contra la silueta del ventanal. Pudo percatarse de la presencia de un zumbido apagado, y luego, la sombría figura levantó un sable de luz, iluminando su rostro. Se trataba de

Skywalker, y sus rasgos parecían una máscara revelando una expresión de sádico placer. Colocó una mano ensangrentada sobre el trono, y lentamente giró sus facciones, hasta encarar por completo a Mara. Ella sintió una punzada helada en sus partes vitales, cuando logró identificar al ocupante del asiento. Se trataba de Palpatine. Skywalker lo había disecado.

Por encima de una chamuscada pila de sus extremidades, se encontraba la cabeza del antiguo amo de la galaxia, cercenada, y mirándola directamente a ella. Un extraño patrón de quemaduras provocadas por un sable de luz, desfiguraba su rostro, como si se tratara de un boceto hecho de carbón. Ella casi podía distinguir un patrón definido en ellas. Luego Skywalker empezó a hablar, demostrando su regocijo, al señalar las partes cercenadas del cuerpo con un ademán.

—Son sorprendentes las cosas que uno puede llegar a hacer con un sable de luz —estaba diciendo.

Luego señaló hacia un enorme cúmulo de color negro en el borde de la bruma.

—Ése es Vader, o al menos, lo era. Atacamos juntos al Emperador. No pudo defenderse de ambos al mismo tiempo, así que decidió derribar a la mayor amenaza. Pobre Vader. Él ansiaba mucho que compartiésemos el dominio del Imperio. Nunca pensó que yo lo utilizaría a él, que todo lo que yo deseaba, era que el Imperio se desmoronase. Sin embargo, creo que éste será un tributo adecuado para su persona.

Skywalker señalaba las marcas de quemaduras dibujadas sobre el rostro de Palpatine.

Súbitamente Mara pudo notar que los trazos se asemejaban a las líneas de la máscara respiratoria de Vader, y aulló furiosa. A pesar de que Palpatine se encontraba muerto, sus ojos se mantenían fijos sobre ella, pareciendo querer acusarla.

Nunca lograré descansar hasta que él esté muerto, parecían decir.

Con un salto rápido, ella pareció acortar la distancia que la separaba de Skywalker en un momento. Él se quedó congelado, producto de la sorpresa, como si fuera la primera vez que la veía. Mara se aferró con su mano a su garganta, haciendo que Luke se arrodillara, asfixiándolo. De manera delicada, la mujer levantó el sable de luz que había caído al suelo, y lo activó.

—Tú lo mataste, Skywalker —dijo siniestramente—. Ahora yo voy a matarte.

Su mano izquierda fue lo primero que le fue cortado.

En su cama del hospital, la atormentada expresión de Mara Jade empezó a dulcificarse, y una pequeña sonrisa tensa tomó su lugar.

Cuando Mara Jade despertó, tenía un dolor de cabeza insoportable. No se atrevía a sentarse, pero giró su cabeza hacia el droide Emdee que permanecía montando guardia a su lado.

—Tan sólo relájese, Mara Jade —intentó calmarla el droide—. Fue encontrada inconsciente en el Salón Manarai, en la sección antigua del Palacio. Casi cayó en coma, pero parece que logró recuperarse de aquel trauma. No logro encontrar signos de mayor compromiso. Cuando se sienta con fuerzas para ello, podrá marcharse. Le sugeriría buscar el consejo de un especialista. Nosotros no logramos descubrir la causa de aquel trauma, y quizás podría recurrir. Y ahora, ciudadana, tengo otros pacientes que atender. Le deseo que esté bien.

El droide empezó a alejarse.

—Gracias —susurró Mara a sus espaldas. Decidió que todavía debía permanecer recostada, considerando lo que le había pasado.

Aún podía evocar vívidamente su visión, y fragmentos de las pesadillas que revoloteaban por sus recuerdos. Todas habían sido referentes a matar a Skywalker. Sin embargo, él no se encontraba muerto. Todavía no. Supo que tendría que hacer algo con respecto a eso, pero en aquel momento, no se sentía en condiciones de hacer nada. Su Maestro estaba muerto. ¿Qué era ella sin él? ¿A dónde podría ir? Nadie la conocía, nadie sabía quién era en realidad. Nadie sabía el poder que poseía; todos la habían visto como la adorable acompañante del Emperador. En un parpadeo, lo había perdido todo. Quizás el único sentido que le quedaba a su vida, consistía en cumplir la última indicación de Palpatine, *eliminar a Skywalker*. Pues bien, lo intentaría, pero tendría que ser realista. Él no sería un blanco fácil, y podría tomarle años el hallarlo. Quizás lo mejor sería que abandonase Coruscant, aunque no tenía ni idea de a dónde podría dirigirse.

Pero primero, tendría que encargarse de aquel molesto dolor de

cabeza. Empezó a intentar canalizar la Fuerza para aliviar su dolor, y se vio sorprendida de no poder sentir la Fuerza en absoluto. Las paredes de su diminuta habitación, se veían como límites verdaderos. No podía sentir a nada ni nadie más allá de ellas. Era como haber perdido un sentido básico, como el de la vista o el de la audición. Sus percepciones potenciadas —algo que había llegado a dar por sentado—, se habían esfumado por completo.

Ahora Mara Jade estaba empezando a desesperarse. Se sentía terrible. Palpatine estaba muerto, y además, ahora también había perdido sus habilidades en la Fuerza. De alguna manera, ¿podía decir que sus capacidades dependían de que él hubiera estado vivo? Se sintió violentada, asaltada. El mayor obsequio del Emperador para con ella, le había sido arrebatado. Sin la Fuerza, ¿cómo podría siquiera pretender derrotar, por no hablar de tan sólo hallar, a un Jedi? Se quedó meditando por un largo rato, y finalmente decidió que definitivamente debería abandonar Coruscant. Quizás aquello disiparía las pesadillas con respecto a la muerte del Emperador. Llevaría consigo tan sólo una de las cosas que le habían pertenecido al Emperador. En sus habitaciones, seguramente encontraría el sable de luz que le había pertenecido al mentor de Skywalker, el Jedi Kenobi. Iría hasta allí para apropiarse de él, y luego se abriría camino hasta el espacio-puerto. Con aquella arma, la muerte de Skywalker sería mucho más satisfactoria.

CAPÍTULO II

Sate Pestage estaba acabando de dar sus instrucciones a un equipo de agentes de la ISB[3] para que rastrearan a Mara Jade y que la llevasen ante su presencia, cuando recibió un llamamiento y una notificación de parte de Ars Dangor, dirigida a los consejeros, Moffs, y a un selecto comité de la COMPNOR, todos los cuales deberían entrar en sesión en un plazo de dos horas. Pestage tomó conocimiento de que le sería necesario organizar sus respuestas frente al fiasco que había representado lo de Endor, aunque él no se encontrase directamente involucrado. Evidentemente, Ars Dangor percibía las cosas de manera diferente. Aun así, si Dangor estaba pensando en anunciar su candidatura para asumir el liderazgo del Imperio, requeriría el voto de aprobación de Sate Pestage frente a los demás consejeros.

Pues bien, no iba a obtenerlo. El Imperio lograría sobrevivir sin un Emperador hasta que el verdadero Emperador fuese restaurado. Pestage obedecería a semejante requerimiento, pero estaba ansioso de volver a ocuparse de la tarea de localizar a Mara Jade. Escogió las vestimentas que le parecían ser las más luctuosas, añadiéndoles tan sólo algunas joyas a lo largo del dobladillo, y empezó a alistarse. Con un poco de suerte, los agentes de la ISB lograrían su cometido mientras él se encontrase sesionando.

Mara Jade estaba que echaba chispas mientras aguardaba en el despacho de Ars Dangor, bajo la vigilancia de un soldado de la CompForce. Finalmente había abandonado el Hospital, pero antes de que pudiera ingresar en las habitaciones de Palpatine, había sido acorralada por este estúpido soldado.

—Discúlpeme —le había dicho, impidiéndole pasar, mientras consultaba su datapad—. Usted es Mara Jade, ¿no es correcto?

Ella no vio ninguna ventaja en negarlo.

—Sí, ¿de qué se trata? —le había increpado.

—Tengo órdenes de escoltarla al despacho del Consejero Imperial Principal Dangor para una entrevista privada. ¿Le importaría acompañarme?

Ella había aceptado, sin muchas ganas de montar una escena, y había terminado allí, sentada en el despacho de Dangor desde hacía más de una hora. Se volvió una vez más hacia el guardia, quien sin ninguna duda, habría representado una conversación muy poco estimulante.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó por cuarta vez—. ¿En dónde está el Consejero Principal?

—Ya se lo he dicho, no dispongo de esa información. El Consejero Principal llegará dentro de poco, para entrevistarse con usted.

Se quedó contemplando la pared más lejana, sin pronunciar ni una sola palabra más. Mara intentó abrir un agujero en la cabeza del hombre tan sólo contando con la ayuda de sus ojos, pero en lugar de ello, sintió como que tenía un agujero en su propia cabeza; su dolor de cabeza no había menguado, pero de alguna forma, había ido habituándose a su incómoda compañía. Algunos minutos después llegó Dangor, vistiendo aquellos ropajes de color negro tan similares a los de Palpatine. Ella se le quedó mirando con respeto, pero sin miedo.

—Mara Jade, querida mía, lamento haberte tenido esperando, pero éste ha sido un día muy ocupado. Gracias, guardia, puede retirarse.

Una vez que el guardia se hubo retirado, Dangor se acercó a ella, indicándole que tomara asiento en la parte interior más confortable de un pequeño sillón.

—¿De qué se trata todo esto? —le preguntó ella, sentándose.

—De acuerdo entonces, iremos directamente al punto —Dangor se puso de pie delante de ella—. Voy a decirte algo que tan sólo algunos cientos de personas conocen en este momento. Las noticias darán vuelta abarcando todo el planeta en tan sólo un día más, pero con un poco de suerte, estaremos preparados para ello. Ya lo ves, nuestro gran Emperador ha sucumbido. Fue muerto en batalla contra la Alianza Rebelde. Alguien debe tomar su lugar, y siento que esa persona podría ser yo…

Dangor la miró desconcertado.

—¿Te sientes mal?

Mara había estado reaccionando con una convincente sorpresa frente a las noticias de la muerte de Palpatine, pero cuando Dangor

había mencionado que se convertiría en el nuevo Emperador, su dolor de cabeza se había intensificado tremendamente. Había hecho un gesto de dolor, y colocado sus manos sobre sus sienes.

—No se preocupe, estoy bien; es tan sólo un dolor de cabeza que he estado teniendo. En verdad. Por favor, continúe… así que, ¿mi señor está muerto?

Mara logró refrenar el dolor, mostrando una expresión solemne.

—Sí, bueno —continuó Dangor—, el Emperador ciertamente hubiera querido que su trono pasase a alguien en quien él tuviese la mayor confianza —como es el caso de mi persona, que fui muy querido para él—, y a quien hubiera preparado para asumir el poder por una buena cantidad de años. Si llego a ser ungido, y el trono llega a ser mío, quiero que sepas que no te verás forzada a marcharte. Conozco la manera en que servías a Palpatine, y me agradaría retenerte para valorar esas habilidades.

Mara lo miró sorprendida. ¿Cómo es que podía saber acerca de la Mano del Emperador?

—Tú eres todo un trofeo —Dangor siguió hablando—. En verdad, eres adorable. Puedo apreciar el porqué Palpatine disfrutaba tanto de tu compañía, y en verdad, he sido un gran admirador de tu belleza por mucho tiempo. Con un gran poder llega una gran soledad, y alguien como tú podría hacer maravillas para evitar que me sintiese de esa manera.

Mara se quedó sin palabras. Su boca se quedó abierta, luego se cerró, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—No necesitas tomar una decisión en este momento, querida mía —dijo Dangor—, pero sería aconsejable que aceptaras. Se ciernen tiempos duros sobre el horizonte, y yo puedo proporcionarte protección y riquezas. Tan sólo piénsalo. Te veré de nuevo en algunas horas. Hasta entonces, Mara Jade.

Dangor realizó una pequeña inclinación, sonriendo, y luego llamó al guardia.

—Por favor, escolte a esta mujer hasta mis aposentos, y haga que se quede esperando mi regreso. Mara Jade, tengo negocios que atender, pero espero poder contar con el placer de tu compañía más tarde.

Dicho eso, el aspirante a Emperador salió de la habitación dando grandes zancadas hacia el pasadizo. Mara se sintió aliviada de verlo

partir. Si hubiera decidido quedarse, podría haber pensado en matarlo.

Ars Dangor encontraba poco agradable el tener que mirar a Ysanne Isard, la Directora de Inteligencia, directamente a los ojos. Uno de sus ojos era de un gélido color azul, mientras que el otro, era de una tonalidad rojiza volcánica. Él siempre se había sentido orgulloso de su reputación de ser alguien inmisericorde, pero esta mujer, en verdad, le hacía la competencia. Tenía la sospecha de que ella, con la misma facilidad, podría intentar deshacerse de él, así como ayudarlo a obtener el trono. Aun así, claramente se veía que le era útil en estos momentos, que Dangor se hiciera del mando. Se preguntaba cuánto duraría aquella situación. Quizás incluso ella querría reclamar el trono para sí misma. Pero Dangor sabía que el círculo interno del Emperador estaría en contra de permitir que una mujer los gobernase. Todos ellos eran un poco como el propio Emperador, y albergaban sus mismos prejuicios. De tal modo que Ysanne *«Corazón de Hielo»* Isard encontraría difícil el vencer su reticencia. La conclusión más evidente de todo ello, era que Isard iba a ayudar a poner a Dangor en el trono, y luego, intentaría manipularlo como una marioneta. Pues bien, encontraría que hacerlo no iba a ser algo tan sencillo. Palpatine, en un primer momento, había parecido ser como una marioneta para los hombres que le habían otorgado su poder, pero ellos rápidamente tuvieron que aprender la verdadera naturaleza del sujeto a quien le habían entregado el control. Isard tendría que aprender la misma lección con respecto a Dangor.

—Todo está listo —dijo Isard—. Todos se encuentran congregados en el Salón de Conferencias, esperando por ti. Si logras emplear la información que te hice llegar con respecto a nuestro fallecido Emperador, todo irá de la mejor manera. Tan sólo asegúrate de encargarte de Sate Pestage de la manera en que te he indicado. No podemos tener a otros postulantes haciendo confusa la situación en este momento.

—¿Realmente debe morir? —le preguntó Dangor—. Hemos servido juntos por un largo tiempo. Quizás, ahora, él podría servirme a mí. Sería una lástima que…

—Él debe morir. De otro modo, no podremos acabar con el obstáculo que representa para nosotros. Él acaba de sellar los archivos del Emperador, en su intento por bloquear tu ascenso. No permitas que tus tontos sentimentalismos interfieran con lo que es necesario hacer.

—Comprendo las diferencias —dijo Dangor bruscamente.

—Correcto. Deseo que todo esto transcurra de la mejor manera. De acuerdo. Es hora de ir y reclamar el trono que por derecho te corresponde, Consejero Principal Dangor.

—Estoy preparado… Directora Isard.

Mientras caminaba con el guardia rumbo a las habitaciones de Dangor, la cabeza de Mara Jade estaba dando vueltas. Su jaqueca era terrible, y el concepto que Dangor tenía de ella, era de improviso degradante y humillante, a pesar de todo lo que había hecho ella para contribuir a que fuera así. Deseaba escapar del Palacio, escabullirse sin ser notada, junto con el sable de luz de Kenobi. Pero en aquel momento, se veía forzada a jugar el presuntuoso juego de Dangor. El cual no podría ser peor que el haber estado bailando para el hutt, allá en Tatooine.

El guardia le permitió el acceso a la recámara de Dangor, y luego cerró la puerta; sin la menor duda, se quedaría vigilando por fuera de la misma. Se trataba de un soldado de la CompForce, fanáticamente leal al Nuevo Orden. Su sentido de pertenencia a su organización, estaba por encima de cualquier otra cosa.

Mara contempló los escasos muebles y la austera decoración. Comprendió que se trataba de una imitación barata de las habitaciones de Palpatine, el cual había decidido tolerar la imitación de Dangor, en función a su competencia y a su lealtad, pero realmente nunca había pensado que el Consejero Principal fuera alguien demasiado inteligente. Mara sabía que su Maestro jamás le otorgaría un poder tan grande a nadie con las habilidades suficientes como para constituirse en su rival. No le quedaba duda de que, si estuviera vivo, estaría completamente furioso de que Dangor incluso pudiera pensar que daba la talla para poder gobernar. La cefalea de Mara empezó a hacerse más fuerte, y empezó a gemir por lo bajo. Se dio cuenta de la presencia de la

terminal de computadoras en una de las esquinas, y, con una mano sosteniendo su cabeza, se sentó frente a ella. Una cosa le quedaba clara: no iba a quedarse allí esperando sin hacer nada. Presenciaría exactamente todo lo que el Consejero Principal tenía planeado hacer.

Mara obtuvo acceso a las cámaras de seguridad del Palacio, empleando los mismos códigos de acceso que le había entregado Palpatine. Navegó por docenas de vistas diferentes, antes de que una de ellas atrajese su mirada; la de un enorme salón repleto de gente. Era el Salón de Conferencias Principal, en donde Ars Dangor tradicionalmente daba sus discursos en representación de Palpatine, los cuales eran transmitidos a todo lo largo y ancho de la galaxia a través de la HoloNet. Logró reconocer los uniformes de los líderes de la COMPNOR, las filas distribuidas por rango de los Moffs, y el torrente de modas multiculturales vestidas por cientos de consejeros imperiales. Un vacío podio contemplaba aquellas hileras tras hileras de toda la élite imperial que había sido convocada. Algo grande les estaba aguardando; sin lugar a dudas, estaba por presenciar la apuesta de Dangor para hacerse con el poder.

La multitud continuaba murmurando con ansiedad. Mara pudo escuchar fragmentos de diversas comunicaciones que estaban centradas en los rumores sobre la muerte del Emperador. Y entonces, un pesado silencio cayó sobre toda la asamblea. Dangor hizo su entrada, y su semejanza con Palpatine se volvió más surrealista bajo aquellas circunstancias. Parecía estar empleándola para su completo beneficio; se movía como Palpatine, y mantenía la capucha cubriendo su rostro. Cuando alcanzó el podio, esperó hasta que se produjo un silencio absoluto. Se retiró la capucha, y su mirada recorrió todos y cada uno de los grupos mayores que se encontraban allí representados. Cuando empezó a hablar, lo hizo con el sonoro tono de voz impostado, que había perfeccionado en los incontables discursos que había pronunciado en aquel salón.

—Honorables Moffs, Selecto Comité, Consejeros del Imperio, así como el Gran Visir del Emperador, sean todos ustedes bienvenidos.

En aquel momento, Mara Jade se percató de la presencia de Sate Pestage sentado cerca del podio; se le notaba visiblemente incómodo.

—Éste es un día de gran congoja. Lo que han oído es verdad.

Hemos perdido a nuestro Emperador. El Imperio ha sido despojado de su Amo y guía. El Emperador Palpatine fue el creador de este poderoso gobierno galáctico. Él lo construyó, le dio forma, y lo elevó a unas cimas de poder y de gloria que podrían rivalizar incluso con los legendarios parámetros de la Antigua República. Palpatine en verdad era el Imperio. Con su grandioso liderazgo, logró forjar un impresionante futuro para todos nosotros. Pero aquel futuro, ahora se encuentra cuestionado.

Hizo una solemne pausa.

—El día de hoy, debemos preguntarnos a nosotros mismos, ¿podría el Imperio que Palpatine creó, continuar existiendo sin él? ¿Podría un nuevo Emperador cubrirse con su manto, y conducirnos hacia adelante? Muchos de ustedes pensarán que no, que él jamás podría ser reemplazado. Que él jamás tendría necesidad de ser reemplazado. Que era alguien eterno. Pues bien, les digo que nadie de nosotros es eterno. Este día era inevitable. La naturaleza lo ha dictaminado así. Algunos de ustedes podrían creer que la maldita Alianza Rebelde aceleró en gran medida la llegada de este día, que por medio del traicionero asesinato de Palpatine, nos robaron a todos nosotros muchas décadas de la sabia conducción del Emperador. Yo estoy aquí para hacerles conocer que su forma de gobernar no era ni juiciosa ni apta para perdurar.

Unos sorprendidos murmullos empezaron a hacerse sentir, frente a sus últimas palabras.

—Éste es el Emperador como ustedes lo conocían —Dangor reprodujo un holograma de Palpatine como un dominante hombre de edad mediana, ya no tan joven, pero todavía bastante fuerte—. Éste es el Emperador como realmente era.

El holo fue reemplazado por una imagen muy reciente del Emperador. Por supuesto, estaba terriblemente envejecido, sus carnes estaban profundamente consumidas por el gravamen que el Lado Oscuro había impuesto sobre su persona. La mayoría de los que se encontraban presentes, jamás lo habían visto de aquella manera. Múltiples exclamaciones de conmoción y disgusto llenaron el salón. Incluso los que lo sabían, se unieron al escándalo, ahora que su miedo al Emperador había terminado por esfumarse. Tomó bastante tiempo el lograr que el orden fuera restaurado. Pero, eventualmente, la enorme multitud se volvió hacia Dangor, en

busca de una explicación para lo que les estaba siendo revelado.

—Él les mintió a todos ustedes con respecto a su edad y su estado de salud —retumbó la voz de Dangor—. Cuando murió, él ya tenía un pie en la tumba, pero nunca se los había dicho. Él deseaba que su poder fuera absoluto hasta el final. Pero el final… ¡el final fue algo que él atrajo sobre sí mismo!

Los murmullos se hicieron cada vez más descontrolados.

—Él estaba obsesionado con la Alianza Rebelde. A pesar del hecho de que ellos jamás hubieran podido derrotar al Imperio por sí mismos, él se encontraba consumido por sus deseos de barrerlos definitiva y completamente. Creó una elaborada trampa para atraerlos a su destrucción final en Endor. Además, también esperaba eliminar al afamado rebelde, Luke Skywalker, otra de sus obsesiones. Pero Palpatine fue el arquitecto de su propio fracaso. Se puso en riesgo a sí mismo al abordar una estación de combate inacabada. Su única protección era un escudo de defensa, y los reportes procedentes de Endor, nos dicen que los rebeldes consiguieron destruirlo fácilmente. Él fue destruido junto con los que estaban en la Estrella de la Muerte, una vez que su plan inherentemente suicida, llegase a su realización. La Flota Imperial fue menoscabada, y Lord Vader también halló su muerte.

Mara notó que muchas personas parecían estar aliviadas, después de escuchar semejantes noticias.

—¿Tal vez Palpatine sabía que iba a morir? ¿Quería arrastrar a su Imperio junto con él? ¿Acaso planeaba que todos nosotros fuéramos sumergidos en aquella vorágine de igual manera? ¿Apostó todo de una forma tan monstruosa, porque sabía que de cualquier modo, iba a perderlo todo?

Dangor hizo una pausa para permitir que todo aquello fuese embebiéndose en el interior de cada uno de sus oyentes. Mara notó que Sate Pestage empezaba a mostrar una pálida expresión frente a todo lo que Dangor estaba pretendiendo hacer. Todo era una mentira, pero era infinitamente más verosímil que la propia verdad. Palpatine había creado una mentira por sí mismo, para ocultar su verdadera naturaleza frente a los ojos de toda la galaxia. Dangor estaba aprovechándose de manera brillante de aquello. En aquel momento, Dangor continuó hablando, una vez que se hubo restaurado el silencio.

—Todavía hay una pregunta que no ha sido hecha. ¿Hay un heredero? ¿Existe un Heredero del Imperio[4]? ¿Un hijo o una hija que pudiera haber heredado su poder? ¿Tal vez un sucesor elegido, designado por el mismo Palpatine para hacerse cargo de todo, cuando él se hubiese ido? ¿Había quizás un protocolo establecido para elegir a un sucesor? ¡La respuesta es no! ¡No hay un heredero! ¡Nadie que pueda ser su sucesor! O, si lo hay, la información está sellada en el Archivo Personal del Emperador. Yo he intentado echarle un vistazo. Sería de una importancia capital para mí, el ver que el heredero designado por Palpatine fuese emplazado en su trono, de acuerdo a sus deseos. ¡Pero el archivo ha sido sellado por completo! La información que contiene, la única que podría decirnos a quién había vislumbrado Palpatine como su posible heredero, nos ha sido negada. Tan sólo podemos concluir que nunca hubo la intención de designar un heredero. ¡Palpatine quería que el Imperio muriese junto con él!

Nadie en medio de la multitud, parecía querer mover ni siquiera un dedo, por el temor de perderse las palabras de Dangor.

—¿Y quién entre nosotros, desde el momento mismo en que Palpatine murió, fue el responsable de cerrar el archivo? ¿Quién le está ayudando al fenecido y bellaco gobernante, para que esta muerte masiva, también abarque a todo el Imperio? Es nada menos que el Gran Visir de Palpatine, ¡Sate Pestage! El hombre que veía a Palpatine como realmente era, y el que le ayudaba a guardar su secreto. ¡El que llenaba los oídos del senil Emperador, alentando sus fatales obsesiones y apoyando sus ruinosas políticas! ¡El que todavía está sentado de manera culpable entre nosotros, preparado para finalizar el trabajo que Palpatine empezó, para asegurarse de que el Imperio complete su caída hasta su ruina!

Mara contemplaba la escena con horror. Dangor se encontraba en completo dominio de la asamblea. Y el viejo hombre al que de alguna manera veía como su rival para el trono, se encontraba indefenso frente a su venenoso ataque.

—Sate Pestage, como Gran Visir del caído Emperador, está usted acusado de alta traición contra el Imperio. Usted empleó su posición de familiaridad con el Emperador, para bloquear los consejos de quienes podrían haberlo disuadido de tomar aquel sendero hacia la destrucción. La postura de los consejeros de Palpatine, incluyendo

la mía propia, cayó en saco roto, ya que usted hizo oídos sordos frente a ellas, y evitó que nuestras voces fueran escuchadas.

Y en ese momento, Mara Jade vio cómo las emociones de la multitud, cambiaban firmemente en contra de Sate Pestage. Se trataba de un golpe maestro por parte de Dangor; pero para ser sinceros, muchos de los que se encontraban allí reunidos, odiaban a Pestage por aquella misma razón. Cuando quiera que cualquiera de ellos tuvo necesidad de contactar a Palpatine, o simplemente tenía deseos de hablar con él, a menudo debía esperar durante varias horas, apoyado sobre una rodilla flexionada. Y el único rostro que veían, la única voz que escuchaban durante aquellas humillantes vigilias, era la de Sate Pestage. Pestage —quien les hacía llegar los deseos de su Amo de manera indirecta a ellos, y quien resguardaba el tiempo de su Amo, decidiendo quién debería ser escuchado y quién no—, se convirtió en el foco natural del odio nacido de semejante humillación. Los consejeros, los Moffs, y los oficiales de la COMPNOR, todos ellos parecían compartir el mismo sentimiento que había sido evocado por Ars Dangor. Y, en mérito a la verdad, su conmoción frente al hecho de haber observado tan envejecido a Palpatine, todavía estremecía sus mentes, identificando su disgusto de ver aquella visión de decrépita debilidad, con la similar forma envejecida de Sate Pestage.

Murmullos furiosos empezaron a hacerse sentir aquí y allá, y Dangor permitió que fueran esparciéndose. Luego, se volvió hacia Sate Pestage y canalizó todas las acusaciones de la asamblea hacia su persona.

—¿Tiene algo que decir en su defensa? Ha sido acusado de traición, y la pena por ello es la muerte.

Pestage se incorporó lentamente. Mara se quedó maravillada por la dignidad de su actitud mientras encaraba a Dangor. Debía haberse dado cuenta de la forma en que estaba siendo puesto en evidencia, de cómo era socavada su posición como la única persona que podría haber reclamado el poder de mando, en lugar de Dangor. Pero no demostró ninguna señal de ira en su rostro sereno. Pestage empezó a hablar delicadamente, de tal manera que la mayoría de la audiencia no pudo escucharlo. Los micrófonos de seguridad captaron sus palabras, y Mara consiguió escuchar lo que le decía a Dangor.

—Usted es quien ha traicionado a nuestro Amo. Uno de estos días pagará por sus crímenes. No niego sus acusaciones, porque en verdad, fui yo quien selló el archivo. Los secretos de nuestro Amo no son para que caigan en manos de gente como usted. Pero tampoco acepto la pena de muerte de sus manos. Elijo el exilio del espacio imperial, como mi derecho innegable bajo el mandato de la ley. Jamás regresaré a su Imperio.

Y entonces, Pestage salió caminando del enorme auditorio. Al tiempo que alcanzaba la puerta, le cerraron el paso algunos soldados de la CompForce que habían estado aguardando ocultos allí, y lo tomaron por los brazos. Pestage no se resistió.

Dangor se encontraba desorientado. Su «pauta» de actuación para las actas, había sido trastornada. Con ojos preocupados, observó cómo Pestage lograba retirarse. Luego, pareció recomponerse. Enfrentó a los asistentes una vez más.

—El traidor ha admitido sus actos con su propia boca. Ha elegido el exilio del Imperio, y jamás podrá regresar.

Las voces de protesta empezaron a elevarse hasta donde se encontraba. La principal entre ellas, era el aullido sonoro de Tarn Gemillian, el consejero de Hadden Cuatro. Él claramente deseaba que Pestage enfrentara la ejecución, y estaba tratando de convencer a los demás para que presionaran sobre aquel punto. Pero Dangor no podía permitirse distracciones que lo alejaran de su objetivo principal. Aquellos que deseaban presenciar una ejecución, incluida Ysanne Isard, tendrían que conformarse con un exilio.

—¡No! ¡Escúchenme! ¡Es su derecho por ley! Aquello será suficiente para la justicia. No dediquemos más de nuestro tiempo a ese asunto. Ahora, ¡debemos volver nuestras mentes hacia el futuro! A pesar de todo lo malo que Palpatine y su Visir pudieron ser capaces de hacer, nosotros todavía tenemos la oportunidad de preservar el Imperio. Necesitamos un nuevo líder —un líder fuerte, que pueda regir el Imperio de la mejor manera—, alguien que sea conocido y respetado, un líder de quien tengamos la seguridad de que no se esconderá en medio de las sombras en tiempos de crisis. ¡No existe un heredero! Uno de entre nosotros debe ser elegido. ¡El tiempo de esa elección es ahora!

Dangor decidió esperar. Todo dependía de lo que ocurriría en los próximos instantes. Él les había revelado la verdad, los había

alertado en contra del peligro, había desenmascarado a un traidor entre ellos, y permanecía de pie frente a todos como una visión del Emperador que pensaban que conocían, y en el que habían confiado. ¿Llegarían a aceptarlo como reemplazo de Palpatine?

Entonces, algunos de los consejeros empezaron a ponerse de pie, y uno de ellos le demandó:

—¿Serás nuestro líder, Ars Dangor?

Dangor aun no decía nada. Otros consejeros más se levantaron. Todos ellos empezaron a gritarle:

—Dangor, ¡debes liderarnos! ¡Eres la única opción!

Los consejeros eran la parte fácil. Él ya había sido su líder. Pero entonces los Moffs y los Grandes Moffs empezaron a incorporarse. Tal vez habían comprendido que si alguno de ellos intentaba reclamar el poder, los otros lucharían en contra de él, sin importar quién fuera. Unieron sus voces a un clamor que cada vez se hacía más imponente:

—¡Dangor! ¡Dangor! ¡Dangor!

El número de personas que se ponía en pie, continuaba aumentando de manera sostenida. Entonces, incluso los oficiales de la COMPNOR se levantaron. Después de todo, su lealtad estaba con el Nuevo Orden, y ellos aceptarían apoyar cualquier medida con el fin de preservarlo. Antes de que pasara mucho tiempo, la convención completa de varios cientos de personas se encontraba de pie, y clamaba de manera ensordecedora.

Mara se encontraba aturdida. Y luego el clamor se hizo más claro:

—¡Emperador Dangor! ¡El Emperador!

Dangor realizó una profunda reverencia, y Mara sintió que una sombría furia empezaba a arremolinarse dentro de su mente, mientras se apartaba de la pantalla y caía sobre sus rodillas. Una violenta oleada de odio recorrió todo su cuerpo, embotando cualquier pensamiento racional. Se puso rígida, y finalmente, todo pensamiento abandonó su conciencia, mientras ésta se sumía en una profunda espiral de decadente oscuridad.

Ars Dangor, el nuevo Emperador, abandonó el Salón de Conferencias, y se apresuró a regresar a sus habitaciones. Se

encontraba embriagado por la excitación. ¡El trono era suyo! ¡La adulación de la gente estaría dirigida sólo a su persona! Por supuesto, sabía que tendría que enfrentar las duras realidades de la crisis, pero, ¿por qué no permitirse un momento de triunfo? Durante años, se había encargado de solucionar los problemas del día-a-día del Imperio. Ahora ostentaba el verdadero poder que acarreaba semejante responsabilidad. Se lo había ganado. Para ser sinceros, el asunto de Sate Pestage no había ido exactamente como lo había planeado, pero aquel viejo contendiente estaba por ser exiliado en aquel preciso instante. Isard se encargaría de que aquel exilio terminase convirtiéndose en lo que habían dispuesto con anterioridad para el Gran Visir… Pestage ya no representaría ningún obstáculo. De todos modos, Dangor no se habría sentido cómodo ordenando su muerte. La muerte era una solución demasiado escabrosa para cualquier tipo de problema.

Dangor llegó hasta sus aposentos, y el guardia que estaba frente a la puerta, se inclinó ante él.

Ahora, ¿por qué había un guardia allí? Oh sí. Mara Jade estaba en el interior, esperándolo. Qué forma tan perfecta de celebrar su victoria. Ciertamente, ella sería suya, ahora que se había convertido en Emperador. Dangor se relamió los labios con anticipación, al tiempo que despedía al guardia y abría la ornamentada puerta.

—Mara Jade —le anunció—, he venido por ti, tal como dije que lo haría.

CAPÍTULO III

Mara Jade se encontraba en el interior de la recámara del nuevo Emperador, pero no lograba ver las cosas como realmente eran. A su alrededor se encontraban las pertenencias de Palpatine, y todas ellas se encontraban salpicadas con su sangre. Acunado entre sus brazos, se encontraba su amado Maestro, muerto en medio de un charco de sus propios fluidos corporales. Las heridas de Palpatine eran horribles. Habían sido hechas con un sable de luz, aquello quedaba claro, pero habían sido infligidas para hacer que su muerte fuese muy lenta. En verdad, lo había encontrado cuando todavía estaba respirando.

—Mara Jade —le había susurrado en medio de su agonía—. Fue el Jedi, Skywalker. Fue Skywalker.

Había tosido, expectorando una gran cantidad de sangre, y una cantidad aun mayor, había brotado de la terrible herida abierta en su estómago. Se le veía tan viejo y tan frágil, tan débil y desamparado. Se las había ingeniado para contarle la forma en que Skywalker lo había encontrado desarmado, de cómo el rebelde había jugado con él, practicándole cortes primero sobre el muslo, luego sobre el pecho, acechándolo por toda la habitación, mientras él sangraba envuelto en el terror. Le había provocado un corte final para dejarlo morir desangrándose lentamente. Y finalmente había expirado en los brazos de Mara.

De improviso, se abrió la puerta. Alguien estaba invadiendo las habitaciones de Palpatine. Una figura envuelta en túnicas empezó a ingresar hacia el interior. Se trataba del Jedi, de Skywalker.

—Mara Jade, he venido por ti, tal como dije que lo haría — fueron sus palabras. Se dirigió lentamente hacia ella—. Ahora yo soy el Emperador. He asumido el trono.

Le sonrió.

—Ahora es tu turno.

Mara se incorporó sobre sus pies. Gruñó frente al arrogante Jedi, tan confiado en sus habilidades para poder matarla también a ella. Eso no iba a suceder. Estaba desarmada, pero sus manos desnudas serían suficientes. Arremetió contra Skywalker, tomándolo por la garganta, antes de que pudiera sacar su sable de luz. Se veía tal como lo recordaba del Palacio de Jabba, pero ahora, su mirada

infantil estaba impregnada de conmoción y de miedo. Las manos de Mara todavía estaban cubiertas por la sangre de Palpatine, mientras presionaba profundamente con sus dedos en la carne de su agresor. Skywalker se ahogaba, luchaba y rogaba en medio de sus jadeos.

—No-ah-ah-por-qué-ha-cess-ess-sto…

Pero Mara puso en juego todas sus habilidades como asesina, neutralizando sus esfuerzos, y presionando al máximo, para hacerle llegar la muerte que merecía.

—Mataste al Emperador —siseó en su cara—. ¡Te has ganado esto, Skywalker!

El Jedi había empezado a ponerse de color púrpura. Apenas si podía decir en tono áspero:

—Ess-táss-cometi-endo-un-errrorr-ah —y entonces, no le quedó más aire para poder decir nada.

Entonces, una extraña máscara cayó sobre el rostro de Mara Jade, y de improviso, empezó a sonreír de manera perversa. Su voz parecía provenir de las catacumbas, y se hizo más sibilante a medida que se abatía sin misericordia, finalmente, sobre Skywalker.

—Oh no, Ars Dangor, encontrarás que quien cometió un error, eres tú, y con respecto a una gran cantidad de cosas.

Al final, el hombre acometido por la sujeción de hierro de las manos de Mara Jade, falleció con la garganta aplastada. Se desplomó ante los pies de la asesina. Mara Jade se tambaleó hacia atrás, y se volvió hacia el cuerpo inerte de su Maestro.

—Ha sido vengado —le dijo, y luego se quedó sorprendida de ver que el cadáver y que todas las marcas de sangre dispersas, se habían desvanecido, como si hubiesen sido de humo.

Se dio la vuelta para contemplar el cadáver de Skywalker, segura de que estaba en medio de otra pesadilla, pero éste no se había desvanecido. Se había transformado. Ahora logró contemplar los abultados ojos muertos de Ars Dangor mirándola directamente. Acababa de matar al nuevo Emperador.

Mara verificó sus restos para cerciorarse de que se encontraba muerto, y para despejar cualquier duda de que se tratase de una ilusión. Se sentía mareada. ¿Qué era lo que le estaba ocurriendo? Normalmente, era capaz de adaptarse a situaciones rápidamente cambiantes, pero esto era demasiado. Su dolor de cabeza continuaba atormentándola, no estaba segura de qué era real, y

comprendió que ahora estaba metida en un enorme lío.

Todo el crimen debía haber sido registrado por las cámaras de seguridad del Palacio. Palpatine monitorizaba todas las habitaciones de sus consejeros. Para este momento, los agentes de seguridad ya deberían estar en camino para ponerla en custodia, o incluso para matarla apenas la vieran. Tenía que escapar. Se vio forzada a reconsiderar sus opciones. Pero algo era cierto: necesitaba abandonar Coruscant. Después de lo ocurrido, era posible que iniciasen una cacería en contra de ella, así que tendría que cambiar su identidad, y perderse en el anonimato. Su primer objetivo era salir del Palacio, y encontrar una nave que pudiera robar, o en la cual pudiera ocultarse. Aquello podría verse facilitado por su conocimiento acerca de los pasadizos secretos que atravesaban el Palacio, y de todos los sistemas de seguridad. Podría ir y venir como si se tratase de un fantasma, y ellos jamás llegarían sospechar que era capaz de hacerlo bajo sus propias narices.

Pero decidió que antes de partir, tendría que hacer un par de cosas. Una, sería el apropiarse del sable de luz de Kenobi. La otra iba a ser más espinosa, pero sentía que se lo debía a Palpatine. Iba a liberar a Sate Pestage de su inmerecido aprisionamiento, y encargarse de que pudiera llegar a cualquier lugar de la galaxia al que deseara dirigirse. Él había servido fielmente a Palpatine hasta el final, y no era justo que fuese tratado de esa manera, siendo exiliado sin honor, al Espacio Salvaje. Ahora que Dangor estaba muerto, Pestage quizás ni siquiera podría pensar en recibir el beneficio de un exilio; en medio del caos que estaba a punto de desatarse, probablemente se convertiría en tan sólo una baja más.

Mara ingresó en los sistemas de seguridad del Palacio a través de la computadora de Dangor, y deshabilitó las cámaras de los nueve pisos del ala de los consejeros. Rápidamente, abandonó las habitaciones de Dangor, y se apresuró a dirigirse hacia las de Palpatine. Desde allí, tendría acceso a todos los pasadizos secretos.

A sus espaldas, el cuerpo de Ars Dangor yacía rígido, y su abrasadora mirada, estaba empezando a enfriarse.

Sate Pestage, fastidiado, se giró en la dura losa que era la única comodidad que había en su celda. Se fijó en las barras que lo

mantenían prisionero. Más allá de su súper denso material, se divisaba un estéril y vacío corredor. No había recibido ninguna visita desde que fuera lanzado de manera ruda en aquel lugar, por parte de los soldados de la CompForce. El antiguo Gran Visir, se encontraba solo con sus sombrías perspectivas. Lo que más lo atormentaba, era la forma en que le había fallado a Palpatine. Su Amo había depositado su única esperanza de restauración en sus manos, y ¿qué es lo que había hecho? Había fallado al tratar de encontrar a Mara Jade, y había terminado subestimando a Ars Dangor. Ahora había un nuevo Emperador, de eso estaba seguro, y él, Sate Pestage, sólo había logrado evitar la ejecución por haber escogido ir voluntariamente al exilio. Aquel castigo lo mandaría hasta el Espacio Salvaje, en donde no lograría sobrevivir por mucho tiempo. Estaría tan alejado de Byss como era posible, aunque permanecería en la misma galaxia. Sin embargo, jamás volvería a ver a Palpatine nuevamente.

Ahora, por primera vez desde que había recibido el mensaje final del Emperador, Sate Pestage se estaba sintiendo desesperado. Aun después de saber que Palpatine estaba muerto, no había sucumbido a la desesperación, ya que debía confiar en la lunática esperanza de que su Amo pudiese ser restaurado. Se había aferrado a aquel pensamiento, para evitar enfrentar la realidad. Pero los eventos subsecuentes habían terminado por hacer que se rindiese. Ahora, aquella cruda realidad era su única compañía. Sate Pestage se encontraba solo en el universo.

Dos veces antes se había sentido desposeído de una manera semejante, pero aquellas ocasiones habían sucedido hacía muchos años atrás. Había perdido a su amada esposa, una curandera Jedi, por una enfermedad que ni siquiera ella fue capaz de sanar. Incluso ahora, cuando pensaba en ella, todavía sentía un remordimiento por la pérdida de su Gemsaa, hacía tanto tiempo. Su hijo, su único hijo con ella, tristemente no había tenido recuerdos de ella. Gemsaa había estado tan plena de luz. Sus poderes en la Fuerza como curandera, habían sido ampliamente reconocidos y respetados. Pero su hijo, Espaa, había pasado su tiempo más en casa, oculto entre las sombras. Había sido un niño difícil, quien rehuía a los otros niños, y que raramente reía. Aun así, Pestage había amado a Espaa, ya que el niño era todo lo que le quedaba de su luminosa Gemsaa. Un día,

incluso aquello le fue arrebatado; se sintió despojado una segunda vez cuando un sombrío extraño llegó hasta su hogar en Naboo para llevarse a su hijo. Pestage se había rehusado, y a pesar de aquella negativa, el extraño se había llevado a Espaa, raptando al niño en medio de la noche. Y se había quedado solo en el universo. ¿Qué podía importarle a él, que el misterioso extraño le hubiese hablado del «destino» de su hijo? Él solo había tenido que afrontar su pérdida.

No podía recordar por completo lo que lo había sostenido durante aquellos desoladores años. Deseaba poder recordarlo, ya que necesitaba algo como aquello en este momento. Pero sí logró recordar lo que lo había vuelto a la vida. Había descubierto al Senador Palpatine de Naboo, y encontró que el objetivo de su vida, quedaba resumido en servir a su sorprendente Amo. Aquello le daba sentido a su existencia. Un sentido que ahora había terminado por esfumarse.

Las pisadas de unas botas en el salón contiguo interrumpieron la sensación de miseria que lo embargaba. Un grupo de cuatro soldados de la CompForce marchando, hicieron su aparición, seguidos por un hombre cubierto estrambóticamente con una vestimenta de color azul metálico. Se trataba de Tarn Gemillian. Sate Pestage no se dignó levantarse. Gemillian lo miró desdeñosamente.

—Así que, Gran Visir, ya veo que tu fortuna no ha sido muy propicia en los últimos días —se relamió Gemillian—. Sin duda, usted logrará recordar un cierto día, hace muchos años atrás, cuando usted me hizo quedar mal delante del Emperador. Le dije que algún día se invertirían las posiciones. Le dije que algún día, usted tendría que pagármelas por haberlo hecho. Usted probablemente no siquiera pensó que tal día terminaría por llegar. Pero el occiso Ars Dangor, me concedió aquella gracia, y aquí estamos.

Gemillian sonrió con mezquindad.

—Gran Visir, sus facciones lo traicionan, aun cuando haya decidido permanecer en silencio. Usted no sabía que Ars Dangor estaba muerto —Gemillian se encogió de hombros—. ¡El reinado del nuevo Emperador fue corto en verdad! Una joven mujer llamada Mara Jade, lo estranguló en sus propias habitaciones. Ahora está

siendo perseguida, por supuesto, y será ejecutada, pero el daño ya ha sido hecho. Dangor era la única opción que teníamos para defendernos de los disturbios y de la destrucción que pronto harán su aparición aquí, en la ciudad. Habrá muchos muertos antes de que llegue la mañana. No creo que usted tenga nada que ver con eso. Pero todavía nos queda aquel viejo asunto que debo arreglar con usted. ¿Quién se dará cuenta de la ocurrencia de una muerte más, especialmente la de un viejo, quien además es un traidor?

Gemillian se aproximó a las barras, y miró directamente a los ojos de Pestage.

—¿No tiene nada que decir? ¿Nada? Que así sea. Éste es un adiós. Usted puede haber pensado que era muy listo al escoger el exilio, pero yo no podía permitirle semejante salida; así que lo lamento, viejo.

—Guardias. Tan pronto como me haya retirado, elimínenlo.

Gemillian realizó una ligera venia, y se perdió fuera de vista.

Hasta incluso en aquel fatídico momento, Sate Pestage decidió no incorporarse, e incluso se acomodó sobre la losa. Se había resignado a aceptar su propia muerte. Ya no le quedaba nada por qué vivir. Miró directamente a los guardias mientras le apuntaban con sus blásters.

De improviso, se produjo una humareda eléctrica, y una brillante hoja de luz de color azulado centelleó entre los soldados, los cuales aullaron y se desplomaron, dejando ver detrás de ellos, a una joven mujer de cabello rojo-dorado. Sus verdes ojos relumbraban frente al brillo marcado de un sable de luz encendido, listo para entrar en combate. Pero como ningún otro soldado hizo su aparición, la mujer se relajó por una fracción de segundo.

—Gran Visir Pestage —le dijo—, he venido para escoltarlo hacia su libertad.

Él se le quedó mirando asombrado, como una visión de redención aparecida en frente de sí. Un inmenso regocijo estalló dentro de su cuerpo, tan brillante como el arma Jedi que era sostenida por la joven mujer.

—Me sentiría complacido de aceptar tu gentil oferta, Mara Jade, Mano del Emperador —le dijo temblorosamente—, pero todavía tenemos el pequeño problema de mi confinamiento.

Hizo un gesto en dirección hacia las barras.

Mara lo miró fijamente por un momento, con los ojos brillando. Entonces, con dos movimientos de barrido de su sable de luz, cercenó las barras, por su parte superior e inferior, las cuales cayeron al piso en medio de un estrépito. Cautelosamente, Pestage pasó por encima de ellas, y salió hacia el pasadizo.

—De cualquier modo, ¿qué era lo que ese hombre tenía en contra suya? —le preguntó Mara.

Pestage frunció el ceño.

—Hace algunos años atrás, en su mundo natal, la Alianza Rebelde estaba haciendo grandes progresos para ganarse las simpatías del gobierno planetario. Si el Emperador lo hubiese sabido, habría castigado a Hadden Cuatro con el envío de una flota de Destructores Estelares, pero Gemillian no deseaba perder sus vastas tenencias de tierra. Le escondió tal información al Emperador. Yo simplemente le informé la verdad al Emperador. En verdad Gemillian no volvió a ser escuchado por el Emperador nunca más, después de haber demostrado ser un mentiroso.

—Y después de todo eso, ¿por qué lo mantuvo en el cargo? —quiso saber Mara.

—Al Emperador le agradaba sembrar rivalidad y encono entre sus consejeros. Gemillian era muy bueno para hacerlo. Así que, ¿por qué desperdiciar semejante talento? —le respondió simplemente Pestage.

Mara decidió olvidarse del asunto, y condujo a Pestage hacia una puerta secreta localizada en el extremo terminal del bloque de celdas.

—Algunas veces, el Emperador empleaba esta puerta para llegar hasta aquí, e interrogar a sus prisioneros de manera privada —le explicó Mara.

—Sí, lo sé —dijo Pestage—. Fue muy considerado de su parte, el que hubiera planeado algo como esto para facilitar nuestro escape.

Juntos, se desvanecieron en medio de las tenues luces que iluminaban el corredor, sellando su puerta por detrás de ellos, hasta dejarla invisible.

Mara Jade y Sate Pestage descendieron por los túneles de debajo del Palacio, hasta alejarse a una distancia prudente. La Ciudad Imperial

había sido edificada sobre un estrato rocoso, encima de las estructuras de algunas construcciones que databan de tiempos inmemoriales, así que les pareció que estaban retrocediendo en el tiempo. En poco tiempo, atravesaron los relucientes corredores modernos iluminados con luz artificial, hasta llegar a unos salones hechos de piedra, en donde la única iluminación provenía del resplandor del sable de luz de Mara. Aquí y allá, lograron distinguir criaturas envueltas en la oscuridad que se asemejaban a ratas womp, pero que tenían el tamaño de los nerfs; sin embargo, evidentemente, tales ignotos moradores de las sombras se asustaban por la presencia de la luz, y rápidamente se desvanecieron en el interior de sus madrigueras. Mara decidió apresurarse, seguida por un jadeante Sate Pestage, quien arrastraba su cuerpo similar al de un espantapájaros, tan rápido como podía.

—¿Por… por qué llevamos tanta prisa? —Sate Pestage respiraba pesadamente—. Con seguridad, ¡nadie va a perseguirnos aquí abajo!

Ella se volvió, comprendiendo por primera vez que el anciano estaba luchando grandemente por mantenerle el paso.

—Lo lamento, Gran Visir —le contestó—, quizás podamos descansar un momento. No me preocupa el que nos estén siguiendo. Me preocupa que cierren los puertos espaciales para… evitar que yo logre huir.

Ella hizo una pausa, al tiempo que se le notaba aquejada por un punzante dolor.

—Tarn Gemillian me dijo que mataste a Ars Dangor. ¿Es eso cierto? —le preguntó delicadamente Sate Pestage.

—Sí, es verdad. Pero no sé cómo fue que pasó. Yo no tenía intenciones de hacerlo. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo… pero luego, todo cambió, y él estaba muerto, y…

Mara parecía estar queriendo poner en orden sus pensamientos.

—Creo que sería mejor que empezase desde el principio, ¿huh? —Mara colocó sus manos sobre sus sienes, y, sin mirar a Pestage, empezó a contarle su historia—. Todo empezó para mí hace dos días, cuando vi morir al Emperador.

Pestage la contemplaba sorprendido.

—Yo me encontraba en el salón Manarai, cuando tuve una visión. Lord Vader y Skywalker se volvían hacia él, y lo asesinaban. Fue horrible. Él me miraba a mí, como diciendo que había sido

traicionado por todos. Me ordenó que debía eliminar a Skywalker. Todo se quedó en blanco frente a mí, y empezaron a presentarse pesadilla tras pesadilla con respecto a lo mismo, de muchas diferentes formas… de muchas diferentes formas. Y al igual que Vader, creo que él ya está muerto. Él terminaba muerto en todas mis pesadillas… eso debe significar algo. Y cuando me despierto, tengo un dolor de cabeza insoportable; y mis habilidades para sentir la Fuerza, para emplearla de cualquier modo, ya no están. Tengo que afrontar semejante pérdida, además de la pérdida del Emperador, y por encima de todo, no puedo evitar sentir que todo fue por mi culpa —empezó a sollozar delicadamente.

Pestage depositó una arrugada mano sobre su hombro. Ella se volvió bruscamente, y le confesó:

—Tuve la oportunidad de matar a Skywalker en Tatooine. Fui enviada allí para hacerlo, y fracasé. Y ahora, él está muerto.

Pestage pudo sentir el profundo dolor que aquejaba a aquella joven mujer, y supo que podía ayudar a amenguarlo, al menos un poco.

—No fue tu culpa —le dijo delicadamente—. El Emperador debe haber sabido que podía morir, por lo que tenía un mensaje preparado, listo para ser enviado a mi persona, en caso de que le ocurriera algo. En él me decía que me refugiara en un lugar seguro, y que me preocupara porque tú también te encontraras a salvo. Él sabía que no había sido culpa tuya, y en efecto, no te culpaba por ello. La muerte fue algo que Palpatine escogió enfrentar. Tú no tuviste ninguna participación en ese hecho. Ahora… cuéntame lo de Ars Dangor.

Un poco más calmada, gracias a las tranquilizadoras palabras del Gran Visir, Mara se decidió a continuar:

—Pues bien —empezó por decir—, Dangor mandó a sus hombres para que se apoderaran de mí, mientras yo me encontraba bastante conflictuada. Descubrí que me quería como un objeto de placer. Él pensaba que yo había sido la amante de Palpatine, y en función a que iba a asumir el trono, también deseaba reclamar sus derechos sobre mi persona. Me sentí degradada, pero tal vez no lo suficiente como para matarlo allí mismo. Fui enviada a sus aposentos, en donde logré infiltrarme en los sistemas de seguridad. Pude observar la asamblea en donde a usted le tendió esa trampa,

para terminar haciéndolo caer. Nuevamente, yo estaba enojada, pero no tanto. Pero fue realmente en el momento en que se declaró Emperador, que sentí una rabia que… hizo que todo se quedara en blanco delante de mí. Entonces —y ésa es la parte más extraña—, pensé que estaba teniendo otra pesadilla. Palpatine se encontraba muerto a mis pies, y Skywalker hacía su ingreso para matarme también a mí. Esta vez, yo logré estrangularlo con mis manos desnudas. Después de que quedase muerto, recién pude ver que realmente se trataba de Dangor. Yo jamás lo hubiese asesinado. Yo tan sólo deseaba escapar de él, y abandonar el planeta. No sé qué es lo que anda mal conmigo —miró directamente a los ojos de Pestage —. Usted no sabe todo lo que significó para mí, el que hace unos momentos, usted me llamara Mano del Emperador. Me estaba sintiendo como si nadie más recordara quién había sido yo… representa mucho para mí…

Le tomó su mano, sosteniéndola con calidez.

Pestage estaba pensando de manera frenética. Algo increíble había estado abriéndose paso con la mayor claridad en su mente Había una orden de Palpatine para que llevara a Mara a Byss, las pesadillas y dolores de cabeza que ella estaba teniendo, la forma en que su mente se quedaba en blanco, y el odio hacia Dangor cuando se había proclamado Emperador. No entendía cómo era que todo eso había llegado a suceder, pero comprendió de inmediato que se encontraba frente a la presencia de su Amo. Palpatine seguía vivo dentro de la mente de esta joven mujer.

—Lo que hiciste, también significa mucho para mí, Mara Jade — le respondió—. Salvaste mi vida, y estoy en deuda contigo mucho más de lo que jamás llegarás a saber. Pero hay algo más que deseo preguntarte. Existe un mundo, en el Núcleo Interior, llamado Byss, en donde el Emperador tiene dispuesta una fortaleza para quienes le somos leales. Yo estaría a salvo allí. Ambos necesitamos escapar, ambos somos fugitivos. ¿Podrías ayudarme a llegar a Byss? Quizás tú también podrías encontrar un hogar allí.

—Lo llevaré a donde usted necesite ir. Ésa era parte de mi plan. ¿Pero cómo vamos a lograr abandonar el planeta?

—De eso no tienes que preocuparte, Mara Jade. Conozco el transporte ideal. La lanzadera personal —especialmente acondicionada— del Emperador, se encuentra en una bahía de

atraque cerca del Palacio. Si pudieses pilotarla, podría sacarnos de Coruscant.

Estrechó fuertemente las manos de Pestage entre las suyas.

—¿Qué si puedo pilotarla? ¿Un wookiee puede vivir en los árboles? ¡Larguémonos de aquí!

Pestage le sonrió, y ambos empezaron a tomar otro rumbo, compartiendo un sentimiento de esperanza, como si se tratase del primer bocado de comida después de un prolongado ayuno.

Ya muy entrada la noche, los fugitivos emergieron de los pasadizos secretos hacia una tranquila bahía de atraque, carente por completo de la presencia de otras personas. Ante ellos, una lanzadera de clase lambda, se encontraba acurrucada como si se tratase de un pájaro de color blanco con las alas plegadas. Sate Pestage hizo un gesto para que Mara se quedara en el lugar en donde estaba, y luego caminó en solitario hacia la abierta rampa de abordaje que los llamaba de manera incitadora.

—Sate Pestage, Gran Visir, código SGW0027, desactivar los sistemas de defensa —se volvió hacia Mara—. Ahora todo está bien, podemos abordar.

Ella subió por la rampa, mirando nerviosamente a todos lados.

—¿Qué hubiera sucedido si es que hubiese estado sola? —le preguntó.

—Ahora estarías muerta —le respondió Pestage—. Esta nave está equipada con los programas de navicomputadora necesarios para penetrar en el Núcleo Interior, y las señales de reconocimiento para sobrepasar la Red de Seguridad del Hiperespacio. No sería correcto dejar caer esa información en las manos equivocadas.

Mara lo siguió hasta la carlinga de la pequeña nave. Inmediatamente empezó a activar los sistemas de la nave, y a monitorizar la red de comunicaciones procedentes de la Ciudad Imperial.

—Tengo algo de información que debería conocer —le dijo a Pestage, después de un minuto—. Hay un bloqueo total de las transmisiones de la HoloNet, y ha sido prohibido el tráfico desde y hacia Coruscant. Eso podría retrasar o incluso evitar cualquier tipo de persecución desde el nivel de la superficie, pero usted debe saber

algo. Una gran cantidad de los Destructores Estelares sobrevivientes de Endor, ya deben haber regresado siguiendo las órdenes de Dangor, y en este momento deben estar en órbita. Hay una gran cantidad de enfadados y muy confundidos capitanes exigiendo saber qué es lo que está sucediendo aquí abajo. Y nadie les está dando una respuesta. En la Ciudad Imperial no desean que se esparzan las noticias de Endor hasta que estén preparados. Las cosas no se han salido de control hasta este momento, pero podrían hacerlo en cualquier momento. Tendremos que volar directamente en medio de toda una flota de Destructores Estelares para lograr escapar de Coruscant…

—Y ellos fácilmente podrían capturarnos o abatirnos, dependiendo de su estado de ánimo, el cual, sin duda, no podría ser peor —completó la idea Pestage—. No te preocupes; te dije que esta nave podría sacarnos de aquí, y lo hará. El Emperador nos ha proporcionado una pequeña garantía.

Mara finalizó sus preparativos.

—Correcto, Gran Visir, aquí vamos. Será mejor que sepa de lo que está hablando.

La lanzadera se elevó, y sus alas se desplegaron mostrando una configuración triangular, después de lo cual salió disparada hacia el cielo nocturno de Coruscant. La ciudad se extendía por debajo de ellos como un centelleante tapiz. Mara forzó la lanzadera a dar toda la velocidad que podía, y, como había predicho, nada se elevó para interponerse en su camino. En camino hacia la parte superior de la atmósfera, Mara habilitó los sistemas de armas. Sus escáneres registraban no menos de una docena de Destructores Estelares directamente por encima de ella. Su piel se erizó, mientras imaginaba que sus cientos de cañones turbo-láseres, estaban siendo apuntados a la vez a la diminuta nave. Sate Pestage estaba completamente calmado. Tocó un conmutador con su largo y huesudo dedo, y se reclinó nuevamente en su asiento, sonriendo ligeramente.

La lanzadera continuó elevándose, dejando atrás la atmósfera. Las estrellas se volvieron puntos luminosos marcadamente reconocibles, al tiempo que entraban en el rango visual de los enormes cruceros de bordes bien definidos. Mara luchó contra el instinto de dar la vuelta y salir huyendo. Los segundos pasaban

insoportablemente lentos, mientras los Destructores Estelares se hacían cada vez más grandes, hasta el punto de bloquear la luz de las estrellas. Finalmente, dejaron atrás a la Flota a toda velocidad, a una distancia de menos de diez kilómetros del Destructor más cercano.

En ese momento, las naves imperiales con sus ardientes toberas de color blanquecino, fueron quedando cada vez más lejos a sus espaldas, dejándolos solos en medio del vacío. Mara dejó escapar una exclamación de alivio, y empezó a digitar las coordenadas para una travesía en el hiperespacio en dirección hacia Byss.

—Ya lo ves —dijo Pestage—, esta nave emite un código que le ordena a cualquiera de las computadoras de las otras naves imperiales, que no disparen, e impide que puedan proyectar sus rayos tractores. Palpatine nunca quiso estar en peligro de volverse una víctima más de una intentona rápida y sencilla por parte de algún Almirante Imperial demasiado ambicioso, mientras se encontraba viajando en una diminuta nave como ésta. Dicho de otro modo, ellos pudieran haberlo intentado, pero no podrían dispararle a esta lanzadera. Nos encontramos perfectamente a salvo.

Mara se quedó mirando a Pestage mientras las estrellas por fuera del ventanal se convertían en difusas líneas estelares.

—Tengo que concederle a usted —le dijo con admiración—, el mérito de este rescate.

CAPÍTULO IV

Sate Pestage despertó en su diminuta litera improvisada en la lanzadera, debido al escalofriante sonido de los aullidos de Mara Jade. Claramente, ella se encontrada absorbida por sus pesadillas. Pestage dudaba si sería prudente acercarse a ella, recordando lo que le había sucedido a Dangor.

¿Por qué la atormentas de esa manera, mi Amo?, se preguntó en silencio, mirando con penuria la inquieta forma de la joven mujer. Ella se volteó y volvió a girar, pareciendo estar luchando contra el aire. Golpeó a la nada, y cayó en medio de un sueño profundo una vez más.

Pestage aguardó algunos minutos más, y luego, habiendo juzgado que ya sería seguro hacerlo, procedió a despertarla delicadamente. De manera aturdida, la joven asesina lo miró directamente, revelando una mueca de dolor. Ella continuaba siendo víctima de su dolor de cabeza.

—¿Te encuentras bien, Mara? —le preguntó Pestage.

—No realmente —le contestó—, no puedo decir que esté bien en ningún sentido.

Sus ojos tenían la mirada de alguien embrujado.

—Nunca volveré a estar completamente bien de nuevo. No puedo librarme de este dolor de cabeza, me siento tan vacía, ahora que no puedo contactarme con la Fuerza. Y las pesadillas… no puedo olvidar la última de ellas. El Emperador estaba muerto, y Skywalker tenía su cabeza montada sobre una clase de pica. Yo entro en la escena, y él no parece pensar en mí como una amenaza real. Él tan sólo se echa a reír. Y esta vez, yo tengo aquel cuchillo realmente perverso. Se lo lanzo, y le doy a Skywalker en el ojo. Pero él no muere. Él viene hacia mí, y empezamos a luchar mano a mano. Y entonces, logro clavar el cuchillo hasta la empuñadura, haciendo que penetre en su cabeza en su totalidad. Por supuesto, él muere por fin. Y el sueño finaliza conmigo poniendo su cabeza sobre la pica. No sé lo que me está sucediendo. Cuando yo mato a alguien, todo es rápido, limpio, tan eficiente como es posible hacerlo, y provocando tan poco dolor como pueda. El trabajo de una asesina no suele ser llevado a cabo, como evocando alguna clase de escena de horror de un holo-video. No entiendo de dónde

vienen estas ideas, de dónde procede todo este odio.

Pestage pensó que él sí lo sabía, y muy bien, pero tenía órdenes de no permitir que Mara Jade supiese acerca del papel que desempeñaba en todo esto. Aun así, se compadeció de ella. Palpatine había estado haciendo de ella, su instrumento; aun cuando Mara hubiese decidido acatar sus órdenes de buena voluntad, él estaba forzándola a obedecerlo. Y, ¿por qué Palpatine estaba tomándose tantas molestias? Pestage pensó que también sabía la razón de todo aquello. Él había llegado a pensar que hubiera sido Vader el que más probablemente hubiese, o pudiese, haber matado al Emperador. El joven Jedi no parecía ser tan poderoso como para poder haberlo hecho, y por lo que respectaba a Pestage, el muchacho tampoco se había unido a Vader para ejecutar semejante acto tan vil. No, Vader debía haberlo hecho, muriendo en el proceso, mientras que Skywalker había logrado sobrevivir. Sería algo completamente típico de Palpatine, el odiar a Skywalker y quererlo muerto, tan sólo por el hecho de no haberse permitido corromper, y por no permitir que lo asesinase. Y siendo así las cosas, él estaba retorciendo la verdad ante los ojos de Mara Jade, para que llevara a cabo su «venganza». Aun así, Pestage no desafiaría los designios de su Amo. De algún modo, tendría que confiar en que todo esto terminaría funcionando de la mejor manera.

—Me siento enferma de convivir con la muerte —dijo Mara, levantando la mirada de manera acongojada—. Sin embargo, todo lo que quiero hacer, es hablar acerca de él, de lo que significaba para nosotros, mientras estaba con vida. Pero necesito guardarle luto de una manera que no sea tan dañina como ésta.

—Sí, es algo que debemos aceptar. Él fue muy importante para ambos. Ya sabes, realmente hay muy pocas personas en la galaxia que llegaron a conocerlo bien, y que guardarían luto por su muerte. Quizás nosotros dos seamos los únicos. Es muy difícil amar a alguien que realmente estaba muy por encima de la gente promedio… alguien que encarnaba aquel mismo poder que irradiaba, cuando ese poder suele ser demasiado grandioso. Es muy fácil rendirse frente a cosas banales, como el temor y el miedo. Pero de alguna manera, ambos nos las ingeniamos para no hacerlo. Pienso que hay muy buenas razones para que no nos haya sucedido

de esa forma.

—Supongo que él era como un padre para mí —replicó Mara, abrazando sus rodillas—. Cuando mis dos padres murieron en un accidente, él se preocupó de que yo tuviera cuidadores en Coruscant. Él venía a verme, y me enseñaba cosas a medida que iba creciendo. Yo llegué a admirarlo, y él me demostró que yo podía lograr cosas increíbles. Él hizo que me sintiera orgullosa de mí misma.

Sate Pestage asintió, alentándola en silencio a que continuara hablando.

—Un día —dijo ella sonriendo—, él me hizo su agente especial. Se sentía grandioso el que me confiara tantos secretos. Como el de aquella habilidad especial de poder escuchar su llamado desde cualquier lugar, al instante. En mi primera misión, la de capturar a un Jedi llamado Ashka Boda, casi le fallé. Comprendí que el haberle fallado hubiera significado algo desastroso para mí. Así que nunca lo volví a permitir. Sus requerimientos de perfección me hicieron fuerte. Eso me dio una identidad. Me hizo la Mano del Emperador.

Se detuvo por un momento, perdida en medio de sus recuerdos.

Pestage había estado al lado de Palpatine por un largo tiempo, y recordaba la historia verdadera de cómo su Amo había logrado encontrar a Mara Jade. Palpatine había aprendido de sus lecturas, que algunas personas nacían con la habilidad de recibir pensamientos de manera instantánea a través de vastas distancias —los denominaba, telépatas poderosamente receptivos—. Él había estado buscando mentalmente a tales personas, y consiguió localizar a la pequeña niña, Mara Jade, en un mundo distante. Había hecho que sus padres fueran «eliminados», y la trajo a Coruscant para encargarse de su crianza. En verdad, su habilidad había demostrado ser muy útil para Palpatine, y Pestage sospechaba fuertemente que había logrado servirle una vez más, al momento de escapar de la segunda Estrella de la Muerte.

Pestage decidió que le haría mucho más daño que bien, el enterarse de todas aquellas cosas. Ella había sido utilizada, es verdad, pero también había recibido como recompensa, muchos dones. Y lo más importante de todo, había sido feliz. Tanto para ella, como para él mismo, aquello era lo más importante.

—Ya lo ves —dijo Pestage—, allí tienes una buena razón.

Pensabas en él como en un padre.

Pestage hizo una pausa. Había decidido contarle un secreto. Ella se había sentido muy defraudada últimamente, y quizás merecía escuchar algo verdadero.

—En lo que a mí respecta —le confesó—, yo pensaba que era su padre.

La quijada de Mara quedó desencajada, y su boca abierta, pero Pestage mantenía una expresión placentera. Comprendía que de alguna manera, a medida que iba hablando, Palpatine podría ser capaz de escuchar todo lo que estaba diciendo. De alguna manera, eso era correcto.

—Nunca se lo dije, por supuesto, y él nunca llegó a adivinarlo. Él jamás me trataba como a un padre, y yo nunca lo traté como a un hijo. Pero quizás ahora te sea más fácil entender las razones del largo tiempo que he pasado a su servicio.

Mara empezó a tartamudear:

—¡Esto es increíble! Pero ¿qué significa eso de que usted «cree» que era su padre?

Pestage le contó la historia de Gemsaa, y de Espaa, el hijo que le fue arrebatado.

—Habían pasado muchos años desde que perdí a mi hijo, durante los cuales yo permanecí solo. Y entonces, escuché del encumbramiento político de un nativo de Naboo, el Senador Palpatine. Fui a verlo cuando regresó a Naboo, para pronunciar un discurso. Apenas lo vi, una fuerte sensación, una sospecha que casi era una certeza, recayó sobre mi persona. Sentí que existía una conexión. Me las ingenié para ir a verlo, y ofrecerle mis confiables servicios como su servidor personal. Él también debe haber sentido algo, ya que fui aceptado de inmediato. Me hizo su consejero especial. A lo largo de los años, yo intenté hallar mayores evidencias concretas acerca de que se trataba de mi hijo, pero nunca pude hallarlas. En cualquier caso, creo que era cierto, y por tanto, el servir a la gran persona en que se había convertido mi hijo, fue suficiente para darle un sentido completo a mi existencia.

—¿Por qué nunca se lo hizo saber? —lo presionó Mara, quien se había quedado prendada de las palabras que salían de su boca.

—El haberlo hecho habría cambiado por completo nuestras relaciones. Él debía ser el Amo. El Emperador. El poder reinante

sobre la galaxia, y el más grande Maestro de la Fuerza. No podía haber nadie por encima suyo, nada que eclipsara su gloria. Y por tanto, yo me sentía contento de poder servirle, de estar junto a él, para compartir todo su esplendor.

—Creo poder entenderlo —le dijo Mara—. Ambos le pertenecíamos, pero fue porque los dos quisimos que fuera de esa manera.

Permanecieron sentados en silencio por un tiempo más, hasta que Pestage empezó a moverse.

—Deberías descansar un rato más, Mara Jade —fueron sus palabras, mientras volvía a acomodarse en su propia litera improvisada en la lanzadera.

Eventualmente, Mara volvió a dormirse. Pestage, quien tenía poca necesidad de sueño, permaneció escuchando su pesada respiración por un largo periodo. Parecía que estaba teniendo un reconfortante reposo sin la presencia de aquellos aciagos sueños. Quizás Palpatine estaba teniendo algo más en lo que pensar.

La lanzadera del Emperador emergió del hiperespacio en el Núcleo Interior, rodeaba por una gloriosa profusión de estrellas. La más cercana, era una estrella binaria, compuesta por una estrella azul dominante, y su diminuta estrella azul acompañante, y Pestage le indicó a Mara que digitase una trayectoria hacia el mundo que navegaba orbitando ambos cuerpos celestes. Así, de esta manera, llegaron finalmente a Byss, un mundo pletórico de las energías del Lado Oscuro en donde el Emperador y sus adeptos habían esbozado el modelo de la sociedad galáctica por la que estaban brindando sus mayores esfuerzos. Una cálida y pacífica luz solar de color azulado-verdosa, brillaba sobre los billones de ciudadanos que habían sido atraídos por los encantos de aquel hermoso planeta, y que se habían establecido entre las islas y cañones de sus lujosas ciudades. La fuerza vital de aquellos billones de individuos, era absorbida de manera delicada y sostenida, por los adeptos del Lado Oscuro, al tiempo que disfrutaban complacientemente de los placeres inacabables de la vida en aquel lugar de veraneo. En Byss, el Lado Oscuro mantenía un dominio completo sin haber tenido que disparar ni un solo tiro. Y Mara Jade no lograba ser capaz de sentir

nada de todo aquello.

Mara sobrevoló el Sector de Control Imperial, el cual dominaba todo un continente entero. Se aproximó a la Ciudadela Imperial, un enorme capitel de varios kilómetros de alto. Pestage le informó que, de no ser por los códigos de reconocimiento irradiados desde la nave, nunca hubieran podido penetrar el anillo defensivo de la Ciudadela con vida. Y como para confirmarlo, pudieron notar los movimientos de rastreo de cientos de turbo-láseres a medida que iban navegando directamente hacia la bahía de atraque privada de Palpatine. Trescientos Sovereign Protectors[5] se encontraban ceremoniosamente alineados en la bahía, con el fin de otorgarles la recepción correspondiente.

Pestage y Mara descendieron por la rampa, y se les veía como agotados cuando se pararon en frente de uno de los adeptos del Lado Oscuro del Emperador, Savuud Thimram. Thimram se encontraba visiblemente conmocionado al ver a la sucia pareja que se veía exhausta, y no pudo suprimir sus ansiosas preguntas.

—¡Gran Visir! ¿En dónde está el Emperador? Hemos escuchado rumores sobre su muerte, y en verdad, hemos percibido la debilidad en el Lado Oscuro. Usted ha llegado en el transporte personal del Emperador. ¿Qué es lo que puede informarnos?

Pestage hizo que se le acercara, demostrando tanta dignidad como podía, dadas las circunstancias.

—Hablaré con usted en forma privada, Savuud. Pero primero, necesitamos descansar un poco. Hemos sido tratados de la peor manera, y hemos sido grandemente presionados. Encárguese de ver que nuestras habitaciones se encuentren preparadas.

Pestage le hizo a Thimram una señal convenida que le confirmó al adepto, sus sospechas más temidas; luego, hizo que leyera sus pensamientos:

Palpatine se encuentra muerto, pero todavía puede haber una esperanza. De alguna manera ha logrado preservarse a sí mismo en la mente de esta mujer. Ella debe ser llevada a los laboratorios de clonación tan pronto como sea posible.

Thimram asintió, y le hizo saber que lo había comprendido todo. Habló rápidamente por intermedio de su comlink, y luego condujo a Mara y a Pestage hacia las afueras de la bahía, para ingresar a los salones de la Ciudadela. Mara andaba tambaleándose, y sus

facciones demostraban que tenía incluso una imperiosa necesidad de sueño. El dolor de cabeza continuaba aquejándola, y tan sólo la esperanza de una cama acogedora, continuaba haciendo que caminara. Thimram le dirigió a Pestage una mirada expresiva. Estaban llegando a los laboratorios de clonación.

Permanece junto a ella pensó Pestage.

Y en el mismo momento en que Thimram se colocó al lado de Mara, ésta chilló de improviso, agarró fuertemente su cabeza, y se desplomó en los brazos del adepto.

—Ya ha sido hecho, mi Amo —suspiró Sate Pestage.

—¿Estás segura de que no deseas quedarte, Mara Jade? —le preguntó el Gran Visir—. Se dice que Byss es un lugar apropiado para recuperarse, y ya que me ayudaste a llegar hasta aquí, lo menos que puedo hacer es ofrecerte una vida segura entre los que le son leales al Emperador.

Mara contempló la hermosa ciudad rebosante de luces, centelleando bajo las cinco lunas de Byss. Ambos se encontraban de pie en la bahía de atraque del Emperador, varios días después del colapso de Mara. Ella había despertado en una confortable cama, y su dolor de cabeza, había desaparecido finalmente. Pero sus poderes en la Fuerza continuaban sin regresar, y todavía tenía sueños concernientes a eliminar a Skywalker. Había dado algunas vueltas por Byss, pero a pesar de su belleza, en cualquier lugar al que iba, tan sólo lograba distinguir la fantasmal imagen de Palpatine, mirándola directamente a los ojos. Sabía que nunca podría hallar la paz, hasta que llevase a cabo la última orden del Emperador.

—Aprecio su oferta —dijo Mara de manera acongojada—, pero tengo algunas tareas pendientes de las que debo ocuparme.

Su mano acarició el sable de luz que colgaba de su cinturón.

—¿A dónde piensas ir? —le preguntó Pestage.

—No estoy segura. No puedo dirigirme al Imperio, o a lo que queda de él, ni tampoco puedo ir al lado de los rebeldes. Supongo que trataré de sobrevivir en la Franja[6]… no lo sé.

—Al menos acepta este presente —dijo Pestage firmemente, señalando la lanzadera—. Las coordenadas de Byss serán borradas una vez que hayas partido, pero los códigos de protección en contra

de imperiales hostiles, permanecerán estando allí. Así sabré que te encuentras bien.

—Y yo acepto —dijo ella sonriendo—. Sabe, en verdad voy a extrañarlo. Usted es un buen hombre. Gracias por compartir sus secretos conmigo. De algún modo, siento que usted es como mi abuelo. ¿No le parece?

Pestage asintió, sonriendo.

—Que la Fuerza lo acompañe, Gran Visir —dijo Mara, subiendo a la lanzadera.

—Que la Fuerza regrese a ti, Mara Jade —le respondió Pestage delicadamente, después de escuchar sus palabras.

EPÍLOGO

Un momento después, la lanzadera despegó grácilmente, y enrumbó hacia las estrellas. Cuando ya no era más que un distante punto luminoso, Pestage escuchó las delicadas pisadas que empezaban a hacerse sentir a sus espaldas.

Se trataba de Palpatine. Estaba vivo, y joven nuevamente. Se detuvo al lado de Pestage, sin pronunciar ni una sola palabra, tan sólo compartiendo el momento con el hombre al que le debía tanto.

—Puede ser que usted la haya direccionado de una manera no tan adecuada, Amo —dijo Pestage después de un momento—. No estoy tan seguro de que ella finalmente llegue a cumplir con vuestros deseos.

—Sólo el tiempo lo dirá —replicó sencillamente Palpatine—. El futuro ya no… está abierto ante mí.

—¿Se encuentra bien, Amo? —le preguntó Pestage.

—Estoy vivo, Sate Pestage, pero he sufrido grandes pérdidas. Mis poderes se encuentran en su nivel más bajo desde hace décadas. Mis adeptos se han convertido en mis maestros, y me dicen que podré lograr ser restaurado por completo, pero eso me tomará años. Años durante los cuales, los rebeldes harán reclamos sobre mi galaxia.

—Amo, estoy seguro de que tendrá la oportunidad de reclamar todo eso una vez más. Cuando llegue ese día, se encontrará nuevamente con Luke Skywalker. Si me honra aceptando mi consejo, le pediría que considerase ese enfrentamiento con cuidado. Quizás no sea necesario el seguir siendo su adversario. Quizás podría corromperlo la próxima vez, e inclusive, hacerlo su heredero del Imperio.

—Consideraré tus palabras, Sate Pestage —le respondió Palpatine—. Ahora que no está Vader, podría ser el más sabio camino que podríamos seguir. Pero también eso, deberá esperar.

Palpatine permaneció en silencio por un largo momento.

Pestage se inclinó ligeramente.

—Lo dejo con sus pensamientos, Amo, y me retiro a mis habitaciones. Ya está empezando a anochecer.

—Buenas noches, Viejo Amigo —lo despidió Palpatine.

Pestage empezó a alejarse, con sus túnicas susurrantes, y

Palpatine permaneció contemplando la ciudad. Por ahora, era todo lo que le quedaba de su Imperio. Tendría que ser suficiente. Las puertas se cerraron detrás del Gran Visir.

Después de escuchar el característico sonido, Palpatine exclamó calladamente:

—Buenas noches, Padre.

Notas

[1] COMPNOR: Commission for the Preservation of the New Order. Comisión para la Preservación del Nuevo Orden. N. del T. < <

[2] CompForce: Rama militar de élite de la Comisión para la Preservación del Nuevo Orden. Sus miembros eran conocidos por ser fanáticos seguidores de los ideales del Imperio. N. del T. < <

[3] ISB: Imperial Security Bureau. Oficina Imperial de Seguridad. N. del T. <<

[4] Heir to the Empire: Heredero del Imperio. Referencia a la novela homónima de Timothy Zahn. N. del T. < <

[5] Sobereing Protectors: Protectores Soberanos, también conocidos como Campeones de la Guardia Real, eran la mayor élite de los contingentes de guardias del Servicio Imperial. N. del T. <<

[6] The Fringe: La Franja. Término empleado para describir el sombrío bajo-mundo de la sociedad, en el cual operaban los contrabandistas, cazadores de recompensas, piratas, ladrones, criminales asociados y traficantes del mercado negro. N. del T. <<